

LA HEREJÍA DE HORUS

*Graham McNeill*

# MECHANICUM

*La guerra estalla en Marte*



timunmas

Las llamas de la traición se extienden por todo el Imperio. Horus moviliza a todas las fuerzas que le son leales y planea sublevar o destruir a todas aquellas que se atrevan a enfrentarse a él. Se está librando una batalla por el corazón y el alma de todas las fuerzas imperiales, las Legiones Titánicas, y muchas más. En esta obra épica se narra el relato de la guerra civil que se libró en Marte y que llevó al génesis del Mechanicum Oscuro.

Graham McNeill

# **Mechanicum**

## **La guerra estalla en Marte**

**Warhammer 40000. Herejía de Horus 9**

**ePUB r1.4**

**epublector** 11.06.13



Título original: *Mechanicum*

Graham McNeill, 2008

Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Editor digital: epublector

ePub base r1.0



A los empleados de Lee Rosy's, por mantener en  
marcha mi flujo creativo con un suministro constante  
de té y galletas.



## LA HEREJÍA DE HORUS

*Una época legendaria*

*Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada: los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.*

*El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.*

*Ciudades fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.*

*Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhombres que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador a una victoria tras otras. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno de ellos capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.*



*Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador.*

*El más importante entre los primarcas es Horus.*

*Llamado El Glorioso, la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, es igual que un hijo es para él. Es el Señor de la Guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin par, un diplomático eminente.*

*Cuando las llamas de la guerra se extienden por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se ven enfrentados a su mayor desafío.*





## DRAMATIS PERSONÆ

### El Mechanicum

KELBOR-HAL	Fabricador General de Marte, Maestro de la Forja de Mons Olympus.
KANE	Fabricador Locum de Marte, Maestro de la Forja de Mondus Occulum.
URTI MALEVOLUS	Maestro de la Forja de Marte.
LUKAS CHROM	Maestro de la Forja de Mondus Gamma.
REGULUS	Representante del Mechanicum ante Horus Lupercal.
EMBAJADOR MELGATOR	Representante del Mechanicum en Terra.
KORIEL ZETH	Señora de Ciudad Magma.
ADEPTO SEMYON	Adepto de Marte.

### Legio Tempestus

INDIAS CAVALERIO, EL SEÑOR DE LA TORMENTA	Princeps del Warlord <i>Victorix Magna</i> .
SUZAK	Princeps del Warlord <i>Tharsis Hastatus</i> .
MORDANT	Princeps del Reaver <i>Arcadia Fortis</i> .
SHARAQ	Princeps del Reaver <i>Metallus Cebrenia</i> .
BASEK	Princeps del Warhound <i>Vulpus Rex</i> .

KASIM	Princeps del Warhound <i>Raptoria</i> .
LAMNOS	Princeps del Warhound <i>Astrus Lux</i> .

Legio Tempestus

CAMULOS	Princeps del <i>Aquila Ignis</i> .
---------	------------------------------------

Los Caballeros de Taranis

COMANDANTE GENERAL VERTICORDA	Piloto del <i>Ares Lictor</i> .
COMANDANTE GENERAL CATURIX	Piloto del Gladius Fulmen.
PRECEPTOR STATOR	Piloto del Fortis Metallum.
RAF MAVEN	Piloto del Equitos Bellum.
LEOPOLD CRONUS	Piloto del Pax Mortis.

Siervos del Mechanicum

DALIA CYTHERA	Transcriptora.
ZOUCHE CHAHAYA	Maquinista.
SEVERINE DELMER	Arquitecto esquemático.
MELLICIN OSTER	Supervisor técnico.
CAXTON TORGAU	Montador de componentes.
RHO-MU 31	Protector Mechanicum.
REMIARE	Tecnosacerdote asesino.
JONAS MILUS	Émpata.

¡Contemplad el advenimiento del Amo Supremo de las Máquinas!  
Llega a ti desde el cielo en las gotas de lluvia.  
Hijos de Marte, escuchad atentamente, porque llegará alguien,  
fuerte e imponente, que empuñará en la mano  
el cetro del poder.

Vendrá envuelto en luz y en fuego, y de su boca saldrán  
Palabras eternas,  
y su mente será una fuente de  
conocimientos y datos.

Cuando aparezca el Salvador, lo veréis  
tal y como es,  
un hombre en apariencia, pero mucho más que eso en realidad.

Será el primer paso en la mayor  
tarea de la Humanidad.  
Comenzará en el pico más elevado de  
los dominios de Ares.

Cuando Deimos y Fobos se encuentren en su apogeo  
y en su perigeo,  
contemplaréis el rostro del Omnissiah.

Tendrá un cuerpo dorado y vendrá envuelto por el  
firmamento de la tormenta,  
el Señor de Todas las Máquinas se alzaré entre  
su propia gente  
y reinará sobre los dominios de la Humanidad.

Grande será la gloria de su presencia,  
y el propio sol ocultará su rostro humillado.  
En verdad os digo que será Alfa y Omega,  
el comienzo y el final,  
el señor de la carne y el forjador del metal.

Será la luz que brilla en la oscuridad  
y el que destierre la ignorancia.  
Será el objeto de devoción y de amor,  
al que los reyes envidiarán y por el que los emperadores  
suspirarán en vano.

Deseará el bien de los dominios de Ares y  
la felicidad de la Humanidad.  
Todos seremos uno en lealtad hacia él y

consideraremos hermanos a todos los seres humanos.

Las guerras asoladoras cesarán y la paz  
reinará entre las estrellas.

Las luchas, el derramamiento de sangre y la discordia cesarán.  
Todos los seres humanos serán una sola familia.

¡Las estrellas divididas se unirán para siempre!

**El advenimiento del Omnissiah,  
descargado por Pico della Moravec,  
Primus de la Hermandad del Singularitarismo.**



## PROLOGO

*Nunca llovía en Marte.*

Jamás lo hacía ya. Antaño, cuando Marte había albergado vida por primera vez, en una era desconocida para la humanidad, las poderosas tormentas que se producían habían arrasado el paisaje abriendo canales en la roca y tallando enormes riberas en las laderas de las grandes montañas. Luego, el planeta había sufrido su primera muerte, y el mundo se había convertido en una desolación roja cubierta de cráteres, cuencas polvorientas y vacías y desiertos resecos.

Pero el planeta rojo revivió para respirar de nuevo.

La terraformación de Marte comenzó en la primera época de la edad dorada de la expansión de la humanidad hacia las estrellas, lo que llevó consigo nueva vida y esperanza, pero al final aquello fue una remisión de la enfermedad, no su cura. A los pocos siglos, el planeta sufrió su segunda muerte ahogado por los humos de los complejos de forja volcánicos, las refinerías del tamaño de continentes y los desechos producidos por un millón de fábricas de armas.

*Nunca llovía en Marte.*

Esa era la idea central en ese momento en la mente del hermano Verticorda mientras pilotaba la forma bípeda y algo baqueteada del *Ares Lictor* por la ladera poco empinada del Mons Olympus en dirección a la colosal caldera del volcán. El *Ares Lictor* se asemejaba a un humanoide mecánico de aspecto brutal de unos nueve metros de alto, y era caballero de la clase Paladín, una máquina de guerra de un solo tripulante. Las placas de blindaje de color azul oscuro estaban cubiertas por un temible conjunto de armas que poseía un poder superior al que cualquiera de los astartes del

Emperador de Terra podía manejar.

El *Ares Lictor* caminaba con pasos largos y desgarrados debido a una junta de la pieza de la rodilla que se resistía a todos los esfuerzos realizados por los tecnosacerdotes para que funcionase de un modo correcto. Sin embargo, Verticorda controlaba la máquina con la facilidad de alguien que casi había nacido en una cabina de mando.

*Nunca llovía en Marte.*

Pero en esos momentos estaba lloviendo.

El cielo de color naranja estaba derramando una llovizna suave que salpicaba de humedad la cabina de Verticorda. El piloto sintió esa humedad fría a través de las conexiones situadas a lo largo de su espina dorsal y los implantes táctiles colocados en los dedos.

Se dio cuenta de que estaba llorando, ya que jamás se había esperado presenciar algo semejante: que el cielo se abriera y cayera lluvia sobre la superficie del planeta rojo. Algo así no había sucedido en la memoria del ser vivo de mayor longevidad del lugar, y en Marte eso era mucho, mucho tiempo.

A Verticorda lo seguían otras dos máquinas de guerra. Eran sus hermanos de armas y camaradas de los Caballeros de Taranis. Los oyó hablar con cierto entusiasmo por el Colector, el transmisor sináptico que conectaba todas sus mentes, pero se quedó sin palabras para transmitir su propia sensación de asombro ante la visión que se extendía ante ellos en ese día tan importante.

El cielo sobre Mons Olympus se mostraba iracundo.

Unas nubes tormentosas que no cesaban de girar sobre sí mismas y de hincharse como si en su interior albergasen viejos dioses de batalla golpeando con sus poderosos martillos unos gigantescos yunques de hierro para lanzarse tremendos rayos los unos a los otros. La luna de mayor tamaño de Marte, Fobos, aparecía detrás de las nubes como una irregularidad amarillenta. Su superficie llena de cráteres se encontraba en su punto más cercano a Marte desde hacía decenios.

El enorme volcán, la montaña de mayor altura de toda la región de Tharsis, y de hecho, del sistema solar, se alzaba imponente sobre el paisaje marciano. Sus laderas increíbles se elevaban casi treinta kilómetros sobre el suelo de Marte. Verticorda conocía extremadamente bien aquella zona de Tharsis. Había sacado al *Ares Lictor* de la forja del Fabricador General por la ladera oriental del gran volcán tres décadas atrás, y había encabezado a sus guerreros hermanos por el lugar un número incontable

de veces.

Nuevos relámpagos centellearon sobre la cima, y los miles que estaban reunidos en la base del volcán contemplaron con temor la creciente tormenta desde las torres gigantescas de los habitáculos y los baluartes de paredes metálicas de los dominios de Kelbor-Hal. El cielo torturado se rasgaba y rugía, distorsionado por la sobrepresión de algo increíblemente inmenso, y los fenómenos atmosféricos iluminaban el cielo hasta donde llegaba la vista, ya fuera de un ojo natural o de cualquier artefacto implantado.

Las multitudes de miles de miembros, e incluso de cientos de miles, seguían a los caballeros por la ladera del Mons Olympus, pero no poseían la velocidad o la maniobrabilidad de las máquinas de guerra. Aquella maravilla era para los Caballeros de Taranis, y sólo para ellos.

Una sombra se movió entre las nubes. Verticorda abrió un poco la mano y la máquina reaccionó al instante y se detuvo en el mismo borde vertiginoso de la ladera del volcán. El lazo de unión que el piloto había forjado con la máquina a lo largo de los años de combate era semejante al de dos camaradas de armas que hubieran compartido sangre y victoria a partes iguales.

Verticorda sintió la emoción de la impaciencia en cada juntura y remache del *Ares Lictor*, como si la máquina, más que él mismo, estuviese impaciente por ver la gloria que presenciarían ese día. Una luz dorada resplandeció por encima de ellos y la llovizna se convirtió en un aguacero.

En la ladera habían tallado un sendero zigzagueante que llevaba hasta la base de la caldera del volcán, a casi dos kilómetros por debajo de donde se encontraba. Era un camino traicionero en condiciones ideales, pero con aquel diluvio, bajar por allí equivalía prácticamente a un suicidio.

—¿Tú qué dices, amigo? —preguntó Verticorda—. ¿Bajamos a recibir a esos recién llegados?

Sintió la tensión de la máquina bajo él, y sonrió mientras aumentaba la potencia y hacía avanzar al caballero hacia el borde del risco. Los peldaños del sendero habían sido diseñados para los pasos largos y de zancada ancha de un caballero, pero estaban resbaladizos y relucientes debido a la lluvia. La caída era bastante larga, y ni siquiera el blindaje o las pantallas de energía que protegían a un caballero en un combate lo salvarían en caso de que se desplomara desde aquella altura.

Verticorda guió el primer paso del *Ares Lictor* sobre el sendero tallado y sintió bajo los pies lo resbaladizo que estaba, igual que si fuera él mismo quien caminara



sobre el suelo. Cada paso era peligroso, y tuvo mucho cuidado en dar cada uno de ellos con el mayor cuidado. Paso a paso, metro a metro, hizo avanzar al *Ares Lictor* para bajar por el sendero hacia la llanura del cráter que se extendía a sus pies.

La luz dorada salió de repente con un brillo cegador de las nubes, y varios rayos de color escarlata unieron el suelo y el cielo formando una telaraña danzarina y llena de chasquidos. Verticorda casi perdió el equilibrio al mirar hacia arriba por puro instinto.

Una ciudad de oro gigantesca y flotante estaba descendiendo del cielo.

Se asemejaba a una columna montañosa arrancada de una masa terrestre continental. La ciudad estaba tachonada de luces y de colores, y su tamaño desafiaba a la imaginación. Una proa dorada con la forma de dos alas de águila destacaba en uno de los extremos de la ciudad flotante, y unas murallas colosales, del tamaño de las torres más altas del edificio más imponente de Marte, se alzaban como estalagmitas retorcidas en el otro extremo.

Los cohetes centelleaban cargados de una energía inimaginable en la parte inferior de aquel edificio colosal. Verticorda contempló asombrado la tecnología que impedía que una creación tan gigantesca se desplomara contra el suelo. Varias escuadrillas de naves de menor tamaño la rodeaban, y sus dimensiones no hacían más que crecer a medida que emergía más y más de entre las nubes que la ocultaban.

—¡Sangre de la Máquina! —musitó entre dientes Yelsic, el piloto del caballero que iba a su espalda—. ¿Cómo es posible que algo así se mantenga flotando en el aire?

—Concéntrate en bajar —le advirtió Verticorda—. No quiero que pierdas el equilibrio justo detrás de mí.

—Entendido.

Verticorda volvió a concentrarse en el camino y recorrió con esfuerzo los últimos trescientos metros. Acabó cubierto de un sudor frío. Soltó un suspiro largo y estremecido cuando dio el primer paso en la superficie lisa de la caldera del Mons Olympus. Disfrutó de la sensación nueva y extraña del barro tirándole de los pies.

Para cuando los caballeros llegaron a la base de la ladera, la nave gigantesca ya había aterrizado. Sin duda, disponía de campos amortiguadores que impedían que se hundiese bajo su propio peso o en el suelo del propio Marte. Procedentes de la nave llegaron varias oleadas de vapores sobrecalentados y de gases de condensación, y cuando sumergieron al *Ares Lictor* en su interior, a Verticorda le dio la sensación de que era capaz de captar los olores de otro mundo: radiación fuerte, la nostalgia de

planetas natales perdidos mucho tiempo atrás y un aire montañoso tan frío y escaso que resultaba doloroso.

Se dijo a sí mismo que era ridículo notar todo aquello en una nave que acababa de descender envuelta en llamas por la atmósfera del planeta, pero lo cierto era que a él le resultaba tan evidente como la luz del día.

—Desplegaos —ordenó Verticorda—. Velocidad de flanqueo.

Los caballeros que avanzaban a grandes zancadas a su lado se desplegaron en formación de combate a través de la neblina caliente y húmeda. Verticorda no sentía ninguna amenaza procedente de la nave desconocida, pero los decenios de entrenamiento y de disciplina no le permitían acercarse sin tomar precauciones.

Por fin, la neblina se disipó y Verticorda pudo mirar hacia arriba. El enorme risco dorado que eran los costados de la nave se alzaba ante él como una montaña recién depositada sobre la superficie del planeta. Su tamaño era impresionante, mayor todavía que las fortalezas de las legiones de titanes o las montañas de datos del Templo de Todo el Conocimiento.

Ni siquiera el templo forja de mayor tamaño de Mondus Gamma, en el Syria Planum, era comparable a la escala de aquella nave, ya que la habían construido siguiendo una estructura deliberada y no era el resultado de millones de años de interacción geológica. Cada placa y cada plancha de esa nave gigantesca se habían forjado con la delicadeza de un artesano, y Verticorda tuvo que esforzarse para encontrar una razón que hiciera que tantos trabajaran durante tanto tiempo y con tanta devoción para crear una nave diseñada para viajar entre las estrellas.

La respuesta le llegó un momento después.

Aquella no era una nave cualquiera. Era una nave construida con amor, una nave construida para que todo el mundo la amara. Ninguna persona corriente podría inspirar semejante devoción, y Verticorda sintió de repente un miedo abrumador ante la idea de que se encontraba en presencia de algo mucho más grande y aterrador que cualquier otra cosa que se hubiera podido imaginar en la vida.

De la nave surgió un chorro aullante de vapor y en los bordes de una escotilla gigantesca apareció una línea de luz dorada. Varios pistones neumáticos inmensos, cada uno mayor que un titán, bajaron lentamente una rampa lo bastante ancha como para que desfilara un regimiento de skitarii mejorados genéticamente. La rampa siguió bajando sin que la nave mostrara señal alguna de verse afectada por su peso, y la luz interior salió a raudales para inundar el paisaje marciano con un brillo cálido y

bienvenido.

Verticorda hizo girar al *Ares Lictor* sobre su eje central y sintió que un estremecimiento le recorría la espina dorsal cuando vio que todo el reborde del cráter del volcán estaba abarrotado de personas expectantes. Incrementó la resolución de la pantalla sólo con pensado y vio a miles de adeptos con túnica, de siervos, de tecnosacerdotes, de lógicos y de operarios que se habían reunido para contemplar lo que estaba ocurriendo allí abajo.

Unas nubes chasqueantes y cargadas de electricidad coloreaban el cielo que se extendía detrás de la muchedumbre. Numerosos servocráneos zumbaban por encima del lugar, pero ninguno se atrevía a meterse en el campo electromagnético centelleante que rodeaba a la nave.

El extremo de la enorme rampa se posó con un crujido en el suelo y Verticorda tuvo que entrecerrar los ojos por la fuerza de la luz que surgía del interior. Una silueta se movió en el interior. Era alta y poderosa, gloriosa y magnífica.

La luz pareció moverse con la figura mientras Verticorda contemplaba cómo bajaba por la rampa, y una sombra se extendió sobre la planicie en la que la nave se había posado. Aunque le repelía la idea de apartar los ojos de aquella figura tan impresionante, Verticorda alzó la mirada y vio una elipse convexa de oscuridad penetrar en el disco llameante del sol.

La luz procedente de las nubes cargadas de tormenta fue desvaneciéndose hasta que la única iluminación en el lugar procedió de la figura, que pisó el suelo marciano por primera vez. Verticorda supo de inmediato que se trataba de un guerrero, ya que no cabía duda alguna de que aquel individuo sublime se había hecho poderoso en combate.

El piloto sintió en los huesos el jadeo colectivo emitido por los miles de curiosos, como si el propio planeta se estremeciera de placer al sentir el contacto del individuo.

Volvió a bajar la mirada y vio al guerrero de pie delante de él, alto y protegido por una armadura dorada. Cada placa blindada había sido tallada con la misma habilidad y dedicación que se veía en su nave. El guerrero no llevaba puesto el casco y no mostraba a la vista implante respirador alguno, pero a pesar de ello no parecía afectado por el aire cargado de residuos químicos propio de Marte.

Verticorda se dio cuenta de que no podía apartar la mirada del rostro del individuo, un rostro hermoso y perfecto que parecía capaz de ver a través del blindaje exterior del *Ares Lictor* y hasta en la propia alma de Verticorda. El piloto vio en sus

ojos, que transmitían una sensación de enorme antigüedad, la sabiduría de todas las épocas y la carga de todo el conocimiento que contenían.

A la espalda de aquel guerrero poderoso ondeaba una capa carmesí movida por el viento, y en uno de los grandes guanteletes empuñaba un cetro rematado por la figura de un águila. Los ojos del gigante dorado examinaron con detenimiento de un extremo a otro la forma blindada y azul de la máquina de Verticorda, sobre todo el torso cónico y las placas inclinadas de los hombros, donde se veía grabado el símbolo de la rueda y del rayo, propio de los Caballeros de Taranis.

El guerrero alargó una mano hacia él.

—Tu máquina está dañada, Taymon Verticorda —le dijo con una voz profunda pero a la vez armoniosa, el sonido más perfecto imaginable—. ¿Me permites, por favor?

Verticorda no fue capaz de contestarle. Sabía que cualquier respuesta que le diera sería vulgar comparada con semejante perfección. Ni siquiera se le ocurrió preguntarse cómo era posible que aquel individuo sublime supiera su nombre. El guerrero no esperó a que le contestara. Alargó una mano y Verticorda sintió su contacto sobre la juntura de la rodilla del *Ares Lictor*.

—Máquina, cúrate a ti misma —dijo el guerrero, y la autoconfianza y la determinación de esa voz pasaron al cuerpo de Verticorda, como si le infundiera a cada molécula de su ser híbrido de carne y acero una vitalidad nueva y un renovado sentido del destino.

Notó el calor de la mano del guerrero a través de la cubierta de la máquina y soltó una exclamación ahogada cuando una oleada de vibraciones se extendió por toda la estructura blindada de plástiacero y ceramita. Dio un paso atrás de forma involuntaria y notó que los movimientos de la máquina eran fluidos como nunca antes. Con aquel simple paso, tuvo la impresión de que el *Ares Lictor* acababa de salir de la línea de montaje. Hasta la terca rodilla que se había resistido tanto se doblaba como si fuera nueva.

—¿Quién sois? —preguntó en voz baja. Su propia voz le sonó rasposa y lamentable comparada con el timbre poderoso de la voz del guerrero dorado.

—Soy el Emperador.

Fue una respuesta sencilla, pero cada una de sus sílabas albergaba el peso de la historia y el potencial de un futuro glorioso.

A sabiendas de que jamás volvería a oír unas palabras tan cargadas de significado,

Verticorda y el *Ares Lictor* se inclinaron sobre una rodilla. La máquina realizó la maniobra con una agilidad que habría sido imposible antes de que la tocara el Emperador.

En ese preciso instante, Taymon Verticorda supo con toda certeza quién era el ser ante el que se encontraba.

—Bienvenido a Marte, mi señor —le dijo—. Alabado sea el Omnissiah.



# PRINCIPIA MECHANICUM



## CAPÍTULO 1

Los seis protectores mechanicum, envueltos en unas túnicas deshilachadas y desvaídas de color rojo óxido, se mantuvieron inmóviles delante de ella, tan quietos como las estatuas enormes de los magi que observaban a los miles de escribas que albergaba el gran Salón de Transcripciones de la Ubrarium Technologica. Las botas de suela de hierro de los protectores se encontraban fijadas al suelo mediante unos arneses, pero ella tuvo que agarrarse a una de las vigas metálicas para evitar partirse la cabeza contra el fuselaje o salir despedida por el compartimento de carga cuando la nave despegó.

El interior de la nave era todo lo funcional que podía ser, sin adornos u otros elementos innecesarios. No se había incluido en el diseño nada que estuviera pensado para distraer la vista, y era un ejemplo perfecto de la organización a la que pertenecía.

Dalia Cythera se pasó una mano por el cabello corto y rubio. Notó la suciedad y la grasa que lo cubrían y deseó que le llegara uno de los turnos semanales en el bloque colector de abluciones de Barlovento. Sin embargo, tenía el presentimiento de que su limpieza era la menor de las preocupaciones para los protectores.

Ninguno de ellos le había hablado aparte de para confirmar su nombre cuando la habían sacado de la celda situada bajo la librerium en la que el magos Ludd la había encerrado una semana antes. El magos había descubierto las mejoras implementadas en el mecanismo interno del cogitador de Cythera y la había sacado enfurecido de la línea de producción mientras le lanzaba furiosas diatribas cargadas de estática en el lenguaje binario que emitía su vocalizador.

Los siete días que había pasado sola en la oscuridad más absoluta casi habían acabado con ella. Recordó haberse acurrucado en posición fetal cuando la puerta de la



celda se abrió y vio las máscaras de bronce de los protectores, sus báculos de energía y la luz inmisericorde de sus ojos.

Las protestas de Ludd ante la intrusión de los protectores cesaron en el acto en cuanto le indicaron que comprobara las encriptaciones de seguridad biométricas que llevaban en los báculos. Cythera se sentía atemorizada por los protectores, pero supuso que así debía ser. Los señores del Mechanicum los habían diseñado así, con sus cuerpos aumentados, las extremidades convertidas en armas y los ojos verdes relucientes que brillaban sin parpadear jamás tras las máscaras de bronce con forma de calavera.

Pocos momentos más tarde, la sacaron de la celda y la condujeron casi a rastras a lo largo de las salas de transcripción cavernosas y resonantes donde había pasado los dos años anteriores de su vida. Sentía las piernas débiles y temblorosas.

Miles y miles de escribas vestidos con túnicas, de individuos recién ordenados, de conservadores y de selladores de solicitudes llenaban las salas. Se dio cuenta mientras la llevaban hacia la enorme arcada que conducía al exterior que se sentiría triste por dejar atrás todos aquellos conocimientos.

No echaría de menos a la gente, ya que allí no tenía amigos ni colegas. Ninguno de los adeptos de tez pálida levantó la mirada de la monotonía que suponían sus tareas. El brillo verde marino de sus cogitadores y los globos lúmenes parpadeantes que flotaban en el aire polvoriento arrebatában a sus rasgos enjutos de toda vitalidad posible.

Semejante estado de ánimo le resultaba algo completamente ajeno. No dejaba de sorprenderla siempre que los demás escribas fueran incapaces de ver el honor de la tarea que estaban realizando.

Por aquella estancia pasaban los conocimientos recuperados en Terra y los nuevos descubrimientos enviados desde todos los puntos de la galaxia por los miles de rememoradores que acompañaban a las expediciones de la Gran Cruzada. A pesar de aquel flujo glorioso de información, que se archivaba y guardaba con un cuidado extremo en las grandes bibliotecas de Terra, todos y cada uno de aquellos siervos de rostro anónimo se afanaban en su tarea de forma incesante y ciega hasta llegar a una edad avanzada, sin dejar de repetir los mismos procedimientos burocráticos y administrativos cada hora que pasaban despiertos al día, sin darse cuenta o sin que les importara el tesoro de información a la que tenían acceso.

Sin la capacidad o la voluntad de cuestionar la tarea que les habían encomendado,

los escribas se limitaban a recorrer con paso cansino cada día los mismos kilómetros de pasillos que separaban las torres de habitáculo de sus lugares de trabajo, donde cumplían sus deberes sin preguntarse nada, sin pensar y sin maravillarse por lo que tenían ante sí.

Dalia se imaginaba que el susurro de los papeles al rozarse sonaba igual que las olas del océano al romper, y que el repiqueteo de las máquinas calculadoras y de las teclas de bronce eran los incontables guijarros de la orilla de la playa. Por supuesto, Dalia jamás había visto nada de aquello que se había imaginado, ya que hacía mucho tiempo ya que los mares de Terra se habían evaporado en unas guerras ya olvidadas, pero las palabras que había leído mientras copiaba las resmas de papel y las pilas de placas de datos que le llevaban diariamente los servidores de brazos musculosos le llenaban la mente de ideas y de mundos posibles que existían más allá de los confines del mayor de todos los scriptoriums.

Al salir de la oscuridad enmohecida de la Librarium Technologica había quedado cegada por el resplandor diurno. El cielo era de un tono blanco brillante y el sol era un orbe borroso pero radiante, visible a través de jirones de nubes con el color de la corrosión.

El aire era frío y escaso a aquella altitud. Distinguió a duras penas la cima de las montañas de color pizarra que coronaban el planeta por encima de la multitud de tejados y de torres que abarrotaban aquella zona del palacio Imperial. Le hubiera gustado poder contemplar las montañas en toda su gloria, pero sus escoltas la hicieron recorrer sin detenerse las calles oscuras que rezumaban vapor, combustible y voces en dirección a un destino que desconocía.

Ese desuno resultó ser una plataforma de aterrizaje sobre la que se encontraba posada una nave estelar envuelta por una nube de vapor. El casco todavía estaba tibio y soltaba chasquidos al enfriarse tras toda la tensión y calor sufridos en la entrada a la atmósfera.

La condujeron al interior cavernoso del compartimento de carga y la dejaron en el suelo mientras los protectores se colocaban en sus posiciones ya asignadas y los cierres magnéticos los aseguraban al suelo del compartimento. La nave despegó con un rugido y una sacudida repentina y Dalia cayó de rodillas por culpa del brusco ascenso. El miedo se apoderó de ella y se agarró con fuerza a una viga que sobresalía cuando el ángulo de subida se hizo más pronunciado.

Se le ocurrió de repente que se marchaba del planeta donde había nacido, y

experimentó un pánico terrible ante la idea de aventurarse más allá de sus horizontes conocidos. Sin embargo, se fustigó a sí misma por aquel ataque de cobardía y la sensación de pánico desapareció para ser sustituida por un tremendo calambre en el estómago cuando se dio cuenta del hambre que tenía.

El rugido de la nave estelar y la vibración en el interior aumentaron sin cesar hasta el punto de que llegó a estar segura de que la nave se iba a desintegrar. Al cabo de un tiempo, el tono del sonido cambió y la nave enderezó el rumbo mientras atravesaba el vacío a una velocidad inimaginable.

Estaba viajando en una nave espacial.

Al disponer verdaderamente de unos momentos libres para pensar, empezó a preguntarse hacia dónde se dirigiría y, sobre todo, qué motivo existiría para que los protectores del Mechanicum la hubieran sacado de la celda del librarium. Lo curioso era que no sentía miedo de aquel viaje tan extraño, aunque atribuía esa carencia al misterio y al interés que le provocaba, que eran capaces de hacerle olvidar todo el cansancio que sentía.

Sus escoltas, ya que no pensaba que fueran sus guardianes, hicieron caso omiso de todos sus intentos de hablar con ellos a lo largo del viaje, y sólo se dirigieron a ella para ordenarle que bebiera o comiera, lo que ella hizo con verdaderas ganas a pesar del sabor químico de la comida que le sirvieron.

Ninguno de ellos se movió a lo largo de todo el viaje de la posición en la que se había colocado. Se quedaron de pie, unos guardianes mudos, sin ofrecerle entretenimiento alguno, salvo al permitirle que los estudiara con detalle.

Todos ellos eran altos y corpulentos, con el cuerpo incrementado mediante modificaciones genéticas. A todos les habían implantado armas. Llevaban las túnicas cubiertas de cables y alambres de colores que penetraban en la carne a través de agujeros abiertos en la piel. Ya había visto a otros protectores con anterioridad, pero nunca había estado tan cerca de uno.

Despedían un olor desagradable, a carne podrida, a aceite de maquinaria y a sudor rancio.

Estaban armados con unas pistolas gigantescas de cañones centelleantes y unos báculos de hierro rematados por una rueda de engranaje de bronce y plata de la que colgaba un trozo de pergamino que ondeaba bajo las corrientes de aire del frío compartimento.

Cada uno de los pergaminos llevaba escrita una serie de números, dispuestos en

una rejilla de cuatro por cuatro. Dalia no tardó en darse cuenta de que la suma de los números de cada línea daba siempre el mismo resultado, sin importar el modo en que se hiciera, ya fuera de forma horizontal, vertical o en diagonal. Y no sólo era eso: la suma de los elementos de cada uno de los cuadrantes, de los cuatro cuadrados del centro, de los cuadrados de las esquinas y de muchas otras combinaciones daba el mismo resultado.

—Treinta y cuatro —musitó—. Siempre es treinta y cuatro.

El diseño le resultaba familiar a Dalia, y sabía que lo había visto con anterioridad. En cuanto se dio cuenta de dónde había sido, tuvo la respuesta.

—La *Melancholia* —dijo Dalia, señalando con un gesto del mentón al pergamino.

—¿Qué has dicho? —le preguntó el protector.

Su voz era humana, pero estaba teñida por un tono rasposo bajo la máscara de bronce. Dalia se quedó sorprendida por unos instantes al ver que había respondido a algo que ella había dicho.

—El símbolo del pergamino —le contestó—. Procede de un grabado. Lo vi en un libro que transcribí hace dos años.

—¿Hace dos años? ¿Y todavía lo recuerdas?

—Sí —contestó Dalia algo dubitativa—. Recuerdo más o menos cosas que he leído, y no las olvido.

—Es el símbolo de nuestra señora —le indicó el protector.

—Lo vi en un grabado de una de las impresiones maestras más antiguas —le aclaró Dalia. Su mirada se volvió un poco vidriosa mientras hablaba, como si estuviera haciéndolo con ella misma más que con el protector—. Era muy antigua, aunque lo cierto es que todo lo que transcribimos en la gran sala y que no procede de las flotas expedicionarias es muy viejo. Era la imagen de una mujer. Parecía frustrada, como si estuviera enojada por no ser capaz de inventar algo ingenioso. Disponía de toda clase de maquinaria a su alrededor, desde contrapesos a un reloj de arena pasando por un martillo, pero parecía triste, como si no lograra que la idea tomara forma.

Los protectores se miraron los unos a los otros mientras Dalia hablaba, y todos empuñaron con fuerza los báculos. Dalia captó sus miradas y dejó de hablar poco a poco.

—¿Qué? —acabó preguntando.

Los protectores desconectaron las agarraderas magnéticas que los mantenían

fijados al suelo del compartimento y se acercaron a ella. Lo repentino del movimiento la pilló por sorpresa y trastabilló hacia atrás hasta caer sentada. Los protectores se agruparon a su alrededor y el brillo verde de sus ojos relució con fuerza en el interior de sus capuchas.

—Empiezo a entender por qué nos enviaron a buscarte —dijo el protector.

—¿Ah, sí? ¿Os enviaron a buscarme? ¿A mí, a Dalia Cythera?

—Sí, Dalia Cythera. A Rho-Mu 31 lo enviaron para sacarte de Terra.

—¿Rho-Mu 31?

—Es nuestra denominación —le aclaró el protector.

—¿Cómo, de todos vosotros?

—De todos y cada uno de nosotros. Es la misma para todos.

—Vale, pero ¿por qué os enviaron a buscarme? —insistió Dalia.

—Nos enviaron a buscarte antes de que te ejecutaran.

—¿Ejecutarme? ¿Por qué? —exclamó ella.

—El magos Ludd invocó la Ley de la Complejidad Divina —le explicó Rho-Mu 31

—. Los individuos que reciben tal acusación llaman la atención de nuestra señora.

Dalia se quedó pensando unos momentos. Sus ojos se movieron con rapidez bajo los párpados mientras recordaba a qué se refería esa ley.

—Dejadme pensar... Trata sobre la creencia de que la estructura y el funcionamiento de cada máquina ha sido establecido por el Omnissiah, y que por tanto es algo divino... y que alterarlo es... Oh.

—¿Ves ahora por qué vinimos a buscarte?

—La verdad es que no —admitió Dalia—. Además, ¿quién es vuestra señora, y qué quiere de mí? No soy más que una transcriptora de memoraciones. No soy nadie importante.

Rho-Mu 31 hizo un gesto negativo con la cabeza. Luego cerró el puño y lo colocó sobre el engranaje de bronce y plata del extremo del báculo.

—Eres más de lo que crees, Dalia Cythera, pero eso, y mucho más, sólo te resultará evidente cuando conozcas a nuestra señora, la gran adepta Koriel Zeth. Señora de Ciudad Magma.

—¿Ciudad Magma? ¿Dónde está eso? —inquirió Dalia.

—En uno de los límites del Daedalia Planum, en la ladera sur del Mons Arsia —le informó Rho-Mu 31 al mismo tiempo que alzaba el báculo para tocar con la punta un panel opaco situado sobre el casco vibrante de la nave.

La superficie comenzó a iluminarse con una tenue luz parpadeante y cambió poco a poco. Se hizo cada vez más y más translúcida, hasta que fue prácticamente transparente.

A Dalia se le escapó una exclamación de asombro cuando la transformación quedó completa y vio con claridad lo que había al otro lado. El rostro se le iluminó con el brillo rojizo ardiente del planeta que se extendía bajo ellos. Su superficie estaba cubierta de fuego y de metal, y la atmósfera asfixiada por las nubes de contaminación. El planeta estaba abarrotado de construcciones industriales de tamaño gigantesco más grandes incluso que algunos continentes de la Vieja Tierra. El mundo entero parecía palpar con los golpes rítmicos de unos martillos monstruosos.

En las regiones montañosas del sur se alzaban columnas de fuego y pilares de hierro ciclópeos. Por el suelo se extendían entramados de acero reluciente que se asemejaban a grietas por las que salieran al cielo fragmentos de luz.

—¿Eso es...?

—Marte —le confirmó Rho-Mu 31—. El reino del Mechanicum.

Los proyectiles supersónicos atravesaron el grupo de servidores que se estaban alimentando de restos de los tecnoayudantes. Acabaron al instante con uno de ellos y a otro le arrancaron de cuajo las extremidades. Otros tres retrocedieron tambaleantes cuando los disparos arrancaron trozos de carne de sus cuerpos enflaquecidos. Sin embargo, siguieron sin caer al suelo. Sus cerebros dañados fueron incapaces de comprender la gravedad de las heridas que las armas del caballero de Cronus les habían infligido.

—Todos tuyos, Maven —dijo Cronus después de dejar de disparar.

—Me alegro de que hayas dejado algo para los demás —le contestó Maven.

Maven se colocó con el *Equitos Bellum* detrás de los servidores ensangrentados y la cuchilla de energía del puño derecho de la máquina de guerra trazó un arco descendente para atravesar a todos los supervivientes de un solo tajo. El viejo Stator acabó con los que quedaban con una ráfaga corta y precisa de disparos láser. Los cuerpos destrozados estallaron formando nubes de sangre vaporizada y metal abrasado.

Los tres caballeros, cada uno con una altura cinco veces superior a la de aquellas criaturas salvajes, se alzaban imponentes por encima del campo de batalla, aunque Maven sabía que llamarlo así era sobrestimar de un modo desproporcionado el

enfrentamiento que se había producido.

Los caballeros estaban protegidos por unas placas gruesas de ceramita y plásticero además de por varias capas de campos de energía con la potencia suficiente como para sobrevivir a los disparos de otras máquinas de guerra más poderosas. Los caballeros iban equipados con armas que eran capaces de matar a decenas de enemigos al mismo tiempo. Las placas de blindaje eran de un color azul marino oscuro, y en la hombrera de cada uno de ellos llevaban pintado el símbolo de una rueda que rodeaba a un relámpago.

Ese mismo símbolo se repetía en los estandartes largos y de color crema que ondeaban entre las piernas mecanizadas de las tres máquinas de guerra. Era el blasón heráldico de los Caballeros de Taranis.

Maven pilotaba el *Equitos Bellum*, una máquina honorable con una multitud de condecoraciones por combate que se había ganado en los primeros tiempos de la Gran Cruzada. Se había enfrentado a los enemigos del Imperio bajo una decena de cielos diferentes, e incluso había combatido al lado de los Salamandras del primarca Vulkan. El símbolo de un dragón de fuego grabado en la cabina en forma de calavera del caballero recordaba esa campaña, y Maven nunca se cansaba de contar relatos sobre aquella gloriosa campaña de combate.

Su diligente hermano de armas, Cronus, montaba en el *Pax Mortis*, y el viejo Stator pilotaba la majestuosidad augusta del *Fortis Metallum*. Las tres máquinas de guerra se habían ganado su parte de la gloria alcanzada en los campos de batalla del Imperio al marchar incluso por delante de los titanes, los dioses entre las máquinas.

Los Caballeros de Taranis eran célebres entre los guerreros de Marte por sus hazañas de combate y reverenciados por su lugar en la historia del Planeta, además de alabados por la sabiduría de sus comandantes.

Se sabía que incluso los poderosos príncipes de las legiones de titanes acudían a los señores de la orden en busca de consejo, ya que tanto lord Verticorda como lord Caturix compartían el mando y combinaban el valor de un guerrero con la calma de un diplomático.

—En nombre del Omnissiah, ¿por qué estamos en el culo del planeta masacrando a irnos servidores descontrolados? —se preguntó a sí mismo Maven en voz alta antes de recordar que la conexión del Colector seguía abierta entre los caballeros.

—Estamos aquí porque nos lo han ordenado, Maven —le replicó Stator—. ¿Te parece mal?



—En absoluto, preceptor —respondió Maven con voz contrita—. Sólo quería decir que me parece un desperdicio de fuerza. ¿Es que los protectores del magos Maximal no pueden realizar sus propias tareas de limpieza?

—No tan bien como lo hacemos nosotros —apuntó Cronus, aunque su respuesta sonó como si la acabara de sacar de un manual de entrenamiento. Maven frunció los labios en un gesto de desdén ante la respuesta aduladora de su hermano.

—Exacto, Cronus —confirmó Stator—. Nos han ordenado que protejamos este complejo de reactores y ese deber conlleva un honor, sin importar lo poco gloriosa que nos parezca la misión.

Maven vio la oportunidad de seguir discutiendo.

—Pero es que los Caballeros de Taranis marcharon antaño con la Gran Cruzada. Luchamos junto a héroes del Imperio, y ahora lo único que hacemos es acabar con servidores estropeados y enloquecidos que aparecen en los pallidus. No hay gloria alguna en esa misión.

—Hoy día, las amenazas que sufren las campañas del señor de la guerra requieren fuerzas más poderosas que nosotros —le explicó Stator, pero Maven notó la amargura que ocultaban sus palabras—. La Gran Cruzada ya casi ha terminado.

—¿Y qué nos quedará a nosotros? —quiso saber Maven, envalentonado por las palabras de Stator—. Debe de haber alguna expedición que nos necesite.

—Las expediciones no piden caballeros. Solicitan la ayuda de los titanes. Nuestra misión es proteger Marte y mantener las tradiciones de nuestra orden, y una de esas tradiciones es cumplir las órdenes. ¿Lo has entendido, Maven?

—Sí, preceptor.

—Y ahora, acabemos con el barrido de la zona y asegurémonos de que no quedan más. Maximal necesita que estas instalaciones trabajen con seguridad, y lord Caturix le juró que así sería.

Maven suspiró y se dirigió con su caballero hacia donde los cables de energía, que no dejaban de zumbir, sobresalían del suelo duro y anaranjado. Los cadáveres de los tecnoayudantes y de los forjadores que habían enviado para arreglar los daños yacían sobre charcos de su propia sangre, que ya estaban solidificándose debido al calor que surgía del reactor de fusión que se encontraba un poco más atrás, en el cañón.

—Comprueba si queda alguno más ahí, Cronus —le ordenó Stator—. Normalmente suelen cazar en grupos de mayor tamaño que éste.

—A la orden, preceptor —le contestó Cronus para después pasar con su caballero

por encima de los cadáveres de los servidores muertos y atravesar el hueco abierto en la valla de alambre de espino que rodeaba al reactor.

El piloto hizo subir la máquina por la ladera pedregosa para comprobar el terreno situado detrás de un grupo de peñascos. Maniobrar con un vehículo tan grande como un caballero en un terreno tan desigual era algo extremadamente difícil, y Maven tuvo que reconocer que su hermano era un piloto de una habilidad admirable.

La parte superior del cuerpo del *Fortis Metallum* giró sobre la articulación central de la cintura para encararse hacia Maven, y aunque no se podía ver el rostro del preceptor a través del visor rojo de la cabina, notó su mirada ceñuda al otro lado de las rendijas que brillaban con suavidad.

—Permanece atento a nuestra retaguardia por si alguno ha logrado escabullirse entre nosotros —le ordenó Stator con un tono de voz que volvía a ser tan inflexible y severo como la postura de su máquina—. Te haré responsable de ello si lo han hecho.

—Sí, preceptor. Me pongo a ello.

Era un axioma marciano que si un guerrero y una máquina pasaban conectados el tiempo suficiente, comenzaban a adquirir rasgos de personalidad el uno del otro. *Fortis Metallum* era una máquina antigua, irascible, agresiva y carente por completo de compasión alguna.

Era la máquina perfecta para Stator.

Maven había conocido a incontables pilotos de titanes y era fácil saber a los pocos segundos de hablar con ellos qué clase de máquinas tenían bajo su mando.

Los pilotos de los Warhounds eran individuos agresivos, atrevidos como lobos, mientras que los pilotos de los titanes de batalla eran guerreros arrogantes y egocéntricos que a menudo parecían despreciar a los que los rodeaban.

Maven sabía que un comportamiento semejante era comprensible, ya que era natural que marchar a la guerra tan por encima del campo de batalla y disponer de un poder destructivo tan inmenso aumentara el ego de cualquier persona, pero también era una defensa necesaria para impedir que la personalidad de la máquina se impusiera a la de su comandante.

Maven hizo caminar de espaldas a su caballero en una demostración de habilidad y contempló cómo Stator se volvía para seguir a Cronus a través de los restos destrozados de la valla de seguridad.

Un caballero era de un tamaño mucho menor al de un titán, pero la mecánica de su estructura y sus sistemas operativos no eran menos increíbles. El titán disponía de una

tripulación que se ocupaba de todos sus sistemas: un servidor para encargarse de cada montaje de armas, un piloto para conducirlo, un tecnosacerdote para ocuparse de su corazón belicoso, un moderador para ocuparse de la tripulación y un princeps para estar al mando de todo.

Un caballero era la combinación perfecta de carne y metal, una máquina de guerra bajo el mando de un único piloto, un guerrero que poseía la confianza necesaria como para manejar su poder, pero también la humildad de saber que, a pesar de ese poder, no era invencible.

Maven retrocedió hacia el complejo del reactor y abrió el campo de exploración del auspex para captar la presencia de cualquier servidor salvaje que se hubiera separado del grupo principal, aunque sospechaba que no encontraría ninguno, y aunque lo hiciera, ¿qué amenaza representaban unos pocos servidores?

Los servidores que habían quedado averiados o inutilizados de forma irreparable, o aquellos cuya cirugía craneal no había funcionado, eran arrojados a menudo a los pallidus, que era el nombre que se le daba a las zonas tóxicas y desiertas que se extendían entre las forjas marcianas. La inmensa mayoría morían, pero algunos conseguían sobrevivir, aunque llamar vida a su existencia era exagerar mucho.

La mayor parte de ellos se limitaba a intentar seguir cumpliendo la tarea para la que fueron programados y recorrían sin cesar el terreno desolado mientras sus cerebros quemados seguían sin comprender que ya no estaban en servicio activo.

En algunos casos, el daño cerebral que sufrían les permitía un leve y frágil grado de autonomía, y esas criaturas desgraciadas sobrevivían devorando a los muertos. Muchas se reunían en grupos sin objetivo ni líder e infestaban las instalaciones del Mechanicum atraídas por el calor y la energía, donde atacaban a los operarios y robaban energía para continuar con su existencia penosa.

A aquellas criaturas había que exterminarlas, lo que hizo que Maven volviera a pensar en ello.

Alzó la cabeza y el caparazón craneal del caballero imitó fielmente el gesto. Los riscos que rodeaban el reactor estaban vacíos y desolados. Las cimas volcánicas rojizas estaban tapadas en parte por las nubes de polvo arrastradas por los vientos altos que se canalizaban a lo largo de las fosas septentrionales.

El núcleo de la instalación del reactor se encontraba a unos seiscientos metros del perímetro de la valla de alambre que lo rodeaba. Se trataba de una serie de entramados complejos de tubos, de cables y de torres de antena que no cesaban de emitir

chasquidos. En mitad de aquel entramado se alzaba una estructura gigantesca en forma de cúpula, con la superficie cubierta de conexiones y de tubos de ventilación. El aire se ondulaba alrededor del edificio, y del mismo surgían ondas intensas de calor y de electromagnetismo que avanzaban en oleadas.

La fisura que recorría la Fossae Gigas estaba salpicada por numerosos reactores de fusión, pero la instalación que se encontraba en las laderas pedregosas que rodeaban el cráter de impacto Patera Ulysses era la de mayor tamaño, y la había construido el magos Ipluvien Maximal.

El adepto Maximal era uno de los magos de rango superior de Marte, y sus reactores de fusión proporcionaban energía a muchas forjas vasallas que se encontraban a lo largo y ancho de las tierras altas de Tharsis. Ese tipo de acuerdos eran muy comunes en el planeta rojo. Los antiguos tratados unían a los clanes y a las forjas en una serie de pactos de protección y apoyo recíprocos que permitían a aquellos grupos con unas necesidades enfrentadas coexistir de un modo pacífico. Además de forjas aliadas, Maximal había intercambiado juramentos de fidelidad y de apoyo con cierto número de órdenes guerreras, incluidas muchas de las legiones titanes más respetadas.

—Así que, ¿por qué no son ellos los que están aquí? —murmuró para sí mismo—. Porque están demasiado ocupados discutiendo entre sí, por eso.

Maven se sacó de la cabeza las tensiones en aumento que sacudían a Marte y siguió adelante dirigiendo de un lado a otro el auspex mediante el giro rítmico del torso. Pulverizaba sin cesar los peñascos que pisaba debido al tremendo peso de la máquina. Tenía que explorar cada ruta de acercamiento al complejo del reactor, y aunque Stator no cumpliría su amenaza del todo, sí que se lo haría pasar mal si no detectaba a alguno de aquellos servidores y le permitía alcanzar el complejo.

Notó cómo las rocas se partían bajo los pies del *Equitos Bellum*. Tenía la impresión de que su cuerpo y sus sentidos aumentaban hasta tener el tamaño del caballero. Las escuadras de protectores del Mechanicum, desplegadas en el perímetro del complejo del reactor, lo vieron e hicieron una reverencia simultánea para mostrar su respeto al caballero, que siguió avanzando con un paso pesado que hacía estremecer el suelo.

Los operarios y los servidores se afanaban en mantener en funcionamiento el reactor. Se movían con lentitud y cierta torpeza debido a los trajes reforzados de protección medioambiental. Un transformador gigantesco chasqueaba cada vez que

emitía descargas de energía. Numerosos cables de varios metros de grosor y una red de torres de conducción lo unían al reactor. El transformador no dejaba de soltar rayos de color azul que recorrían los tubos a lo largo de su parte visible antes de que se hundieran en el regolito y la roca en dirección a sus puntos de destino, situados por todo el cuadrante de Tharsis.

Maven parpadeó cuando sintió un temblor en la lectura del auspex, una imagen fugaz de algo que se movía al otro lado del reactor. Concentró toda la atención en esa parte de la pantalla interior de la cabina y aumentó la resolución en un intento de ver con claridad lo que estaba captando.

—¡Sangre de la Máquina! —musitó cuando el auspex detectó algo grande, algo que emitía una señal de energía electromagnética semejante a una araña y que era mucho más potente que la de un servidor. Por un breve instante le pareció que iba acompañada de muchas otras señales.

Unos instantes después, la señal parpadeó y desapareció como si jamás hubiera existido.

Le llegaron nuevas señales fantasmales, y Maven no tuvo claro por un momento si había captado algo o no.

El auspex de un caballero está conectado directamente a los sentidos de su piloto mediante una conexión en la espina dorsal, por lo que interpretar el flujo de señales que se captan es de por sí un arte, una mezcla de intuición y de hechos palpables. Además, en aquella zona era muy difícil estar seguro de nada, ya que los destellos de energía y los escapes de radioactividad del reactor entorpecían enormemente la comprobación de las lecturas del auspex.

Un momento después, la señal en forma de araña apareció de nuevo, y ya no lo dudó más.

Allí fuera había algo, y no se comunicaba por ninguno de los canales propios.

—Preceptor, creo que he captado algo.

—Define «algo», Maven —respondió la voz del preceptor Stator.

—No estoy seguro, pero la señal procede del otro lado del complejo del reactor.

—¿Son más servidores? —preguntó Cronus.

Maven se mordisqueó el labio inferior y deseó con todas sus fuerzas que el auspex captara de nuevo la señal para poder informar de algo más concreto, pero la parte del Colector dedicada a los sensores se mantuvo constante y sólo transmitió la radiación de trasfondo de la zona.

A pesar de ello, estaba seguro de que fuera lo que fuese Lo que acechaba allí fuera era algo más que unos simples servidores salvajes.

—No. Es algo más grande.

La nave estelar se inclinó sobre un lado cuando el piloto ajustó el ángulo de descenso que le permitiría entrar en la atmósfera de un modo seguro. El panorama que se veía a través del panel que Rho-Mu 31 había transformado en una superficie transparente se alejó y Dalia dio unos cuantos golpecitos con los nudillos sobre ella.

—Supongo que no es cristal —comentó—. ¿Qué es?

—Acero fotomaleable —le contestó Rho-Mu 31—. Una descarga de energía de mi báculo altera la estructura de los enlaces moleculares del interior del metal y permite el paso de ciertas ondas del espectro de luz.

—Jamás oí hablar de nada parecido —musitó Dalia, asombrada por las posibilidades que abría la existencia de semejante material.

—Pocos fuera de Ciudad Magma lo conocen. Es una creación de la adepta Zeth.

Dalia asintió y volvió a concentrarse en lo que se veía al otro lado del panel de metal transparente. En cuanto lo hizo, contempló asombrada una serie de estructuras gigantescas. Eran demasiado grandes como para que fueran la creación de unas simples manos humanas.

Unas construcciones orbitales colosales llenaban el cielo que rodeaba a Marte. Se trataba de una sucesión casi continua de astilleros gigantescos y de instalaciones de construcción. Dalia pegó la cara al panel, que estaba muy frío, y dobló el cuello todo lo que pudo para intentar contemplar hasta dónde se extendía aquella aglomeración increíble. Por mucho que se esforzó, no logró ver el otro extremo de la fila de astilleros relucientes. Uno de los extremos del arco se perdía más allá de la vista por encima de la nave en la que viajaba, y el otro desaparecía tras la curva del propio planeta rojo.

—El Anillo de Hierro —le informó Rho-Mu 31—. Las flotas exploradoras originales se construyeron en estos astilleros, y también buena parte de las flotas expedicionarias.

—Es gigantesco —comentó Dalia, y se fustigó a sí misma por expresar algo tan obvio.

—Son los astilleros espaciales de mayor tamaño de toda la galaxia, aunque son las instalaciones de Júpiter las que botarán la nave más grande que jamás se haya

construido, la *Abismo Furioso*.

Dalia captó un tono de orgullo herido en la voz de Rho-Mu 31, y sonrió ante la idea de que un servidor del Mechanicum fuera capaz de mostrar envidia. Volvió a centrar la mirada en lo que se veía al otro lado del casco de la nave y se fijó en los destellos procedentes del Anillo de Hierro, donde Las huestes de operarios procedían a la construcción de nuevas naves.

—¿Qué es eso? —preguntó al mismo tiempo que señalaba lo que parecía ser una nebulosa de polvo y de partículas reflectantes que flotaba justo sobre el horizonte.

—Eso son los restos de una instalación de construcción activa —le informó Rho-Mu 31—. Las últimas naves que se han construido acaban de partir.

—¿Hacia dónde se dirigen? —quiso saber Dalia, ansiosa por enterarse de a qué lugar remoto se dirigirían las naves.

—En un principio estaban destinadas a la Flota Solar, pero el señor de la guerra dio nuevas órdenes y ahora se dirigen a formar parte de la campaña en Istvaan —le explicó Rho-Mu 31.

Dalia también captó la desaprobación en la voz de Rho-Mu 31, como si uno de los mayores pecados posibles fuera un cambio en las órdenes y la alteración de todo el procedimiento establecido con anterioridad.

—Mira, allí se encuentra la flota a la que tendría que haberse unido —le indicó Rho-Mu 31 mientras señalaba hacia unos anclajes situados por encima de ellos.

Dalia se quedó con la boca abierta al ver las poderosas naves de combate de la Flota Solar.

La tremenda distancia hacía que la flota pareciera pequeña, pero el hecho de que fuera capaz de reconocer a las naves y de identificarlas de forma individual le indicó a Dalia que tenían un tamaño gigantesco. Desde donde ella estaba parecían largas puntas de flecha con proas angulosas como arados y grandes cascos con la forma de palacios góticos que hubieran sido arrojados al vacío, donde habían tomado forma de naves espaciales.

No tardó en perderlas de vista cuando las llamas comenzaron a envolver la nave en la que viajaba. El calor de atravesar la atmósfera de Marte recorrió ondulante el casco blindado de la nave. Dalia sintió una mano tranquilizadora sobre el hombro, una mano pesada y metálica que la aferró con firmeza mientras la nave continuaba con su descenso.

Las llamas y la distorsión provocada por el calor no tardaron en impedirle ver

nada más, pero a los pocos minutos todo eso desapareció y Dalia contempló la superficie de Marte en toda su gloria.

Vio ciudades de acero inmensas, más grandes y esplendorosas que cualquiera de las colmenas de Terra. Surgían de la superficie como monstruos de tamaño inimaginable que no cesaban de vomitar fuego y humo al aire. Lo seguían llamando el planeta rojo, pero no quedaba apenas nada de su superficie que mantuviera esa tonalidad. Las montañas habían quedado cubiertas de metal y de luz, y las ciudades y los distritos se extendían por las cimas y las planicies del mundo bautizado con el nombre de un dios de la guerra olvidado mucho tiempo atrás.

Unos chorros de luz centelleante serpenteaban por las escasas zonas llenas de cráteres y sin construcciones que se extendían entre las conturbaciones increíblemente amplias. Eran las rutas de tráfico y las líneas levmag. Unas pirámides inmensas de cristal y de acero se alzaban como tumbas de dioses olvidados.

—He leído cosas sobre Marte, pero jamás creí que llegaría a verlo —musitó Dalia—. Contemplar tantas cosas maravillosas en tan poco tiempo es algo que sobrecoge.

—Los sacerdotes de Marte no aceptan de buen grado las visitas. Creen que el suelo de Marte es sagrado.

—¿La idea de que algo es sagrado no estaba... bueno, no estaba prohibida?

—En cierto modo, sí —admitió Rho-Mu 31—. El Emperador ha impuesto la idea de que la creencia en dioses es una equivocación y una falsedad, pero una de las condiciones del Tratado de Olympus es que juró aceptar no interferir en nuestras sociedades y costumbres cuando Marte y Terra se unieran.

—Así pues, ¿el Mechanicum cree en un dios?

—Es una pregunta con una respuesta nada fácil, Dalia Cythera. No creo en la fe, pero no me preguntes más, porque vamos a aterrizar y tendrás que agarrarte a algo con fuerza.

Dalia asintió al mismo tiempo que la nave viraba con brusquedad. Observó cómo el planeta giraba enloquecido cuando el piloto rodeó una pirámide reluciente bañada en luz y rematada en el extremo por el relieve de un ojo.

—El Templo de Todo el Conocimiento —le dijo Rho-Mu 31, anticipándose a su pregunta.

Dalia sintió que el estómago se le subía a la garganta cuando la nave descendió de repente y una cortina espesa de humo amarillo tapó la visión del exterior.

Atravesaron el humo durante bastantes horas hasta que desapareció de la misma



forma repentina que había surgido. Dalia lanzó un grito de terror cuando vio que se dirigían en línea recta hacia la ladera de color negro vítreo de una montaña inmensa.



## CAPÍTULO 2

El estómago de Dalia volvió a dar otro salto cuando la nave ascendió con rapidez y subió por el aire en un ángulo empinado mientras la ladera negra seguía acercándose a una velocidad terrorífica. La cima de la montaña estaba envuelta por una nube de humo sulfuroso y la nave se adentró en ella. Dalia cerró los ojos mientras esperaba morir en cualquier momento cuando la nave se estrellara contra la roca inamovible.

Abrió por fin los ojos tras unos largos momentos cuando el temido impacto no se produjo. Miró sin respirar a través del panel transparente del costado de la nave. Bajo ellos burbujeaba de forma incesante un mar de lava roja y reluciente. El corazón volcánico del planeta palpitaba en el interior de aquella montaña gigantesca.

La visión de la caldera del volcán rieló debido al increíble calor que emitía la lava, y aunque Dalia estaba aislada de aquella temperatura inconcebible para ella, sintió un calor desagradable simplemente con mirar a la roca fundida.

—Mons Arsia —dijo Rho-Mu 31—. Un volcán apagado que el Mechanicum ha reactivado para que le sirva en sus propósitos.

—Es increíble —musitó Dalia mientras contemplaba el otro extremo de la caldera, donde una inmensa estructura urbana industrial, construida a partir de lo que parecía ser acero y piedra ennegrecida, se alzaba desde la lava como el costado de una nave estelar sumergida. Unas puertas gigantescas se hundían humeantes en el magma, y unos pistones inmensos de ceramita reluciente siseaban y chasqueaban a medida que subían y bajaban. Las nubes de vapor hipercalentado rugían y siseaban como si fueran el aliento de una hueste de grandes dragones, y Dalia se percató de que se elevaban hasta sobrevolar la estructura de extraña forma.

Una vez estuvo más cerca, se dio cuenta de verdad de su enorme tamaño y complejidad. Una serie de canales de inundación, de desagües y de compuertas de presión mantenían en movimiento a la lava y hacían que circulara por el sistema que alimentaba aquel paisaje increíble del otro lado del volcán.

La lava del volcán se deslizaba encauzada por las laderas de la montaña hacia unos abismos de cientos de metros de ancho y alimentaba una laguna artificial enorme, un mar interior de roca fundida sibilante, bullente y brillante.

Ciudad Magma se alzaba sobre ese mar. Era una ciudad increíble...

Dalia notó cómo se quedaba sin aliento al contemplar la inmensa forja, sin duda los dominios del ama de Rho-Mu 31, la adepta Koriel Zeth.

Por toda la superficie burbujeante y llameante se alzaban torres cilíndricas ennegrecidas que estaban acompañadas sobre el magma por estructuras gigantescas con forma de pirámides truncadas en la parte superior que vomitaban fuego y vapor de forma incesante. Las carreteras serpenteantes, las avenidas, las plazas abiertas, los muelles amplios y los grandes complejos industriales se extendían por encima de calor asfixiante de la lava en un claro desafío del inconmensurable poder sometido del fuego fundido del corazón del planeta.

Una vía dorada trazaba un recorrido hacia una gran estructura plateada situada en el centro de la metrópolis colosal, pero la perdió de vista con rapidez cuando la nave siguió descendiendo. Unos gruesos muros de contención contruidos con piedra negra rodeaban la laguna y le daban el aspecto de un cráter lleno de lava. Detrás de ellos se veía una llanura extensa cubierta de subcolmenas, zonas de habitáculos, campos de aterrizaje, pistas y torres de control que parecían soportar el peso de las laderas del propio volcán, semejantes a murallas.

Ejércitos de contenedores de costados de acero se extendían hacia fuera partiendo del perímetro de Ciudad Magma. Eran rascacielos altísimos que almacenaban material ya fabricado: armas, municiones y suministros producidos en las forjas de Marte para los ejércitos de conquista del señor de la guerra.

Las flotas de naves gigantescas llenaban el cielo por encima del espaciopuerto, y sus elementos ascendían y descendían sobre la superficie de Marte como una procesión de acero y de retrocohetes. Cada una de las naves tenía como destino mundos muy alejados del Sistema Solar, y eran tan valiosas para la Gran Cruzada como cualquiera de sus guerreros o las naves de combate.

Un bosque de grúas giraba y crujía por encima del depósito de contenedores. Los

brazos de contrapeso se movían con rapidez, y entre todos formaban un ballet intrincado al mismo tiempo que un ejército de servidores, cargadores y transportes de contenedores se adentraban en las entrañas de las gigantescas naves de transporte y las llenaban hasta abarrotarlas.

Dalia se mantuvo agarrada a la viga de la nave cuando esta giró en dirección a una de las plataformas de aterrizaje que albergaba la ciudad. Era una cruz de luz llamativa situada sobre un disco de metal que sobresalía por encima de la lava. El exterior visible a través del panel de acero fotomaleable rieló debido al calor, y Dalia se dio cuenta de que comenzaba a tener náuseas debido a la desorientación.

Rho-Mu 31 pegó la punta del báculo a la pared de la nave y el panel transparente se volvió opaco de nuevo. El casco comenzó a vibrar y a chirriar mientras descendían a través de las tremendas y abrasadoras corrientes térmicas ascendentes.

—¿No se ha estrellado ninguna nave aquí? —preguntó Dalia, a sabiendas de que en un accidente que se produjera allí no habría supervivientes—. Me refiero a que si no ha caído ninguna nave a la lava.

—A veces —admitió Rho-Mu 31—. Pero es mejor no pensar en ello.

—Demasiado tarde —murmuró Dalia.

El sonido de los motores de la nave pasó de ser un rugido bajo a un aullido agudo: los cohetes de descenso se habían activado para corregir la desviación provocada por las fuertes corrientes de aire. Era evidente que el piloto tenía problemas para hacer descender la nave hasta la plataforma de aterrizaje. Dalia cerró los ojos mientras intentaba no pensar en lo que ocurriría si caían en la lava.

Se esforzó por no imaginarse el magma arrancándole la carne de los huesos después de que el humo la asfixiara y el insoportable dolor mientras contemplaba cómo su propio cuerpo se desintegraba ante sus ojos. Por supuesto, sabía que no viviría tanto como para experimentar nada de aquello, pero su mente disfrutaba atormentándose a sí misma con aquellas visiones horribles de la catástrofe.

Dalia inspiró profundamente y se obligó a sacarse aquellas imágenes de la cabeza, y tuvo que luchar para evitar que se apoderaran de su mente. Sintió un golpe en la panza de la nave y abrió los ojos de golpe.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha ocurrido?

Rho-Mu 31 la miró con gesto extraño, y aunque la máscara de bronce ocultaba sus rasgos, Dalia notó lo mucho que le divertía ver su pánico.

—Nada, sólo que hemos aterrizado —le contestó.

Dalia soltó un jadeo entrecortado de alivio y se sintió agradecida hasta el patetismo por estar en *terra firma* de nuevo... aunque quizá debería decir en *mar-te firma*. Tras pensar en aquello, se preguntó cuán sólido podía considerar a un terreno que estaba asentado sobre un océano de roca líquida que podía convertirla en cenizas en un abrir y cerrar de ojos.

El siseo de unos chorros de gas le llamó la atención. La rampa de la parte posterior de la nave comenzó a abrirse con un chirrido de pistones. Una vaharada de aire caliente invadió el compartimento y Dalia jadeó ante aquel calor repentino. La frente se le cubrió enseguida de gotas de sudor y la boca se quedó sin saliva en un instante.

—¡Por el Trono, es un calor infernal!

—Hemos de agradecer la existencia de los disipadores de calor y de los separadores de gases —apuntó Rho-Mu 31—. Si no fuera por ellos, la temperatura y los gases de este lugar acabarían contigo en pocos instantes.

Dalia asintió y siguió a Rho-Mu 31 cuando éste salió de la nave estelar. Los demás miembros de la escuadra se colocaron detrás de ella mientras bajaba por la rampa. Tuvo que protegerse los ojos ante el brillo cegador de la lava y el resplandor del cielo de color óxido. Se dio cuenta de que tras pasar más de un día en las entrañas de una nave estelar estaba ansiosa por ver el cielo de nuevo. Incluso una escriba como ella, acostumbrada a trabajar en el interior de la Librarium Technologica, siempre había podido ver un pedazo de cielo a través de los grandes ventanales.

El cielo del planeta estaba lleno de nubes bajas y era amenazador, y también estaba cargado de partículas que subían procedentes de las refinerías envueltas en llamas que se veían a lo lejos. Aunque sabía que las nubes que se agolpaban en la lejanía no tenían nada que ver con el tiempo atmosférico, sino que eran contaminación, Dalia no pudo evitar estremecerse al verlas amontonadas sobre el horizonte como una amenaza latente.

Unas rejas altas rodeaban la plataforma de aterrizaje, y unos elevados postes plateados salpicaban la barrera cada pocos metros a intervalos regulares. Cada uno de ellos estaba rematado por artefactos siseantes y chasqueantes. Supuso que se trataba de los disipadores de calor y los separadores de gases de los que le había hablado Rho-Mu 31. Los extremos estaban ocultos por una nube de vapor que se arremolinaba alrededor.

Todos los postes tenían acopladas una serie de tuberías goteantes que se hundían en el suelo de la plataforma para disipar el calor en algún otro lugar.

—Debe ser necesaria una tremenda cantidad de energía para dispersar semejante calor —comentó al mismo tiempo que señalaba los artefactos que remataban los postes plateados—. ¿Qué método se utiliza para filtrar los gases tóxicos del aire? ¿Membranas sintéticas, absorción o destilación criogénica?

—¿Sabes de esos temas? —le preguntó Rho-Mu 31.

—Bueno, en realidad he leído sobre ellos —le aclaró Dalia—. Unos cuantos de los viejos textos rescatados de las ruinas de los desiertos mericanos lo mencionaban, y como me ocurre con todo lo que leo...

—Se quedó grabado en un archivo de tu memoria como un dato que se podría utilizar más adelante.

—Supongo que sí —confirmó Dalia, un poco avergonzada por el tono de reverencia que notó en su voz.

Apartó la mirada al percatarse de la presencia de un vehículo de color ocre que había surgido de una de las estructuras más cercanas, una torre de metal negro, y que se dirigía hacia ellos. Avanzaba sobre una serie de patas delgadas parecidas a zancos con un paso mecánico y rápido, como un ciempiés rechoncho. Cuando estuvo más cerca, Dalia vio el cuerpo de un servidor acoplado y conectado a la sección frontal del vehículo, en el lugar donde habitualmente se sentaría el conductor.

El vehículo se detuvo a su lado y la multitud de patas se doblaron sobre sus propios ejes centrales para hacerlo descender hasta el suelo.

Rho-Mu 31 abrió una puerta del costado del vehículo y le indicó a Dalia que subiera a bordo. Ella se apresuró a entrar en el vehículo centípedo y se sentó en el banco metálico adosado a una de las paredes. Sintió una oleada de emoción por todo el cuerpo al pensar que estaba a punto de viajar en un medio de transporte tan extraño.

Rho-Mu 31 se sentó a su lado, pero los demás protectores se quedaron fuera.

—¿Adónde vamos? —preguntó mientras el vehículo se alzaba sobre las patas y se ponía en marcha de nuevo con aquel peculiar andar ondulante en dirección a la torre oscura.

—Vamos a ver a la adepta Zeth —le contestó Rho-Mu 31—. Está impaciente por conocerte.

—¿A mí? ¿Por qué? No lo entiendo. ¿Qué puede querer de mí?

—Basta de preguntas, Dalia Cythera —le advirtió Rho-Mu 31, aunque no de un modo desagradable—. La adepta Zeth no hace nada si no es con un buen motivo, y tú

estás aquí por algún motivo. Será ella quien decida la clase de servicio que le prestarás.

El vehículo caminante se detuvo cerca de la torre de metal negro. Dalia miró de nuevo a las nubes que se arremolinaban y notó que una leve oleada de miedo se sobreponía al asombro que senda ante la visión de tantas maravillas nuevas e increíbles.

La habían llevado hasta Marte por algún motivo, pero ¿cuál era ese motivo? ¿Viviría lo suficiente como para arrepentirse de haber realizado aquel viaje?

La sombra de la torre la engulló, y Dalia se estremeció a pesar del tremendo calor.

El primer aviso que tuvo Maven fue la explosión del transformador, que lanzó una cascada de chispas y una feroz descarga de electricidad. Una andanada de disparos láser, semejante a un millar de relámpagos lanzados por las rocas, atravesó las espirales metálicas y las licuó en un instante. La pantalla de la cabina se oscureció para protegerlo del resplandor y evitarle la ceguera, pero antes de que el transformador estallara, tuvo un fugaz atisbo del agresor.

Tenía el mismo tamaño que el *Equitos Bellum*, era esférico y parecía fuertemente blindado. Disponía de un par de armas monstruosas montadas en los brazos que le colgaban de los costados, y por encima de los hombros se veía una multitud de tentáculos metálicos y flexibles que se asomaban igual que colas de escorpiones.

En la parte frontal brillaba un trío de glóbulos convexos como si fueran ojos malignos. Aquella luz amarillenta relucía con un fulgor lleno de odio y de muerte. El calor blanco de la explosión ocultó al atacante anónimo, y para cuando el resplandor disminuyó y los sentidos automáticos del caballero se recuperaron, la máquina de guerra había desaparecido.

El *Equitos Bellum* entró en disposición de combate sin ni siquiera pensarlo. Los generadores de las armas pasaron de apagado a encendido automático. Las células de energía que impulsaban al vehículo pasaron a modo de batalla. Echó de inmediato al caballero hacia un lado y se agachó un poco al ver decenas de figuras que surgían de entre las rocas y con las armas en alto.

Entrecerró los ojos al reconocerlos. Eran escuadras de protectores, siervos de los adeptos de Marte. La situación realmente se estaba complicando.

—¡Stator! ¡Cronus! ¿Estáis viendo esto?

—Afirmativo —le contestó Stator—. Abre fuego a discreción contra la fuerza

enemiga. Enseguida llegamos.

—¿Fuerza enemiga? —replicó Maven entre dientes—. ¡Son protectores!

—Están atacando una instalación que hemos jurado proteger. ¡Dispara de una vez!

Maven soltó una imprecación en voz baja y se encogió de hombros. La enorme masa del *Equitos Bellum* intentó imitar el gesto al mismo tiempo que él la dirigía hacia el combate. Se inclinó hacia delante en su asiento de mando, levantó los brazos y giró la cabeza a su alrededor en busca de la máquina de guerra enemiga.

Se preguntó qué sería. ¿Se trataría de alguna clase de robot de combate, o quizá de un autómatas controlado por un servidor?

Maven se estremeció al recordar la luz muerta de los glóbulos sensores de la máquina. Había tenido la impresión por un instante de que lo estaban evaluando, y que luego lo había desestimado como amenaza. Aquella idea lo había enfurecido, y sintió la ira del *Equitos Bellum* entremezclarse con la suya en un deseo de acabar con los atacantes.

Los protectores, cubiertos con capas grises, avanzaron por el complejo del reactor con paso incesante, y en su camino abatieron a los servidores inermes con rápidas ráfagas de disparos láser para luego enfrentarse a los protectores de Maximal, que se dispusieron a defender la propiedad de su señor.

Maven disparó una andanada de fuego láser con el brazo derecho y el suelo quedó cubierto de una serie de torbellinos de metal y tierra. Los cuerpos destrozados de sus enemigos salieron disparados por el aire y un grupo de oponentes quedó reducido a estallidos de carne quemada y sangre hervida.

Le respondió una descarga de disparos y se encogió en un gesto de dolor cuando notó que una de las pantallas de energía se desactivaba. Al igual que un titán, un caballero disponía de una serie de escudos de energía para protegerse, pero mientras que el reactor de un titán era capaz de recargar cada cierto tiempo los escudos desactivados, la batería del caballero no podía hacer lo mismo. El *Equitos Bellum* era inmune a la mayoría de las armas individuales, pero los protectores habían combinado todos los disparos de un modo efectivo y con una exactitud en el tiempo que indicaba la existencia de una comunicación interna de combate.

Otro escudo parpadeó antes de desaparecer. Maven hizo girar la máquina de guerra para enfrentarse a la nueva amenaza: una escuadra de protectores equipados con unas armas de energía de cañón largo. Maven distinguió unas cintas plateadas alrededor del cráneo de cada uno de los protectores, y reconoció los componentes de



una red de puntería.

Dio un paso a un lado al mismo tiempo que un rayo de luz abrasadora surgía de cada una de las armas de los protectores para luego unirse a los demás en el mismo punto donde el caballero se encontraba un momento antes. Disponía de escasos segundos para actuar.

Las armas de Maven dispararon una tormenta de luz y envolvieron a los protectores en un torbellino de fuego que los arrasó en un instante y no dejó apenas resto alguno. Avanzó y dejó atrás los restos en llamas del transformador, que no dejaba de lanzar chorros de chispas mientras en su interior destrozado se producían explosiones secundarias.

Se preguntó dónde demonios estaría la máquina de guerra que había hecho aquello. También dónde, en nombre de Taranis, se encontraban Stator y Cronus.

Una explosión lanzó una espesa columna de humo hacia el cielo desde el interior del complejo. Maven giró y se dirigió con el *Equitos Bellum* hacia allí. Las pesadas zancadas hacían que el suelo se estremeciera con cada uno de los pasos que daba. Sonó el rugido de otra explosión y Maven hizo que el caballero rodeara la curva de la cúpula del reactor. En cuanto terminó de hacerlo vio que su oponente estaba de espaldas a él y que no cesaba de disparar chorros de plasma que atravesaban el blindaje de la cúpula del reactor.

El vehículo era enorme, casi el doble de ancho que de alto, y estaba equipado con un despliegue terrorífico de armas. Maven reconoció algunas de ellas, mientras que otras le resultaron completamente desconocidas. El medio de locomoción de un caballero eran sus piernas, pero aquella máquina se desplazaba sobre unas unidades orugas pesadas, y las cadenas estaban cubiertas de los restos sanguinolentos y aceitosos de los desgraciados servidores que había aplastado bajo su peso.

De las paredes de la cúpula del reactor se desprendían placas de blindaje fundido como si fueran hojas de papel quemado. Maven se dio cuenta de que el blindaje que protegía la furia llameante de la fusión no tardaría en desaparecer. Las sirenas aullantes y las luces de emergencia parpadeante avisaban de lo que se avecinaba.

A Maven le dio la impresión de que pesar del estruendo de las pisadas del caballero, su oponente no parecía haberse percatado de su presencia. Desvió toda la energía de los sistemas que no eran vitales y se dispuso a disparar.

Uno de los tentáculos metálicos giró sobre su montura de acoplamiento y Maven tuvo la sensación inquietante de que lo estaba mirando fijamente. De forma inmediata,

las armas que no estaban ocupadas en convertir las placas de blindaje del reactor en metal fundido se giraron para apuntarle.

Maven abrió fuego al mismo tiempo que la máquina de guerra atacante. Sus láseres impactaron contra cierto número de campos de energía antes de arrancarle uno de los brazos con armas. Los disparos de respuesta le dieron de lleno en el pecho al *Equitos Bellum* y disiparon su último campo de energía protector para luego atravesarle el blindaje. Un rugido de agonía resonó en el Colector y Maven chilló a la vez que se llevaba las manos al pecho, como si hubiera recibido la herida en su propia carne.

El caballero trastabilló y Maven se esforzó por controlarlo en mitad de un dolor atroz que le sacudía cada terminal nerviosa. Logró desvincularse del tremendo daño que había sufrido el *Equitos Bellum* y se le aclaró la vista a tiempo de ver que su enemigo se disponía a disparar de nuevo.

Maven se echó a un lado y bajó un hombro un momento antes de que un rayo de luz abrasadora atravesara el espacio que los separaba y le atravesara el borde del blindaje de la hombrera. Torció la boca en un gesto de dolor, pero el daño era superficial. Apuntó con el brazo armado y disparó un nuevo chorro de rayos láser contra la espalda de su enemigo.

—¡Ya te tengo! —gritó mientras los impactos acribillaban a la máquina.

El grito se le quedó atascado en la garganta cuando vio que los disparos no le habían causado absolutamente ningún daño.

Una envoltura ondulante de energía invisible rodeaba a la máquina, algo que no estaba allí momentos antes.

La explicación era evidente.

La máquina estaba protegida por una pantalla de vacío.

—Maldita sea.

Titubeó, y eso casi le costó la vida. La máquina giró sobre su propio eje y dejó de disparar contra el blindaje del reactor para centrar todas sus armas en él.

Varios disparos láser cegadores le pasaron muy cerca, y Maven comenzó a caminar hacia atrás en una maniobra desesperada para salir de la línea de tiro. Las llamas lo rodearon cuando unos cuantos contenedores de combustible estallaron, y sintió que el calor cubría todo el vehículo. Un disparo afortunado rozó el compartimento del piloto y en el visor apareció una larga grieta.

Maven gritó otra vez de dolor y se llevó las manos a los ojos, donde sintió como si

le hubieran clavado una aguja al rojo vivo que le llegara desde detrás de la nuca. La visión se le volvió borrosa, pero siguió moviéndose hacia atrás y de un lado a otro para impedir que su enemigo pudiera apuntar con facilidad.

Una nueva descarga de rayos láser siseó en el aire a su alrededor, pero ninguno le acertó. En cuanto el dolor de la herida que el *Equitos Bellum* había sufrido disminuyó, empezó a esquivar todos los disparos de la máquina enemiga, que lanzaba ráfagas que seguían las pautas que se enseñaban en los manuales de combate.

Pero Raf Maven no seguía en absoluto los manuales.

Hizo girar al caballero en la esquina del reactor. El sudor le cubría la cara y de la nariz le bajaba un leve reguero de sangre.

—¡Stator! ¡Cronus! —aulló—. ¡En nombre de Ares! ¿Dónde estáis?

Un momento después, el reactor explotó.

El vehículo centípedo atravesó una ciudad llena de maravillas y de milagros.

Allá donde quiera que Dalia mirara veía algo nuevo e increíble. Se dio cuenta en cuanto se perdió en mitad de las torres y de las forjas que jamás había visto nada parecido a los dominios de Koriel Zeth. El diseño y la escala de todo aquello estaban mucho más allá de cualquier cosa que ella hubiera llegado a imaginarse nunca. Aunque el Palacio de Terra era mucho, mucho mayor de tamaño, sabía que el hogar del Emperador no era tanto una pieza de arquitectura como una masa terrestre tallada sobre las montañas más altas del planeta.

Sólo había visto una parte de la majestuosidad del palacio en las escasas ocasiones en que le habían permitido aventurarse fuera de los confines de la Librarium, pero aquel lugar marciano lo había visto en toda su extensión.

A pesar de ello, sospechaba que todo lo que había contemplado desde el cielo no era todo lo que había que ver.

Rho-Mu 31 se mantuvo en silencio durante todo el trayecto y se conformó con contemplar las torres y los hornos, que no dejaban de vomitar humo, sin hacer comentario alguno. A la ciudad no le faltaban sus componentes orgánicos, ya que miles de personas recorrían las calles lisas como navajas y las avenidas resplandecientes.

Había siervos encapuchados, servidores de piel gris y calculi relucientes envueltos por hologramas, y todos ellos se entremezclaban en las calles metálicas de Ciudad Magma. Los tecnoadeptos envueltos en túnicas se movían como personajes de la

realiza entre la multitud. Viajaban en palanquines flotantes o sobre carros de metal dorado, algunos incluso iban montados en lo que parecían palcos de teatro cargados de adornos que caminaban sobre unas patas zancudas. Todos los tecnoadeptos mostraban el mismo símbolo de la rejilla de números de la adepta Zeth en alguna parte de su cuerpo.

A Dalia le pareció un misterio que no chocaran entre sí, aunque supuso que cada uno de ellos dispondría a bordo de alguna clase de sistema de navegación, que a su vez estaría conectado con una red central que vigilaría las velocidades y las trayectorias de los diferentes vehículos para evitar las posibles colisiones.

Se sacó de la cabeza aquella idea y se obligó a sí misma a disfrutar del viaje. Muy a menudo se distrajo al ver algo para ella nuevo e increíble. Sus pensamientos se concentraban entonces en aquello que desconocía mientras rebuscaba en la memoria algo que se le pareciera antes de lanzar a la parte creativa de su mente a un torbellino lógico en un intento de encontrar la explicación tecnológica de lo que acababa de ver.

Era obvio que se dirigían hacia el centro de Ciudad Magma. El servidor inmóvil, y que nunca parpadeaba, que estaba acoplado al mecanismo de control del vehículo los llevaba sin posibilidad alguna de error a través de la densa masa de gente.

La ruta que seguían los llevó hasta la avenida dorada que había visto desde el aire. A los lados de la avenida se alineaban filas de estatuas, y estaba abarrotada de acólitos con las cabezas cubiertas por capuchas. Dalia vio en el otro extremo una estructura enorme que parecía forjada a partir de plata o de cromo bruñido.

Daba la impresión de que la forja se había construido con bloques de acero plateado fraguados con precisión mecánica, y estaba cubierta de grabados de diseños geométricos semejantes al diagrama de un circuito, aunque Dalia no tenía ni idea de qué clase de circuito se describía en aquel diagrama. El servidor aumentó la velocidad del vehículo y aquel edificio enorme no tardó en aumentar de tamaño hasta que a Dalia le empezó a doler el cuello por tener la cabeza levantada hacia aquella maravilla gigantesca.

Una parte del muro de la base de la forja se deslizó hacia un lado y le pareció que varias secciones del interior se retiraron hacia la parte más profunda de la estructura y formaron una rampa reluciente que llevaba hacia un pórtico muy amplio situado a mitad de camino de un lado del edificio.

Dalia se agarró al pasamanos cuando el vehículo comenzó el ascenso. Miró hacia atrás y vio que la rampa iba desapareciendo a medida que pasaban por ella. El pórtico

se alzó enorme por encima de ellos, y fue entonces cuando se dio cuenta realmente de lo inmenso que era. Cada una de las columnas tenía la forma de un pistón gigantesco y estaba rematada por unos capiteles que, en realidad, eran engranajes.

Todo el edificio había sido diseñado para que se asemejara a una máquina en movimiento, y por lo que Dalia sabía, era posible que en realidad fuera así.

El vehículo finalmente se niveló y el repiqueteo de sus numerosas patas cesó cuando se detuvo delante de la plataforma principal del pórtico. El suelo era de mármol de un color blanco lechoso con estrías negras. Las columnas se alzaban muy por encima de su cabeza. La parte inferior del frontis estaba decorada con ecuaciones y diagramas desconocidos para ella creados a partir de unos mosaicos de oro relucientes. El esplendor visual era abrumador.

Un muro compuesto de puertas de bronce llevaba hacia el interior de la tremenda estructura. Todas estaban abiertas y por ellas salió una hueste de figuras vestidas con túnicas. Llevaban la capucha echada hacia delante para taparse la cara y utilizaban la rejilla de números de la adepta Zeth como un velo. Muchas iban cargadas con artefactos extraños que transportaban en cajas abiertas o sobre la espalda.

A la cabeza de todas ellas marchaba una adepta de estatura elevada, con un cuerpo musculoso pero esbelto, que llevaba a la espalda una capa de color bronce rojizo dorado que se movía ondulante debido a las corrientes de aire caliente.

Dalia no necesitó presentación alguna. Supo de inmediato que se trataba de la señora de Ciudad Magma, la adepta Koriel Zeth.

Tenía el cuerpo protegido por la cubierta flexible de una armadura de bronce. Su indumentaria parecía más apropiada para una guerrera que para alguien que dominaba la tecnología.

Su rostro estaba oculto tras una máscara tachonada que le cubría toda la cabeza y unas lentes opacas. Del respirador salían volutas de vapor, y tenía las piernas, de un contorno atractivo y también cubiertas por la armadura, medio tapadas por una falda de malla de bronce. Aunque esa armadura ocultaba cualquier rasgo físico de Zeth, no había duda de que se trataba de una mujer.

Cada curva y cada placa de la armadura se habían forjado de manera que resaltara su silueta natural, su cintura estrecha y el volumen de su busto. Era al menos treinta centímetros más alta que Dalia. La adepta se le acercó, acompañada por una leve neblina de perfume pulverizado.

Se inclinó un poco para mirar fijamente a Dalia, y los orbes de color negro

brillante que formaban parte de sus lentes la observaron como lo haría un insecto mientras estudiaba un bocado interesante que acabara de entrar en su guarida. Zeth inclinó la cabeza hacia un lado y de las rejillas metálicas situadas a cada lado de su máscara respiratoria surgió siseante una descarga de sonido de estática.

Pasaron unos momentos antes de que Dalia se diera cuenta de que esa estática iba dirigida a ella, y que en realidad se trataba de un flujo de comunicación inteligible sólo para los que dominaran el lenguaje binario.

—Lo siento, no puedo entenderla. No hablo el linguatennis —se disculpó.

Zeth asintió y su cabeza se estremeció como si hubieran pulsado un interruptor en su interior.

—¿Qué relación representa la ley del gas ideal? —le preguntó Zeth con voz rasposa.

Las palabras sonaron como si las hubieran sacado de un archivo poco usado de memoria lingüística.

De todas las bienvenidas posibles, aquélla era la que menos se había esperado Dalia. Cerró los ojos y retrocedió con la mente hasta uno de los primeros libros que había transcrito en la Librarium, un manual recuperado de una de las fortalezas tecnológicas en ruinas del Bloque Yndonésico.

—Describe la relación entre la presión y el volumen en el interior de un sistema cerrado —contestó Dalia. Recitó las palabras de memoria—. En una cantidad fija de gas mantenida a una temperatura fija, la presión y el volumen son inversamente proporcionales.

—Muy bien. Soy la adepta Koriel Zeth, y tú eres Dalia Cythera. Bienvenida a mi forja.

—Gracias. Es impresionante. ¿Se tardó mucho en construirla?

Zeth la miró de arriba a abajo, y de su unidad de voz surgió el sonido de una risa electrónica. Luego asintió.

—Así es. Han sido necesarios muchos siglos para construir esta forja, y a pesar de eso, todavía no está terminada.

—¿No lo está? Pues lo parece.

—Es posible que así sea desde el exterior, pero en el interior todavía quedan muchas cosas por terminar. —Zeth se expresaba con más soltura a medida que hablaba—. Y ahí es donde tú intervienes.

—¿Cómo es posible que me conozca?

—Sé muchas cosas sobre ti —le contestó la adepta Zeth antes de levantar la mirada por encima de la cabeza de Dalia—. Eres la única hija de Tethis y Moraia Cythera, ambos fallecidos. Nacistes en el bloque médico IF-55 del Colectivo de los Urales hace diecisiete años, tres meses, cuatro días, seis horas y quince minutos. Te enseñaron a leer y a escribir a los tres años, te pusieron al servicio del Scriptorium Imperial a los seis y te formaron en el arte de la transcripción a los nueve. Te pusieron bajo la tutela del magos Ludd a los doce años y te asignaron a la Sala de Transcripciones a los quince. Tienes quince recomendaciones por tu precisión, y doce cargos por comportamiento considerado incompatible con las prácticas de trabajo, además de una pena de prisión por violar la Ley de la Complejidad Divina.

Dalia alzó la mirada casi convencida de que se encontraría con una pantalla donde la adepta Zeth estaría viendo la historia de su vida. No vio nada, pero era evidente por el tono de voz de la adepta que todos aquellos datos los estaba leyendo en algún lugar.

—¿Cómo sabe todo eso?

Zeth alargó una mano y pasó la punta de un dedo metálico por la mejilla de Dalia, y ésta notó una sensación cálida cuando se activó el electrotatuaje que le habían implantado bajo la piel cuando fue transferida a la Sala de Transcripción. Alzó una mano a su vez y se la llevó a la mejilla.

—¿Puede leer mi electrotatuaje?

—Sí, pero también puedo captar mucho más que el simple conocimiento biográfico —le explicó Zeth—. Todos los datos se pueden leer, presentar y transferir con una sola mirada. Aunque para ti sea invisible, existe una capa de datos subliminales que impregna el aire que te rodea, y cada espectro de luz es un hecho de tu vida. Puedo ver todo lo que te concierne, todas las cosas que te convierten en una persona a los ojos del Imperio.

—Jamás he oído hablar de nada semejante.

—No me sorprende —le contestó Zeth con un leve tono de orgullo—. Es un modo de obtención y transferencia de datos que acabo de desarrollar hace muy poco tiempo, aunque tengo la esperanza de que termine empleándose por todo el Imperio. Sin embargo, no te he hecho venir hasta aquí para impresionarte con mis logros tecnológicos. Te he hecho venir porque tu comprensión de las máquinas y de la tecnología es equivalente a la mía.

—¿Qué quiere decir?

—El sacerdocio marciano es una institución muy antigua y conoce muy bien la

tecnología, pero nuestra comprensión de la misma se ve limitada por una fe ciega en el dogma, en la tradición y en la repetición. Creo que nuestro futuro se encuentra en la comprensión de la tecnología, que sólo mediante la experimentación, la invención y la investigación podremos asegurarnos el progreso. Sin embargo, no es una opinión muy extendida en Marte.

—¿Por qué no? A mí me parece perfectamente sensata.

Zeth soltó una serie de carcajadas electrónicas.

—Por eso te hice venir, Dalia. Tienes una habilidad que creo me resultará muy útil, pero que otros temen.

—¿Qué habilidad es ésa?

—Eres capaz de comprender por qué funcionan las máquinas —le contestó Zeth—. Conoces los principios con los que operan, y la ciencia que se encuentra detrás de ese funcionamiento. He revisado lo que le hiciste al mecanismo de tu puesto cogitador y he estudiado la metodología que empleaste en la modificación del circuito. Es brillante.

—La verdad es que no hice nada especial —le respondió Dalia con modestia—. Sólo vi el modo de hacer que trabajara con mayor rapidez y eficiencia. Cualquiera hubiera podido hacerlo si se lo hubiera propuesto.

—Y por eso tú eres especial —insistió Zeth—. Pocos son capaces de efectuar los saltos mentales necesarios para ver lo que tú ves, y muchos menos todavía se atreverían a hacerlo. Para la mayoría de los miembros del sacerdocio marciano, eres, sin duda, una persona muy peligrosa.

—¿Peligrosa? ¿Por qué? —preguntó Dalia, muy sorprendida de que alguien pudiera considerarla peligrosa, y mucho menos los sacerdotes del Mechanicum.

—Marte dispone de una posición preeminente dentro del Imperio gracias a nuestro conocimiento de la tecnología —le explicó Zeth—. Muchos de mis adeptos colegas temen las consecuencias de lo que podría llegar a ocurrir si esa ventaja se escapara de nuestro control.

—Ah. Entonces, ¿qué es lo que quiere de mí?

La adepta Zeth se irguió por completo y el bronce de su armadura despidió reflejos rojizos bajo el brillo anaranjado del cielo marciano.

—Serás parte de la salvación de Marte. Con tu ayuda perfeccionaré mi obra más importante: el lector akashico.





## CAPÍTULO 3

Mons Ascraeus era un volcán, pero el ambiente que se respiraba en el interior de la Cámara de los Primeros era cualquier cosa menos cálido. La fortaleza de la Legio Tempestus había sido una de las primeras en construirse en Marte, y puesto que era uno de los volcanes de mayor altura del planeta rojo, era apropiado que albergara a una de las órdenes de titanes más antiguas y respetadas.

La base de la Legio Tempestus había sido excavada en el interior de la roca basáltica de la montaña y era conocida como un lugar de valor y de sabiduría, un lugar donde los guerreros honorables acudían a resolver sin violencia sus disputas.

Indias Cavalerio observó desde la Galería de los Princeps cómo los emisarios de muchas de las demás grandes legiones se sentaban en el gran anfiteatro tallado en las laderas de la enorme caldera de la fortaleza de la orden. Sabía que las sonrisas y los saludos cordiales ocultaban la desconfianza y la división que había entre ellos.

Esas divisiones se estaban haciendo demasiado habituales en Marte.

Vio al gran maestro Maxen Vledig de los Rayos Letales conversando con el princeps senioris Ulriche, de los Acechantes Mortíferos. Su camaradería aparente ocultaba los decenios que llevaban disputándose unos antiguos derechos territoriales situados a lo largo de la frontera de las regiones del Palus Lunae y Arcadia. Al otro lado de la estancia, protegido por un exoesqueleto de soporte vital y alejado de todos los demás, estaba el princeps Graine, de la Legio Destructor. Una docena más había respondido a la llamada para atender al Concilio de Tharsis, que era como el comandante general Verticorda había bautizado a aquella reunión, con otra muestra más de su gusto por la grandilocuencia.

Sólo faltaba por llegar Mortis.

Verticorda se encontraba en el centro del anfiteatro, amplio y resonante. Se apoyaba en un bastón de ébano con rayos tallados en su superficie, y estaba bajo la sombra del *Deus Tempestus*, el primer dios máquina de la Legio Tempestus.

La gran máquina de acero que se alzaba vigilante por encima de todos aquellos guerreros reunidos había asistido a todas las deliberaciones de la Legio Tempestus durante más de medio milenio. Su majestuosidad no había disminuido y su poder seguía siendo igual de tangible, aunque no hubiese movido ni una sola articulación desde hacía más de doscientos años.

Al lado de Verticorda estaba el comandante general Caturix, su hermano de armas, encorvado y viejo. Era el otro señor de los Caballeros de Taranis, y mientras que Verticorda era respetado y venerado por su sabiduría, el recién nombrado Caturix era querido por su pasión desbordante, que se complementaba con el temperamento, más cauteloso, de su camarada.

Desde que Verticorda había doblado la rodilla ante el Emperador doscientos años antes, los comandantes colegiados de los Caballeros de Taranis habían actuado como *princeps conciliatus* entre las distintas órdenes guerreras de Marte. Su tarea en el concilio que se iba a celebrar consistiría en asegurarse de que se desarrollara de un modo adecuado para los gremios de guerreros más antiguos, que se respetara la tradición y que se permitiera un discurso general honorable.

Cavalerio no los envidiaba, ya que las tensiones eran cada vez más frecuentes y aquel último insulto a un adepto de Marte había llevado a las órdenes guerreras del planeta a un enfrentamiento abierto, una situación que no se había producido sobre las arenas rojas de Marte desde hacía incontables siglos.

Y no sólo eso. Los guerreros de los Caballeros de Taranis se habían visto involucrados en el último combate, por lo que era muy improbable que se mostraran imparciales. Se podía confiar en que Verticorda contendría la furia que sentía, pero Caturix caminaba arriba y abajo sobre el suelo de mosaico como si fuera una bestia enjaulada.

No eran infrecuentes las escaramuzas entre las diferentes órdenes. Después de todo, los guerreros necesitaban aliviar sus tensiones de algún modo para así desarrollar las habilidades y fomentar la agresividad necesaria para estar al mando de los dioses máquina.

En los últimos tiempos, aquellas escaramuzas habían llegado a amenazar con

convertirse en toda una guerra abierta.

La increíble afrenta que había supuesto el ataque contra el reactor de fusión de Ipluvien Maximal, situado en la ladera del Patera Ulysses, había provocado una conmoción tremenda en toda la comunidad marciana, aunque Cavalerio opinaba que era algo perverso llamar comunidad a una organización tan competitiva, tan poco proclive a la cooperación y tan suspicaz como el Mechanicum.

Se pasó una mano por el cráneo, de superficie rapada y salpicado en la parte de la nuca por conexiones de implantes cerradas en ese momento. Esas conexiones eran las que le permitían ponerse al mando de las poderosas máquinas de guerra de la Legio Tempestus. Tenía unas conexiones similares acopladas a lo largo de la espina dorsal y unos receptores táctiles en la planta de los pies además de a lo largo de la superficie de las manos, lo que le permitía sentir el cuerpo de acero del titán como si fuera su propia carne.

Cavalerio era un individuo alto y delgado. El uniforme de gala que antaño se había ajustado a la perfección a un cuerpo bien formado le colgaba en esos momentos formando bolsas debido a su delgadez, el resultado de pasar decenios ejercitándose en la cabina de un titán de combate Warlord en vez de en un gimnasio.

Miró la poderosa silueta del *Deus Tempestus* y se dio cuenta de que ansiaba ascender de nuevo por el elevador interior para ponerse a los mandos de su venerable máquina de guerra, el *Victorix Magna*. El amplio rostro de la vieja máquina de guerra le devolvió la mirada. Era la cabeza de un dios de la guerra mecánico que lo visitaba en sueños todas las noches.

En esos sueños, recorría a grandes zancadas las llanuras de ceniza roja de Marte en su último combate, y *Deus Tempestus* respondía de inmediato a cada una de sus órdenes con la familiaridad de dos guerreros que habían luchado hombro con hombro desde sus primeros días de combate.

Cada noche se despertaba y le resultaba imposible volverse a dormir, por lo que se dedicaba a pasear por los hangares a oscuras y casi desiertos de Mons Ascraeus. Los hangares también estaban casi vacíos debido a que la mayor parte de las fuerzas de la legión se encontraban desplegadas en las distintas expediciones del señor de la guerra, que se dedicaban a extender las fronteras de los dominios de la humanidad y a someter a los últimos planetas de la galaxia para que pasaran a formar parte del Imperio.

Su paseo lo conducía de forma inevitable a la Cámara de los Primeros, donde se

quedaba a la espera de contemplar el amanecer mientras observaba la forma envuelta en sombras de la colosal máquina de guerra, con las armas en silencio y los estandartes de guerra ondeando levemente por las corrientes de aire del interior del edificio.

Los hermanos de batalla de Cavalerio habían luchado bajo el mando de lord Guilliman, y no se le ocurría un guerrero más noble que pudiera dirigir la legión. Tanto él como los pocos titanes de combate que se encontraban en Marte casi habían acabado de efectuar las reparaciones necesarias tras la campaña en el racimo Epsiloide Binario contra los pieles-verdes, así que no tardarían en volver al combate para asegurar el derecho de la humanidad a la primacía entre las estrellas.

Esperaba con impaciencia el día de volver al frente, ya que la vida fuera de la cabina de mando de un titán se componía principalmente de momentos en los que se sentía incompleto, donde cada experiencia sensorial estaba apagada. Los lugares físicos que lo rodeaban le parecían insulsos y sin interés alguno si no los contemplaba a través de los filtros del colector de su titán de combate.

El momento de conexión con la máquina era doloroso, como si se resintiera del tiempo que había pasado alejada de su comandante, y hacía falta un cierto tiempo para que el corazón guerrero de la máquina se sometiera, pero una vez se había logrado esa unión... Sentirse el amo del campo de batalla y el señor de un poder tan terrorífico y terrible era sentirse casi un dios.

La separación no era menos dolorosa. La necesidad furiosa del titán de permanecer en activo hacía que se negara a permitir que su señor se marchara sin sufrir un castigo. El dolor de huesos, las migrañas y la sensación de desorientación eran las consecuencias de esa separación, y cada una de las ocasiones era más difícil de soportar que la anterior.

De momento, a Cavalerio le resultaba posible mantener una apariencia humana, caminar como una persona, pero sabía que tan sólo era cuestión de tiempo que acabara necesitando una inmersión permanente en el interior de un tanque amniótico de información líquida.

La idea lo aterrorizaba.

Se sacudió ese miedo de encima cuando se produjo una conmoción a su alrededor y oyó un murmullo por toda la Cámara de los Primeros.

Cavalerio bajó la mirada y vio a dos guerreros con unas largas capas a la espalda y cascos en forma de calavera entrar en la estancia con paso firme y decidido.

La Legio Mortis había llegado.

—¿Negáis que vuestra orden tomó parte en el ataque contra el reactor del adepto Maximal? —exigió saber el comandante general Caturix—. ¿Negáis que las máquinas de la Legio Mortis destruyeron a propósito un artefacto tecnológico y pusieron en peligro las vidas de varios guerreros de los Caballeros de Taranis?

—Por supuesto que lo niego —replicó el princeps Camulos.

Incluso con el rostro oculto, era evidente el desdén que sentía tanto por la acusación como por el acusador. A pesar de la cautelosa bienvenida que Verticorda había ofrecido a todos los allí presentes, Caturix no había perdido ni un momento en caldear el ambiente al dirigirse directamente hacia el princeps superior de la Legio Mortis y prácticamente culparlo por los daños que sus guerreros habían sufrido debido a la explosión del reactor.

Cavalerio contempló cómo el joven comandante general, el más joven en toda la historia de los Caballeros de Taranis, torcía la boca en un gesto burlón al oír la respuesta del princeps Camulos. Era evidente que no le creía.

Siguió observando cómo Caturix daba vueltas alrededor del princeps como un tiburón que siguiera un rastro de sangre en el agua, y se vio obligado a admirar su valor al enfrentarse a un princeps de aquella categoría.

Sabía de casos en que un individuo había acabado convertido en servidor por mucho menos.

El desdén que la Legio Mortis sentía por las órdenes de caballeros era bien conocido por todos, lo mismo que su reticencia a compartir el poder en la región de Tharsis desde su fortaleza en Mons Pavonis. Tras la destrucción del reactor del adepto Maximal, para muchas de las órdenes de guerreros sería muy difícil mantenerse en condiciones viables, lo que dejaría a la Legio Mortis como los señores indiscutibles de Tharsis, una de las regiones más productivas de Marte.

Todo aquello era más que suficiente para señalar con un dedo acusatorio a la Legio Mortis, pero no lo bastante como para condenarlos. Mortis y Tempestus llevaban mucho tiempo disputándose el dominio de Tharsis, pero ¿era aquello suficiente como para culpar a Camulos y castigar de forma abierta a la Legio Mortis por aquella nueva atrocidad?

Camulos era un individuo enorme, a primera vista más apto para ser el caudillo de una tribu de guerreros salvajes y sedientos de sangre que un princeps, pero su

naturaleza agresiva y su tremenda autoconfianza lo convertían en un comandante de titán por naturaleza, capaz de doblegar con facilidad la voluntad de una máquina de guerra para que cumpliera la suya propia. La armadura que lo cubría era negra y reluciente, como si la hubieran barnizado. El emblema de la calavera de la muerte que llevaba sobre una de las anchas hombreras era un recordatorio macabro de la famosa implacabilidad de la legión.

—No he venido aquí para que me ladren —gruñó Camulos a su vez—. Verticorda, mantén a raya a tu cachorro o yo mismo le tiraré de la correa.

Verticorda asintió con gesto lento.

—Retiramos la pregunta, honorable princeps.

Caturix giró la cabeza con rapidez para mirar a su colega comandante general, pero la mirada ceñuda de Verticorda silenció la respuesta airada que Cavalerio notó se formaba en su garganta.

—Este concibo no es un juicio ni, por supuesto, una corte de investigación —continuó diciendo Verticorda con una voz cargada con siglos de autoridad y de sabiduría—. Se trata de un debate organizado para que las órdenes guerreras de la región de Tharsis puedan reunirse para discutir sobre los problemas que afligen a nuestro planeta y decidan cómo se deben solucionar sin que se derrame más sangre. El adepto Maximal ha sufrido una pérdida terrible en sus propiedades, pero no nos hemos reunido para determinar quién es el culpable, sino para ver cómo nosotros, los guardianes de Marte, podemos evitar que se produzcan hechos semejantes en el futuro.

Cavalerio desvió la mirada hacia donde se encontraba la figura del Ipluvien Maximal, bajo la sombra del *Deus Tempestus*, como si le reconfortara la cercanía de una máquina tan compleja y reverenciada. El adepto Maximal se había incorporado a la asamblea inmediatamente después de la llegada de los miembros de la Legio Mortis. Su corpulenta estructura mecánica estaba envuelta por vaharadas de aire frío procedentes de las capas de material térmico aislante que refrigeraban los rodillos cargados de datos que componían la mayor parte de su cuerpo.

Su cabeza era un casco oblongo de oro equipado con multitud de lentes colocadas sobre armazones telescópicos. Un manojo de cables con cubierta refrigerante asomaban por debajo de la túnica como un puñado de tentáculos negros, y en sus extremos se encontraban placas hololíticas en las que se veían una hilera resplandeciente tras otra de datos.

Maximal no había dicho nada hasta ese momento aparte de reconocer la primacía de Verticorda y de Caturix en la asamblea, y se había contentado con observar y grabar los acontecimientos a medida que se producían.

—¿Y cómo sugerís que lo hagamos? —le preguntó Camulos—. ¿Acusamos a órdenes guerreras honorables de actos de piratería? ¡La simple sugerencia de que nosotros caeríamos tan bajo como para atacar las propiedades de un adepto tan respetado como el adepto Maximal es un insulto!

Cavalerio vio cómo Maximal inclinaba la cabeza dorada ante el elogio de Camulos, aunque sus palabras sonaron demasiado ensayadas para que fueran creíbles. A pesar de su ofendida negativa, el ataque contra el reactor de Maximal mostraba todas las características de una acción de la Legio Mortis: había sido rápido, brutal y apenas había dejado supervivientes.

Tan sólo los tres caballeros habían conseguido sobrevivir para informar sobre el ataque, y todos ellos habían sufrido daños graves en sus vehículos debido a la explosión del reactor. Lo que las cámaras habían grabado del combate se había perdido debido a esa misma explosión, y la única pista sobre la identidad del atacante era la breve descripción que hacía de él el único caballero que lo había visto.

—De todas maneras, ¿qué razón tendría la Legio Mortis para realizar un acto semejante? Todos somos servidores del señor de la guerra, ¿no es así?

Por toda la sala se extendieron murmullos, cinto de asentimiento como de desacuerdo. Cavalerio sintió que la cólera lo embargaba al ver que tantos fueran capaces de aprobar de forma tan ciega una declaración tan demagógica. Con rivalidad o sin ella, ese comentario no podía quedar sin respuesta. Se levantó de su asiento en la Galería de los Princeps.

—Sin duda os referís a las fuerzas del Emperador, ¿no? —dijo.

Todos volvieron la cabeza para mirarlo mientras descendía con dificultad los peldaños de acero que llevaban hasta el suelo de la estancia.

Camulos contempló cómo se acercaba y se irguió como si estuviera a punto de meterse en una pelea.

—El señor de la guerra es el representante del Emperador, son uno y el mismo.

—Eso no es cierto —le replicó Cavalerio al mismo tiempo que llegaba a su altura—. No lo es.

—La cámara reconoce al princeps Cavalerio, el señor de las tormentas de la Legio Tempestus —dijo Verticorda, utilizando el nombre de combate con el que la legión lo

había designado en sus primeros días de mando.

Cavalerio hizo una reverencia respetuosa en dirección al comandante general y luego al *Deus Tempestus* antes de volverse hacia el princeps Camulos. La corpulencia y la anchura de hombros del princeps de la Legio Mortis empequeñecieron a Cavalerio.

—Por favor, decidme por qué no es lo mismo —quiso saber Camulos.

—Los ejércitos a los que servimos son los del Emperador, no los del señor de la guerra —le contestó Cavalerio—. No importa que Horus Lupercal esté al mando de todos ellos. Cada hombre, mujer y máquina que lucha en esta cruzada es un servidor del Emperador.

—Estáis haciendo una montaña de un grano de arena con esa diferenciación —le replicó Camulos al mismo tiempo que le daba la espalda.

—No, no lo hago —insistió Cavalerio—. Sé que vuestra legión le ha prestado gran parte de sus fuerzas a la Sexagésimo Tercera Expedición y al señor de la guerra. Creo que es algo peligroso.

Camulos se volvió de nuevo hacia él.

—¿Peligroso? ¿Jurarle lealtad al guerrero glorioso que se encuentra al mando del poder militar del Imperio mientras el propio Emperador se retira a las profundidades de su palacio? ¿Jurarle lealtad al héroe que acabará la tarea que el Emperador está demasiado ocupado como para rematar? ¿Eso es peligroso?

—El señor de la guerra es un guerrero magnífico —admitió Cavalerio—. Sin embargo, sería un error considerar como suyos los ejércitos que manda. Nuestra lealtad debe ser en primer lugar para el Emperador, y sólo un ciego sería incapaz de ver cómo esta división está afectando a Marte.

—¿De qué estás hablando ahora, Cavalerio? —le espetó Camulos.

—Sabes muy bien de lo que estoy hablando. No se dice nada al respecto y nada queda grabado, pero todos sabemos que se ha establecido una línea. La división entre los adeptos de Marte es cada vez más clara y feroz. Los cismas enterrados mucho tiempo atrás han resurgido, lo mismo que enemistades muy antiguas. El ataque contra el reactor del adepto Maximal no es más que el último ejemplo de una violencia que está saliendo a la luz y extendiéndose por las arenas rojas. Las distintas facciones se están movilizandoy nuestro propio planeta se encuentra al borde de quedar desgarrado. Y todo esto, ¿por qué? ¿Por una diferencia semántica en nuestras convicciones? ¿Merece algo así el derramamiento de sangre que sin duda se



producirá?

—La guerra a veces es necesaria —le replicó Camulos—. ¿No fue el primarca Alpharius quien dijo que la guerra no era más que la higiene de la galaxia?

—¿Quién sabe? Se dice que fue él quien lo dijo, pero ¿qué importancia tienen sus palabras en Marte? Cualquier guerra que se libre en nuestro mundo no será por higiene, sino por creencias equivocadas y diferencias teológicas. Algo así es un anatema para el Imperio, y no me veré arrastrado a una guerra por las creencias de unos dementes religiosos.

—¿Dementes? —exclamó Camulos con un tono de horror exagerado—. ¿Hablas de los adeptos superiores de Marte? Me appena oír unas palabras semejantes de un princeps tan respetado.

Cavalerio hizo caso omiso del tono de menosprecio y se dirigió a continuación a los princeps y guerreros de las órdenes de titanes allí presentes.

—Nuestras legiones y órdenes guerreras reciben todos los días peticiones de ayuda de las forjas de todo Tharsis, donde nos suplican que activemos nuestras máquinas. ¿Y para qué? ¿Para resolver diferencias de opinión en sus creencias? Es una locura por la que todos acabaremos ardiendo en el fuego de una guerra innecesaria, y no seré yo quien envíe a mis guerreros al combate por algo así. Las legiones siempre hemos sido las defensoras de Marte, y siempre nos hemos mantenido por encima de las rencillas internas del Mechanicum. Siempre ha sido así, y así debe ser ahora. No debemos permitir que nos tienten para involucrarnos.

—Los verdaderos hijos de Marte saben que el fuego de la forja arde con mayor intensidad cuando está quemando impurezas —resopló Camulos—. Si se debe derramar sangre para conservar la gloria de Marte, que así sea. Kelbor-Hal, el fabricante general de Marte, ha recibido a emisarios del señor de la guerra, y los grandes maestros de la forja Urtzi Malevolus y Lukas Chrom ya han jurado que sus creaciones serán entregadas a Horus Lupercal. ¿Quiénes somos nosotros para dudar de la sabiduría de su decisión?

—Entonces no se trata de creencias —contestó Cavalerio—. De lo que estamos hablando es de una rebelión.

Una exclamación de horror recorrió toda la sala tras las palabras de Cavalerio. Nunca se había oído a nadie que se atreviera a hablar de ese modo.

Camulos negó con la cabeza.

—Eres un bobo ingenuo, Cavalerio. Esto de lo que hablas comenzó hace ya varios

siglos, desde que llegó el Emperador y esclavizó al Mechanicum para que obedeciera todas sus órdenes.

—¡Os habéis pasado de la raya! —gritó el comandante general Verticorda—. ¡Eso es traición!

Un murmullo airado inundó la Cámara de los Primeros: princeps, moderati, ingenieros, tripulantes y artilleros se levantaron al mismo tiempo para alzar la voz en protesta por las palabras de Camulos o la acusación de Verticorda.

El princeps sénior de la Legio Mortis siguió el ejemplo de Cavalerio y se volvió hacia los guerreros que gritaban.

—Amigos míos, estamos sometidos a las demandas de Terra, y querría saber por qué debe ser así. Nos prometieron que no existiría interferencia alguna, pero ¿de qué clase de libertad hemos disfrutado? Todos nuestros esfuerzos están dirigidos por completo a satisfacer las exigencias del Emperador, cada forja está volcada por completo en el cumplimiento de su visión. Pero ¿qué hay de nuestra visión? ¿No se le prometió a Marte la posibilidad de recuperar su propio imperio? Los mundos forja fundados mucho tiempo atrás en las profundidades de la galaxia siguen a la espera de la llegada de cualquier hijo de Marte, pero ¿cuánto tiempo pasará antes de que el Emperador los reclame como suyos? Os lo puedo decir ahora mismo, hermanos: cuando Terra reconquiste esos mundos será prácticamente imposible que Marte los reclame. —Camulos se volvió para mirar al *Deus Tempestus* antes de seguir hablando—. Sin embargo, el princeps Cavalerio tiene razón en algo. Se avecina una tormenta en que nuestra famosa neutralidad no resistirá. Todos tendremos que elegir un bando. Escoge el adecuado, señor de la tormenta, o el conflicto te devorará incluso a ti.

Dalia observó con atención las líneas complejas que se entrecruzaban en los planos que tenía delante de ella. La escritura gótica muy apretada de las anotaciones hacía que casi fuera imposible leerlas. Los números, las ecuaciones y esas notas escritas a mano se conjuraban para que los diagramas de los circuitos, los sistemas de construcción y los planos de montaje resultaran casi ininteligibles.

—Déjalo, Dalia —insistió Zouche con su tono de voz enfurecido habitual—. Lo hemos leído más de un centenar de veces. No tiene sentido.

Dalia hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No. Sí lo tiene. Sólo hay que seguir el camino.

—No hay camino alguno —le replicó Mellicin con voz altanera y cansada—. ¿Es

que crees que no he intentado seguir los planos? Da la sensación de que el adepto Ulterimus no creía que los métodos de trabajo estándar tuvieran que aplicarse a sus propias obras.

Dalia posó los brazos sobre el papel encerado en el que se habían impreso los planos. Por supuesto, no eran los planos originales, que se habían trazado muchos miles de años antes, sino una de las copias realizadas por los distintos adeptos a lo largo de los siglos. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro largo y profundo. Sabía que ya debería haberse acostumbrado a la actitud derrotista de sus colegas, pero la negatividad diaria que mostraban empezaba a afectarla.

Inspiró para calmarse y se imaginó los mares de Laeran tal y como los había descrito el poeta Edwimor en sus *Cantos Oceánicos*, que ella misma había transcrito hacía ya casi un año. La imagen de ese planeta lejano cubierto de océanos siempre la tranquilizaba, y necesitaba mucho esa tranquilidad en esos momentos, porque se le acababa el tiempo.

En cuanto Koriel Zeth le dio la bienvenida a Dalia a su forja, la adepta se dio la vuelta y se adentró en sus profundidades abrasadoras mientras anunciaba que la llevarían allá donde pudieran ponerla a prueba.

A Dalia nunca le habían gustado las pruebas. Sabía que tendía a bloquearse mentalmente cuando le hacían una pregunta difícil, y era todavía peor cuando debía sentarse a realizar un examen. A menudo se preguntaba cómo era posible que hubiera logrado aprobar las pruebas de transcripción.

Las salas resplandecientes de Ciudad Magma eran espaciosas y funcionales, de geometría precisa y construidas con una elegancia suave. Aunque lo más importante para la arquitectura del lugar siempre era la funcionalidad, no se descuidaba la forma, y en los mecanismos de la forja de Zeth se veía una gran belleza. Los sirvientes y los adeptos de menor rango recorrían los pasillos, las estancias y los espacios de trabajo cavernosos, y todos y cada uno de ellos le mostraban el respeto debido a la adepta Zeth cuando pasaban a su lado.

En cada nueva estancia se veían más maravillas de la ingeniería y de la construcción. Había máquinas enormes con grandes engranajes que estaban rodeadas de relámpagos chasqueantes, había pistones que impulsaban máquinas desconocidas para ella y enormes cuevas de acero donde miles de tecnómatas en bancos de bronce trabajaban sobre mecanismos diminutos con calibradores plateados y herramientas con punta de alfiler.

Por último llegaron a una estancia más amplia donde se veían estanterías y estanterías repletas de herramientas relucientes y aparatos de los que ni siquiera sabía el nombre. En uno de los extremos había una mesa de planos alta y en el centro se encontraban cuatro personas vestidas con túnicas que rodeaban un banco de trabajo. Cada uno de ellos le estrechó la mano e hizo un gesto de asentimiento a medida que se iban presentando.

La primera fue Mellicin, una mujer hermosa y alta de mediana edad procedente del continente mericano. Tenía la piel suave y de color castaño, y una placa facial colocada sobre el lado izquierdo de la cara. La había saludado con cierta frialdad, y el ojo visible había mirado a Dalia de arriba abajo con la expresión de un analista químico profesional.

El siguiente fue un individuo de tez cetrina y bajo llamado Zouche, originario de lo que antaño se llamaba el Bloque Yndonésico. Le estrechó la mano con gesto breve y seco y su bienvenida brusca sonó falsa. Dalia no era muy alta, pero incluso ella se alzaba por encima de Zouche. Calculó que no mediría más de un metro.

Al lado de Zouche se encontraba una mujer llamada Severine, que tenía aspecto de profesora. Llevaba el cabello recogido en una cola de caballo y le dio la impresión de que su rostro de piel pálida se agrietaría si su boca de labios delgados se abriera lo más mínimo para sonreír.

El último era un joven sonriente que se llamaba Caxton, de aproximadamente un año o dos mayor que Dalia, tenía un rostro juvenil y una mata de cabello negro y rebelde cortado en forma de tonsura. Su rostro mostraba una expresión agradable, y de todas las bienvenidas la suya le pareció la más sincera. Reconoció su acento, por lo que lo más probable era que fuese originario de no muy lejos de su propia tierra natal, probablemente de las laderas orientales de los Urales.

Una vez realizadas las presentaciones, la adepta Zeth tomó un fajo de papeles de la mesa de planos y los dejó sobre la mesa de trabajo del centro de la estancia.

—Éste es uno de los últimos grandes diseños sin realizar del adepto Ulterimus, el creador de la máquina desoladora Sigma-Phi. Las apelaciones de datos lo clasifican como un incrementador de ondas theta diseñado para estimular potenciaciones de largo término en los humanos —les anunció Zeth. La adepta hizo caso omiso de sus miradas vacías y siguió hablando—. Ha sido transcrito de forma fiel por los tecnoarchivadores de Ipluvien Maximal a partir de los fragmentos de datos recuperados de la tumba del adepto Ulterimus, situada bajo Zephyria Tholus, y

vosotros vais a construirlo. Dispondréis de acceso a espacio de trabajo, a herramientas y a materiales, además de contar con servidores para las operaciones manuales. Dentro de siete rotaciones me mostraréis un prototipo funcional.

Una vez dicho aquello, la adepta Zeth dio media vuelta y se marchó con un revoloteo de la capa de color bronce, dejándolos a los cinco solos en la mesa de trabajo.

El primer día lo habían pasado averiguando qué se suponía que debía hacer el artefacto, lo que no era un asunto fácil, ya que los transcritores habían sido literales al copiar los errores gramaticales de Ulterimus, además de las correcciones y la forma y textura exacta de los muchos dibujos que se entrecruzaban. Los esbozos y los toscos diagramas dispersos por todos los planos daban alguna pista sobre la función del artefacto, pero adivinar lo que debía hacer aquel invento que jamás se había construido fue una tarea agotadora.

Dentro del grupo no tardó en establecerse una jerarquía. Zouche y Caxton se dirigían a Severine, quien a su vez respondía ante Mellicin. Dalia encontró su lugar en el grupo cuando descubrió que era la única capaz de descifrar las notas y los diagramas hasta el punto de determinar el propósito de aquella máquina.

—Se trata de un aparato diseñado para potenciar la comunicación entre las neuronas del cerebro —afirmó Dalia tras pasar una hora frustrante desentrañando el significado de unas notas escritas de forma anárquica—. Según esto, el adepto Ulterimus creía que existe un proceso conocido como potenciación a largo plazo y que es lo que constituye el núcleo de la formación de la memoria y del aprendizaje. Al parecer, existe un mecanismo celular de aprendizaje en el que se induce al cuerpo a que sintetice proteínas nuevas que ayuden en la cognición a un nivel elevado.

—¿Y cómo lo hace? —preguntó Severine, quien levantó la mirada tras dejar de redibujar los diagramas de circuitos y los mapas de flujos sinápticos.

—Por el aspecto de esta fórmula molecular, lo consigue mediante la potenciación de la transmisión sináptica —le explicó Dalia mientras recorría rápidamente con la mirada los diagramas—. Este generador de ondas mejora enormemente la capacidad de dos neuronas, una presináptica y otra postsináptica, para comunicarse entre sí a través de esa sinapsis.

Dalia recorrió con el dedo los dibujos y sus ojos pasaron de un lado a otro del plano y de sus propias anotaciones, sin ser consciente del modo en que la miraban los demás mientras hablaba. Sus palabras sonaban como si surgieran de los rincones más

profundos de su mente.

—Los receptores de la superficie de la célula postsináptica reciben a las moléculas neurotransmisoras. Cuando se activa, el aparato mejora la sensibilidad de la célula postsináptica ante los neurotransmisores mediante el incremento de la actividad de los receptores existentes además de aumentar enormemente el número de receptores de la superficie de la célula postsináptica.

—Sí, vale, pero ¿qué quiere decir eso exactamente? —quiso saber Caxton.

—¿No es evidente? —preguntó Dalia al mismo tiempo que apartaba la vista de los planos.

El silencio con el que le respondieron sus colegas le indicó que no era así. Dio unos cuantos golpecitos con la punta de los dedos en los planos antes de hablar.

—El artefacto ha sido diseñado para que aumente de forma tremenda la capacidad de cualquier persona para utilizar las zonas del cerebro que apenas usamos jamás, y de ese modo se incrementa la capacidad de aprender y de almacenar información a un nivel jamás alcanzado por los humanos.

—Pero no funciona —apuntó Caxton.

—Todavía no —admitió Dalia—. Pero creo saber cómo podemos conseguir que lo haga.

—¿Crees que es verdad? —preguntó Ipluvien Maximal mientras contemplaba en una holopantalla cómo Dalia explicaba el propósito del artefacto de Ulterimus—. ¿Podrá hacer que funcione? Nadie lo ha logrado en mil años, ¿y crees que podrá lograrlo en tan sólo siete rotaciones?

Koriel Zeth no le respondió durante unos momentos, y dejó que las vaharadas de aire frío que surgían continuamente de la estructura de almacenamiento de datos le acariciaran las pocas partes orgánicas de su piel que todavía estaban en contacto con el mundo.

Las palabras de Maximal eran creadas de forma artificial, pero el adepto Lundquist había adaptado su unidad de voz y el sonido era prácticamente indistinguible respecto al creado por una garganta orgánica. A Zeth aquello le parecía una afectación ridícula, dada la artificialidad del resto del cuerpo de Maximal, pero cada adepto tenía sus propias características y manías, y ella suponía que las suyas les parecerían igual de ridículas a los demás.

—Creo que podrá conseguirlo —respondió Zeth. Su voz seguía siendo producto

de unas cuerdas vocales humanas, pero sonaba hueca y metálica por la máscara tachonada que llevaba puesta. No estaba acostumbrada a utilizar su voz corpórea, pero aceptó la manía de Maximal sin protestar—. Ya viste el diagrama del aparato que modificó en Terra. ¿Cómo podría haberlo logrado si no poseyese una conexión inconsciente con el Akasha?

—¿Pura suerte? —sugirió Maximal—. Un millón de servidores que trabajaran en un millón de planes quizá lograrían con el tiempo crear algo que funcionara por accidente.

—¿Ese viejo aforismo? —respondió Zeth con una sonrisa—. Sabes que eso es imposible.

—¿Lo es? He visto a algunos de mis servidores realizando tareas que no estaban incluidas en sus hojas de instrucciones, aunque he de admitir que mis servidores no funcionan tan bien como deberían.

—Eso sólo se debe a que Lukas Chrom pagó más que tú por los servicios del adepto Ravachol, pero tampoco tiene importancia —le contestó Zeth, irritada por la digresión de Maximal—. Dalia Cythera efectúa saltos de lógica intuitivos, y cuando encuentra vacíos en la tecnología, los llena de sustituciones que funcionan.

—Y crees que eso se debe a que la arquitectura orgánica de su cerebro está en sintonía con el Akasha.

—Dado que he eliminado otros factores que podrían explicar su comprensión innata por la tecnología, es la única explicación posible —contestó Zeth—. Aunque no lo sabe, accede de forma inconsciente a la fuente de todo conocimiento y experiencia que contiene el Akasha y que se encuentra codificada en la sustancia del éter.

—Por éter ¿quieres decir la disformidad?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no lo llamas por su nombre?

—Ya sabes por qué no —le advirtió Zeth—. Esa asociación es peligrosa, y no quiero que ojos curiosos malinterpreten el concepto de lo que estamos intentando hacer, no antes de que seamos capaces de comprender por completo el proceso mediante el cual podemos acceder a los registros akashicos y aprender aquello que nuestros ancestros comprendían sin necesidad de dogmas y supersticiones.

—La fuente de todo el conocimiento —suspiró Maximal.

Zeth sonrió bajo la máscara. Apelar a su ansia obsesiva de conocimiento era un modo infalible de borrar cualquier duda que tuviera respecto a ese proyecto.

—Eso es —añadió Zeth, tirando un poco más del anzuelo—. La historia del cosmos y de cualquier brizna de información que ha existido o incluso que llegará a existir.

—Si logra construir ese artefacto, podremos desarrollar todo el potencial del Gran Lector.

—Esa esperanza tengo —le confirmó Zeth mientras pasaba una mano dorada por la superficie helada del cuerpo de Maximal. Notó la leve vibración del giro de los rodillos de datos en el interior de los mecanismos de su cuerpo, como si se sintiera impaciente por aprender el funcionamiento interno del universo—. Si consigue construir el aparato de Ulterimus, podremos aumentar el potencial de la mente del émpata hasta el punto de que será completamente receptiva al conocimiento que existe impreso en el éter, y entonces lo sabremos todo.

—Sí..., el émpata —admitió Maximal—. El uso de un psíquico me preocupa. Si Dalia Cythera ya posee una cierta conexión con el éter, ¿por qué no la utilizamos a ella como conducto?

Zeth negó con la cabeza.

—Una exposición prolongada al éter acaba quemando el conducto. Disponemos de multitud de psíquicos, pero Dalia es única. No pienso ser tan descuidada como para malgastar un recurso tan valioso como ella.

Su respuesta pareció satisfacer a Maximal.

—Lo que estamos haciendo es una obra magnífica, pero hay algunos que intentarían detenernos si se enteraran de nuestros proyectos.

—Entonces debemos asegurarnos de que no se enteren.

—Por supuesto, pero ya he detectado un cierto interés por parte del fabricante general y de sus aliados por la tarea que se está llevando a cabo en esta forja. Los canales de información se alimentan de los rumores que hay en el aire, y los paquetes de datos son como los cuerpos; no permanecen enterrados para siempre. Eres una tecnóloga brillante, pero has conseguido muy pocos aliados con tu desprecio evidente por Kelbor-Hal. Ten cuidado de no hacerte demasiados enemigos y atraer una atención indeseada. Algo así nos puede costar muy caro.

—¿Hablas del ataque contra tu reactor?

—Entre otras cosas —contestó Maximal mientras observaba la imagen holográfica de Dalia, quien en ese momento estaba organizando las tareas que debían realizar sus compañeros—. En el Concilio de Tharsis, el princeps Camulos negó tener implicación



alguna en el ataque, y aunque es algo que me sorprende, lo creo.

—¿De verdad? Por lo que yo sé, la Legio Mortis está instigando una guerra abierta entre las distintas facciones.

—Es cierto, y la destrucción de mi reactor principal es el primer paso lógico para debilitar a sus oponentes más poderosos, la Legio Tempestus, ya que dependían en gran medida de su producción de energía.

—Ciudad Magma cubrirá cualquier necesidad que se produzca.

—Le dije eso mismo al princeps Cavalerio, pero tú y yo sabemos que no se trata más que de una solución temporal. Mortis y Tempestus son enemigos desde hace mucho tiempo, y con la destrucción del reactor la fuerza de nuestros amigos se debilita.

—Entonces, ¿por qué no crees que la Legio Mortis esté involucrada en el ataque?

Maximal emitió un suspiro, un gesto afectado, ya que no poseía pulmones humanos con los que respirar. Una nubecilla de aire frío lo rodeó.

—La actitud fanfarrona de Camulos era demasiado segura. Sabía que no podríamos demostrar nada porque no había nada que demostrar. Es posible que haya ayudado a planear el ataque, pero no creo que participara ninguna máquina de la Legio Mortis.

—¿Quién lo hizo entonces?

—Creo que quien lo llevó a cabo fue Chrom.

—¿Chrom? ¿No será que lo culpas porque te disgusta?

—Es verdad que creo que sus modales son insoportables, pero hay más que eso —le respondió Maximal con un tono de voz calculado para que sonara conspirativo—. Existen ciertos rumores sobre los proyectos que está realizando en su forja. Son experimentos sobre diseños de máquinas con inteligencia artificial.

—¿Rumores? ¿Qué rumores? No he oído nada al respecto.

—Muy pocos lo han hecho, pero pocos asuntos escapan a la atención de mis prospectores de datos —le contestó Maximal con voz astuta—. Se dice incluso que Chrom ya ha construido una máquina así. En teoría, encaja con la descripción que nos ha dado el piloto del caballero que vio la máquina que atacó mi reactor.

Zeth negó con la cabeza.

—Si Chrom de verdad ha construido una máquina semejante, habría sido un idiota por haber permitido que acabara destruida.

—Quizá no quedó destruida. Si logró escapar al pallidus, podríamos estar

buscándola cien años y no la encontraríamos.

Zeth notó una cierta duda en el tono de voz de Maximal, como si conociera más datos pero no estuviera seguro de querer compartirlos.

—¿Hay algo más?

Maximal asintió con gesto lento.

—Quizá. Cada vez que aparece un rumor sobre esta máquina, los conductos de datos susurran un nombre...: Kaban.

Zeth buscó ese nombre en sus rollos internos de memoria, pero no encontró referencia alguna.

Maximal captó su falta de información en los flujos de datos que flotaban en su infoesfera y se lo aclaró.

—Incluso yo sólo he encontrado referencias muy crípticas respecto a Kaban. Al parecer, era un antiguo mandatario de Gypto, donde construyó la pirámide perdida de Zawyet el'Aryan, aunque en los pocos registros hieráticos que se han conservado su nombre se transcribe como Khaba, lo que puede implicar problemas dinásticos o simplemente que el escriba fue incapaz de descifrar por completo su nombre a partir de un registro más antiguo.

—¿Y qué relevancia tiene todo eso?

—Una puramente académica —admitió Maximal—, pero lo interesante es que los registros sugieren que Khaba puede ser el nombre del rey Horus.

—¿El nombre de Horus? ¿Qué quiere decir eso? —le preguntó Zeth, a sabiendas de que a Maximal le encantaba ufanarse de la tremenda amplitud de sus archivos relativos a conocimientos sobre tiempos antiguos.

—A menudo, los reyes de Gypto escogían nombres que simbolizaban su poder terrenal y su mandato espiritual para actuar como una especie de declaración de su misión durante el reinado —le explicó Maximal, y Zeth oyó cómo giraban las ruedas de datos a medida que iba recibiendo más información—. Normalmente, el nombre del rey se tallaba sobre una representación de su palacio con una imagen del dios Horus posado a su lado.

—¿El dios Horus?

—Así es. El nombre es muy antiguo. Es un dios del cielo, del sol y, por supuesto, de la guerra. Los antiguos gypcios disfrutaban mucho de la guerra.

—¿Y qué simbolizaba ese nombre de Horus? —quiso saber Zeth, sin poder evitar sentirse intrigada.

—No se sabe con seguridad, pero parece probable que implicara que Khaba era la encarnación terrenal de Horus; alguien que cumplía su voluntad, si lo prefieres.

—Así que lo que estás sugiriendo es que esa máquina, sea lo que sea, fue construida para Horus Lupercal.

—Ésa sería la conclusión lógica, sobre todo si tenemos en cuenta que Chrom disfruta del favor del fabricante general, y todos sabemos a favor de quién está Kelbor-Hal.

—Ya he oído algo parecido antes, pero todavía soy incapaz de creer que Kelbor-Hal esté más dispuesto a obedecer al señor de la guerra antes que al Emperador.

—¿No? He oído decir que Regulus ha llegado hace poco al Sistema Solar con varios mensajes de la Sexagésimo Tercera Expedición, y que primero atracó en Marte, no en Terra.

—Eso no demuestra nada. Regulus es un adepto del Mechanicum, y no hay motivo para sospechar que haya venido primero a Marte.

—Quizá no —aceptó Maximal—. Pero dime, ¿cuándo fue la última vez que un emisario de cualquiera de las flotas informara a Marte antes que al Sigilita de Terra?



## CAPÍTULO 4

Si cualquiera de los tejidos que provocaban las reacciones químicas y neurológicas asociadas con el asombro formaran parte todavía de las pocas partes orgánicas que el fabricante general conservaba, éste sin duda se habría visto asombrado ante el espectáculo que se divisaba a través del cristal polarizado que remataba la cima de su forja.

Sin embargo, a Kelbor-Hal, tal era su nombre humano, le quedaban muy pocas respuestas emocionales en esos tiempos aparte de la rabia, la amargura y la frustración.

El vasto complejo forja del Mons Olympus se extendía muy por debajo de él, y llegaba más allá de donde le alcanzaba la vista. Las fábricas y las refinerías gigantescas, los habitáculos de los operarios, los talleres y los hangares de montaje cubrían miles de kilómetros cuadrados de la superficie de Marte.

Aquella enorme colmena constructora era el hogar de miles de millones de tecnosacerdotes fieles al Dios Máquina, la gran deidad poderosa que gobernaba todos y cada uno de los detalles de la vida de Marte, desde la unidad de reserva terciaria más humilde de la Fuerza de Defensa Planetaria hasta el señor de forja más poderoso.

La estructura de mayor tamaño que tenía ante él era el Templo de Todo el Conocimiento, una pirámide inmensa de mármol negro y rosa coronada por una cúpula de piedra azul centelleante y un bosque de torres de hierro atravesaban el cielo y bombeaban nubes tóxicas a la atmósfera.

Unas pilastras gigantescas enmarcaban un portal ciclópeo situado en su base, donde el mármol tenía grabadas millones de fórmulas y demostraciones matemáticas,

muchas de las cuales habían sido desarrolladas por el propio Kelbor-Hal. La forja de Mons Olympus era más poderosa y albergaba más operarios, servidores y tecnosacerdotes que el complejo de Mondus Gamma de Urtzi Malevolus, donde se producían incontables cantidades de armas y armaduras de combate para las legiones de Adeptus Astartes de la Gran Cruzada. Mons Olympus era más una región que un edificio.

El fabricante general sabía que debería sentirse orgulloso de todo lo que había conseguido, ya que había desarrollado más tecnología que cualquiera de sus predecesores y había sido el responsable del espacio de tiempo más largo de toda la historia del Mechanicum durante el cual se había incrementado de forma constante la producción total.

Sin embargo, el orgullo, lo mismo que muchas otras respuestas emocionales, había desaparecido por completo a medida que el cogitador orgánico que albergaba su cráneo había sido sustituido de forma gradual por sinapsis sintéticas y conductores eficientes de pensamiento lógico. El fabricante general tenía un ochenta por ciento de componentes mecánicos en su cuerpo y no quedaba apenas nada de la carne con la que había nacido, un hecho del que se alegraba enormemente.

En cuanto al tejido orgánico que le quedaba en la cabeza, sentía cómo se pudría cada porción biológica a cada momento que pasaba. Cada tictac implacable del reloj lo situaba un instante más cerca de la tumba y de la pérdida de todo lo que había aprendido a lo largo de los siglos.

No. Era mejor quedar libre de la carne y de las dudas que albergaba.

Muy por debajo de él, miles de operarios desfilaban por el pavimento de piedra de la vía Omnissiah. La superficie estaba desgastada hasta formar acanaladuras por el paso de los pies cubiertos de sandalias de billones de suplicantes. Una veintena de titanes de combate se alineaban a lo largo de la ancha avenida. Su poder y su majestuosidad les recordaban a los habitantes de su ciudad, aunque ninguno de ellos necesitaba que se lo recordaran, cuál era su lugar en la ecuación del mecanismo diario de Marte.

Unos edificios monolíticos flanqueaban las carreteras. Eran factorías, templos-máquina, tecnocapillas y relicarios mecánicos, todos ellos edificios dedicados a la adoración y a la glorificación del Omnissiah. Unas enormes naves plegaria llenaban el cielo por encima del volcán. Eran dirigibles dorados que emitían sin cesar chorros interminables de lenguaje binario desde unos megáfonos de bronce. Unas calaveras

automatizadas flotaban detrás de los dirigibles como bancos de peces pequeños, y cada una arrastraba ondulante en el aire una tira de pergamino amarillento donde se habían escrito códigos mecánicos.

La gente de la superficie esperaba que sus plegarias hicieran que el Dios Máquina volviera la mirada hacia ellos y les concediera alguna bendición. Para muchos de ellos, el Omnissiah era un ser tangible, una figura dorada que había pisado la superficie de Marte por última vez doscientos años atrás...

«El dios falso que ha esclavizado al sacerdocio marciano con sus mentiras para lograr que lo obedezcan en todo».

El fabricante general se apartó del paisaje que se extendía ante él, su propio feudo, al oír un breve chorro de lenguaje binario procedente del autómatas de piel de ébano que estaba de pie a su espalda. La palabra «robot» no era la adecuada para denominar una obra creada con tanto ingenio.

Era una forma pulida y idéntica sin rasgo facial alguno, un regalo que le había hecho Lukas Chrom pocos años antes, cuando habían sellado su acuerdo secreto. Si el autómatas llevase puesta una piel, no se habría podido distinguir su forma de la de un humano. El genio de Chrom a la hora de diseñar autómatas era tal que podía crear formas en metal y en plástico de una perfección tan sublime que habrían avergonzado al propio Creador de la humanidad en caso de que hubiera existido.

Aunque parecía desarmado, estaba equipado con una multitud de armas digitales implantadas a lo largo de sus dedos, y de sus extremidades podían surgir en un instante hojas afiladas con el borde energizado.

El autómatas le había advertido de la llegada de unas formas de vida. El fabricante general centró la mirada en el hueco con marco de bronce abierto en el suelo. La máscara pálida de goma que llevaba puesta cuando se reunía con aquellos que lo servían se deslizó hacia abajo hasta taparle el rostro mecánico, un rostro que era irreconocible como humano desde hacía ya muchos años.

Un disco ancho de metal plateado, con el borde rematado por un pasamanos de bronce y acero, apareció con un siseo neumático procedente de un nivel inferior. Sobre el disco iban cuatro individuos. Tres vestían las túnicas características de los adeptos del Mechanicum, mientras que otro llevaba puestos los ropajes oscuros con cuello de piel propios de un embajador.

Los circuitos de la parte posterior de la máscara se interconectaron con las piezas de la cara de Kelbor-Hal y los rasgos de su falso rostro se movieron para formar algo

semejante a una expresión humana de bienvenida.

—Camaradas adeptos, bienvenidos a mi forja —entonó con una serie de chasquidos de lenguaje binario emitidos con precisión para que transmitieran su autoridad y su riqueza en conocimientos.

La figura de ropajes negros, el embajador Melgator, se bajó del disco de tránsito e inclinó la cabeza en un gesto de saludo al fabricante general. No era la primera vez que Melgator visitaba aquel lugar, ya que sus obligaciones políticas lo obligaban a viajar por todo Marte, pero siempre regresaba allí para informar sobre las maquinaciones y el estado de ánimo de los adeptos marcianos.

Aparte de los cables que le cubrían la nuca alargada, el rostro del individuo era repugnantemente orgánico. Su piel era blancuzca y tenía los ojos de color oscuro, reptilianos. Melgator había sacrificado la oportunidad de recibir más implantes ya que su función como embajador del Mechanicum lo obligaba a menudo a visitar las estancias doradas de Terra. Los gobernantes orgánicos de los dominios del Emperador se mostraban estúpidamente aprensivos respecto a aquellos que entraban en comunión con el Dios Máquina, ya que ante su percepción limitada eran extraños y casi alienígenas.

Detrás de Melgator aparecieron dos de los colaboradores más fieles de Kelbor-Hal, unos adeptos que seguían su liderazgo en todos los asuntos y le habían jurado todas las fuerzas de sus forjas. Eran el adepto Lukas Chrom y el adepto Urtzi Malevolus.

Chrom era el adepto de mayor tamaño. Su forma de hombros amplios iba envuelta en una túnica de color carmesí oscuro que ocultaba muy poco los numerosos implantes mecánicos con los que había sido bendecido. Varios manojos de tubos y de cables subían rodeándole las extremidades y acababan conectados a una mochila de energía siseante que se extendía como un par de alas a su espalda.

Había sustituido mucho tiempo atrás su rostro humano por una máscara de hierro con forma de calavera. Varios cables le sobresalían por debajo de la mandíbula y en las dos cuencas oculares brillaban sendas luces rojas.

El adepto maestro Urtzi Malevolus había preferido el bronce oscuro para su máscara, y el trío de ojos artificiales de color verde engastados en el metal iluminaban el interior de la capucha roja.

La túnica roja del señor de Mondus Gamma estaba fabricada a partir de caucho vulcanizado, y era gruesa y difícil de llevar. A la espalda le colgaba una mochila de energía de un tamaño monstruoso, y todo su peso lo sostenían unos diminutos

campos suspensores. Unos robots de vigilancia iban de un lado para otro alrededor de su cuerpo, pero no se podían alejar demasiado debido a los cables que los mantenían conectados al adepto maestro.

La energía fluía de forma libre entre las tres forjas como señal de buena fe, y la compartían en total libertad y sin ninguna clase de control personal. Por supuesto, la mayor parte de esa energía era dirigida a las forjas del fabricante general, pero ése era su derecho y privilegio como señor de Marte.

La última figura que entró en su sanctum era alguien que no había estado en Marte desde hacía bastante tiempo, un adepto que le había entregado toda su forja y sus posesiones a Kelbor-Hal cuando se marchó a acompañar a la Sexagésimo Tercera Expedición hasta los rincones más lejanos de la galaxia. Su túnica también era de un color rojo oscuro y no revelaba ningún indicio de la forma que se ocultaba debajo, aunque Kelbor-Hal sabía que quedaba muy poca humanidad allí.

Se llamaba Regulus, y aquel hijo favorecido de Marte había regresado con noticias sobre las campañas del señor de la guerra.

—Fabricador general —lo saludó Regulus con una profunda reverencia al mismo tiempo que formaba el Icón Mechanicum con unos dedos metálicos que aparecieron por debajo de la túnica—. Le doy la bienvenida al flujo de energía procedente de vuestra forja y que siento a lo largo de mis extremidades y en la matriz locomotora principal de mi cuerpo. La energía que no ha sido producida en Marte es floja y carece de vitalidad. Sirve, pero no nutre. Cada vez que regreso a esta fuente de energía y conocimiento que es Marte me doy cuenta de lo lamentable que es la energía que se genera más allá de nuestro planeta.

—Honras mi forja, Regulus —le contestó Kelbor-Hal aceptando su cumplido. Luego se volvió hacia sus adeptos vasallos—. Chrom, Malevolus, os doy la bienvenida, como siempre.

Los dos adeptos no dijeron nada, ya que sabían que Kelbor-Hal era capaz de captar la aceptación de su primacía por parte de ambos en las fluctuaciones sutiles de sus campos eléctricos.

—¿Qué noticias nos traes del señor de la guerra?

El fabricante general se había visto obligado en los pocos contactos que había tenido con los emisarios de Terra a aceptar la necesidad humana de mantener formalidades orales innecesarias, además de respetar protocolos y oír irrelevantes informes hasta que se llegaba al asunto en cuestión. Aquellos procesos triviales no



eran necesarios con los adeptos del Mechanicum. Toda la conversación se realizaría en linguatennis, un lenguaje que no dejaba lugar para la ambigüedad o la incertidumbre en el significado.

—Han ocurrido muchas cosas desde que el Emperador dejó atrás a las fuerzas expedicionarias —le explicó Regulus—. Han cambiado las lealtades y han surgido nuevos poderes de la sombra, poderes que ofrecen su ayuda a aquellos con la fuerza de visión necesaria para prestarles atención. Horus Lupercal es una de esas personas, y es, sin duda, un amigo del Mechanicum.

Los centros de lenguaje de Kelbor-Hal captaron con facilidad las implicaciones de las palabras de Regulus, y aunque las emociones le habían sido extirpadas mucho tiempo atrás como si fueran tumores malignos, un antiguo rencor apareció de nuevo cuando reconoció unos sentimientos idénticos a los expuestos en el trato realizado con Terra.

—Ya he oído antes palabras como éstas, cuando Verticorda condujo al Emperador hasta mi forja hace doscientos años y me vi obligado a arrodillarme ante él. El gobernante de las tribus salvajes de Terra nos prometió un trato de igual a igual en su gran cruzada de conquista, pero ¿dónde está esa supuesta igualdad? Nos afanamos por proporcionar armas para la guerra a sus ejércitos, pero no recibimos más que alabanzas por nuestros esfuerzos. Horus Lupercal es un guerrero de gran visión, pero lo que nos ofrece es más de lo mismo.

—Nos ofrece esto —le respondió Regulus al mismo tiempo que un brazo plateado se alzaba por encima de sus hombros.

Se trataba de un delicado calibrador de bronce que sostenía una hoja de plata y oro que albergaba datos. Regulus alzó uno de sus brazos principales y tomó la hoja antes de ofrecérsela al fabricante general.

—La legión del señor de la guerra se encontró en el planeta Aurelius con un enemigo terrible conocido como la Tecnocracia, a la que venció. Sus fuerzas armadas mostraban una similitud sorprendente con los astartes, y era evidente que poseían acceso a tecnología operativa procedente de PCE.

—Plantillas de construcción estándar —musitó el adepto Malevolus, quien fue incapaz de ocultar el ansia que albergaban sus palabras.

Kelbor-Hal ya había notado mucho tiempo atrás que tanto Malevolus como Chrom conservaban algunas características humanas muy desagradables: la avaricia, la ambición y el deseo de poseer, por nombrar unas cuantas. Era algo impropio y

repugnante en unos adeptos superiores, pero muy útil a la hora de atraerlos a su bando.

—¿Esa tal Tecnocracia tenía acceso a una PCE operativa? —insistió Malevolus.

—No sólo a una —añadió Regulus, con un evidente sentido de lo teatral—. A dos.

—¿A dos? —inquirió Chrom.

—Una servía para construir un tipo de armadura desconocida hasta entonces equivalente a la de un astartes, y la otra para la producción de generadores solares ligeros capaces de suministrar la energía que necesitaría un complejo de forja de la dase Epsilon 5. Por desgracia, las plantas productoras de esas plantillas fueron destruidas por la Tecnocracia antes de que las fuerzas imperiales pudieran apoderarse de ellas.

Kelbor-Hal vio que tanto Malevolus como Chrom miraban con avaricia la hoja con la PCE, una hoja que contenía una información que valía mucho más que sus dos forjas juntas. Eran planos electrónicos perfectos creados a partir de milagros de diseño y de evolución tecnológica. Eran máquinas que tenían la capacidad de diseñar y de construir cualquier cosa que su propietario deseara.

Esas máquinas habían permitido a la humanidad colonizar regiones enormes de la galaxia antes de que el torbellino de la Vieja Noche azotase a la raza humana y casi acabase con ella. Obtener una de esas máquinas de construcción era el sueño de todo adepto del Mechanicum, pero disponer de los planos detallados creados por una de ellas era lo segundo más deseado.

Kelbor-Hal notó el deseo de ambos de arrebatarse los planos de la mano a Regulus en los picos de energía de sus campos eléctricos.

—Horus Lupercal envía estos regalos a Marte junto a la promesa solemne de una alianza con el sacerdocio de Marte. Una alianza entre iguales, no entre amo y siervo.

El fabricante general aceptó la hoja de datos y quedó sorprendido al sentir un estremecimiento de emoción ante la expectativa de todo lo que podría aprender de su contenido. Era una hoja delgada de metal, frágil e insignificante, pero tenía la capacidad de contener más de cien veces todo lo escrito en Terra.

En cuanto tocó con los dedos metálicos la hoja, sus receptores táctiles leyeron los datos en un flujo constante de electrones, y supo al instante que Regulus había dicho la verdad. Se habían librado guerras genocidas por informaciones mucho menos valiosas que las que contenía aquella hoja. Habían muerto millones de individuos en la búsqueda de una tecnología que sólo valía una fracción de aquello.

El Mechanicum había librado guerras contra las tribus de Terra en un pasado muy remoto. Había enviado fuerzas expedicionarias al mundo natal de la humanidad para saquear las criptas olvidadas de ciudadelas antiguas y había arrebatado los secretos enterrados de la tecnología perdida del tercer planeta a aquellos que ni siquiera sabían que existía, y mucho menos cómo utilizarla.

El Emperador había creado su mundo sobre los huesos de aquella ciencia enterrada mucho tiempo atrás, y no había querido compartirla, por lo que había luchado contra los soldados de Marte y los había expulsado de regreso al planeta rojo antes de viajar él mismo a Marte bajo la apariencia del Omnissiah y de ser un pacificador, aunque un pacificador que llegaba a la cabeza de un ejército de conquista.

La paz que había ofrecido había sido una ilusión, un engaño pensado para ocultar una verdad mucho más siniestra.

El Emperador ofreció la paz con una mano mientras con la otra empuñaba una daga que mantenía escondida a la espalda. La realidad era que la oferta del Emperador había sido un ultimátum.

«Uníos a mí, o tomaré por la fuerza lo que necesito de vosotros».

Enfrentado a una elección que no era una elección en realidad, Kelbor-Hal se había visto obligado a negociar la autonomía de Marte y convertirlo en un planeta vasallo de Terra.

—Sin duda son grandes regalos —dijo al cabo de un momento—. ¿Los ha dado libremente?

Regulus inclinó la cabeza.

—Como siempre, mi señor, vais al corazón del asunto con la precisión de un láser. No, no son regalos entregados libremente. Tienen un precio.

—¿Un precio? —exclamó Chrom. El brillo de sus ojos aumentó ante aquella respuesta—. ¿El señor de la guerra quiere arrancarnos más tributos? ¡Ya le hemos entregado el respaldo de nuestras forjas!

—¿Es que quieres anular el trato que tenemos con el señor de la guerra? —quiso saber Regulus—. Sabíamos que nos pedirían mucho, pero mostraremos nuestra verdadera valía según cómo reaccionemos ante estos desafíos. Una gran recompensa se consigue sólo con un gran riesgo.

Kelbor-Hal asintió. La expresión vacía de su máscara tomó los rasgos de un gesto de conciliación.

—Afirmativo: Regulus está en lo cierto. Hemos llegado demasiado lejos como

para echarnos atrás por tener que pagar un precio por algo como esto. Ya estamos atacando a aquellos que carecen de la visión necesaria para darse cuenta de que Horus Lupercal es el verdadero señor de la humanidad.

—Todo lo que hemos hecho —añadió el adepto Malevolus—, los planes que hemos puesto en marcha. Hemos ido demasiado lejos y hemos invertido demasiado en esto como para apartarnos del fuego simplemente porque tengamos miedo de quemarnos, Lukas. La destrucción del reactor de Maximal, la muerte del adepto Ravachol... ¿Todo eso no ha servido para nada?

Reprendido por dos lados, Chrom inclinó la cabeza antes de contestar.

—Muy bien. ¿Qué es lo que nos pide el señor de la guerra?

—Que cuando esté todo preparado para atacar, tengamos a Marte bajo nuestro más firme control. Las facciones disidentes deben ser aplastadas para que las fuerzas del señor de la guerra puedan lanzar su golpe sin miedo a un contraataque. Todas las facciones leales a Terra deben ser sometidas o destruidas antes de que las fuerzas del señor de la guerra lleguen al Sistema Solar.

—Nos pide mucho, Regulus —respondió Kelbor-Hal—. ¿Qué nos impide pensar que lo único que estamos haciendo es cambiar a un autócrata por otro?

—Horus Lupercal ha prometido que reinstaurará el Imperio Marciano en toda su antigua gloria —contestó Regulus con la facilidad de un estadista—. Además, promete retirar todas las fuerzas que no pertenezcan al Mechanicum de los mundos forja.

El embajador Melgator dio un paso adelante. Su capa con reborde de cota de malla susurró al rozar con el suelo pulido de la cámara de observación. El embajador hablaba en muy pocas ocasiones si había alguien más aparte de él y del interlocutor a quien se quería dirigir, y Kelbor-Hal esperó impaciente sus palabras.

—Con el debido respeto, adepto Regulus —empezó diciendo—. El señor de la guerra, bendito sea su nombre, ya nos ha pedido mucho, y se lo hemos dado. Los suministros y las armas se envían en primer lugar a aquellas expediciones que él nos indica y se retrasan para aquellas que no están en su bando. Ahora nos pide más todavía, ¿y lo único que nos da a cambio son esas PCE, por muy valiosas que sean? ¿Qué más nos puede ofrecer como prueba de su amistad inquebrantable?

Regulus asintió, y Kelbor-Hal se dio cuenta de que ya había previsto aquella pregunta. La respuesta surgió de forma fluida de su vocabulador.

—Una pregunta muy aguda, embajador. Horus Lupercal me ha dado una respuesta que creo os satisfará.

—¿Cuál es? —quiso saber Malevolus.

Dio la impresión de que Regulus se hinchaba bajo la túnica.

—El señor de la guerra levantará todas las restricciones impuestas sobre la investigación en las tecnologías prohibidas. Para ello, traigo los protocolos que abrirán las Criptas de Moravec.

Un silencio pesado rodeó a los adeptos allí reunidos cuando la importancia de la promesa del señor de la guerra quedó flotando en el aire como algo demasiado bueno para ser verdad.

—Las Criptas de Moravec llevan selladas más de mil años —dijo Chrom con voz sibilante—. El Emperador decretó que no debían abrirse jamás.

—¿Y eso qué nos importa? —respondió Malevolus con un tono de voz burlón—. Ya estamos conspirando contra el Emperador. ¿Qué importa otra traición?

—¿El señor de la guerra tiene el poder para abrirlas?

—Es el representante del Emperador —le indicó Regulus—. Lo que sabe el Emperador, lo sabe el señor de la guerra. Lo único que hace falta para abrir las criptas es vuestra aceptación de los términos propuestos por el señor de la guerra.

—¿Y si no los aceptamos? —preguntó Kelbor-Hal, quien ya estaba imaginando los grandes tesoros de tecnología desconocida que podrían encontrarse en el interior de las criptas.

Moravec había sido uno de los más dotados tecnoadeptos antiguos de Terra, un individuo que había escapado a Marte para huir de la persecución a manos de las tribus de bárbaros supersticiosos de los desiertos radioactivos de Pan-Pacífica.

—Si no los aceptáis, borraré de mis cilindros de memoria los protocolos de apertura de las criptas y quedarán selladas para siempre —respondió Regulus—. Pero eso no será necesario, ¿verdad?

—No —admitió Kelbor-Hal. Los rasgos de la máscara pálida se torcieron para mostrar una sonrisa—. No será necesario.

—No, en ese extremo la varilla no puede ser tan delgada —indicó Dalia—. Se derretirá cuando llegue a las temperaturas que esperamos dentro del transformador de la capucha.

—Pero si es más gruesa, no cabrá en la capucha —le replicó Severine, quien se frotó las sienes con las palmas de las manos tras dejar de forma deliberada el electroestilo sobre la placa de gráficos—. No funcionará, Dalia. No podrás lograr que

encaje, y si no hay varilla de sujeción, la capucha no se mantendrá fijada en su lugar sobre los puntos cardinales del cráneo. Admítelo, este diseño no va a funcionar.

Dalia negó con la cabeza.

—No. Ulterimus sabía lo que hacía. Tiene que funcionar así.

—Entonces, ¿por qué no hay un diseño para inmovilizar la capucha? —exigió saber Severine—. No hay diseño porque sabía que no funcionaría. Todo este proyecto no es algo que él planeara construir. No se trata más que de un ejercicio teórico.

—No me lo creo —insistió Dalia mientras le daba vueltas a la hoja del plano del artefacto que Ulterimus, muerto mucho tiempo atrás, había diseñado. Estudió con detenimiento los planos y los diagramas que había copiado y mejorado con un esfuerzo agotador, como había hecho a lo largo de las cinco rotaciones anteriores, para intentar llenar las zonas en blanco donde el diseño estaba incompleto.

Estaban muy cerca.

En el centro del banco de trabajo que la adepta Zeth les había proporcionado estaba tomando forma un artefacto de color plateado reluciente que se asemejaba a un asiento antigravitatorio muy modificado. Caxton estaba debajo, dedicado a montar los tableros de circuito del soporte trasero, mientras que Zouche estaba trabajando con los cilindros en tambor que aislarían los conductos eléctricos una vez los mecanismos internos del artefacto estuvieran acabados.

Mellicin estaba dando vueltas alrededor del aparato, que era lo bastante grande como para que un humano adulto se ubicara por completo en su interior. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y se golpeteaba los dientes con un dedo con un ritmo irregular.

Habían tardado cinco rotaciones completas en llegar hasta allí, y al quedarles tan sólo dos, estaban al borde de un triunfo magnífico o condenados a un fracaso ignominioso. A pesar de la frialdad incómoda de su primer encuentro, habían trabajado bien como grupo, y las relaciones habían mejorado al percatarse los unos y los otros de las habilidades de los demás.

Zouche era un ingeniero con un talento magnífico, capaz de producir piezas y engranajes con gran habilidad y precisión en un periodo de tiempo sorprendente corto. Caxton había mostrado poseer un conocimiento intuitivo de cómo encajaban las diferentes piezas, lo que junto a su increíble capacidad para calcular el efecto total provocado por el cambio más mínimo en la estructura de un circuito lo convertía en el candidato ideal para montar el artefacto.

Severine era una delineante fabulosa, capaz de transformar los esbozos burdos de Dalia en unos planos adecuados a partir de los cuales se podrían fabricar las piezas necesarias. Mellicin poseía conocimientos sobre todos los aspectos posibles de la ingeniería, y esos conocimientos eran lo bastante amplios como para cubrir los huecos que existían entre los diferentes campos de especialización del grupo. No sólo eso. También poseía una capacidad organizativa extraordinaria, y dirigió todas las tareas con una gran eficacia en cuanto comprendió la inmensa capacidad de visión de Dalia.

En contra de lo que se esperaba, Dalia descubrió que Mellicin le caía bien a pesar de la frialdad de su recibimiento inicial, y se dio cuenta de que Mellicin tan sólo esperaba que demostrara su valía.

El trabajo había progresado a un ritmo exponencial desde que Dalia había adivinado cuál era el propósito de la máquina que Ulterimus había diseñado, pero se habían topado con un problema que amenazaba con impedir que completaran el proyecto: el modo de conectar y sostener la capucha que cubriría la cabeza de quienquiera que se sentara en la máquina.

Parecía algo ridículo, trivial, pero era la clave para el éxito de todo el artefacto. Si la conexión era demasiado delgada, se derretiría, lo que rompería la conexión con el cráneo. Por el contrario, si era demasiado gruesa, no encajaría entre el resto de componentes fabricados con exactitud y necesariamente pequeños, lo que crearía una superficie por la que sin duda se perdería energía, algo que podía alterar el delicado equilibrio de armónicos eléctricos generados por el cerebro del individuo.

Verse detenidos por un problema tan básico, pero tan fundamental, era algo increíblemente frustrante. Dalia empezó a comprender por qué no se había llegado a construir jamás la máquina.

Severine mantuvo las manos pegadas a la cabeza. Mientras tanto, Dalia paseó la mirada por los planos y dejó que las líneas y las curvas del diseño la rodearan. Las anotaciones y más mediciones giraron a su alrededor como hojas en una tormenta. Cada parte del diseño flotó sobre su cabeza, todas las piezas se interconectaron y el movimiento de cada una afectó de forma sutil a la que tenía al lado con su variación.

Dalia notó cómo sus propias manos se movían sobre el papel y oyó el sonido de una pluma al escribir, una pluma que ni siquiera se había dado cuenta de que había tomado en la mano. Las partes del diseño que no existían eran manchas grises en su mente, como si la solución al problema estuviera oculta por una capa espesa de niebla.

En cuanto se le ocurrió esa imagen, le pareció que una brisa fuerte saltaba en su

mente y la niebla empezaba a deshacerse en jirones que dejaban al descubierto unas líneas de fuego dorado que se ocultaban en su interior. Cada línea conectó las piezas de su diseño y las atrajo con mayor rapidez, como si un entramado estuviera uniendo todos los componentes que giraban a su alrededor.

Dalia sintió un nerviosismo cada vez mayor. Sabía que estaba al borde de descubrir algo importante. Mantuvo la vista desenfocada con un esfuerzo consciente, ya que sabía que si se concentraba demasiado en aquel montaje intuitivo, probablemente lo perdería. Los saltos de lógica que estaba realizando su subconsciente eran frágiles y podrían rasgarse como la seda si tiraba de ellos con demasiada insistencia.

Sus manos continuaron dibujando en el papel mientras las líneas doradas de su imaginación se iban acercando más y más hasta que unieron por completo los miles de elementos del diseño. Dalia contuvo el aliento cuando todos encajaron en su sitio, uno por uno, hasta formar una unidad completa y armoniosa.

Ahí estaba.

Ya podía verlo, completo y sin defecto alguno en su maravillosa complejidad.

Iban a necesitar piezas nuevas, unos diagramas rediseñados por entero y otros diagramas de circuitos.

Dalia lo vio todo, vio como todo encajaría, y cómo funcionaría.

Veintitrés horas más tarde, Dalia colocó en su sitio la última pieza de la máquina. El mecanismo se deslizó en la ranura con un leve siseo neumático. Cuando casi una rotación entera antes había salido de su ensimismamiento intuitivo, bajó la mirada y contempló un plano completo de las imágenes que había visto en su recorrido imaginario. Los dibujos eran toscos, por supuesto, pero incluso con un simple vistazo supo que eran correctos.

Lanzó un grito de alegría y se acercó de forma apresurada a Severine, tirando los papeles al suelo al hacerlo. A pesar de las protestas de Severine, Dalia los había llamado a todos y había comenzado a describirles lo que mostraban aquellos diseños toscos.

El escepticismo inicial del grupo pasó a ser un optimismo precavido al cabo de unos momentos y terminó convirtiéndose en emoción cuando empezaron a comprender el significado de lo que ella les estaba mostrando. Cada uno de ellos gritó entusiasmado ante lo que les parecía algo obvio, como si la solución siempre hubiera



estado allí, ante sus propios ojos.

A medida que el nuevo diseño fue tomando forma en el centro del banco de trabajo, Dalia se dio cuenta de que realmente lo habían tenido delante de los ojos, sólo que no se habían dado cuenta. Cada uno de los miembros del grupo, incluida ella, había estado trabajando sin abandonar las tradiciones ancestrales recogidas en el *Principia Mechanicum*, las reglas según las cuales funcionaban todos los entresijos de una máquina.

Menos Dalia, todos los integrantes del grupo tenían grabados unos electrotatuajes relucientes en el dorso de las manos para indicar que habían superado los cursos básicos del *Principia* y que, por tanto, eran miembros del Culto Mechanicum. Quizá ella también conseguiría gracias a aquel logro una marca semejante, aunque había sido precisamente el acto de pensar más allá de las doctrinas restrictivas del *Principia* lo que había proporcionado la solución a Dalia.

—Es increíble —musitó Severine, como si todavía le costara esfuerzo creerse lo que habían hecho.

—Lo hemos hecho —dijo Zouche.

—Dalia lo hizo —lo corrigió Caxton antes de pasarle el brazo por los hombros y dar un beso en la frente a su compañera—. Ella descubrió el modo de hacerlo cuando a ninguno de nosotros se nos ocurría.

—Todos lo hicimos —le contestó Dalia, avergonzada por el elogio—. Todos nosotros. Yo sólo vi cómo podía funcionar. No podría haberlo logrado sin vosotros. Sin todos vosotros.

Como siempre, fue Mellicin quien los llevó de vuelta a la realidad con una sacudida desagradable.

—Que a ninguno de nosotros se le ocurra soñar todavía con el rango de adepto. No sabemos si funcionará.

—Funcionará. Sé que lo hará —insistió Dalia—. Tengo fe en ello.

—Vaya, y ahora resulta que la fe sustituye a las pruebas empíricas, ¿verdad? ¿Proporciona datos fiables para demostrar que lo hemos conseguido? No.

Dalia sonrió y le hizo una reverencia a Mellicin.

—Tienes razón, por supuesto. Tenemos que poner a prueba el artefacto y realizar un centenar de diagnósticos antes de estar seguros, pero sé que todo va a salir bien.

—Estoy segura de que será así —admitió Mellicin con una leve sonrisa que dejó a todos sorprendidos—. Sin embargo, puesto que tenemos que hacerlas de todos

modos, sugiero que nos tomemos una hora de descanso antes de volver al trabajo y empezar a realizar las pruebas.

—No será necesario —dijo una voz autoritaria a su espalda.

Dalia se sobresaltó al oír la voz. Se dio la vuelta y vio que se trataba de la adepta Koriel Zeth, que se encontraba a la entrada del taller. Su armadura de bronce reflejaba el brillo apagado de los elementos decorativos dorados de sus extremidades.

Dalia imitó a sus compañeros e hizo una reverencia cuando la adepta Zeth entró en el taller acompañada por dos protectores con túnica roja que empuñaban unos largos báculos de hierro y cuyas extremidades estaban cubiertas de implantes potenciadores. Dalia reconoció a los protectores y sonrió al ver a Rho-Mu 31... ¿o sería mejor decir al verlos? No estaba muy segura al respecto.

Zeth dio una vuelta alrededor del aparato recién terminado y pasó los dedos cubiertos de metal por la superficie plateada y pulida.

—Debo felicitaros. Es un trabajo excelente. Supera todas mis expectativas en todos los sentidos.

Dalia notó un tono de reverencia y de deseo contenido en la voz de Zeth, como si la creación de aquella máquina fuese un sueño en el que la adepta no se había atrevido a creer con demasiadas esperanzas por temor a que nunca se cumpliera. Dalia levantó la mirada y vio que Zeth tomaba en la mano los planos que Severine había dibujado a partir de lo que ella había visto en su revelación y los comparaba con los diseños de la hoja del adepto Ulterimus.

A pesar de que Dalia no podía ver el rostro de la adepta debido a la máscara y a las gafas de lentes negras, se dio cuenta de que en su cara había una expresión de desconcierto.

—Sé que no siguen al pie de la letra los planos del adepto Ulterimus —le explicó Dalia—. Os pido disculpas, pero no pudimos conseguir que funcionara de ningún otro modo.

Zeth la miró cuando empezó a hablar y dejó los planos de Severine en la mesa de gráficos.

—Claro que no podíais —dijo.

—No lo entiendo.

Zeth tomó las copias de papel de los planos de Ulterimus y las rasgó en dos, para luego dejar caer los trozos al suelo.

—Este artefacto no funciona. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará.

—Pero lo hará, estoy segura.

—Ahora sí lo hará, Dalia —le contestó Zeth entre risas—. Ulterimus era un gran adepto, que tuvo ideas maravillosas y que desarrolló conceptos excelentes. Las ideas son la materia prima del progreso, y todo lo creado empieza como una idea, pero una idea por sí sola no vale nada. Una idea, como una máquina, debe disponer de energía para lograr algo. Los adeptos que han ganado fama al tener una idea son aquellos que dedicaron todos los esfuerzos y los recursos de los que disponían a ponerla en práctica. Por desgracia, la puesta en práctica de las ideas de Ulterimus dejaba bastante que desear, y muchos de sus artefactos fueron diseñados con elementos que no existían o que eran puramente teóricos.

Dalia se sintió confundida, y le dio la impresión de que había algo que no captaba, un punto básico que Zeth esperaba que ella comprendiese.

—Entonces, ¿por qué esperaba que lo construyéramos?

—Porque sabía que tu comprensión innata del por qué de la tecnología te permitiría cambiar aquello que no funcionara e inventar las piezas del rompecabezas que fuera necesario inventar. Eres la representación de lo que yo llamo el conocimiento ornamental.

—¿Conocimiento ornamental?

Zeth asintió.

—Los adeptos de Marte disponen sus procesos de pensamiento como máquinas simples, preparadas para funcionar, aunque de un modo estrecho y sin piezas o componentes externos o innecesarios. Yo prefiero una mente que sea una caja de restos, con telas brillantes, gemas extrañas, curiosidades sin valor pero fascinantes, baratijas, unos tallados pintorescos y una cantidad razonable de polvo. Sacude la máquina, y se estropeará. Sacude la caja, y se ajustará de un modo perfecto a su nueva situación. Sé que todavía no eres capaz de darte cuenta de ello, pero muchas de las piezas que creasteis para lograr que este artefacto funcionara no existían antes de que vosotros las diseñarais y las fabricarais.

—¿Queréis decir que... hemos creado algo... nuevo? —preguntó, asombrada, Mellicin.

—Así es —le confirmó Zeth—. Y eso no es algo que se deba tomar a la ligera. Este artefacto jamás habría llegado a funcionar si hubierais seguido al pie de la letra los planos que os di, pero vosotros, y os incluyo a todos, fuisteis capaces de ver más allá de lo que las normas atenazadoras del *Principia Mechanicum* jamás se atrevieron

a imaginar.

Zeth se quedó un momento de pie delante de ellos, erguida y resplandeciente en su armadura de brillo dorado.

—Algo así me permitirá elevar al Imperio a una era dorada de progreso científico nunca visto desde que la humanidad surgió de su roca natal.



## CAPÍTULO 5

Fabricador locum. Era un título que conllevaba un gran honor, aunque también hablaba de un sustituto, de un hombre que sólo era lo bastante bueno para asumir el cargo cuando no había disponible alguien mejor. Kane luchaba contra esos sentimientos, sabedor de que era un miembro del Culto Mechanicum tan obediente y diligente como cualquiera, pero con la sensación de que se encontraba de alguna manera fuera del círculo cerrado de poder.

Años atrás, sus tareas de ayudar al fabricante general con el funcionamiento diario de Marte y con el cumplimiento de las cuotas de producción y de asegurarse de que se observaban en todo momento las devociones correctas le habían proporcionado una vida gratificante y llena de satisfacciones. Ahora pasaba cada vez menos tiempo con su maestro y tenía que atender las constantes y crecientes peticiones de los representantes de las diferentes expediciones de las legiones.

Más armas, más municiones, más robots; más de todo.

Una conversación que había tenido con Straken había sido la gota que colmaba el vaso.

Straken era un astartes, un guerrero de los Salamandras que representaba los intereses de su legión en Marte. El Mechanicum consideraba la legión de Vulkan como un ejemplo de cómo debían llevarse los asuntos entre los dos brazos del Imperio, ya que la reverencia que sentían por la tecnología producida con esmero los hacía ser visitantes muy bienvenidos en Marte.

Dichas relaciones se habían visto dañadas en los últimos días ya que Straken había vuelto a trasladar el disgusto de su primarca a los adeptos del Mechanicum.

—La falta de armamento y material en la legión de mi primarca se está volviendo crítica —había dicho Straken, cuando Kane encontró tiempo para concederle una audiencia dentro de su forja, una inmensa fundición enterrada en lo más profundo bajo la colina abovedada de Ceraunius Tholus.

»No se puede permitir que continúe esta situación —continuó Straken sin esperar a que respondiera Kane—. No tenemos más reservas de municiones que las que acoplaron las naves forja del contingente del Mechanicum a nuestra flota expedicionaria. ¿Tiene idea de la cantidad de munición que emplea una legión en pie de guerra?

Kane era plenamente consciente del asombroso ritmo de consumo de munición de los astartes, y pensar que los Salamandras estaban devorando las reservas suministradas por sus naves forja era una crítica irrefutable de su ritmo de suministro.

Esas exigencias no eran imprevistas, aunque Kane había notado últimamente que su naturaleza y patrón mostraban una pauta diferente, una pauta que se veía impelido ahora a comunicar al fabricante general.

Kane atravesó los brillantes salones del complejo de la forja de Mons Olympus, cuyas paredes de metal bruñido brillaban como el oro junto al fuego del Templo de Todo el Conocimiento. Acompañado por un puñado de servidores y sirvientes, Kane pasó a través de avenidas refulgentes de la forja, una inmensidad majestuosa que se había erigido como monumento del poder del Mechanicum y del fabricante general. Sólo el palacio Imperial de Terra inspiraba una sensación de mayor poder.

El santuario interior de Kelbor-Hal estaba situado dentro de una imponente torre que sobresalía del extremo más al norte de la enorme forja, un pico que casi rivalizaba en altura con el Templo de Todo el Conocimiento.

Un ejército de skitarii se colocó en posición de firmes en la base de la torre. Eran unas bestias pesadas que portaban unos relucientes petos, cascos de bronce y capas de piel. Estos guerreros, más altos y grandes que Kane, estaban diseñados para intimidar y se comportaban como unos hombres criados para matar y no sentir nada más allá de la necesidad del combate. Se les inoculaban en la sangre potenciadores de fuerza, refuerzos metabólicos de agresión y supresores del dolor como implantes, o se hacía que lo introdujeran en el sistema nervioso diversas glándulas modificadas. Kane sintió un escalofrío de anticipación nerviosa mientras se acercaba y captaba sus altos niveles de adrenalina en el campo eléctrico que los circundaba.

—Fabricador locum Kane —dijo con un restallido de lenguaje binario al mismo

tiempo que hacía una reverencia y sostenía una mano en alto para que le hicieran una lectura biométrica. No importaba que los guerreros ya lo hubieran visto miles de veces o más; no había excepciones a los protocolos de seguridad que protegían al fabricante general.

El skitarii al mando, un gigante musculoso que portaba una alabarda decorada con todo tipo de talismanes de aspecto hosco, avanzó un paso y tomó la mano de Kane. El gesto pareció amistoso, pero se trataba de mero protocolo y Kane sintió cómo las dendritas del hombre se entremezclaban con el circuito táctil de su mano. Una luz verde comenzó a parpadear tras los ojos del guerrero cuando procedió a procesar la información.

—Fabricador locum Kane —aprobó el guerrero. Luego le soltó la mano y lo dejó pasar.

Kane asintió con la cabeza y avanzó hacia la única entrada de la torre, un simple portal que conducía a una cámara recubierta de metal plateado reflectante con barandillas protectoras en todo su perímetro que aparentaba estar vacía. Mientras ocupaba su posición en el centro de la cámara, el suelo comenzó a rotar y ascender. Activó un sensor de medición en la superficie interior de los globos oculares mientras pasaba rápidamente ante sus ojos el parpadeo de unos números binarios que marcaban su ascenso.

Kane contempló su reflejo en las onduladas paredes plateadas durante su subida hacia la parte superior de la torre. A Kane no le gustaba nada la ostentación de la que alardeaban muchos magos superiores y prefería una apariencia de estética más sencilla. Algunos lo llamaban afectación, y él mismo admitía que quizá pudieran estar en lo cierto.

De estatura media, Kane llevaba sus implantes de manera discreta, mezclados con su propia carne o acabados en formas menos obvias de lo que se estilaba en Marte. Vestía una sencilla túnica roja con el Icón Mechanicum bordado en hilo dorado, y a diferencia de muchos de los mechanicum, los rasgos de su cara podían reconocerse como humanos.

Su cabello, muy corto, seguía la forma del cráneo, sus mejillas estaban esculpidas con detalle y la nariz aguileña le brindaba un aire patricio que él mismo fomentaba. Sólo el tenue brillo azulado tras sus ojos daba alguna pista de las muchas mejoras que se habían hecho en el interior su cráneo.

Por fin el ascensor llegó a su destino y él dejó de contemplar su apariencia

mientras el suelo giraba noventa grados hasta un portal tan sencillo como el que acababan de pasar. Una luz coloreada inundó el pozo del ascensor y pudo ver el cielo de color rojizo ahora que estaba por encima del humo perpetuo producido por la forja.

Kane se tomó un momento para arreglarse y entró en la cúpula de observación del fabricante general.

Mientras el fabricante locum ascendía sobre las nocivas nubes industriales, Dalia y sus colegas se disponían a descender. La emoción de haber complacido a la adepta Zeth seguía presente y, a pesar del miedo que la invadía, Dalia veía cómo burbujeaba entre ellos la ilusión por lo que les iba a enseñar su señora.

Caxton le sostenía la mano como un joven alumno de scholam en un viaje de estudios, y Severine no podía evitar que una sonrisa irreprimible le asomara a la cara. Zouche intentaba no mostrar interés alguno, pero Dalia vio con claridad que incluso el lacónico ingeniero estaba deseando ver lo que los esperaba al final del viaje.

Sólo Mellicin parecía indiferente, aunque ya había admitido que estaba interesada en la promesa de lo que Zeth tenía que mostrarles.

La adepta no había dicho mucho desde que se aprobara su diseño para el incrementador de ondas theta, y les había dado instrucciones para que la siguieran hasta la forja interior.

Dalia y los demás se habían quedado mudos y confundidos durante un buen rato, no muy seguros de si habían entendido bien las instrucciones de Zeth.

Ver los mecanismos más recónditos de la forja de la adepta significaba que se te concedía acceso a sus mecanismos más privados y personales, a sus obsesiones y pasiones. Era notorio que el acceso a dichos lugares era muy difícil, y sólo se permitía ver lo que se encontraba en su interior a aquellos que se habían ganado los favores de un adeptus.

—¿Qué crees que es el lector akashico? —preguntó Severine mientras recorrían un sinuoso camino por los brillantes salones de la forja de Zeth—. ¿No me dijiste que Zeth quería que la ayudaras a construirlo?

—Eso es lo que me dijo cuando la conocí —reconoció Dalia mientras observaba el balanceo de los hombros dorados de Zeth y el movimiento de su capa de malla—, pero nunca me dijo de qué se trataba.

—¿Qué crees que es? —preguntó Caxton con una mueca infantil.

Dalia se encogió de hombros.



—Sea lo que sea, es algo que necesita el dispositivo que hicimos para que funcione. ¿Será tal vez un nuevo tipo de máquina de pensamiento?

Esa idea los dejó a todos en silencio.

El viaje los llevó a una cámara de techos altos con un tejado de bóveda de cañón, desprovisto de ostentación, en cuyo centro se elevaba un cilindro plateado de cincuenta metros de ancho.

Una docena de servidores armados se reunieron alrededor del cilindro, provistos de unos cuerpos de piel gris que se fundían con las orugas y unas monstruosas armas que reemplazaban a sus brazos, ya que seguramente eran demasiado grandes para empuñarlas sin suspensores.

Dalia intercambió varias miradas ansiosas con los demás mientras las armas los seguían a medida que se acercaban al cilindro. Se produjo un intercambio de ondulantes binarios entre Zeth y los servidores, y durante una fracción de segundo Dalia creyó ver que unos dardos de luz atravesaban el aire hacia los servidores.

—No os alarméis, los pretorianos no atacarán salvo que yo se lo ordene —dijo Zeth.

—¿Es ésta su forja interior? —preguntó Mellicin, mientras se retiraban los servidores de una puerta que se abría lentamente en las paredes brillantes del cilindro.

—Una de ellas —respondió Zeth.

—Entonces, ¿por qué sólo la protegen los servidores? ¿No sería mejor tener guardias que pudiera pensar por sí mismos?

—Una buena pregunta —contestó Zeth al tiempo que cruzaba el umbral de la puerta—, pero lo que estoy a punto de mostraros es algo que precisa que a sus protectores no les gusten los chismorreos.

Dalia sintió los ojos vigilantes de los servidores y notó como se le erizaba el vello de la parte trasera del cuello cuando sus mentes cauterizadas evaluaban su nivel de amenaza. Visualizó sin problemas las sencillas trayectorias lógicas de los programas de combate orgánicos que les habían insertado en el cerebro, unos minúsculos árboles de decisión que decidirían si los servidores armados la dejarían pasar o acabarían con ella.

Comenzó a desarrollar esos programas de combate orgánicos en su imaginación, incorporando protecciones, bucles nulos y subsistemas para evitar cualquier paradoja lógica que los paralizara.

Líneas de fuego dorado emergiendo de una neblina...

—¿Pensabas unirte a nosotros, Dalia?

Ella alzó la vista, sobresaltada por el sonido de la voz de Caxton. Zeth, Rho-Mu 31, Mellicin, Zouche y Severine ya habían atravesado la puerta, pero el joven Caxton la esperaba y ella sonrió, ligeramente avergonzada por haber caído una vez más en otra de sus ensoñaciones técnicas.

—Por supuesto —dijo ella—. Sólo estaba pensando.

—¿Algo tan emocionante como el incrementador de ondas theta? —le preguntó Caxton, sosteniéndole la mano.

Ella negó con la cabeza mientras se agarraba a su mano con una sonrisa.

—No, tan sólo formas de mejorar los programas de combate orgánicos de los servidores.

—¿De verdad? Eres todo un sistema PCE, Dalia, ¿lo sabías?

—No te burles —protestó ella, al tiempo que cruzaba la puerta con él y sentía el azote de una ráfaga de aire frío.

Se quedó sin respiración cuando descubrió que estaba de pie en lo que parecía una cabina de un funicular elevador unido a la pared interior del cilindro de plata, el cual Dalia veía ahora que era hueco y que se hundía en la oscuridad.

Dalia apretó la mano de Caxton cuando sintió una punzada de vértigo en el estómago. Los raíles de la cabina descendían en espiral, y Dalia cerró los ojos de miedo cuando las puertas que acababa de cruzar se deslizaron hasta cerrarse tras ella.

—¿No se siente cómoda con este medio de transporte? —le preguntó Rho-Mu 31.

—No me gustan las alturas —dijo Dalia, respirando con dificultad—. Nunca me han gustado.

—No te preocupes —dijo Zouche—. No se puede ver el fondo, así que es imposible saber lo alto que estamos.

—Eso no me ayuda —replicó Dalia.

Zouche se encogió de hombros.

—Ah, pensé que podría hacerlo.

—¡Bueno, pues no, así que guárdate otras ideas como ésa!

—Sólo intentaba tranquilizarte un poco —se quejó Zouche.

Dalia lanzó un grito cuando el funicular comenzó su descenso en espiral con una sacudida, ganando velocidad a medida que Zeth apretaba el acelerador. El nudo en la garganta no la dejaba respirar con facilidad y la parte analítica de su cerebro procesaba que el aire era frío, mucho más frío de lo que podría haber esperado, incluso teniendo

en cuenta la velocidad a la que viajaban a través del espacio vacío en el que todo resonaba.

Mantuvo los ojos cerrados mientras la cabina se adentraba cada vez más en las profundidades de la forja de Zeth. Sintió el aire helado en los pulmones y cuando abrió los ojos vio como su aliento se convertía en vaho.

Unas líneas blancas y agrietadas de hielo se estaban formando en las barandillas metálicas de la cabina.

—Hace frío —dijo Dalia—. Mirad, hay escarcha en el metal.

—Pues sí —reconoció Caxton, soltándole la mano y rodeándola con sus brazos.

—¿No crees que es algo raro?

—¿Raro? ¿Por qué?

—Estamos por debajo de la superficie del planeta o al menos bajo una laguna de lava, por lo que debería hacer cada vez más calor.

Caxton se encogió de hombros y le dio un tranquilizador apretón en el hombro.

—Las maravillas del Mechanicum, supongo.

Dalia lanzó una sonrisa forzada mientras proseguía el descenso interminable de la cabina, y volvió a cerrar los ojos con todas sus fuerzas.

Parecía que llevaban viajando horas, aunque Dalia sabía que no podían ser más de diez minutos como mucho. Salvo las pocas palabras que intercambió con Caxton, el viaje discurrió en silencio, aunque Dalia tenía la inconfundible impresión de que alguien le estaba hablando.

Echó un vistazo a sus compañeros. Todos estaban absortos en el viaje del elevador, bien fuera estirando el cuello hacia arriba para ver la fuente de luz de la parte superior del cilindro o inclinándose sobre la barandilla para penetrar en la oscuridad bajo ellos.

Sin embargo, ninguno decía una sola palabra.

Dalia entrecerró los ojos para mirar a la adepta Zeth y a Rho-Mu 31, ya que veía una nube fantasmal de luz que ondulaba por encima de sus cabezas cual gasa luminosa. Unas diminutas partículas de luz parpadeante se movían como flechas de Zeth a sus protectores, como si se estuvieran comunicando de alguna forma no verbal.

¿Estaba oyendo ecos de esa comunicación?

Como si fuera consciente de su atento examen, la adepta Zeth se volvió hacia ella y Dalia se dio la vuelta con gesto culpable, cerrando los ojos y concentrándose en los sonidos que había oído. A pesar del fuerte ruido que producía la cabina, Dalia sentía

que podía oír algo más allá del chirrido de las ruedas metálicas sobre los raíles.

Algo suave, un susurro desde el más allá..., un coro de voces entremezcladas.

—¿Has oído eso? —preguntó ella.

—¿Oír qué? —respondió Caxton.

—Esas voces.

—¿Voces? No, no las oigo, pero tampoco puedo oír mucho más que el ruido de este elevador —dijo Caxton—. Me pregunto cuándo le hicieron la última revisión.

Dalia se contuvo para no abofetearlo por hacer precisamente un comentario como ése.

—Juro que estoy oyendo a alguien susurrando. ¿Alguno de vosotros lo oye?

—Yo no oigo nada —dijo Zouche—, excepto unos cojinetes de la cabina que deberían cambiarse.

—Gracias por ese comentario —rezongó Dalia—. ¿Severine? ¿Mellicin?

Ambas mujeres negaron con la cabeza, y Dalia se arriesgó a mirar por encima de las barandillas para ver un cambio en la textura de la oscuridad bajo ellos y darse cuenta de que la cabina se estaba acercando al fondo del pozo.

Dalia captó una mirada entre Rho-Mu 31 y la adepta Zeth. Aunque llevaban las caras cubiertas, por su lenguaje corporal vio que sabían lo que les estaba preguntando.

—Ustedes lo oyen, ¿verdad? —preguntó Dalia—. Sus oídos están potenciados. Tienen que oírlo. Es como miles de voces susurrando a la vez, pero como si estuvieran muy lejos o tras un muro muy grueso, o algo así.

La adepta Zeth hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, Dalia, no las oigo, pero sé que están ahí. La razón por la que las oyes es uno de los motivos por los que eres tan especial para mí.

—¿Qué quiere decir?

—¿Quiere decir que tiene razón? —preguntó Zouche—. ¿Es verdad que hay voces aquí?

—En cierta manera —dijo Zeth, asintiendo con la cabeza—, pero la mayoría de la gente nunca las oirá.

—¿Por qué no? —quiso saber Dalia, al tiempo que sentía cómo crecían las voces, tal y como ella se imaginaba que sonarían las olas contra la costa, aunque no podía oír las palabras que decían—. ¿Por qué yo puedo oírlas y nadie más puede?

La cabina aminoró la velocidad, deteniéndose en la base del cilindro con una mínima sacudida. El suelo estaba recubierto de mármol con vetas de plata y oro que

brillaban como destellos en la noche.

Varias puertas que no tenían nada de extraordinario daban a la cámara, pero los ojos de Dalia se fijaron en una luz intermitente y continua que se desparramaba a través de una arcada situada a baja altura en una pared plateada. Podía sentir en la médula de los huesos que las voces provenían de detrás de ella.

—Todo se aclarará con el tiempo —dijo la adepta Zeth—, pero guarda tus preguntas hasta que te haya mostrado las maravillas que se esconden dentro de mi forja.

Kelbor-Hal estaba en pie al mismo borde de la cúpula con la espalda vuelta hacia Kane y la capucha sobre la alargada cabeza. De sus hombros sobresalían unos brazos manipuladores, y uno de ellos se volvió hacia Kane cuando éste se acercó. Junto al fabricante general estaba el autómata de piel de ébano de Lukas Chrom, cuya cara suave y sin facciones miraba hacia él con aparente curiosidad.

A Kane no le gustaban los autómatas, ya que odiaba todos los intentos de imitar la perfección de la forma humana mediante medios mecánicos. Como señal de respeto, Chrom le había regalado también a Kane un autómata el año anterior, pero él nunca lo había activado y permanecía apagado en uno de los almacenes técnicos de Mondus Occulum.

No, la tecnología podía mejorar y potenciar la condición humana, pero no debía nunca imitarla o reemplazarla.

Kane se permitió una sonrisa tensa. Los technoteólogos de Cydonia Mensae habrían disfrutado muchísimo con esas aparentes contradicciones en sus pensamientos: que un hombre tan beneficiado con las mejoras de la tecnología se resistiera de esa forma a la inevitable fusión del hombre y de la máquina.

Sintió cómo el autómata escaneaba sus constantes biométricas, leyendo así su identidad en las partes orgánicas de su carne y su campo eléctrico de resonancia, que constituía una firma tan única como cualquier huella genética.

El fabricante general era un individuo de porte imponente, una figura que resultaba inmensamente alta debido a las piezas de maquinaria y voluminosos implantes que habían sustituido el ochenta y siete con seis por ciento de su carne. Los mecadendritos, dotados de cuchillas, sierras y un sinfín de otros dispositivos, se movían a su espalda mientras innumerables cilindros de datos latían en su interior. Kane se preguntaba cuánto podía sustituirse en un cuerpo con elementos tecnológicos

sin que dejara de considerársele humano.

De la capucha de Kelbor-Hal emanaba un brillo verde, su cara maquinal refulgía con luces parpadeantes y su estructura interna zumbaba plena de actividad. Kane sabía muy bien que no debía interrumpir las meditaciones en las que estaba inmerso su maestro y desvió la mirada a través del grueso cristal hacia el suelo glorioso y sagrado de Marte.

Tenía ante sí todo el flanco este de Olympus Mons, cubierto por innumerables series de talleres, forjas, muelles, fundiciones de minerales y plantas de montaje que cubrían el volcán, inactivo desde hacía ya mucho tiempo, desde la base hasta la misma cima. Las torres y chimeneas se agarraban a la montaña como hongos metálicos^ unas colmenas de industrias que funcionaban día y noche para proporcionar suministros a los ejércitos del Emperador.

Eran millones las personas que trabajaban en los dominios del fabricante general, desde los adeptus en las torres más altas a los obreros manchados de aceite de las oscuras profundidades de las abrasadoras factorías.

Aquellos que eran tan privilegiados como para servir al fabricante general vivían en las colmenas de obreros que se extendían cientos de kilómetros hacia el este, como una mancha en dirección al accidentado paisaje de los Gigas Sulci. Una cortina de humo presidía como una capa de niebla las subcolmenas de los distritos obreros, descuidadas estructuras de acero y desechos amontonados con restos y residuos inservibles procedentes de las forjas.

Más allá de los dominios del fabricante general se extendía la meseta volcánica de Tharsis a lo largo de miles de kilómetros, un paisaje con las cicatrices de milenios de industria y explotación. A lo lejos y hacia el sureste, Kane podía ver la monstruosa neblina de calor de la cadena de reactores de Ipluvien Maximal y la densa nube sobre su complejo de forjas que ocupaba el terreno situado entre los cráteres dobles de Biblis Patera y Ulysses Patera.

Kane cambió al modo de visión mejorada, eliminado la distorsión e incrementando el aumento hasta que pudo ver la cadena de volcanes de los montes Tharsis, más allá de la forja de Maximal.

De esas montañas gigantescas, la mayor y situada más al norte era Mons Ascraeus, un imponente monumento geológico hogar de la Legio Tempestus. La montaña mediana de la cadena era Mons Pavonis, un pico amenazador que reflejaba muy bien el carácter de la Legio Mortis, la legión de titanes que habían construido su fortaleza

en sus profundidades adustas y cenicientas.

Más hacia el sur estaba Mons Asia, un volcán permanentemente envuelto en humo que había sido despertado de su inactividad por la adepta Koriel Zeth para que sirviera a su Ciudad Magma, que se extendía sobre el flanco sur de la montaña.

Mucho más allá de los montes Tharsis, el terreno se elevaba abruptamente en una serie de laderas escarpadas antes de descender hacia las vastas llanuras de Syria Planum.

El complejo de forjas de Mondus Gamma de Lukas Chrom ocupaba la zona sur de aquel paisaje escarpado y desolado, aunque ni siquiera un adepto tan ansioso de expandir sus dominios como Lukas Chrom se atrevía a construir al norte de aquella zona.

Allí el paisaje descendía y daba la impresión de desmigajarse en una serie de cañones que se entrecruzaban como un laberinto, con valles sombríos y fisuras de paredes empinadas. Se decía que la región había sido creada eones atrás por la acción de los volcanes. La llamaban el Noctis Labyrinthus, una región oscura de valles profundos cuyo suelo jamás recibía el calor de la luz del sol.

Por razones nunca bien comprendidas, ni nunca explicadas, los adeptos de Marte habían evitado construir nada en el Noctis Labyrinthus, y habían preferido levantar sus forjas bajo volcanes extinguidos o en el interior de los enormes cráteres de impacto.

La forja de Kane, conocida como Mondus Occulum, se encontraba a unos cuantos cientos de kilómetros al norte del Mons Ascræus, un entramado enorme de factorías y fábricas de armamento que se extendía entre las montañas de cimas redondeadas de Ceraunius Tholus y de Tharsis Tholus. La gran mayoría de los recursos de la forja estaban volcados en la fabricación de suministros de guerra para los astartes, y nunca cesaban en la producción.

El chirrido agudo provocado por los cilindros de datos al detenerse le indicó a Kane que el fabricante general había acabado con la tarea en la que estaba enfrascado. Le dio la espalda al paisaje de las llanuras de Tharsis e hizo el signo del Icón Mechanicum en dirección a su señor.

—Kane. No tenías cita prevista —lo saludó Kelbor-Hal.

—Lo sé, mi señor, pero ha surgido un asunto que creí necesario que conocierais.

—¿Crear? Un término irrelevante —le replicó Kelbor-Hal—. O el asunto requiere mi atención o no la requiere. ¿De qué se trata?

Kane captó la impaciencia en su modulación del lenguaje binario y se apresuró a contestar.

—Es un asunto de cierta urgencia y que sin duda requiere vuestra atención —le confirmó.

—Apresúrate a descargarlo —le ordenó Kelbor-Hal—. Tengo previsto reunirme con el embajador Melgator dentro de ocho punto tres minutos.

—¿El embajador Melgator? —inquirió Kane sin poder evitar sentirse intrigado. Melgator le disgustaba profundamente. Sabía que era un individuo al que no le interesaba tanto la búsqueda del conocimiento como la búsqueda de la influencia y el poder—. ¿Para qué ha venido el embajador a Marte?

—Melgator va a ser mi emisario en la valoración de la fidelidad de las forjas de Marte —le respondió el fabricante general.

—Sin duda, algo semejante no será necesario —comentó Kane, quien se había quedado horrorizado ante la idea de que un parásito adulator como Melgator fuese el encargado de juzgar la lealtad de sus colegas adeptos.

—En una época tan convulsa no se puede dar nada por seguro —replicó Kelbor-Hal—. Pero no te preocupes por asuntos que se encuentran más allá de tu capacidad, fabricante locum. Dime qué asunto es el que te ha hecho venir.

Kane contuvo una respuesta airada ante el énfasis innecesario con el que su señor había resaltado su título de subordinado.

—Se trata de las legiones, mi señor. Los astartes claman a gritos más suministros y no estamos cumpliendo las peticiones que hacen.

—Hace ya mucho tiempo que sabemos que la situación de los suministros de muchas legiones es problemática. Dadas las distancias respecto a Marte a las que están operando las flotas, los problemas de suministros eran una certeza matemática. Deberías haberlo previsto y haber tomado las medidas pertinentes.

—Lo he hecho —le replicó Kane, irritado ante la posibilidad de que su señor pensara que había cometido un error tan básico en sus computaciones—. El Mechanicum ha hecho todo lo posible por cubrir las demandas de suministros, pero es algo imposible de lograr por completo. A medida que las flotas operan a mayor distancia, los fallos del sistema se multiplican.

—¿Fallos? —exclamó Kelbor-Hal—. Yo mismo diseñé el sistema. Es un esquema de suministros y de demanda basado en la lógica en el que no cabe error o malinterpretación alguna.



Kane sabía que se estaba moviendo en un terreno peligroso y dudó antes de hablar de nuevo.

—Con el debido respeto, mi señor, es un esquema que no incluye todas las variables. Existe un factor humano que introduce elementos aleatorios que no se pueden prever.

—Un elemento humano —musitó Kelbor-Hal. El siseo del lenguaje binario contenía un desprecio vehemente en su código, como si el fabricante general fuera a sentirse mejor si pudiese prescindir por completo de elementos semejantes—. Siempre es el elemento humano el que corrompe los cálculos. Son demasiados elementos de una variabilidad caótica que alteran el resultado de un modo tan numeroso que es imposible de predecir. No es forma de gobernar una galaxia.

—Mi señor, ¿me permitís? —lo interrumpió Kane. Sabía que el fabricante general tenía tendencia a soltar discursos tangenciales sobre la falibilidad de la naturaleza humana.

Kelbor-Hal asintió.

—Continúa.

—Como ya he dicho, el envío de suministros a las legiones siempre ha sido algo problemático, pero hace poco he descubierto una pauta dentro de la estructura, y aparece demasiadas veces como para ser una coincidencia.

—¿Una pauta? ¿Qué clase de pauta?

Kane titubeó al captar un aumento de interés en el campo binario del fabricante general.

—Aunque lo que cabría esperar por pura lógica sería que las legiones que se encuentran más cercanas a Marte fueran las que tuvieran menos problemas logísticos, no es eso lo que he encontrado.

—¿Qué es lo que has encontrado?

—Que las legiones que no sufren problemas de suministros son las que están combatiendo en apoyo directo al señor de la guerra.

Al otro lado del portal se encontraba la forja interior de Koriel Zeth, y Dalia jamás había visto nada semejante. El lugar había sido tallado directamente en el manto rocoso de la superficie de Marte hasta crear una caverna, un hemisferio perfecto forrado de metal plateado. Las paredes curvadas eran un entramado de nichos, donde cada uno albergaba un ser humano cubierto de cables de cobre y de tubos de

conexión.

—Son centenares —musitó Severine.

A Dalia se le erizó la piel al ver a tantas personas fijadas a las propias paredes y al techo de la cúpula. Sabía que Severine se equivocaba. En aquellas aberturas había miles de individuos.

La cúspide de la cúpula era un disco metálico brillante que relucía y del que emanaban líneas quebradas doradas que se extendían por la estancia, como si se tratara de información transportada por los cables de fibra óptica que pasaran de un nicho a otro.

Todas las líneas centelleantes acababan llegando al suelo, y a partir de las paredes corrían por unos cables acoplados al mismo mármol en dirección a una figura que estaba sentada, como los reyes, en un trono dorado que a su vez se alzaba sobre un podio de granito negro pulido. Unos artefactos plateados y centelleantes con antenas parabólicas estaban colocados en los cuatro puntos cardinales de las paredes elípticas, y todas ellas apuntaban hacia la convergencia de energía situada en el trono.

Zeth se encaminó precisamente hacia esa figura solitaria, flanqueada por Rho-Mu 31 y seguida por Dalia y sus compañeros. Dalia notó una corriente cargada de electricidad en el propio aire, como si un potente generador estuviera produciendo megavatios de corriente eléctrica, aunque no vio ningún aparato semejante en la cámara.

Para ser la forja de una adepta de rango tan elevado, la forja de Zeth estaba extrañamente vacía, aunque lo que contenía no era menos extraño por eso. Dalia miró con atención mientras se dirigía hacia el centro de la cámara los rostros de las personas encapsuladas dentro de los nichos y envueltas por unas membranas translúcidas.

Eran idénticos en todos los sentidos.

Eran rostros enjutos y demacrados, con los músculos tirantes sobre los huesos, como si los hubieran tensado al máximo. Iban vestidos con unas túnicas sencillas que quizá antaño fueron verdes, y estaban inmovilizados mediante unas argollas plateadas y unos tubos que se movían de un modo ondulante y peristáltico.

—¿Son servidores? —preguntó Severine en voz baja.

—Claro que lo son —le replicó Zouche, que no contuvo el volumen de la voz—. ¿Qué van a ser si no? Es lo lógico, ¿no?

—Yo no estaría tan segura —apuntó Mellicin, también en voz baja.

—No son servidores —confirmó Dalia al ver lo mismo en lo que se había fijado Mellicin.

Había otra característica común a todas las figuras. Se trataba de una tira de lienzo blanco que les cubría las cuencas oculares.

—Entonces, ¿qué son? —quiso saber Zouche.

—Son psíquicos.



## CAPÍTULO 6

Al verse rodeada por miles de psíquicos, Dalia comprendió de repente el origen de las voces que había oído durante su descenso hacia la cámara. Al darse cuenta de ello, el sonido aumentó de volumen en el interior de su cráneo. Siguió sin ser capaz de distinguir las palabras o el sentido de lo que decían, salvo que todos dirigían su pensamiento hacia la figura sentada en el trono colocado en el centro de la cámara.

—Son psíquicos —repitió Zouche con voz sibilante al mismo tiempo que se ponía un puño sobre el corazón, con el índice y el meñique extendidos.

—¿Para qué sirve eso? —le preguntó Mellicin.

—Ahuyenta a los malos espíritus —le explicó Zouche.

—¿Y cómo lo hace? —quiso saber Dalia—. En serio, me interesa.

Zouche se encogió de hombros. El gesto hizo que sus hombros gruesos y su cuello rechoncho arrastraran hacia arriba la parte superior de su cuerpo.

—No lo sé. Sólo sé que lo hace.

—Vaya, Zouche, creía que alguien como tú estaría por encima de esas supersticiones —le comentó Mellicin, chasqueando los labios.

Zouche negó con la cabeza.

—Esto fue lo que le salvó la vida a mi abuela en Terra cuando una bruja de sangre vino a alimentarse de los niños de nuestro enclave. No estaría aquí si ella hubiera pensado igual que vosotros. No diré nada más, sólo que son vuestras almas las que corren peligro aquí, no la mía.

—Lo que tú digas —le replicó Caxton, quien imitó el gesto de un modo exagerado.

Sin embargo, Dalia se dio cuenta de que su despreocupación era forzada. A Caxton los psíquicos lo inquietaban, y mucho, lo mismo que a todos los demás miembros del grupo.

Dalia sentía más curiosidad que miedo, ya que jamás en su vida había visto a un psíquico, aunque, por supuesto, había oído muchos relatos sobre sus poderes extraños y sus excesos infames. Sospechaba que muchos de esos casos estaban repletos de detalles que iban mucho más allá de lo que realmente había sucedido, pero ver a tantos allí reunidos hizo que el vello de la piel se le erizara de un modo como no lo había hecho nunca antes.

El simple hecho de pensar en los psíquicos pareció aumentar su sensibilidad hacia ellos y tuvo que esforzarse para sacarse de la mente aquel tumulto de voces. Dalia tomó la mano de Caxton en la suya mientras subían hacia la figura sentada y se concentró en seguir a la adepta y a Rho-Mu 31, que ya habían llegado a la parte superior del estrado de granito.

Sobre él había un trono dorado, y su ocupante estaba tan atado como los demás individuos metidos en los nichos, pero mientras que éstos tenían un semblante enfermo y demacrado, el que estaba sentado presentaba un aspecto saludable y tranquilo.

El ocupante del trono era un individuo de unos treinta años, con unos rasgos faciales delicados y el cráneo rapado. Tenía los ojos cerrados y parecía estar dormido, aunque por el número de cánulas que tenía insertadas en los brazos dudaba mucho de que fuera un sueño natural. Llevaba puesta una túnica sencilla de paño rojo con el símbolo del engranaje blanco y negro del Mechanicum bordado en el lado derecho del pecho.

Delante de su boca colgaba un proyector de voz, y del aparato salían un montón de manojos de cables que estaban conectados a una serie de aparatos de grabación.

La adepta Zeth estaba de pie al lado del hombre medio tumbado, y Dalia se dio cuenta con un sobresalto de dónde estaba sentado el individuo.

—Veo que has reconocido el diseño —comentó Zeth.

—Es idéntico al primer prototipo que diseñamos del incrementador de ondas theta.

—Así es. Es increíble que no me diera cuenta —comentó Mellicin.

—Aunque el montaje final no es demasiado bueno —apuntó Zouche mientras daba vueltas alrededor al mismo tiempo que pasaba un dedo por la superficie metálica

—. ¿Y por qué oro? Es un metal demasiado blando.

Zouche se agachó y recogió del suelo un casco dorado que estaba al lado del trono, y Dalia se percató de que Zeth se había tropezado con los mismos problemas a los que se habían enfrentado ellos. Caxton se arrodilló al lado de un panel que vio abierto en un lateral del trono mientras Severine paseaba la mirada por el cuerpo bien proporcionado de su ocupante y Mellicin absorbía cada detalle de la cámara.

—Hizo que construyéramos el artefacto específicamente para esta sala —le dijo Dalia.

—Así es —le confirmó Zeth.

—Pero ¿qué es? —le preguntó Mellicin, apartando los ojos de la multitud de psíquicos que les devolvían la mirada a través de la venda que les cubría la cara.

—Es el lector akashico —le informó Zeth—. Es el aparato a cuya construcción le he dedicado toda mi vida. Gracias a su poder, liberaré a la galaxia de las ataduras que nos encadenan al dogma, a la repetición, y a una devoción ciega por la tradición.

—¿Y cómo lo hará? —quiso saber Dalia.

Zeth se acercó a Dalia y le colocó las manos enguantadas sobre los hombros.

—Mi mentor en la senda del Mechanicum fue el adepto Cayce, quien a su vez recibió su formación de manos del adepto Laszlo, un explorador y cazador de antigüedades. Laszlo llevó a cabo numerosas expediciones en el tercer planeta en los años anteriores a la unión entre Marte y Terra. Buscaba los restos de tecnología que los antiguos dejaron atrás. Laszlo descubrió un gran complejo funerario enterrado bajo el gran cráter de Kebira, en la tierra de Gypto. Era un vasto sepulcro guardado con egoísmo por las tribus de Gilf Kebir.

»Los skitarii de Laszlo derrotaron con facilidad a los guerreros de la tribu, y los secretos que descubrieron bajo la arena... Había tantos restos de tiempos ya olvidados y tecnologías que ya se consideraban perdidas. Encontraron secretos sobre transferencia de energía, sobre reestructuración atómica, sobre ingeniería química y, lo más importante, sobre la evolución de la cognición humana y la comunicación a través de la noosfera.

—¿La noosfera? —la interrumpió Dalia—. ¿Eso fue lo que vi entre usted y Rho-Mu 31?

Zeth asintió.

—Eso es exactamente, Dalia. Para aquellos que hemos recibido modificaciones noosféricas, la información y la comunicación son lo mismo, una forma de conciencia

colectiva que surge de la interacción de las mentes humanas y donde el conocimiento se hace visible en oleadas de luz.

—Y entonces, ¿por qué yo lo puedo ver? Yo no he sido... modificada —dijo Dalia.

—No —admitió Zeth—, no lo has sido, pero tu conexión con el éter hace que seas sensible ante cosas así, y a medida que desarrolles tus habilidades serás capaz de ver cada vez más información de la que te rodea.

—¿El éter? Eso suena peligroso —apuntó Caxton.

—Para las mentes sin preparación adecuada, lo es —le respondió Zeth mientras se acercaba más al trono dorado—. Es una dimensión de pensamiento y emociones que existe... más allá de este plano físico. Sin embargo, con el desarrollo adecuado, tu don nos permitirá adentrarnos más que nunca en ese reino de conocimientos. Podremos leer los archivos akashicos, un repositorio de información que se encuentra impreso en el propio tejido del universo, una fuente de cada pensamiento, acción y hecho que ha existido o que existirá. Es lo que permitió a las culturas de la Vieja Tierra construir aquellos monumentos increíbles y aprender cosas olvidadas por las generaciones siguientes.

Dalia sintió que el corazón se le aceleraba ante la idea de aprender algo así. El flujo de información que le había llegado hasta su puesto en la sala de transcripciones le pareció algo ínfimo comparado con la perspectiva de descubrir cada pizca de conocimiento que contenía el universo. Tenía el presentimiento de que Zeth no les estaba diciendo toda la verdad sobre el éter, pero su deseo de adquirir conocimiento se sobrepuso a cualquier idea de precaución sobre el peligro.

—¿Se supone que este artefacto... —musitó Dalia delante del hombre sentado en el trono— se conectará al éter y leerá la información que contiene?

—Ésa es exactamente su función —confirmó Zeth.

—¿Y por qué no funciona?

Zeth titubeó, y Dalia se dio cuenta de que se mostraba reticente a admitir las limitaciones de sus propios logros.

—El conocimiento es poder, y hay que guardarlo muy bien. Es uno de los mantras del Mechanicum, y con un gran conocimiento se adquiere un gran poder. Sin embargo, ni ese gran conocimiento ni ese gran poder se logran sin sacrificios.

—¿Sacrificios? No me gusta nada cómo suena eso —dijo Zouche.

—El éter puede ser una dimensión llena de peligros, y el universo no revela con

facilidad sus secretos —les explicó Zeth mientras ponía una mano sobre el hombro del individuo inconsciente que estaba sentado en el trono—. Se debe gastar mucha energía, tanto física como mental, para abrir de par en par las puertas que dan al éter y lograr que un empata se conecte con los registros akashicos. Además, cuando se consigue, la mente humana apenas es capaz de mirar por un brevísimo instante al éter antes de sufrir una sobrecarga.

—¿Una sobrecarga? —inquirió Severine, apartando la vista del hombre—. ¿Quiere decir que eso los mata?

—Sí, muchos mueren, Severine, pero la mayoría simplemente se desconectan. Sus cerebros quedan reducidos a masas fundidas de materia orgánica pulposa. Sin embargo, durante los breves instantes en que se encuentran conectados con el Akasha, aprendemos cosas tan increíbles que no os las creeríais.

Dalia levantó la vista para mirar a los psíquicos sujetos a las paredes de la cámara y comprendió que eran el combustible perecedero que se utilizaba para alimentar aquel artefacto. La idea era desagradable, pero tal y como había dicho la adepta Zeth, ni un gran conocimiento ni un gran poder se logran sin sacrificios.

Captó las conexiones en la mente y aplicó la lógica a lo que sus colegas y ella habían construido y a lo que les estaba contando la adepta Zeth.

—El incrementador de ondas theta reforzará la mente del émpata y le permitirá mantenerse conectado con el éter durante más tiempo.

—Eso es lo que espero —le confirmó Zeth—. Dalia, creo que tú ya posees una conexión natural con el éter, y eso es lo que te permite efectuar esos saltos de avances tecnológicos que van más allá de lo que puede lograr incluso el adepto más dotado de todo Marte. ¡Juntos podremos desvelar los secretos del universo! Dime que no te parece un objetivo digno de alcanzar.

Dalia estaba a punto de contestar cuando, de repente, se le ocurrió algo alarmante y se apartó del trono dorado.

—¿Piensa hacerme sentar en ese artefacto?

—No. Dalia, puedes estar tranquila en ese sentido. Eres demasiado valiosa como para desperdiciar tu don de esa manera.

Zeth lo dijo con la intención evidente de tranquilizarla, pero Dalia sintió un escalofrío que le recorrió toda la espina dorsal y que no tenía nada que ver con la cercanía de todos aquellos psíquicos. Aquello había sido un recordatorio desagradable de que no era una agente libre, sino que era propiedad del Mechanicum y que su



destino se encontraba en manos de la adepta Koriel Zeth.

A pesar de su humanidad aparente, Zeth era de una raza completamente distinta a la de Dalia.

Eran dos seres nacidos de la misma raza, pero que estaban separados por un abismo de creencias y de ambiciones.

Y también a pesar de ello, Dalia seguía queriendo formar parte de los planes de Zeth. Miró a su alrededor, a sus colegas, y vio el mismo deseo.

—¿Cuándo empezamos? —le preguntó.

—Ahora mismo.

Los tecnosacerdotes y los visioingenieros llenaban la caverna que se abría en las laderas de la Arsia Chasmata con sonidos retumbantes y destellos luminosos producto de sus esfuerzos. Saltaban chorros de chispas de las pulidoras y de las máquinas de soldar, y las grúas alzaban grandes paneles de blindaje. Los cánticos monótonos de los santificadoris metalus resonaban contra las paredes de la sala de reparaciones.

La forma acribillada de daños producidos en combate del *Equitos Bellum* yacía inmóvil mientras los operarios de los Caballeros de Taranis se afanaban por devolverlo a su gloria original. El *Fortis Metallum* y el *Pax Mortis* ya habían sido reparados y consagrados de nuevo. Los daños que habían sufrido por la explosión del reactor no habían sido tan graves como los que había recibido la máquina de Maven.

Raf Maven contemplaba las reparaciones desde una pasarela elevada. Mantenía los labios apretados mientras observaba el trabajo que se estaba desarrollando allí abajo. Vio como un grupo de visioingenieros dirigían una grúa operada por un servidor que se disponía a colocar una cubierta de cabina nueva de cristal blindado sobre la máquina herida.

Maven torció la boca en un gesto de dolor y se llevó una mano al ojo al recordar el sufrimiento provocado por la sensación empática que había notado cuando se había resquebrajado la cabina.

Su montura había quedado muy dañada por la máquina enemiga, y Maven había sufrido en consecuencia. Cuando el viejo Stator lo encontró inconsciente entre los restos del reactor destruido, Maven estaba ciego, con los sentidos retraídos debido al dolor que había sentido. Tenía el torso cubierto de moratones y de lesiones psicósomáticas que no tenían nada que ver con las heridas que había sufrido cuando el *Equitos Bellum* había caído derribado por la fuerza de la explosión.

Tan sólo la protección momentánea que le había ofrecido el edificio detrás del que se había refugiado lo había salvado de morir por la explosión, y tanto los sanadores de la carne como los del acero proclamaron que era un milagro que él y su montura hubieran logrado sobrevivir.

Los protectores y los transportes enviados desde Ulysses Patera los habían llevado de regreso a la casa-capítulo de su orden de Arsia Chasmata, el profundo cañón del flanco nordeste del Mons Arsia.

Allí era donde habían comenzado las tareas de reparación, tanto del hombre como de la máquina.

Las heridas superficiales de Maven habían respondido con rapidez al tratamiento tras colocarle bien las costillas rotas y cubrirle las quemaduras con piel sintética. Las heridas psicosomáticas tardaron un poco más, y dio la impresión de que se curaban a la par que las reparaciones efectuadas en el *Equitos Bellum*.

Su máquina había perdido toda la pintura que la cubría y mostraba el acero al desnudo además de todos los mecanismos internos dedicados a restaurar la integridad del espíritu de la máquina. Tan sólo el dragón de fuego tallado en la cabina con forma de cráneo había sobrevivido intacto al intenso calor provocado por la explosión.

Maven contempló a los individuos y a las máquinas que trabajaban en su montura con ganas de gritarles que se marcharan, que lo dejaran a él efectuar las reparaciones y las demás liturgias, pero sabía que tan sólo se trataba de su orgullo herido. Los operarios de los Caballeros de Taranis sabían muy bien cómo hacer su trabajo y no se podían encontrar mejores sanadores del metal aparte de los sacerdotes al servicio de las órdenes de titanes.

—¿Sigues aquí? —le preguntó una voz desde el otro extremo de la pasarela.

—Sí, aquí sigo, Leo —contestó sin ni siquiera volverse.

Leopold Cronus se le acercó y se apoyó en la barandilla a su lado para contemplar las ruidosas labores de reparación.

—¿Cuánto tiempo falta antes de que vuelva a caminar de nuevo? —le preguntó Cronus.

—Más tiempo del que querría esperar —gruñó Maven—. ¿Sabías que iban a desmontar al *Equitos Bellum* para convertirlo en chatarra?

Cronus negó con la cabeza.

—¿Una máquina con un historial tan magnífico? Una locura. Dale las gracias a la Máquina por la intervención del viejo.

Cuando Maven sospechó que el maestro de la forja iba a desahuciar al *Equitos Bellum*, se puso en contacto con lord Caturix y lord Verticorda para pedirles que salvaran su montura. No había llegado noticia alguna de ellos para cuando los inspectores de combate finalizaron su trabajo y los gigantescos servidores de desmontaje ya estaban preparados.

Maven se había interpuesto entre ellos y el *Equitos Bellum* empuñando su pistola. Recordó la decidida intención de matar que sintió mientras se disponía a defender a su montura herida.

Los desmontadores se pusieron en marcha y Maven se preparó para hacerles frente, pero en ese preciso instante llegó a los hangares de reparación un mensaje de la Sala del Relámpago.

El *Equitos Bellum* debía caminar de nuevo.

Maven había vigilado a la máquina herida desde aquel momento, como si temiera que la orden de volver a poner al *Equitos Bellum* en condiciones de combate pudiera ser anulada en cualquier momento.

Cronus le puso una mano en el hombro en un gesto tranquilizador.

—Tu montura estará lista para el combate antes de que te des cuenta.

—Lo sé, pero es que me pregunto si todo volverá a ser como antes.

—¿A qué te refieres?

—Desde la batalla en el reactor de Maximal he sentido... No sé cómo explicarlo..., como si hubiera algo sin acabar, como si ninguno de los dos se sintiera completo. No hasta que nos vengamos.

—¿Vengaros de qué? Fuera lo que fuese lo que atacó al reactor, quedó destruido por la explosión. Que tú hayas sobrevivido es un puñetero milagro.

Maven señaló con el dedo al caballero averiado.

—Sé que ha sido un milagro, lo mismo que sé que fuera lo que fuese lo que nos hirio, sigue ahí fuera. El *Equitos Bellum* lo siente, siente que está ahí fuera, y yo también.

Cronus negó con la cabeza.

—Eso no es más que un recuerdo somático persistente de dolor. Eso quedó destruido.

—Yo te digo que no, y nada de lo que me puedas decir me convencerá de lo contrario —replicó Maven—. Leo, estaba protegido por un escudo de vacío. Pudo haber sobrevivido a la explosión sin muchos problemas y luego escapar a los páramos

desiertos o a los cañones más profundos de la Ulysses Fossae.

—He leído el informe del combate. ¿Seguro que estaba protegido por un escudo de vacío? Sólo los titanes tienen esas pantallas. Quizá tan sólo se trataba de unos escudos de energía de reserva.

—Sí, o a lo mejor es que fallé —le espetó Maven—. O a lo mejor la radiación calorífica del reactor me hizo creer que estaba protegido por un escudo. Maldita sea, Leo, sé muy bien lo que vi. Tenía un escudo y sigue ahí fuera. Lo sé.

—¿Qué te hace estar tan seguro de eso?

Maven titubeó un momento antes de contestar. Levantó la mirada hacia el rostro de Leopold. Sabía que la única persona con la que podía hablar sobre las sospechas que sentía sin miedo a quedar en ridículo era Cronus.

—No sentí nada en la máquina. Era fría, como algo muerto.

—¿Algo muerto? ¿A qué te refieres?

—Me dio la impresión de que... no había nada dentro —susurró Maven—. No noté nada parecido a un piloto, ni furia de combate, ni estilo propio, ni, sobre todo, ninguna sensación de triunfo cuando me impactó.

—¿Crees que era un robot?

Maven hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no era un robot. Reaccionaba de un modo que no puede programarse en unas instrucciones de combate preestablecidas, al menos ninguna que yo conozca.

Ambos sabían que los robots de combate no eran rival para un piloto experimentado, que podía vencer sin muchas dificultades a unas máquinas con unos parámetros de acción limitados.

—Entonces, ¿qué crees que era?

Maven se encogió de hombros.

—No era un robot, pero sus pautas de disparo seguían el manual de combate... Parecía un piloto novato en su primera misión. Creo que ésa fue la única razón por la que pude escapar sin que me destruyera. Me dio la impresión de que poseía las habilidades necesarias para destruirme, pero que no sabía cómo utilizarlas de forma correcta.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Voy a cazarlo y a acabar con él.

Tres figuras cruzaban un pasillo enclaustrado y cubierto de polvo en su recorrido por

las criptas más oscuras abiertas bajo el Mons Olympus. Era un lugar por donde nadie había pasado desde hacía más de dos siglos. Los túneles y los pasillos que se perdían en la oscuridad habían sido excavados en la roca base de Marte miles de años atrás, pero las tres figuras avanzaron sin titubear por el laberinto como si una cuerda invisible tirara de ellos o los guiara una señal inaudible.

Kelbor-Hal se sintió sorprendido mientras caminaba por los túneles en sombras al detectar un nivel elevado de adrenalina y un incremento en la producción de interleukinos, lo que en un humano normal habría indicado nerviosismo e impaciencia.

El autómatas lo seguía sin saber la importancia memorable que iba a tener su amo en la historia futura de Marte. El fabricante general volvió la cabeza cubierta por la capucha hacia Regulus. El adepto se movía con una cierta elegancia mecánica mientras se adentraban en las entrañas del planeta en dirección a su destino.

Las Criptas de Moravec.

En aquellas cámaras olvidadas los aguardaban secretos que ni siquiera llegaban a imaginarse. Era un tesoro de conocimientos que llevaba un milenio aislado, sin ser examinado. Era un desperdicio de recursos. Era un crimen repudiar el legado del pasado.

Una bandada de servocráneos levitatorios los seguía. Sostenían entre los dientes unas pinzas rematadas por unos globos luminosos que no dejaban de balancearse.

El polvo se levantaba tras su paso, y el eco del repiqueteo metálico de sus extremidades resonaba contra las paredes secas y desconchadas mientras seguían avanzando. Regulus dobló otra esquina y les hizo adentrarse en una estancia inmensa de la que salían numerosos túneles que se perdían en lo desconocido.

Regulus no lo dudó ni un instante y se dirigió hacia el séptimo túnel que se abría a lo largo de la pared occidental. Se adentraron y dejaron atrás tumbas cubiertas de polvo, celdas vacías y nichos repletos de huesos, todo ello restos de gente importante que había muerto y había sido enterrada allí en épocas pasadas.

Pasaron por delante de estancias con las puertas abiertas en cuyo interior se amontonaban pilas inmensas de libros polvorientos, de volúmenes olvidados y estuches atados con cadenas que contenían enormes anuarios, o los archivos y diarios personales de adeptos muertos mucho tiempo atrás. Kelbor-Hal también vio estancias cavernosas que albergaban máquinas gigantescas que se habían convertido en un bloque sólido por el óxido o estaban tan corroídas que eran irreconocibles.

Era el legado de dejar abandonada la tecnología, el resultado inevitable del decreto del Emperador en el que se ordenaba que las Criptas de Moravec quedasen selladas. Cada vez que veía una de aquellas escenas se convencía más y más de que había tomado la decisión correcta, que aquel regalo de Horus Lupercal era de los que no se debía rechazar.

La matriz posicionadora de Kelbor-Hal le informó de que se encontraban exactamente a novecientos treinta y cinco metros por debajo de la superficie de Marte. Anotó la ruta que estaban siguiendo en un mapa brillante que tenía proyectado en el aire ante sí, y grabó cada paso del trayecto que estaban recorriendo en un cilindro de memoria que albergaba en lo más profundo de su región lumbar.

Al fabricante general lo irritaba necesitar a Regulus para que lo guiara por aquel laberinto, ya que había recorrido esos pasillos con anterioridad y no debería haber tenido problema alguno en consultar la ruta en sus registros internos.

Habían pasado más de doscientos años desde la última vez que Kelbor-Hal había visto el interior de las Criptas de Moravec. El Emperador, acompañado por sus custodios de armaduras doradas, había encabezado la marcha hacia los sepulcros polvorientos excavados bajo el Mons Olympus. El señor de la humanidad había recorrido sin perderse el laberinto de túneles que llevaban hasta esas criptas perdidas, aunque nunca quedó muy claro cómo era posible que conociera su localización exacta.

Tampoco quedó explicado lo que lo había impulsado a dirigirse a esas criptas.

Kelbor-Hal había dejado a un lado aquellas preocupaciones y se dedicó a pensar con emoción anticipada en las tecnologías desconocidas que encontraría en las catacumbas ocultas simadas bajo el Mons Olympus.

Sin embargo, cuando llegaron ante la cripta, el Emperador simplemente se quedó delante de las puertas, sin abrirlas. Se había limitado a cerrar los ojos y a colocar una mano sobre la entrada sellada. Había permanecido inmóvil como una estatua durante dieciséis punto uno cinco minutos antes de darse la vuelta y emprender el camino de regreso a la superficie a la cabeza de sus guerreros a pesar de las protestas de Kelbor-Hal.

Les había prohibido a todos almacenar ningún dato sobre el recorrido que llevaba a las Criptas de Moravec, aunque, por supuesto, Kelbor-Hal había activado en secreto sus dispositivos de memoria cartográfica. Sin embargo, al llegar a la superficie, había descubierto que estaban vacíos y que no contenían ninguna clase de datos sobre el

viaje, como si nunca hubiera ocurrido.

Tampoco pudieron encontrarlas ninguno de los aparatos de búsqueda o de telemetría remota enviados a los túneles a localizar las criptas. Parecía como si aquel lugar hubiera sido borrado del planeta, como si las hubieran ocultado de forma deliberada a los propios adeptos encargados de custodiarlas.

La afrenta que suponía el entremetimiento del Emperador en el funcionamiento de los artefactos de un adepto superior era algo increíble, y Kelbor-Hal había exigido enfurecido que se recuperaran esos datos.

—El Mechanicum jamás borra nada —le había dicho al Emperador.

El Emperador se había negado con un movimiento de cabeza.

—Las Criptas de Moravec deben permanecer cerradas para siempre. Me lo has de jurar, Kelbor-Hal, o la unión entre Terra y Marte quedará sin efecto.

El señor de la humanidad no quiso siquiera hablar sobre el tema, y le exigió una vez más que lo jurara, y a Kelbor-Hal no le quedó más remedio que aceptarlo. El asunto quedó zanjado de ese modo, y el Emperador partió dos días más tarde para comenzar su conquista de la galaxia.

Todo aquello hacía que fuese más placentera esta transgresión.

Incumplir el juramento no tenía importancia alguna, ya que, ¿qué clase de persona trataría de impedir que una organización dedicada a la búsqueda de tecnología aprendiera nuevos secretos del pasado que quizá podrían revelar glorias futuras? Negarse a algo semejante iba contra todas las leyes naturales y mecánicas, y siendo racionales, la lógica dictaba que las Criptas de Moravec debían abrirse.

—Ya hemos llegado —lo avisó Regulus, y Kelbor-Hal dejó atrás los recuerdos y volvió al presente.

Se encontraban en una cámara circular en la que brillaba una luz suave, de ciento treinta metros de diámetro, aunque Kelbor-Hal no vio la fuente de esa luz. Excepto una franja, todas las paredes eran de piedra pulida mecánicamente hasta el punto de parecer mármol.

El segmento de pared que no era de piedra pulida seguía igual que como lo recordaba Kelbor-Hal. Era una franja de metal bruñido que relucía con una especie de brillo interno. Ante ese trozo de pared relucía una cortina de energía invisible para el ojo humano normal, pero que cualquiera que poseyera una capacidad de visión multispectral vería como una hoja de luz iridiscente que fluctuaba delante de la pared.

En el centro de la pared había una arcada en forma de hoja, y en su interior había una puerta con un teclado y una rueda de bloqueo. Era una puerta de aspecto muy sencillo, pero que prometía un mundo tras su apertura.

Regulus se colocó delante del campo de energía y luego se volvió hacia Kelbor-Hal.

—Esto unirá al Mechanicum a la causa de Horus Lupercal —le dijo al fabricante general—. Debéis entender que, una vez abierta la puerta, ya no habrá marcha atrás.

—No he llegado tan lejos como para volverme atrás, Regulus.

—A Moravec se lo consideraba un brujo, ¿sabéis?

—¿Un brujo? No, no lo sabía, pero ¿qué importa eso? Además, es probable que cualquier tecnología suficientemente avanzada sea considerada un acto de brujería por los ignorantes.

—Es cierto —admitió Regulus—. Sin embargo, Moravec era mucho más que un simple individuo avanzado respecto a su época en desarrollos tecnológicos. Era el primus de una secta conocida como la Hermandad del Singularitarismo.

—Ya lo sé —le replicó Kelbor-Hal—. El Advenimiento del Omnissiah fue la última profecía que hizo antes de desaparecer.

—La Hermandad del Singularitarismo creía que era posible una singularidad tecnológica: la creación de una inteligencia artificial superior a la humana. Así pues, dedicaron todos sus esfuerzos a la realización física de esa idea.

—Pero fallaron —le señaló Kelbor-Hal—. El caudillo Khazar unió a todas las tribus del Pan-Pacífico y asaltó la ciudadela de Moravec antes de la aparición de Narthan Dume. Moravec huyó a Marte y desapareció poco después.

Regulus hizo un movimiento negativo con la cabeza y Kelbor-Hal captó una onda de diversión en su campo bioeléctrico.

—Moravec no fracasó. Obtuvo el éxito que buscaba, y eso lo convirtió en alguien peligroso.

—¿Peligroso para quién?

—Para el Emperador —replicó Regulus.

—¿Por qué? Seguro que el Emperador habría podido utilizar sus descubrimientos.

—Para desarrollar esa tecnología, Moravec selló pactos con entidades que eran mucho más antiguas que la raza humana, las mismas entidades que ahora mismo están ayudando al señor de la guerra. Unió la ciencia de la humanidad al poder de unas fuerzas elementales y arcanas para crear una tecnología mucho más avanzada que



cualquier otra que se pudiera lograr en las forjas de Terra.

—¿Qué clase de tecnología? —quiso saber Kelbor-Hal.

—Máquinas impulsadas por la fuerza pura de la disformidad, armas infinitamente más poderosas que cualquiera de las diseñadas por la humanidad... Una tecnología que no estaba sometida a las leyes de la naturaleza, ¡con el poder de transformar esas leyes en lo que uno quisiera y los medios para combinar el mundo según la mayor de vuestras visiones!

Kelbor-Hal notó que el equilibrio químico de las pocas partes orgánicas que le quedaban en la anatomía se alteraba de un modo alarmante que le recordaba a esas ocasiones en las que había tenido en las manos algún fragmento recién descubierto de tecnología perdida, o el momento en el que había recibido su primer implante biónico.

Ese instante había sucedido tanto tiempo atrás que lo tenía guardado en lo más profundo de su sección de archivo de los cilindros de memoria. Sin embargo, los estimulantes químicos que acababa de detectar hicieron que esos recuerdos afloraran en la parte consciente sin haberlos llamado.

—Entonces estamos perdiendo el tiempo con todo este discurso —le espetó Kelbor-Hal—. Abre las criptas. El pacto ya está sellado.

—Muy bien —aceptó Regulus—. Los protocolos necesarios para abrir las criptas son complejos, y debéis escucharlos con mucha atención. ¿Lo habéis entendido?

—Por supuesto que lo he entendido. No soy estúpido —le replicó Kelbor-Hal—. Ponte ya a ello.

Regulus asintió y se volvió hacia el campo de energía. Luego emitió una compleja serie de códigos binarios en cadena y de flujos de linguatennis entrecortados y sin sentido alguno. Tal y como le había dicho, Kelbor-Hal escuchó con atención y grabó el flujo de códigos. La velocidad a la que los emitía Regulus era tal que casi era imposible seguirlos, y su complejidad supuso un desafío incluso para sus formidables procesadores de cogitación.

A pesar de toda su complejidad, los códigos no parecieron provocar efecto alguno en el campo de energía, pero cuando Kelbor-Hal empezó a cargar su estructura en sus archivos internos, notó discrepancias en el algoritmo binario. Comenzaron a aparecer errores y desviaciones que se agravaban mutuamente, hasta que el código empezó a tomar una forma nueva y alarmante, algo retorcido y antinatural... Un código inconexo que le aulló en los receptores aurales e inició un proceso de corrupción en los subsistemas que los rodeaban.

—¿Qué es esto? —gritó Kelbor-Hal—. ¡El código... está corrupto!

—No, fabricante general, es un código liberado de las ataduras de las leyes naturales de la humanidad —le explicó Regulus—. Está cargado con el poder de la disformidad y abrirá vuestros sentidos al verdadero funcionamiento de la galaxia.

—Es... doloroso... Como... fuego...

—Es cierto —admitió Regulus con cierto placer—. Pero sólo tardará un poco más. Pronto desaparecerá el dolor y naceréis de nuevo, fabricante general.

Kelbor-Hal sintió que el código inconexo le invadía los sistemas igual que lo haría un virus. Las subrutinas protectoras establecidas y las barreras aegis se vieron incapaces de detener aquella infección sistémica. Sintió cómo ese código siniestro se abría paso hasta la misma esencia de su fisiología, y aunque las pocas partes orgánicas de su cuerpo que habían sobrevivido se estremecieron con su contacto, en su fuero interno lo recibió exultante.

Todos sus sistemas audiovisuales parpadearon y perdieron potencia mientras se ajustaban a la nueva realidad que percibían. Unas cuantas descargas estáticas le dejaron borrosa la visión y el rugido de un mar increíblemente lejano resonó contra sus receptores aurales.

El contador Geiger interno del fabricante general captó unos niveles elevados de radiación, pero de una clase que desconocía, y los lectores cromatográficos captaron numerosos compuestos en el aire que tampoco pudo identificar con precisión.

De su cuerpo surgió una neblina borrosa a medida que los sistemas periféricos se sobrecargaban. Cuando se le aclaró la visión, Kelbor-Hal se dio cuenta de que la puerta que daba acceso a las Criptas de Moravec estaba abierta.

Los sentidos recién renovados detectaron el temible poder de los objetos que yacían en su interior, con unas energías susurrantes que no pertenecían a aquel mundo y que hablaban de secretos largo tiempos olvidados, pero que estaban dispuestos en ese momento a salir de su prolongado letargo.

—¿Podéis sentirlo? ¿Ese poder? —le preguntó Regulus con una voz que ya no era el barboteo del canto binario, sino la belleza del código intermitente y cargado de estática.

—Puedo —le confirmó Kelbor-Hal—. Siento cómo se mueve a través de mi cuerpo igual que una panacea.

—Entonces, estamos preparados para comenzar, mi señor. ¿Qué ordenáis?

Una vez liberado de los últimos vestigios de lealtad humana, Kelbor-Hal supo que

había pasado el momento del engaño y del subterfugio. Desde que los agentes del señor de la guerra llegaron por primera vez a Marte se había empezado a librar una guerra de palabras y de ideales. Los debates, los cismas y las disensiones habían aumentado y disminuido a lo largo y ancho de la superficie del planeta rojo durante decenios, pero se había acabado el momento de las palabras.

Había llegado el momento de pasar a la acción, y sabía qué órdenes tenía que dar.

—Contacta con el princeps Camulos —le dijo Kelbor-Hal—. Ha llegado el momento de que la Legio Mortis se ponga en marcha.



## CAPÍTULO 7

El progreso con el lector akashico avanzó de forma veloz. Todo el mundo trabajó con denuesto para asegurarse de que las piezas que componían el proyecto se fabricaran siguiendo los exigentes niveles de calidad que quería la adepta Zeth. Dalia ajustó los diseños del incrementador de ondas theta. Cada ajuste se aplicaba sobre el anterior, lo que permitía una mejora exponencial en los resultados generales que producía la máquina.

Dalia apenas era consciente de lo importante que era aquella máquina o de que estaban trabajando en la frontera de los avances científicos, ya que para ella no se trataba más que de la aplicación de cosas que había aprendido en sus lecturas y de las cosas que simplemente... sabía.

Antes de conocer a Koriel Zeth, Dalia no comprendió nunca cómo había llegado a saber las cosas que sabía, pero gracias a la revelación de la existencia del éter y su capacidad innata para absorber poder de sus límites sentía una emoción creciente a medida que encajaba cada pieza.

Cada noche pensaba en por qué ella poseía esa capacidad y los demás no mientras yacía en la cama del pequeño habitáculo unipersonal que le habían asignado. La adepta Zeth llamaba a aquello una mutación estable de su arquitectura cognitiva, el resultado de la evolución de generaciones de desarrollo y de crecimiento de la estructura de su cerebro que había comenzado miles de años atrás.

La respuesta de Zeth le pareció demasiado ensayada. A Dalia le dio la impresión de que había contestado con demasiada rapidez como para que fuera del todo cierta, de que la señora de Ciudad Magma no acababa de comprender su don, si es que era un

don, o al menos no tanto como aparentaba comprenderlo.

Lo cierto era que tampoco le importaba mucho cómo lograba conectarse de ese modo. Se esforzó cada noche por desarrollar un poco más esa habilidad y se dedicó a estudiar los datos técnicos que Zeth le proporcionaba. Leyó textos sobre mecánica de fluidos, física de partículas, ingeniería mecánica, biotecnología, física de la disformidad y otras muchas disciplinas de estudio. Encontraba huecos, y a menudo los llenaba, en cada uno de los lugares donde la investigación faltaba o no había llegado a su conclusión lógica.

En ninguno de aquellos textos encontró una referencia al Dios Máquina o las plegarias de súplica a los espíritus de las máquinas. Era una omisión muy evidente que le resultaba más chocante después de los muchos años que habla pasado bajo la supervisión dura e inflexible del magos Ludd.

Allá, en la Librarium Technologica, el magos Ludd tenía un rezo incluso para las tareas técnicas más simples, desde cambiar un capacitor fundido hasta el despertar de un motor lógico al comienzo de un turno de transcripción.

Dalia no encontró nada semejante en ninguno de los textos que Koriel Zeth le suministró, y le había preguntado acerca de eso mientras estaban estudiando nuevas mejoras en el lector akashico.

—El Dios Máquina... —dijo Zeth con un gesto de asentimiento—. Me preguntaba cuándo me preguntarías al respecto.

—Oh... ¿He hecho mal?

—No, no, en absoluto —la tranquilizó Zeth—. Me alegro de que lo hayas hecho, porque es una parte esencial de mi trabajo.

Dalia alzó la mirada hacia la máscara de Zeth y deseó poder verle la cara a su señora, ya que era difícil captar su estado de ánimo sólo con el tono de su voz. Dalia no conocía el porcentaje de implantes biónicos que formaban parte del cuerpo de Zeth, ya que la armadura le cubría cualquier rastro de cuerpo humano o de partes mecánicas. Su lenguaje corporal era muy neutro y apenas daba pistas.

—¿Usted cree en el Dios Máquina? —le preguntó Dalia, quien se sintió como una niña nada más decirlo—. Bueno, si no le importa que se lo pregunte.

Zeth se irguió por completo y tomó una pieza de maquinaria del banco de trabajo que tenía delante de ella. Dalia vio que se trataba de un interruptor de contacto.

—¿Sabes lo que es esto? —le preguntó.

—Por supuesto. Es un interruptor.

—Describemelo.

Dalia miró a Zeth como si le estuviera intentando gastar una broma, pero incluso a pesar de lo poco que dejaba entrever su lenguaje corporal, supo que se lo decía muy en serio.

—Es un simple interruptor. Son dos contactos metálicos que al tocarse cierran un circuito, que se rompe cuando se separan. Existe una parte móvil que aplica una fuerza operativa a los contactos y que se llama actuador. En este caso se trata de un interruptor de contacto.

—¿Y cómo funciona?

—Bueno, los contactos se cierran cuando se tocan y no existe un espacio abierto entre ambos, lo que significa que la electricidad puede fluir de uno al otro. Cuando están separados por un espacio, están abiertos, por lo que no corre la electricidad.

—Exacto, no es más que un sencillo interruptor basado en los sencillos principios de una física e ingeniería básicas. —Dalia asintió mientras Zeth mantenía el interruptor en alto entre las dos—. Este interruptor es la pieza de tecnología más sencilla imaginable, pero esos idiotas dogmáticos que perpetúan el mito del Dios Máquina quieren hacernos creer que en su interior alberga una ínfima parte de mecánica divina. Nos dicen que sólo apaciguando a una entidad invisible, cuya existencia no se puede demostrar, sino que se debe aceptar simplemente mediante la fe, funcionará este interruptor.

—Pero el Emperador... ¿no es el Dios Máquina? ¿El Omnissiah?

Zeth se echó a reír.

—Vaya, Dalia, has dado justo en la clave del debate que lleva sacudiendo a Marte desde hace dos siglos o más.

Dalia sintió que se ruborizaba, como si hubiera dicho algo estúpido, pero Zeth no pareció notarlo.

—Existen casi tantas facetas en las creencias del Mechanicum como estrellas hay en el cielo —siguió diciendo Zeth—. Algunos creen que el Emperador es la manifestación física del Dios Máquina, el Omnissiah, mientras que sus detractores proclaman que el Emperador se proclamó como su dios para ganarse su apoyo. Creen que el Dios Máquina se encuentra enterrado en algún lugar bajo las arenas de Marte. Algunos incluso creen que mediante la implantación progresiva de prótesis tecnológicas en su cuerpo llegarán a dejar atrás finalmente toda su carne y acabarán unidos por completo al Dios Máquina.

Dalia dudó unos momentos antes de hacer la siguiente pregunta, aunque sabía que era el siguiente paso lógico en la conversación.

—¿Y qué es lo que cree usted?

Zeth la miró fijamente con los ojos ocultos por las lentes oscuras que formaban parte de la máscara, como si estuviera decidiendo si debía contestarle o no, y Dalia se preguntó si no habría cometido un error terrible al atreverse a preguntarle eso.

—Creo que el Emperador es una persona fabulosa, un individuo visionario, un hombre de ciencia y lógica cuyos conocimientos son superiores a todos los del Mechanicum juntos. Sin embargo, también creo que, a pesar de todo eso, no es más que un ser humano. Su dominio de la tecnología y su rechazo a la superstición y a la religión debería ser un ejemplo insigne capaz de guiar a todo el Imperio y al Mechanicum hacia el futuro, pero muchos de los habitantes de Marte se niegan a verlo y prefieren hacer caso omiso de las pruebas que tienen ante los ojos. En vez de eso, se aferran a una fe ciega y a un dios inexistente con mayor fuerza que antes incluso.

Dalia vio que a medida que Zeth hablaba cada vez con mayor pasión la neutralidad del lenguaje corporal de la adepta desaparecía para dar paso a una agitación emocionada. Los servocráneos en miniatura que estaban conectados a las clavijas de sus hombros se irguieron y los lectores biométricos que llevaba en los brazos manipuladores parpadearon con frenesí.

—Lo que se demuestra hoy en día, muchas veces sólo fue imaginado en el pasado, pero sólo un estúpido deposita su confianza en la fe. Hay que confiar en los hechos y en las pruebas empíricas. No te dejes llevar por la pasión o por la retórica si no hay pruebas definitivas. Mientras seamos libres para preguntar lo que debemos, libres para decir lo que pensamos y libres para pensar lo que queramos, la ciencia no dejará de avanzar. Mi gran pena es que vivimos en una época en la que nos sentimos orgullosos de las máquinas que son capaces de pensar y tememos a la gente que intenta hacerlo. Confía en lo que sabes y en lo que se puede demostrar. ¿Lo has entendido?

—Eso creo. Es igual que los experimentos... Hasta que no se tiene una prueba, no son más que teorías. Hasta que no se demuestra algo, no tiene sentido.

—Exactamente eso —afirmó Zeth. Era obvio que se sentía encantada por la respuesta—. Y ahora, ya basta de debates teológicos. Tenemos un trabajo que terminar.

Bajaron el prototipo del incrementador a la forja interior de Zeth, donde lo sometieron

a una serie de pruebas exhaustivas. Gracias al conocimiento intuitivo de Dalia de la máquina y a los siglos de experiencia acumulada de Zeth, el artefacto fue adquiriendo una estructura más elaborada a medida que los resultados de las pruebas mostraban una serie de complicaciones inesperadas hasta ese momento.

Severine pasó días enteros prácticamente encadenada á su puesto de gráficos, donde convertía las nuevas ideas de Dalia y de Zeth en diseños funcionales para que Zouche los fabricara y Caxton los montara. Mellicin organizó todo el trabajo con su celo habitual e incluso su expresión, habitualmente ceñuda, mostró la alegría propia de la creación de algo nuevo.

Dalia jamás se había detenido a pensar en la idea de la creación en el sentido biológico hasta un día en el que estaba trabajando con Severine y con Zouche en el estrado en la comprobación de las medidas de los diagramas respecto a lo que habían construido los operarios de Zeth.

—Las carcasas para los dispensadores de dopamina se salen un poco —comentó Dalia mientras se inclinaba sobre el montaje del cráneo.

—Maldita sea. Lo sabía —exclamó Zouche. El ingeniero de pequeña estatura ya se había situado a la misma altura del montaje—. Nunca confíes en un operario servidor, ése es mi lema.

—Me parece que dijiste que tu lema era: «Para cortar, utiliza sólo un láser de gas de dióxido de carbono» —bromeó Severine al mismo tiempo que le guiñaba un ojo a Dalia.

—Tengo varios lemas. Se puede tener más de un lema, ¿no?

—Supongo, si se es una persona veleidosa —respondió Dalia.

—¿Veleidosa? —replicó Zouche—. No encontrarás una persona menos veleidosa que yo.

—¿Y qué me dices de Mellicin? —sugirió Dalia.

—Vale, aparte de ella.

—Es guapo —dijo Severine de repente—. ¿No os parece guapo?

Dalia y Zouche intercambiaron una mirada de extrañeza.

—¿Quién? —le preguntó finalmente Dalia.

Severine señaló con un gesto del mentón al émpata sujeto con arneses al trono del incrementador.

—Él. ¿No os parece guapo? Me pregunto cómo se llamará.

—Es un psíquico. No se merece un nombre —contestó Zouche, torciendo los



labios en una mueca de disgusto.

Dalia rodeó el aparato desde su parte posterior y le echó un buen vistazo al émpata inconsciente. No se había movido absolutamente nada desde la primera vez que lo había visto, varios días atrás, y Dalia había comenzado a considerarlo una pieza más del aparato.

—La verdad es que no he pensado en ello —dijo, molesta consigo misma por el hecho de haber tratado a un ser humano de un modo tan despreocupado—. Supongo que lo es.

Severine sonrió.

—Ya veo que sólo tienes pensamientos-para un hombre, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando? —exclamó Dalia, quien no pudo evitar que sus ojos se dirigieran a uno de los bancos de trabajo metálicos situados en un extremo de la cámara, donde la figura encapuchada de Caxton estaba reconstruyendo uno de los dispositivos emisores.

—¡Ja! Sabes perfectamente de lo que estoy hablando —le respondió Severine con un tono de voz triunfal.

—No, no lo sé —respondió Dalia, quien tampoco pudo evitar sonreír.

—Le gustas. Ví cómo os tomabais de la mano la primera vez que llegamos aquí.

—Es que no me gustan las alturas. Caxton sólo...

—¿Sólo qué? —insistió Severine al ver que Dalia se callaba.

—A ese muchacho le gustas —intervino Zouche—. Eres bastante atractiva, y aunque no soy ningún experto en el tema, él parece un tipo atractivo, aunque no le vendría nada mal engordar un poco. Vuestros niños serán muy guapos, y probablemente también muy inteligentes. Sí, deberías emparejarte con el muchacho... ¿Qué?

Dalia y Severine lo estaban mirando fijamente. El les devolvió la mirada con gesto hosco y las dos se echaron a reír.

—Tú no eres de los que se andan con tonterías, ¿verdad, Zouche? ¿Así es como cortejáis a las mujeres en el Bloque Yndonésico? —le preguntó Severine.

Zouche hinchó el pecho.

—En el enclave atolón de mi clan no había mucho tiempo para cortejos.

—Entonces, ¿cómo elegís esposa? —inquirió Severine.

—O marido —añadió Dalia.

—¿Elegir? —bufó Zouche—. No elegimos. Procedo de Nusa Kambangan, donde

a los niños se les realiza un mapa genético al nacer. Cuando llegan a la edad adecuada, se los empareja con alguien que posea los genes compatibles y que ofrezcan la mayor probabilidad de producir una descendencia que beneficie a la comunidad.

A Dalia le pareció desagradable la idea de un proceso premeditado de selección, y trató de ocultar los sentimientos en su voz.

—Pero ¿qué ocurre con la atracción, con el amor?

—¿Qué tiene eso que ver? —preguntó a su vez Zouche—. ¿Son mis importantes que la supervivencia? Yo creo que no.

—Pero ¿la gente no se enamora en el lugar del que procedes?

—Algunos lo hacen —admitió Zouche, y Dalia vio aparecer fugazmente la sombra de algún sentimiento inidentificable a través de su semblante típicamente estoico.

—Eso —intervino Severine—. ¿Y qué ocurre si una persona se enamora de otra para la cual no estaba predeterminada?

—Entonces producirían niños con una calidad genética inferior —le replicó Zouche—. Y serían castigados. Severamente castigados. Basta de preguntas. Tenemos trabajo que hacer, ¿no es así?

Dalia se acobardó frente a la vehemencia de la voz de Zouche, e intercambió una mirada de preocupación con Severine, quien simplemente se encogió de hombros y volvió a su contemplación del émpata inconsciente.

—Bueno, pues yo pienso que es atractivo —insistió.

Por fin, la iteración final de la máquina comenzó a tomar forma, se corrigieron diversos errores y los retoques ideados por Dalia y Zeth funcionaron en el diseño. Bajo la experta dirección de Mellicin, el primer modelo operativo estuvo finalizado dos días antes de lo previsto y el trono dorado situado sobre el estrado fue reemplazado por el nuevo modelo.

Se realizaron diagnósticos en cada uno de los componentes de la máquina, en ningún caso sin recurrir a oraciones, a ungüentos benditos, a cánticos o a óleos sagrados. Cada componente del dispositivo funcionó exactamente como sus diseñadores habían esperado, y en algunos casos excedieron sus mayores expectativas.

Dos días después de que Caxton ensamblara e instalara el último circuito interno, la adepta Zeth declaró que estaban listos para una prueba completa y ordenó que el émpata fuese despertado de su sueño inducido mediante fármacos.

Un zumbido grave llenó la estancia mientras el generador potenciado por el calor

de la laguna de magma desviaba enormes cantidades de energía hacia los mecanismos del lector akashico. El aire del interior de la cúpula tenía una textura grasienta, cargada de electricidad, y los emisores emplazados entre las cápsulas psíquicas encastradas en los muros de la estancia crepitaban lanzando al mismo tiempo chorros de chispas plateadas.

Un par de musculosos sirvientes levantaron al émpata inconsciente de la camilla y lo sentaron delicadamente sobre el asiento acolchado del recién instalado incrementador de ondas theta. Dalia y Mellicin vieron inclinarse a Zeth para atender al hombre y conectarlo al dispositivo con dedos diestros e impacientes. Unos grumos de luz apenas visibles parpadearon en la noosfera sobre la cabeza de la adepta, y Dalia se preguntó qué clase de información estaba llegando al cráneo de Zeth y desde dónde.

Volvió a centrar su atención sobre el émpata, y vio cómo sus párpados se agitaban y comenzaba a recuperar la conciencia ahora que estaba libre de los fármacos que lo mantenían en estado de letargo. El émpata había adelgazado durante el tiempo que llevaban trabajando en el dispositivo, y su cuerpo de aspecto saludable se asemejaba en esos momentos al de las figuras encapsuladas en las arcas de las paredes de la cúpula.

Al trabajar bajo sus ojos sin visión era fácil olvidar que los psíquicos eran seres humanos, aunque humanos peligrosos, con poderes que sobrepasaban los de los mortales ordinarios. Dalia sintió un inesperado impulso de protección hacia su silenciosa audiencia al ver de repente que la primera prueba completa sobre el incrementador del lector akashico estaba a punto de producirse.

—¿Esto podría hacerles daño? —quiso saber Dalia, mientras señalaba a los miles de hombres y mujeres que estaban por encima de ellos.

—Supongo que la experiencia va a ser agotadora para ellos —dijo Zeth sin levantar la mirada de lo que estaba haciendo—. Algunos no sobrevivirán.

La frialdad con la que habló Zeth dejó helada a Dalia, y sintió que se le formaba un nudo de ira en el vientre. Apretó con fuerza los labios mientras miraba el sereno rostro del émpata.

—¿Y qué hay de él? —le preguntó—. ¿Va a morir para hacer funcionar esta máquina?

Zeth levantó la mirada apartándola de su tarea. La expresión de su rostro era ilegible tras su máscara tachonada.

—El análisis de la tensión de tu voz me lleva a creer que estás interesada en el

bienestar de este individuo, ¿no es así?

—Así es —respondió Dalia—. No me gustaría pensar que estas personas van a sufrir por lo que estamos haciendo aquí.

—¿No? Es algo tarde para estar pensando en esa clase de cuestiones —atajó Zeth.

—Lo sé —respondió Dalia—. Y desearía haber pensado más sobre esto al comienzo, pero no lo hice.

—Entonces el asunto queda zanjado —le replicó Zeth.

—Pero esto lo matará, ¿no es así?

—No si tu diseño funciona como creo que lo hará —le contestó la adepta—. El incrementador de ondas theta podría amplificar la capacidad del émpata para el aprendizaje hasta una tasa exponencial mayor que la información que irá recibiendo.

Zeth señaló con un gesto la miríada de comunicadores y portadores de datos colocados alrededor del estrado.

—En teoría, el émpata no será más que un conducto para la información que pasará a través de él desde el éter antes de llegar a esos dispositivos de grabación.

—Bien. No me gusta nada la idea de que pueda sufrir.

—A mí tampoco —dijo Mellicin en una rara expresión de emoción.

—Vuestra compasión es digna de alabanza, aunque no sea apropiada —les contestó Zeth mientras un flujo de datos parpadeantes le llegó a la noosfera—. Y ahora, finalizad el proceso para despertar al émpata. El adepto Maximal ha llegado para observar y verificar nuestros resultados.

Zeth se irguió, descendió hasta el suelo de la cámara y dejó a Dalia y a Mellicin a solas con el émpata en el estrado.

—Bueno, ya has oído lo que ha dicho. Acabemos con esto, ¿vale?

—¿Es que no estás preocupada? ¿No te importa que sufra?

—Por supuesto que me importa, pero eso no cambia nada, ¿verdad? Tal y como ha dicho la adepta, ya es demasiado tarde para arrepentirse. Después de todo, tú misma diseñaste el artefacto.

—Lo sé, lo sé, pero lo que ocurre es que cuando sólo era teoría... Bueno, no sé cómo decirlo... No parecía tan real.

—Pues te puedo asegurar que esto es muy real, Dalia. Lo hemos construido y no podemos pasar por alto el hecho de que se trata de un dispositivo muy peligroso, y no sólo para estos pobres desgraciados.

—¿Para quién más va a ser peligroso? —inquirió Dalia.

Mellicin sonrió con un gesto comprensivo y la mitad humana de su rostro se ablandó de un modo que Dalia jamás había visto.

—Ay, Dalia, eres tan inteligente en ciertos aspectos pero tan inocente en otros. Piensa en todo lo que aprenderemos gracias al lector akashico. Tendremos acceso a los secretos del éter y con ello elevaremos a la humanidad a un nuevo nivel de comprensión del universo.

—¿Y eso es malo?

—Por supuesto que no, pero es un hecho inevitable que buena parte de la información que obtengamos gracias a este artefacto la utilizará Zeth para construir armas de combate mucho más poderosas de las que nos podemos imaginar.

Dalia sintió que una ola de frío se apoderaba de todo su cuerpo, como si la temperatura de la estancia hubiera bajado hasta asemejarse a la de una llanura glacial.

—Veo que empiezas a entenderlo —siguió diciendo Mellicin—. Es una cuestión ética a la que todos los devotos de la ciencia deben enfrentarse. Investigamos al servicio del crecimiento del conocimiento, pero no podemos pasar por alto el uso que se dará a nuestros descubrimientos en el mundo real.

—Pero...

—Pero nada, Dalia —la interrumpió Mellicin al mismo tiempo que la tomaba de la mano—. La adepta Zeth va a realizar esta prueba te guste o no, así que lo que tenemos que hacer es asegurarnos de que nuestro émpata la supere vivo y sin efectos secundarios. ¿De acuerdo?

—Supongo que sí —aceptó Dalia. Luego se inclinó para incrementar el flujo de estimulantes que recibía el cerebro del émpata—. Pero quiero que me prometas que sólo utilizaremos el lector akashico para aprender cosas que benefician al Imperio.

—No puedo prometerte eso —le respondió Mellicin—. Nadie puede, pero lo cierto es que creo que algún día crearemos un artefacto o energía de poder tan terrible, de consecuencias tan devastadoras si se utiliza, que incluso una raza como la humana, tan dedicada a buscar su propia destrucción, quedará tan horrorizada que no volverá a librar una guerra nunca jamás. Yo espero que nuestro carácter sea capaz de controlar lo que nuestras mentes sean capaces de crear.

—Espero que tengas razón.

—¿Es... estoy muerto? —gimió el émpata.

Las dos se sobresaltaron y se llevaron las manos a la boca y al corazón mientras el émpata parpadeaba para abrir los ojos y luego mirar a su alrededor.

Mellicin fue la primera en recuperarse y se inclinó sobre él.

—No, no estás muerto. Sólo acabas de salir de un estado de estasis neurológico provocado por unas drogas. Los estimulantes están eliminando los últimos residuos del pentobarbital, así que no tardarás en recuperar las funciones cerebrales superiores.

Dalia miró a Mellicin con un gesto de exasperación y se inclinó también sobre el émpata.

—Quiere decir que te recuperarás. Has estado dormido, pero ya te has despertado. ¿Sabes dónde te encuentras?

El hombre parpadeó bajo la luz intensa de la forja, y Dalia se dio cuenta de que todavía tenía las pupilas tremendamente dilatadas. Le protegió los ojos de la luz con la palma de la mano y él le sonrió en gesto de gratitud.

—Lo siento. La luz aquí abajo es un poco intensa.

—Intensa, sí —le respondió el émpata. Paseó la mirada de un lado a otro mientras sus ojos iban perdiendo poco a poco la expresión vidriosa de alguien que se acababa de despertar—. Estoy en el lector akashico, ¿verdad?

—Sí. ¿Sabes lo que hace?

—Sí —le confirmó el individuo mientras Mellicin le colocaba el ensamblaje craneal sobre la cabeza—. La adepta Zeth me lo explicó cuando me escogió para que fuera el conducto.

—Me llamo Dalia. ¿Y tú?

—Jonas. Jonas Milus —le contestó el hombre con una sonrisa. Dalia se percató de que Severine tenía razón. Era atractivo—. Te daría la mano, pero...

Dalia le sonrió a su vez. La broma había sido algo forzada, pero le gustó el esfuerzo, aunque le pareció algo un poco perverso que fuera él quien estuviera intentando animarla cuando estaba atado a un artefacto que nunca se había probado por completo con un ser humano.

—¿Vamos a ponerlo en marcha? —preguntó Jonas—. Supongo que sí, porque me habéis despertado.

—Sí, la adepta Zeth quiere hacer la primera prueba de campo con el nuevo artefacto —le confirmó Mellicin mientras colocaba en su sitio el último de los arneses.

—Excelente —contestó Jonas, y Dalia se sintió sorprendida por la alegría que captó en su voz.

—¿No estás preocupado? —le preguntó, e hizo caso de la mirada irritada que le lanzó Mellicin.

—No. ¿Debería estarlo?

—No, no, por supuesto que no —se apresuró a contestarle Dalia—. Quiero decir, creo que no. El aparato ha superado todas las pruebas, y todos los resultados de las simulaciones indican que debería funcionar a la perfección.

—¿Has tenido algo que ver con su fabricación?

—Bueno, sí. Ayudé a diseñar el trono en el que te encuentras.

—Entonces no estoy preocupado —declaró Jonas.

—¿No lo estás?

—No, porque noto la compasión y la preocupación que sientes por mí. Así que sé que te preocupas por mi vida, pero también siento que has hecho todo lo que ha estado en tu mano para que este aparato funcione de un modo seguro.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Dalia, es un émpata —le recordó Mellicin—. Es lo que hacen.

—Ah, claro —respondió Dalia, sintiéndose avergonzada.

—Estoy deseando que esto empiece, de verdad —le aseguró Jonas—. Utilizar mi don para el progreso del Imperio... ¿Qué mejor modo hay de que alguien bendecido con este talento pueda servir al Emperador? Pronto lo sabré todo y formaré parte de algo que ayudará a la humanidad a alcanzar su destino. Sé que suena un poco pretencioso, pero es lo que vamos a intentar, ¿no?

Dalia sonrió al sentirse tremendamente aliviada cuando se dio cuenta de que no estaban obligando a una víctima indefensa a que los ayudara a realizar el gran sueño de la adepta Zeth.

—Sí, Jonas, eso es exactamente lo que estamos haciendo.

—Que todas las máquinas formen tomando como referencia al *Victorix Magna* —ordenó el princeps Indias Cavalerio. Hizo un gesto de asentimiento en dirección a su piloto—. Mámenos en pie, Lacus.

—A la orden, princeps —contestó Lacus mientras pilotaba con mano experta al Warlord a través de los traicioneros cañones que rodeaban las laderas septentrionales cubiertas de cráteres de Ulysses Patera.

—Palus, que los barridos con el auspex sean frecuentes. El terreno es bastante blando por aquí.

—A la orden, princeps —fue la respuesta que le llegó desde la cúpula sensorial situada sobre el compartimento de la tripulación del Warlord.

A Cavalerio no se le escapó el tono de voz de la respuesta, y se dio cuenta de que se estaba comportando de un modo excesivamente precavido y le estaba diciendo a la tripulación lo que debía hacer en sus puestos respectivos, lo que no era necesario en absoluto.

*Victorix Magna* era una máquina antigua, reparada y reequipada un millar de veces a lo largo de su dilatada vida de combate. Su corazón llameante ardía con orgullo, pero era viejo como el del propio Cavalerio, y éste se preguntó cuántas batallas más librarían juntos.

Lo cierto era que *Victorix* debería seguir bajo los cuidados de los ingenieros de la legión, pero desde el ataque contra el reactor del adepto Maximal, la Legio Tempestus no se podía permitir correr riesgos con los reactores que quedaban en las laderas del cráter o que estaban instalados a lo largo de los cañones de la Ulysses Fossae.

Sin esos reactores sería cada vez más difícil mantener operativas las máquinas de su amada legión. Quienquiera que fuese el que había atacado a Maximal, lo había hecho con una tremenda precisión, ya que había destruido el reactor que suministraba la mayor parte de la energía a la fortaleza Tempestus del Mons Ascraeus.

Cavalerio se reclinó en el asiento, que se ajustaba a la perfección a su cuerpo. Tenía los brazos y el cráneo cubiertos de cables e implantes táctiles que se adentraban en su cuerpo como gusanos plateados. Aquel sistema de conexiones físicas era cada vez más obsoleto. Era un sistema de mando que muchos princeps de Marte consideraban ya arcaico. La mayoría habían aceptado la inmersión total en un tanque de fluido amniótico que permitía que la información fluyera como el líquido en un mundo virtual. Sin embargo, Cavalerio prefería una conexión real con la máquina que tenía bajo su mando.

Sabía que la atrofia gradual de su cuerpo significaba que no tardaría en verse obligado a aceptar la inmersión en uno de esos tanques, ya que no podría soportar mucho más el dolor y la tensión, tanto mental como física, de muchas separaciones más.

Sin embargo, ese día todavía no había llegado, y Cavalerio se sacó aquella idea de la cabeza para concentrarse en la misión que estaba realizando.

El princeps, conectado al Colector, vio el mundo que lo rodeaba como si la poderosa estructura del *Victorix Magna* fuera su propio cuerpo. El paisaje desolado y cubierto de cráteres se extendía a su alrededor. Los páramos de color claro ceniza del pallidus se alargaban hacia el suroeste, y las laderas rocosas de los cráteres gemelos



sobre los que se asentaba la forja de Maximal se encorvaban como un puñado de torres desconchadas.

Por delante de él se extendían también las subcolmenas de Gigas Sulci, que llenaban el paisaje. Era una serie de torres, habitáculos y villorrios que albergaban a un millón de operarios que trabajaban en las factorías del fabricante general, construidas sobre las gigantescas laderas azotadas por rayos del Mons Olympus.

Los dominios de Kelbor-Hal llevaban días cubiertos por nubes de tormenta, y las laderas y las forjas habían sufrido el martilleo constante de las descargas de relámpagos de energía de color púrpura. Cavalerio no tenía ni idea de qué clase de experimentos estaba realizando el fabricante general, pero estaba provocando un tiempo atmosférico atroz, además de interferir las comunicaciones en varios miles de kilómetros a la redonda.

Todos los canales de comunicación estaban cargados con chasquidos sueltos de código binario que sonaban igual que un coro de voces airadas metidas en una sola frecuencia. Cavalerio se había visto obligado a bajar el volumen del comunicador, ya que el código chasqueante le estaba dando un dolor de cabeza tremendo.

El princeps se sacó de la cabeza al fabricante general y dirigió la vista hacia el sur, donde las espesas nubes de los campos de refinería del Daedalia Planum manchaban el paisaje y cubrían el horizonte con una penumbra crepuscular permanente.

Las tres máquinas de color azul cobalto del grupo de combate de Cavalerio avanzaban con paso constante por la frontera que separaba el territorio del fabricante general y el de Ipluvien Maximal como si fueran tres gigantes sacados de una leyenda.

A la izquierda de Cavalerio se encontraba el majestuoso Warlord *Tharsis Hastatus*, bajo el mando del princeps Suzak, su camarada de armas. *Hastatus* era una máquina letal, y se podía confiar en que Suzak descargaría el ataque más mortífero cuando más falta hiciera.

A su derecha avanzaba el Reaver *Arcadia Fortis*, con pasos impacientes y un poco por delante del grupo principal. Su princeps, Jan Mordant, era un cazador apasionado, un guerrero al que acababan de ascender trasladándolo desde un Warhound, y todavía no había abandonado las costumbres propias de las operaciones en solitario.

—No te alejes, Mordant —le ordenó Cavalerio—. Mis sensores indican que el suelo en esta zona es blando y que parte de la arena ha cubierto las fisuras. No quiero tener que llamar a una grúa móvil para hacer que tu máquina levante el culo del suelo.

—Entendido —fue la tensa respuesta. La voz de Mordant sonó entrecortada por

los chirridos y los aullidos provocados por las interferencias.

Mordant todavía se estaba acostumbrando a las peculiaridades de su nuevo mando. Tanto su máquina como él se estaban conociendo, y sus respuestas solían ser bruscas. Cavalerio toleraba ese comportamiento sólo porque Mordant era uno de sus mejores guerreros, con una lista de victorias sólo superada por la suya propia.

—Sigue comportándose como un piloto de Warhound, ¿verdad? —comentó Kuyper, el moderati del *Magna*.

—Así es —admitió Cavalerio—. Pero el *Arcadia* no tardará en quitarle esa idea de la cabeza. Es un titán muy exigente. ¿Sabemos algo de Basek?

—Todavía no, princeps —respondió Kuyper mientras revisaba el archivo de comunicaciones.

—Sensores, ¿tenéis localizado al *Vulpus Rex*?

—Creo que sí, princeps —contestó Palus—, pero estas nefastas condiciones atmosféricas están haciendo que sea difícil mantener fija la señal. Además, la vista de nuestra máquina ya no es lo que solía ser.

—Eso no me basta, Palus —le advirtió Cavalerio—. Encuéntralo. Ya.

—A la orden, princeps —contestó Palus.

Cavalerio esperó unos momentos antes de preguntar de nuevo.

—¿Ya lo has encontrado?

—Está un poco más al sur —contestó Palus con cierto alivio—. Está acechando en el borde de las subcolmenas de Gigas, en el extremo de la autopista Barium.

—Es un buen lugar para una emboscada —comentó Kuyper—. Si algo se nos intenta echar encima, vendrá por ahí.

—Y se encontrarán a Basek esperándolos —añadió el piloto Lacus con deleite.

Cavalerio asintió. El princeps Basek estaba al mando del *Vulpus Rex*, el mejor titán Warhound de toda la Legio Tempestus. Era un asesino muy ágil de máquinas que lo superaban en tamaño, más letal de lo que pudiera hacer creer su pequeña envergadura encorvada.

Cavalerio se descargó del Colector el mapa de la zona que lo rodeaba y lo combinó con la visión topográfica que obtenía a través de los sentidos del titán, y vio que la estimación que había realizado Kuyper era correcta. Sólo la autopista Barium era lo suficientemente ancha como para permitir el paso de una máquina sin que tuviera que demoler la mitad de los habitáculos.

Sin embargo, la confusa maraña de líneas luminosas que delimitaban los límites de

las subcolmenas era algo que sin duda estaba obsoleto, y lo más probable era que fuese inexacta, así que no convenía confiarse en lo que se refería a la seguridad de su máquina. Era tanto lo que se demolía y lo que se construía que la mayoría de los mapas de las subcolmenas dejaban de ser fiables al cien por cien prácticamente a diario.

—Nuevo rumbo dos, dos, cinco —ordenó Cavalerio. Sintió como los músculos le temblaban cuando la poderosa estructura del *Victorix Magna* se giró e inició una marcha solemne a lo largo de los límites de los dominios de Maximal—. Magos Argyre, ¿cuál es el estado del reactor?

—Estado: al límite —le contestó Argyre, el visioingeniero del titán, quien estaba de pie pero inmóvil en el compartimento situado a la espalda del estrado del princeps—. No deberíamos haber establecido un paso de marcha, princeps Cavalerio. El espíritu del reactor está turbado y es peligroso caminar sin haber recitado toda la letanía de plegarias apaciguadoras para tranquilizar su corazón inquieto.

—Entendido, magos. Baje el ritmo a velocidad de marcha lenta.

—Velocidad de marcha lenta —repitió Argyre.

Cavalerio estudió el terreno que lo rodeaba a través del Colector y absorbió todos los datos de los sensores de presión, de las muestras atmosféricas, de los paneles de visión infrarroja y de los receptores de microondas. El modo en que abarcaba todo lo que lo rodeaba era insuperable, y su conciencia del entorno no tenía rival frente a ninguna otra entidad de las llanuras de Marte.

Se esforzó por mantenerse concentrado en el terreno que tenía delante, ya que la zona que rodeaba la forja de Maximal era bastante traicionera, pero se dio cuenta de que la atención se le desviaba una y otra vez hacia el cielo lleno de nubes de mal aspecto que se cernían sobre el Mons Olympus.

—¿Qué estás tramando, Kelbor-Hal?

—¿Cómo dice, señor? —le preguntó Kuyper.

—¿Qué? Oh, nada, nada. Sólo hablaba en voz alta —contestó Cavalerio.

Kuyper había captado el interés que el princeps sentía por lo que ocurría en el Mons Olympus, ya que la comunicación común del Colector impedía que tuvieran secretos entre ellos.

—Se trata de la Gran Montaña, ¿verdad? —inquirió Kuyper, utilizando el antiguo nombre que los pilotos de titanes daban al Mons Olympus. El moderati del *Victorix Magna* se giró en su asiento acolchado, situado en la barbilla del titán, para mirar cara

a cara a Cavalerio—. Ese lugar está inquieto por algo.

—La Gran Montaña. Habla con la voz de Marte, y hay algo que la preocupa.

—¡Princeps! —gritó el sensori Palus—. Un mensaje de Mons Ascraeus. El princeps Sharaq solicita hablar de inmediato con vos.

—Por el Colector —le ordenó Cavalerio.

Un recuadro borroso de luz verde apareció delante del princeps. Era una imagen del princeps Sharaq de pie en mitad de la Cámara de los Primeros. La imagen parpadeaba, como si fuera una señal entrecortada, y las palabras sonaban y se apagaban como si el código estuviera corrupto de algún modo.

—¿Qué ocurre, Sharaq? —quiso saber Cavalerio—. Estamos en una misión.

—Lo sé, señor de la tormenta, pero debéis regresar a Mons Ascraeus de inmediato.

—¿Regresar? ¿Por qué?

La respuesta de Sharaq quedó ahogada por el chirrido de un chorro de código binario que sonó igual que el aullido de rabia de un animal. La imagen se distorsionó como si la hubiera alcanzado una oleada de calor.

—¡... Mortis! ¡Se han puesto en marcha!

De repente, la imagen de Sharaq se hizo más definida y Cavalerio oyó lo que decía con tanta claridad como si se encontrara realmente delante de él.

—La Legio Mortis —repitió Sharaq—. Sus máquinas se han puesto en marcha y se dirigen hacia Mons Ascraeus.



## CAPÍTULO 8

Dalia se quedó mirando con fascinación a Ipluvien Maximal mientras se preguntaba cuánto había de máquina y cuánto quedaba de humano. Por lo poco que se podía ver de su cuerpo por debajo de la túnica refrigerante que llevaba puesta para conservar la integridad de las partes mecánicas de su cuerpo, la respuesta es que ya quedaba muy poco. En el magos había muy poco que indicara que ambos eran miembros de la misma raza.

—¿Jamás habías visto a un adepto del Mechanicum como yo? —le preguntó Maximal.

—No. La mayoría de los que he visto todavía tienen un aspecto humano. Usted suena humano, pero no lo parece.

Maximal se volvió hacia la adepta Zeth y emitió un chorro chasqueante de código binario. Las pantallas que llevaba acopladas a su hueste de mecadendritos destellaron como muestra de la diversión que sentía.

—Oh, lo siento —exclamó Dalia—. No quería faltarle al respeto, sólo sentía curiosidad.

El magos se volvió hacia ella de nuevo.

—¿Entiendes el código binario? ¿Sin modificaciones?

—Lo he ido aprendiendo —respondió Dalia, algo avergonzada por el escrutinio al que la estaba sometiendo.

Maximal hizo un gesto de asentimiento con su oblonga cabeza. Las lentes giraron en sus monturas para ver mejor a Dalia.

—Tenías razón Zeth, es excepcional. Quizá después de todo consigas algo con ese

proyecto tuyo.

Dalia miró más allá de la gruesa forma de Maximal, hacia la ventana de observación que daba a la cámara abovedada donde se encontraba Jonas Milus atado al incrementador de ondas theta, bajo los ojos sin vista de miles de psíquicos encerrados en los ataúdes de la cúpula.

—Funcionará. Estoy segura —musitó Dalia.

—Esperemos que sí, joven Dalia —apuntó Maximal—. Mucho depende de ello.

—Tiene usted una voz preciosa —comentó Dalia—. Es profunda, con el acento de un individuo culto de los romanii. ¿Por qué ha elegido una voz como ésa con el aspecto que tiene?

—Todos tenemos nuestras debilidades, Dalia —le explicó Maximal—. Esta voz perteneció a un gran cantor de versos operísticos, y su sonido me recuerda todo lo que es bueno en la humanidad.

Dalia no supo qué responder a aquello, así que volvió a concentrar la atención en lo que se veía detrás del cristal blindado, que era lo único que separaba la sala de control de lo que estaba a punto de ocurrir.

Un ejército de calculadores lógicos se ocupaba de atender al banco de cogitadores y de motores lógicos que controlaban algunos aspectos del lector akashico que ella no había conocido antes. Desconocía el significado de muchos de los símbolos que se veían en los paneles, del mismo modo que tampoco sabía qué querían decir algunas palabras que utilizaban. La sala de control era una caja palpitante llena de tensión y actividad. La sensación de que algo grande y portentoso iba a ocurrir era visible en la cara de todos los presentes.

Incluso los servidores parecían estar tensos, aunque Dalia se dijo a sí misma que eso no era más que su imaginación.

—¿Cuándo va a empezar? —preguntó Dalia, volviéndose hacia sus colegas.

Caxton y Severine se encogieron de hombros, y ni siquiera Mellicin pudo darle una respuesta.

—Va a comenzar a hora mismo, Dalia —le contestó la adepta Zeth, que apareció a su lado. Le puso uno de los guanteletes de bronce en el hombro—. Todo esto está pasando gracias a ti.

—Esperemos entonces que funcione —contestó Dalia mientras contemplaba el rostro lejano y tranquilo de Jonas Milus.

—Horizonte terrano despejado —dijo una voz mecánica—. Las lecturas de la luz

del Astronomicón se acercan a los parámetros de la ventana de prueba. Alineamiento a punto.

—Retiramos las protecciones de pentobarbital del foco psíquico. —Los generadores de magma empiezan a desviar la energía a los colectores.

—¿Qué quiere decir todo eso? —preguntó Dalia.

—¿Te acuerdas que te dije que hacía falta una enorme cantidad de energía para abrir la pared que nos separa del éter? —le preguntó a su vez Zeth.

—Sí.

—Bueno, pues resulta que es necesario un tipo y una cantidad de energía que no se puede generar aquí, en Marte.

—¿Qué clase de energía es ésa?

—Energía psíquica, y en una cantidad que sólo se puede conseguir en una fuente: el Astronomicón.

—¿La baliza del Emperador para la disformidad? ¿La que guía a las naves estelares?

—Esa misma —le confirmó Zeth al mismo tiempo que señalaba el disco metálico colocado sobre la cúspide de la cúpula, donde ya comenzaban a brillar unos relámpagos dorados—. Tan sólo el Astronomicón dispone de la energía psíquica que le permitirá al lector akashico acceder a la suma de todo el conocimiento que buscamos. Desviaremos una fracción de esa energía hacia la cámara para dar ese poder a los psíquicos y que abran la puerta al éter.

—¿Qué le quitamos energía no perturbará el funcionamiento del Astronomicón?

Zeth miró a Maximal, y el momento de duda que tuvo por un instante le dio la respuesta a Dalia.

—Lo hará —admitió Zeth—. Pero tan sólo serán unos instantes.

Dalia se acercó a las consolas que controlaban el lector akashico. Asimiló lo que Zeth acababa de decirle y lo incorporó a lo que sabía sobre lo que se decía y al significado de las palabras grabadas en los paneles de madera.

No tenía ni idea de cuál era el verdadero poder del Astronomicón, pero era consciente de que incluso una ínfima parte de su potencial representaba una energía mucho mayor de lo que sería capaz nunca de imaginarse. Bajó la mirada hacia los psíquicos, que se estaban despertando, y supo con una certeza repentina y terrible que algo se le había pasado por alto.

—¿Cómo se va a desviar la energía del Astronomicón? —preguntó.

—Marte no tardará en estar alineado con Terra y pasaremos a través del campo de irradiación de la baliza psíquica. La antena pineal recogerá la energía y la desviará hacia los psíquicos.

—¿Así es como se ha hecho siempre? —preguntó Dalia con voz nerviosa e impaciente.

La adepta Zeth hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No. Ésta es la primera vez que pasamos a través del Astronomicón.

—Oh, no —musitó Dalia—. Los cálculos están equivocados. ¡Todos están equivocados!

—¿Equivocados? ¿De qué estás hablando? —le preguntó el adepto Maximal.

—De las lecturas de energía. Ahora lo entiendo... La diferencia entre lecturas. Los máximos y los mínimos fluctuantes. El apogeo y el perigeo... Por eso los números eran diferentes. Supusimos que se trataba de los valores medios de referencia, pero eso no es lo que va a ocurrir ahora.

—Dalia, explícate. Dime qué es lo que te preocupa... —le ordenó Zeth.

—Los datos sin filtrar que nos dio para trabajar... Para los niveles extremos de la supuesta transferencia de energía me basé en el potencial psíquico que se había utilizado hasta ese momento, pero en esta ocasión el nivel de energía será cientos..., miles de veces superior. El lector usó fragmentos de escapes psíquicos reflejados y refractados... ¡Un simple goteo comparado con este torrente de energía!

—La confluencia psíquica se producirá en cinco, cuatro...

—¡Adepta Zeth! —exclamó Dalia tras conseguir apartar la mirada de Jonas Milus y volverse hacia la señora de Ciudad Magma—. Tenemos que pararlo. ¡Va a ser demasiado!

—No seas ridícula. No podemos pararlo —le contestó la adepta.

—¡Tiene que hacerlo! —le suplicó Dalia—. ¡Por favor! Las máquinas nos recuerdan lo que poderosas que son sólo cuando fallan.

—Tres, dos, uno... —continuó la cuenta atrás.

—No... ¡Trono, no! —gritó Dalia al mismo tiempo que se volvía hacia la cámara abovedada.

Una luz cegadora, más brillante que un millón de soles, inundó la cámara del lector akashico cuando todo el poder del Astronomicón derramó su energía a través de los nichos y de los psíquicos ciegos.

Los gritos de alarma y las sirenas de emergencia empezaron a sonar casi de



inmediato.

Dalia oyó por encima de toda aquella barahúnda los gritos agónicos de Jonas Milus.

Las altiplanicies desoladas que se extendían entre los volcanes de los montes Tharsis carecían por completo de estructuras o de habitantes. Cualquier paisaje que fuera utilizado de forma habitual por los dioses máquina de las legiones quedaba apisonado por el peso increíble de las titánicas máquinas de guerra. Las únicas estructuras artificiales eran las colocadas por los servidores para las prácticas de tiro.

El terreno entre el Mons Ascraeus y el Mons Pavonis era escabroso e inhóspito. Se trataba de una zona de demarcación entre dos órdenes guerreras que compartían una región de Marte, pero poco más. Algunas de las tribus nómadas vasallas que recorrían los páramos de cenizas abiertos entre las grandes forjas de los adeptos habían intentado establecerse allí durante un tiempo, pero incluso ellas se habían visto obligadas a admitir que vivir a la sombra de las fortalezas de los titanes era algo imposible.

La gran arcada dorada de la Legio Tempestus situada al extremo de la Ascraeus Chasmata se abrió y salieron tres máquinas titánicas, espectaculares con sus placas de blindaje de color azul cobalto. Los estandartes con los símbolos de cada enemigo aniquilado y los tótems con la lista de victorias ondeaban al viento colgando de sus armas y de los enormes mástiles que se habían incorporado a los caparzones de los torsos.

El *Metallus Cebrenia*, la máquina del princeps Sharaq, encabezaba la marcha, seguido por los titanes de menor tamaño, los Warhounds *Raptoria* y *Astrus Lux*. Las tres máquinas estaban armadas y completamente preparadas para la batalla. Los servidores artilleros y los cargadores automáticos ya estaban en zafarrancho de combate. Una hueste de divisiones de los bestiales skitarii marchaba como un enjambre en la base del cañón, pero Sharaq sabía que serían de muy poca utilidad en el posible enfrentamiento entre titanes que se iba a producir.

Tan sólo una pequeña parte de los skitarii de la Legio Tempestus permanecía en Marte, pero Aeschman, el comandante de las divisiones marcianas, había exigido su derecho a marchar al combate junto a las máquinas, y Sharaq no se mostró partidario de negarle a aquel bruto gigantesco la oportunidad de dirigir a sus guerreros modificados.

Salir con semejante despliegue de fuerzas era algo que casi nunca se había dado en Marte, pero debido a las tensiones que se estaban produciendo en la región de Tharsis, el princeps Sharaq no estaba dispuesto a correr ningún riesgo respecto a la seguridad de la fortaleza de la legión.

El princeps superior Cavalerio estaba protegiendo los reactores del adepto Ipluvien Maximal, y Sharaq era el siguiente en la cadena de mando, por lo que la seguridad de Mons Ascraeus recaía en sus manos.

Hubiera deseado disponer de más titanes para reforzar esa seguridad.

Dos Warhounds y un Reaver recién salido de un reequipamiento general no era una fuerza suficiente para proteger toda una base, y menos cuando eran las máquinas de la Legio Mortis las que se acercaban.

El grupo de combate de Cavalerio ya había emprendido el camino de vuelta, pero una tremenda tormenta de polvo procedente del oeste, de las laderas de la Gran Montaña, había comenzado a soplar de pronto y había inutilizado el funcionamiento de los auspex. A todos los efectos, la fuerza de Sharaq estaba sola.

¿Pensarían atacar las máquinas de la Legio Mortis? Sharaq no lo sabía, pero esperaba que todo aquello no fuera más que otra de las bravatas de Camulo para demostrar el favor con que su legión contaba en Marte.

—Dolun, ¿dónde están?

No necesitó aclarar a quiénes se refería.

—Capto señales sólidas y de calor de tres o cuatro máquinas, princeps —le informó el sensori mientras le transmitía los datos a Sharaq a través del Colector.

La vista a través de las ventanas de la cabina era una masa cegadora de partículas de polvo rojizo y marrón. Las paredes de roca pulida del cañón apenas eran visibles en la penumbra de aquel entorno.

Sharaq no necesitaba pistas visuales para dirigir al *Metallus Cebrenia*, ya que pilotaba la máquina mediante los datos que recibía del sensorium del Colector, una fuente de información mucho más fiable que sus propios ojos.

—Calculo que se encuentran a unos sesenta kilómetros, y que se acercan con rapidez —informó Dolun—. Posiblemente son cuatro máquinas, que avanzan a velocidad de zancada o superior.

—¡Por el Trono!, son grandes —musitó el moderati Bannan.

—Son Warlords —apuntó Sharaq—. Tres de ellos. El cuarto quizá sea un Reaver.

—Probablemente —confirmó Bannan—. Pero esa señal de calor en el centro... Es

demasiado fuerte como para que se trate de una sola máquina. Quizá avancen en formación cerrada, o intenten ocultar otro titán.

—Dolun, ¿qué te parece esa estimación? —inquirió Sharaq.

—Podría ser, pero las señales de vacío que recibo no indica que sean fuentes diferentes. Es difícil de decir, porque la tormenta que está soplando desde el oeste está afectando a todos los aparatos de exploración de que dispongo.

—Sigue en ello —le ordenó Sharaq.

El princeps cerró los puños dentro de la envoltura de acero y cables. Un trueno retumbante vibró a lo largo de los grandes pistones y engranajes de la estructura colosal del *Metallus Cebrenia* cuando el titán sintió a través del Colector su impaciencia. *Cebrenia* era una máquina antigua, uno de los puntales de la Legio Tempestus con una lista de victorias envidiable, pero había flaqueado en la última batalla y había sufrido daños muy graves.

El viaje de regreso a Marte había sido muy difícil tanto para la máquina como para el hombre, y Sharaq notaba la presión que tenían para llevar a cabo una buena actuación en una posible batalla.

—¿Han dicho algo los Mortis? —quiso saber—. ¿Alguna respuesta a nuestros mensajes?

—Negativo, princeps —contestó Bannan—. Sólo recibo estática. Es posible que se deba a que la tormenta afecta a los comunicadores, pero no lo creo.

—¿Qué hay del señor de la tormenta? ¿Hemos recibido algún mensaje del princeps Cavalerio?

—En la última transmisión que recibimos dijo que se dirigía hacia aquí a velocidad de flanqueo. No hemos sabido nada de él desde entonces.

—Vamos, Indias —musitó Sharaq—. No puedo defender la Chasmata con un Reaver y dos Warhounds.

Volvió a concentrarse en el Colector para intentar captar algo de sentido en las interferencias y en los chirridos que le nublaban la percepción del entorno que rodeaba a su titán.

Los circuitos de comunicación marcianos llevaban días sufriendo aquellas interferencias provocadas por descargas fragmentadas de código binario que no parecían tener un punto de origen concreto y que recorrían fantasmales el sistema antes de desaparecer del mismo modo inexplicable.

—Adepto Eskund, reduzca la potencia del reactor un doce por ciento —ordenó

Sharaq—. Bannan, gira un tercio. Quiero que nos quedemos en la boca del cañón.

—Sí, princeps —confirmó Bannan mientras reducía la velocidad.

Sharaq abrió el Colector para comunicarse con los princeps de los dos Warhounds.

—Kasim, Lamnos.

Ante los ojos de Sharaq se formaron unas imágenes fantasmales e inestables. Kasim era el depredador de piel cetrina, y Lamnos el atacante emboscado que mataba desde las sombras. Los dos guerreros luchaban muy bien juntos, ya que Kasim combatía con la agresividad de un cazador que acababa empujando a las presas hacia el fuego mortífero de su hermano de armas.

—Princeps Sharaq —lo saludó Kasim con su fuerte acento de las colmenas de Phoenixus Lacus—. ¿Tenéis órdenes de caza?

—Quizá. Desplegaos y realizad un trazado de búsqueda en zigzag hacia la última posición localizada de los Mortis. Quiero saber dónde están sus malditos titanes.

—¿Debemos entrar en combate? —le preguntó Lamnos, y Sharaq casi se echó a reír por el deseo de hacerlo que captó en la voz de su camarada princeps.

—Lamnos, tu valor es admirable, pero si los Mortis vienen con una fuerza importante, como creo que han hecho, un par de Warhounds no los detendrán.

—Entonces, ¿vamos a dejar que entren en nuestra fortaleza sin mostrar oposición alguna? —exigió saber Kasim.

—Todavía no sabemos hacia dónde se dirigen —les recordó Sharaq a los belicosos pilotos de los Warhounds—. Es posible que giren hacia el oeste y luego continúen hacia el norte, hacia las zonas de montaje de la Fossae Olympica. O a lo mejor giran hacia el este, hacia Mondus Occulum. No lo sabemos.

—Lamentarán lo que han hecho si cruzan la Línea Tempestad —gruñó Lamnos.

—Sí, claro que lo harán —confirmó Sharaq—. Pero hasta que lo hagan y se encuentren dentro de nuestra zona de influencia, no dispararéis, a no ser que disparen contra vosotros. No quiero que Camulos diga que nosotros hemos comenzado una guerra de titanes en Marte por culpa de un princeps demasiado impulsivo de la Legio Tempestus. ¿Entendido?

Ambos princeps contestaron con un gruñido de asentimiento y Sharaq apagó la comunicación mientras los Warhounds se alejaban a grandes zancadas en mitad de la ceniza y el polvo que arremolinaba el viento.

Dalia salió corriendo de la sala de control perseguida por las sirenas de alarma y la luz cegadora del Astronomicón. Por todas partes sonaban cánticos binarios aullantes, y el aire estaba cargado con torrentes de flujos de datos.

Las lágrimas le bajaron a raudales por las mejillas mientras oía los gritos agónicos de Jonas Milus. El sonido le resonaba desde la parte delantera del cráneo hasta lo más profundo de su psique. Dalia se había prometido a sí misma que Jonas estaría a salvo, que su obra no lo mataría en nombre del progreso científico.

Esa promesa había quedado reducida a nada, y no pudo soportar el sonido de sus gritos. Entró en la gigantesca cámara que se alzaba hasta la Ciudad Magma y vio que el portal bajo de la pared plateada estaba cerrado por una gran puerta de bronce. Corrió hacia allí y vio que un chorro de luz muy intensa salía a través de una ventana circular que había en el centro.

—¡No! ¡No! ¡Se está muriendo! —gritó.

Empezó a golpear con los puños el portón metálico hasta despellejarse las manos. Luego arañó el cristal hasta que le salió sangre de debajo de las uñas. Pegó la cara a la ventana y se esforzó por ver algo a través de la luz cegadora que llenaba toda la cámara y que hacía que lo que ocurría en el interior permaneciera invisible.

—¡Abrid la puerta! —aulló—. ¡Abrid la puñetera puerta! ¡Tenemos que parar esto!

Dalia se acercó con rapidez al teclado y empezó a pulsar el código que hacía falta para abrirla. No tenía por qué saber ese código, pero había captado los protocolos de acceso del aura noosférica de la adepta Zeth.

Sonó una nueva alarma y comenzó a destellar una fuerte luz ámbar estroboscópica.

Sintió que alguien le ponía una mano en el hombro y la apartó con un gesto de furia.

—¡No puedes entrar ahí! —le gritó una voz al oído. Era Caxton.

—¡Tengo que hacerlo! ¡Se está muriendo! ¡Trono, lo estamos matando!

—No es culpa tuya —insistió Caxton, y un momento después le sujetó los brazos antes de que tuviera tiempo de teclear la última secuencia de dígitos. Luego la apartó de un tirón de la luz que salía de la ventana—. No es culpa tuya.

—Sí lo es, sí lo es —gimió Dalia mientras enterraba la cara en el hombro de Caxton y lo abrazaba con fuerza, como si la intensidad de ese abrazo pudiera acabar

de algún modo con aquel horror—. Tenemos que sacarlo de ahí.

—No puedes. Todavía no. ¡No estás protegida psíquicamente!

—¡No me importa! ¡Tengo que entrar ahí!

—¡No! La energía psíquica te matará si atraviesas esa puerta.

—¡Como lo está matando a él! ¡Tengo que entrar!

Dalia le dio un fuerte empujón a Caxton y tecleó los últimos dígitos de la secuencia de acceso.

La luz surgió de la cámara del lector akashico como la ola de un maremoto, y Dalia se adentró en aquella tormenta rugiente de poder psíquico.

El princeps Kasim sintió la alegría salvaje del *Raptoria* cuando hizo que acelerara hasta velocidad de flanqueo. Al igual que él, el *Raptoria* se alegraba de caminar bajo el cielo armado y sin restricciones. Los periodos de tiempo que había pasado languideciendo en las bodegas sucias de las naves de transporte, inmovilizado por andamiajes y pegado a la cubierta, habían sido una jaula para su corazón guerrero, una celda para un asesino furioso al que le habían negado practicar su sublime habilidad como cazador.

Era la primera vez que salía al exterior desde que había regresado a Marte para ser reparado, y Kasim sentía la necesidad de matar en cada pistón, engranaje y junta metálica de su montura. Bajó la mirada hacia el medallón dorado con el emblema de la calavera y el engranaje que llevaba colgado del cuello y deseó poder alzar una mano para tocarlo y que le diera suerte, pero tenía las dos manos encerradas en las envolturas táctiles rodeadas de cables.

Había sido el princeps Cavalerio, el mismísimo señor de la tormenta, quien le había entregado el medallón, honrándolo así delante del resto de la legión mientras embarcaban en las naves que los transportarían de regreso a Marte tras la brutal campaña que habían librado en el racimo Epsilon Binario.

Habían perdido seis máquinas, y muchas habían quedado averiadas, incluido el ya dañado *Victorix Magna*, la enorme máquina de guerra del señor de la tormenta.

Cavalerio había llevado a las máquinas más dañadas de vuelta a Marte y había dejado el grueso de la Legio Tempestus bajo el mando del princeps Maximus Karania. Tras meses de trabajo, los operarios y los visioingenieros de la legión habían reparado las máquinas y las habían devuelto a su antigua gloria.

Al estar prácticamente completados los trabajos de reparación, la Legio Tempestus

estaba ya dispuesta para ser transferida a la flota expedicionaria y desde allí extender aún más el dominio que legítimamente le correspondía al Imperio. Kasim esperaba con impaciencia el regreso de la legión al frente de batalla, ya que Marte había cambiado mucho desde los años en que la Legio Tempestus caminaba con sus titanes por sus llanuras sombrías.

El planeta ya no se encontraba unido bajo el ideal de la Gran Cruzada. Los clanes de forja y los magi habían caído a una serie de enfrentamientos y de vergonzosos actos de violencia, lo que había arrastrado al planeta rojo a una era de desconfianza y de sospechas mutuas.

Incluso las órdenes guerreras habían cambiado, ya que se habían dedicado a formar facciones y bandos aislados para proteger los recursos que controlaban.

La Legio Mortis no había sido una excepción a esa regla, y había extendido su control con la excusa de dar protección a muchas de las forjas menores y a las órdenes guerreras que presentaban mayor facilidad para ser presionadas.

Cuanto antes pudiera regresar la Legio Tempestus a la tarea verdaderamente importante, el dominio de la galaxia, mejor.

—¿Dónde están? —musitó.

Hizo girar el Warhound y cambió de rumbo para cruzarlo con el del *Astrus Lux*. La visión desde la cabina estaba prácticamente oscurecida por la tremenda tormenta de ceniza. El cristal blindado estaba cubierto de rastros de aquel residuo polvoriento que era una maldición para los engranajes y los demás mecanismos móviles.

—A veinte kilómetros, princeps —le comunicó el moderati Vorich—. Las señales de respuesta que recibimos son cada vez más potentes, pero siguen apareciendo y desapareciendo..., como si hubiera alguna clase de interferencia que avanzara por delante de ellos.

—Mantén el paso —le advirtió Kasim—. Y no apartes la vista de los sensores. Ellos probablemente también tienen algunos Warhound de avanzadilla.

—A la orden, princeps.

Kasim sintió el poder que latía bajo él, cómo el corazón ardiente del *Raptoria* se esforzaba para cumplir sus órdenes y su impaciencia por qué comenzara la caza propiamente dicha.

—Pronto —susurró.

Kasim estaba utilizando los implantes exteriores y la miríada de aparatos sensores le transmitían información mediante el MIU. Los datos iban directamente hasta su

córtex cerebral como flujos de neuronas.

El *Raptoria* tan sólo había utilizado barridos de sensores pasivos para ocultar al máximo su presencia en mitad de la tormenta. Con un barrido con los sensores activos habría obtenido más detalles sobre el entorno que lo rodeaba, pero eso habría sido igual que revelar su posición exacta a cualquier otro cazador que estuviera en la zona.

En unas condiciones semejantes, un Warhound sobrevivía y mataba gracias a su sigilo, por extraño que pudiera parecer el concepto del sigilo aplicado a una máquina tan enorme, y Kasim confiaba en sus instintos para mantener a salvo al *Raptoria*. Las interferencias que afectaban a los sensores lo tenían preocupado, y sentía que al *Raptoria* tampoco le gustaba la inseguridad de los controles.

Todos sus demás sentidos funcionaban sin problemas. Notaba la cercanía de la máquina del princeps Lamnos, el azote del polvo en el casco del *Raptoria* y el sabor aceitoso y ceniciento del viento que aullaba a su alrededor.

Allí fuera, en mitad del polvo, se encontraba el enemigo, aunque oficialmente no lo hubieran clasificado como tal, pero Kasim no lograba verlo o determinar lo cerca que estaba. Una situación semejante era la peor pesadilla de cualquier piloto de titán: que tu enemigo pudiera estar apuntándote sin que tú ni siquiera supieras que estaba allí.

Kasim sabía que tan sólo era cuestión de tiempo que la Legio Mortis y la Legio Tempestus se enfrentaran a muerte.

Las palabras que el señor de la tormenta y Camulos se habían cruzado en el Concilio de Tharsis prácticamente lo habían garantizado. El instinto guerrero de Kasim lo impelía a lanzar el primer golpe, pero no pensaba desobedecer una orden directa del princeps Sharaq.

—¡Princeps! —gritó Vorich al mismo tiempo que el suelo se estremecía con una reverberación estruendosa—. ¡Una señal fuerte, justo delante! ¡Recibo lecturas de reactor y de escudos de vacío!

—¡En nombre de la Máquina!, ¿de dónde ha salido? —quiso saber Kasim—. ¡Identifícalo!

—¡Contacto desconocido, pero es demasiado grande para ser un Warhound!

La vibración del suelo ya le había indicado que no era un Warhound.

Demasiado grande también para ser un Reaver.

—¿Un Warlord? —apuntó Kasim.

Su nerviosismo y temor se manifestaban en la postura del Warhound, que se



agachó hasta agazaparse cerca del suelo.

—No, princeps —le contestó Vorich mientras contemplaba con expresión horrorizada lo que acababa de surgir entre las nubes de polvo aullante.

Kasim sintió que el frío de su sombra lo envolvía y que la piel se le erizaba al ver la máquina monstruosa caminar hacia ellos. Cada paso que daba estremecía la tierra con la fuerza de la poderosa zancada. Una fortaleza gigantesca de metal rojo bronceo con grabados en negro y plata que realzaban las grandes torres de los bastiones de sus piernas. Aquella máquina inmensa dejaba pequeño al Warhound como una persona adulta dejaría pequeño a un bebé.

Unas murallas almenadas coronaban su inmensa estructura. Aquella máquina fortaleza, aquella montaña, no se parecía en nada a cualquier otra cosa que Kasim hubiera visto en toda su vida. Había oído ciertos rumores y había estudiado los planos y las especificaciones técnicas de máquinas semejantes, pero nada lo había preparado para el increíble espectáculo que suponía ver directamente una máquina de guerra tan monstruosa.

De los anchos hombros colgaban armas capaces de arrasar ciudades enteras, y su cabeza era una calavera plateada bruñida rematada por cuernos.

—Un Imperator —susurró Kasim.

El princeps Cavalerio buscó información por todo el Colector, pero no captó nada a través de la estática provocada por el código entrecortado que inundaba las comunicaciones. No logró ponerse en contacto con el princeps Sharaq, y eso le hizo temerse lo peor. La Legio Mortis se había puesto en marcha, y Cavalerio se preguntó si el princeps Camulos estaba dispuesto a cumplir su amenaza sobre una tormenta inminente.

Su grupo de combate marchaba a velocidad de flanqueo hacia la fortaleza de la Legio Tempestus, y Sharaq sintió las protestas del viejo corazón del *Victorix Magna* protestar por el esfuerzo que se le exigía. Su propio corazón latía al compás de la gran máquina, y comenzó a sentir un adormecimiento creciente que se le extendía por las extremidades.

Cavalerio luchó contra aquella sensación y obligó tanto a su cuerpo mortal como al poder inmortal de su máquina a seguir avanzando.

—¿Creéis que los Mortis se disponen de verdad a atacar Mons Ascraeus? —le preguntó el moderad Kuyper.

—No lo sé —le confesó Cavalerio, que habló a través del Colector—. Estoy convencido de que Camulos quiere expulsar a nuestra legión de Tharsis, pero esto parece demasiado osado incluso para él.

—Entonces, quizá se trata del primer ataque de una guerra mucho mayor —sugirió Kuyper.

Cavalerio se quedó callado mientras recordaba lo que Camulos había dicho en el Concilio de Tharsis.

Por todo Marte se habían establecido bandos y líneas de batalla, y aunque Cavalerio no quería creerse que las órdenes de titanes estuviesen a punto de marchar al combate, aquella maniobra de la Legio Mortis parecía deliberada, calculada para provocar la ira de la Legio Tempestus.

Bueno, pues Indias Cavalerio no estaba dispuesto a morder el anzuelo de esa provocación.

—No creo que nos ataquen. Me parece más bien que quieren que nosotros seamos quienes los ataquemos, que disparemos los primeros, y de este modo puedan justificar su propio ataque.

—Nuestros guerreros sólo dispararán si les disparan antes —apuntó Kuyper.

Cavalerio pensó en los comandantes de titanes que había dejado en Mons Ascraeus: Sharaq, Lamnos y Kasim. Se podía confiar en que Sharaq comprendería la gravedad de la situación, pero ¿y Lamnos y Kasim?

Sus corazones eran agresivos y ardientes, como era de esperar en unos pilotos de Warhound. Mientras que la mente y el corazón solían estar más equilibrados y compensados en los guerreros más experimentados, Cavalerio temía las decisiones impulsivas que podían llegar a tomar en el calor del momento.

—Ponme en contacto con el grupo de combate de Sharaq. Tengo que asegurarme de que sepan que no deben disparar los primeros.

—A la orden, señor de la tormenta —respondió Kuyper antes de centrarse de nuevo en intentar atravesar la estática que interfería las comunicaciones.

Cavalerio abrió el canal del Colector que lo ponía en contacto con el magos Argyre.

—¿Cuánto tardaremos en llegar al Mons?

—Actualización: a velocidad de flanqueo, entraremos en el campo visual de Mons Ascraeus en diecisiete punto cuatro minutos. Sin embargo, el reactor muestra un funcionamiento un veintisiete por ciento en exceso respecto a lo que puede operar con

seguridad en estos momentos.

—Incremente la actividad del reactor —le ordenó Cavalerio—. Quiero estar allí en menos de diez minutos.

—Advertencia: incrementar la actividad del reactor más allá de la capacidad actual de...

—¡No quiero oír excusas! —lo cortó Cavalerio—. ¡Hágalo!

El titán Imperator no estaba solo.

Dos Warlord y un Reaver lo acompañaban como los miembros de una pandilla de niños abusones de la scholam. Kasim no vio señal alguna de avanzadillas de Warhound o de una escolta de skitarii, pero con unas máquinas tan grandes como aquéllas, ¿qué necesidad había de un grupo de aviso y protección?

El suelo se estremeció y se agrietó a su paso, y lo único que pudo hacer Kasim fue contemplar con un asombro mudo cómo la máquina de guerra más poderosa que hubiera visto jamás pasaba por delante de él como una ciudad colmena que se hubiera levantado del suelo y caminara sobre unas piernas como montañas.

—¿Qué hacemos? —murmuró el moderad Vorich.

¿Qué podían hacer? Enfrentarse a una monstruosidad como aquélla era un suicidio, pero el rumbo que llevaban los llevaría a cruzar la Línea Tempestad en poco menos de nueve minutos, y entonces sí que tendrían que luchar contra ella. Serían como hormigas que se enfrentaran a un grox adulto, pero incluso las hormigas eran capaces de derrotar a una bestia de mayor tamaño si disponían de la superioridad numérica suficiente.

Sus sensores activos reunieron toda la información que pudieron sobre el Imperator, y Kasim comprendió que la Legio Tempestus no disponía de las armas necesarias para derrotar a un enemigo tan terrorífico.

—Los seguiremos. Y esperaremos —dijo Kasim.

—¿Esperaremos? ¿A qué? —quiso saber Vorich.

Kasim bajó de nuevo la mirada hacia el medallón y deseó otra vez poder tocarlo.

—A ver si es hoy cuando vamos a morir.

Dalia chilló cuando la galerna aullante de energía psíquica la rodeó y sintió que la desgarraba como un huracán lleno de maldad. Oyó voces aullantes que le arañaban la

superficie interior del cráneo y susurros que era imposible que estuviese oyendo, pero que sonaban con tanta claridad como si le llegaran hasta la cama mientras estaba tumbada en mitad de la noche.

La luz blanca llenaba la cámara, y las paredes se volvieron borrosas debido al titilar del aire provocado por la rugiente columna plateada que bajaba desde la cúspide de la cúpula hasta llegar a Jonas Milus, que seguía sentado en su trono.

Oyó el estampido metálico de la puerta al cerrarse a su espalda y pensó por un momento en Caxton y en los demás. Los bordes de su túnica ondeaban debido a los fuertes vientos etéricos, y sintió la piel en carne viva por las ráfagas invisibles que se la atravesaban hasta llegar a la médula de los huesos y más allá.

Unos espectros de luz titilantes llenaban la cámara. Eran formas antinaturales ligeras que desafiaban cualquier intento de descripción y que se mantenían de un modo inquietante en los rincones más oscuros de su imaginación. La estancia también estaba abarrotada de nubes de sensaciones, desde cúmulos tormentosos hasta cirros de arrepentimiento pasando por ráfagas de pedrisco provocadas por el deseo y huracanes de amor y de traición.

Las emociones y los significados la rodeaban, aunque para ella le resultó un misterio cómo era posible que aquellos conceptos logaran tomar una forma física y visible. Dalia se adentró un paso en la estancia y sintió que su voluntad se derretía ante aquellas energías primigenias que la rodeaban y la inundaban al mismo tiempo.

—¡Jonas! —gritó.

Las palabras le salieron de la boca formando un chorro rojo. Al principio temió que se tratase de sangre, pero el color en el aire se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido. El ruido que llenaba la estancia era atronador, increíble, semejante al aullido de muerte de toda una raza o a los dolores de nacimiento de otra.

Toda la emoción y el conocimiento estaban allí, y Dalia se dio cuenta de que eso precisamente era el éter. Ése era el plano que se encontraba más allá del que sus sentidos eran capaces de percibir de forma consciente. Aquélla era la fuente de todo conocimiento, y la fuente del mayor peligro imaginable.

Aquello era a lo que ella había expuesto a Jonas Milus.

Aquella idea la galvanizó y se obligó a sí misma a atravesar el torbellino de luces y de colores. Al hacerlo, sintió la energía descargada por los psíquicos de las paredes llenas de cofres a medida que iban muriendo. Notó cómo su fuerza vital se iba disipando en mitad de la cacofonía de luces y sonidos. Se echó a llorar por el dolor

empático y sintió cada muerte como una astilla aguda de dolor agónico en su mente.

Se protegió los ojos a medida que se fue acercando al estrado, y allí vio a Jonas Milus sacudido por convulsiones en el trono, iluminado por la luz cegadora del Astronomicón. Movía con fuerza la cabeza de un lado a otro en una agitación espasmódica, con la boca convertida en un borrón convulso mientras chillaba y expulsaba chorros de palabras con demasiada rapidez como para que pudieran ser entendidas.

Fue subiendo con esfuerzo los peldaños para llegar hasta él, y tuvo que dejarse caer de rodillas para afrontar mejor las turbonadas de energía y los fantasmas aullantes que se abarrotaban en el estrado.

—¡Jonas! —gritó al mismo tiempo que alargaba un brazo hacia él.

No logró tocarlo, así que se arrastró centímetro a centímetro. Los gritos de Jonas resonaban sin perder fuerza alguna, y las palabras le salían de la boca con una rapidez enorme para formar un aullido de dolor ululante.

En los ojos le relucía un fuego ardiente que chasqueaba repleto de un poder arcano, un poder mucho mayor que nada que la humanidad hubiera conocido.

Dalia logró alcanzar por fin la parte superior del estrado, y fue entonces cuando vio que la tormenta de energía psíquica giraba alrededor del trono pero sin afectarlo, como si alguna especie de barrera invisible y opuesta la estuviese conteniendo.

El trono brillaba igual que si lo iluminara desde el interior una fuerza elemental muy poderosa. Aunque tanto ella como sus colegas se habían esforzado mucho para crear aquel artefacto, en esos momentos deseó con todas sus fuerzas que hubieran fracasado por completo en el intento.

Deseó librarse de su don y de las consecuencias que había provocado.

Nada más pensar eso, sus extremidades se estremecieron y se puso en pie como lo haría una marioneta levantada por los hilos que manejaba el titiritero. Dalia gritó cuando sus miembros obedecieron unas órdenes desconocidas que le manipulaban el cuerpo, y se encontró de repente mirando cara a cara a Jonas Milus.

El fuego que le ardía en los ojos se derramó hasta cubrirle todo el cuerpo como si fuera una capa de mercurio ardiente. Los gritos de Dalia sonaron al compás de los de Jonas, y las ataduras que lo habían mantenido inmovilizado sobre el trono se desprendieron, deshechas por el fuego plateado que le recorría el cuerpo como si fuera algo vivo.

El émpata se puso en pie convertido en una criatura de plata luminosa en cuyos

ojos brillaba la luz de unos soles desconocidos. Dalia fue incapaz de sostenerle la mirada por temor a que el poder que albergaban la consumiera a ella también si fijaba la vista en ellos durante demasiado tiempo. Se percató de que la carne de Jonas se estaba derritiendo bajo la luminiscencia interior que le cubría el cuerpo, igual que haría el hielo delante de una llama.

—¡Lo he visto! —dijo Jonas con voz sibilante. Su voz sonaba igual que si procediera de un lugar imposiblemente lejano y profundo—. Todo el conocimiento.

—¡Lo siento, Jonas, lo siento!

—¿Lo sientes? No, Dalia, no quiero tu compasión —le contestó Jonas, y de su boca salió fuego al hablar. Su voz sonó más débil con cada palabra—. He visto la verdad y soy libre. Lo sé todo. Cómo el Emperador mató al Dragón de Marte... La gran mentira del planeta rojo y la verdad que sacudirá la galaxia... Todo olvidado por la humanidad en la oscuridad del laberinto de la noche.

Jonas Milus dio un paso hacia Dalia y los vientos psíquicos se alejaron de ella, como si su sola presencia fuera suficiente. Al acercársele, Dalia oyó el zumbido de la maquinaria al apagarse y el chasquido sordo de los relés al cerrarse cuando el lector akashico dejó de por fin recibir energía.

La luz del Astronomicón seguía llenando la estancia y los vientos de energía psíquica continuaron rugiendo y soplando junto a las paredes, pero su poder fue disminuyendo. Los detalles habituales del espacio material fueron regresando al suelo de mármol: la sensación de masa y de solidez, el calor del aire, el olor a carne quemada.

—¡Deprisa! ¡Mírame, Dalia! —le ordenó Jonas con voz cargada de urgencia y de desesperación—. Mírame y conoce cuál es tu destino.

Ella se obligó a sí misma a levantar la mirada y se quedó mirando el rostro de Jonas Milus mientras la luz de sus ojos se iba extinguendo y los últimos rastros de su cuerpo iban desapareciendo.

La conexión apenas duró una brevísima fracción de segundo, pero fue tiempo más que suficiente.

Dalia gritó hasta que se quedó sin aliento, y se refugió en la negrura de la inconsciencia de unos horrores que jamás debería haber visto una mente humana.

El princeps Sharaq siguió la información que proporcionaba el Colector. El titán Imperator se acercaba con rapidez. Los barridos de los sensores de superficie de sus

marcadores de identidad revelaron que su nombre era *Aquila Ignis*, una máquina construida en las forjas de Daedalia, al sur de Tharsis.

Su princeps, si era posible que un solo individuo fuera capaz de estar al mando de una máquina tan gigantesca, no hacía esfuerzo alguno por ocultar su poder, y Sharaq continuó almacenando el flujo de datos que recibía sobre aquel oponente terrorífico en los grabadores de su máquina de guerra.

Si llegaba el momento en que tuvieran que luchar contra aquel oponente, sería mejor estar preparado.

Cuando el Imperator apareció por completo, la interferencia binaria aullante se desvaneció y las tormentas que habían llenado el aire de polvo con tanta fuerza se disiparon como si nunca hubieran existido.

El comunicador chasqueó cuando las máquinas de la Legio Tempestus recuperaron los canales de comunicación. Todas y cada una llenaron el aire de mensajes cargados de nerviosismo ante el espectáculo increíble que avanzaba a paso de marcha hacia Mons Ascraeus. El *Raptoria* y el *Astrus Lux* seguían al Imperator, pero manteniendo una distancia prudencial respecto a éste y a los Warlord que lo acompañaban.

—¿Tenéis los cálculos de disparo respecto a esa máquina? —preguntó Sharaq.

—Sí, princeps —contestó Bannan dubitativo—. Pero si abrimos fuego, nos vaporizará en un instante. No podemos enfrentarnos a algo tan inmenso.

El Imperator tapaba todo lo que lo rodeaba. Era una montaña gigantesca que se acercaba con pasos retumbantes. Sharaq deseó con todas sus fuerzas que el resto de la Legio Tempestus estuviera a su lado.

Encontrarse directamente en el camino de una creación tan gigantesca, un milagro terrorífico de la construcción y de la innovación, era algo a lo que nadie debería enfrentarse solo. El *Raptoria* y el *Astrus Lux* lucharían a su lado, y las plataformas de armas de apoyo de los skitarii sumarían su potencia de fuego, pero serían de muy poca utilidad efectiva cuando aquellas poderosas máquinas comenzaran a disparar.

A todos los efectos, Sharaq estaba solo..., su mayor temor como princeps.

Si dispusieran del grupo de combate del princeps Cavalerio, quizá tendrían la oportunidad de herir a aquella bestia, e incluso podrían llegar a derrotarla, pero sin ellos...

—¡Tiempo de llegada hasta la Línea Tempestad! —preguntó Sharaq, que no dejaba de sudar de forma profusa a pesar del aire fresco del interior de la cabina del

caparazón.

—Tres minutos, princeps —le informó Dolun.

—Vamos, date la vuelta, maldita sea, gira —musitó Bannan, y Sharaq compartió ese sentimiento mientras los segundos seguían pasando con la lentitud inexorable del goteo del espeso aceite de maquinaria.

En ese instante el Colector chasqueó y se oyó la bendita voz del señor de la tormenta en el comunicador.

—Máquinas de la Legio Mortis —anunció el princeps con voz firme y segura—. Su rumbo los lleva a cruzar la Línea Tempestad, y al hacerlo incumplirán el pacto de no agresión firmado por el princeps Acheron de la Legio Mortis y el princeps Bakka de la Legio Tempestus en el Primer Concilio de Cydonia. Den la vuelta o les dispararemos.

Sharaq se mantuvo atento al Colector mientras las máquinas del princeps Cavalerio avanzaban por el pallidus occidental levantando a su paso nubes ondulantes de polvo. Llegar hasta Mons Ascraeus en tan poco tiempo debía de haber desgarrado el corazón de sus reactores, pero estaban allí, y eso era lo único que importaba.

—¡Máquinas de la Legio Mortis, respondan de inmediato! —exigió Cavalerio, y Sharaq notó la tensión en la voz del señor de la tormenta.

Comprobó el Colector y captó unas lecturas biométricas y del reactor muy elevadas en el *Victorix Magna*.

La forma retumbante del Imperator no se detuvo, y Sharaq vio que faltaban pocos momentos para que cruzara la Línea Tempestad, a partir de lo cual ya se encontraría en territorio de la Legio Tempestus. Sentía la boca seca, así que tomó un sorbo del estrecho tubo de hidratación que llevaba acoplado en la mejilla.

—¡Legio Mortis, responde! —exigió de nuevo Cavalerio, y Sharaq sintió que el corazón se le henchía cuando la forma majestuosa del *Victorix Magna* se colocó al lado del *Metallus Cebrenia*, justo en el camino del colosal Imperator.

—Quince segundos para llegar a la Línea Tempestad —advirtió el moderado Bannan.

El *Tharsis Hastatus*, el *Arcadia Fortis* y el *Vulpus Rex* tomaron posiciones al lado de la máquina de Cavalerio, y todas las máquinas que la Legio Tempestus tenía en Marte se colocaron delante de las máquinas de guerra más poderosas de la Legio Mortis.

—¡Es su última advertencia, Mortis! —aulló Cavalerio.



Una profunda sensación de terror se apoderó de las entrañas de Sharaq cuando le habló el moderati Bannan.

—Línea Tempestad cruzada, princeps.



# SYSTEMÆ MECHANICUM



## CAPÍTULO 1

La Línea Tempestad había sido atravesada. El territorio soberano de una de las legiones más honorable de Marte había sido violado. Unas máquinas acorazadas habían salido ostentosamente de sus fortalezas para dirigirse con intenciones hostiles hacia la fortaleza de otras. Pese a las pruebas que tenía ante él, el princeps Cavalerio seguía sin aceptar que Mortis deseara disparar.

¿Por qué se arriesgaría a algo así? Apoyar a Horus Lupercal y avanzar de forma provocadora era una cosa, pero atreverse a que otra legión disparara contra sus máquinas de guerra no tenía sentido alguno, a no ser que todo estuviera orquestado para cumplir un plan mucho más siniestro y con intenciones de mayor envergadura.

Si se iniciaba allí la batalla, pocos sobrevivirían, y ni siquiera el Imperator saldría indemne.

Cavalerio siempre había sospechado que Camulos era un hombre no apto para el mando, y esta confrontación parecía confirmar sus sospechas. Era una locura, y Cavalerio no quería verse arrastrado hacia ella. Las facciones del Mechanicum podían guerrear entre ellas, pero se suponía que las legiones de titanes estaban por encima de esas disputas, para mantener el ideal de un Marte y una Terra unidas por encima de todas las cosas, incluso por encima de sus propias diferencias.

—Princeps —dijo el moderati Kuyper—. La Línea Tempestad.

—Lo sé —respondió Cavalerio.

—¿Debemos abrir fuego?

—¿Tenéis una solución de disparo?

—A esta distancia no necesitamos ninguna —le aseguró Kuyper—. Ese monstruo

es tan grande que es imposible fallar.

Cavalerio asintió; el sudor le resbalaba por la ceja y tenía la boca reseca. El corazón le latía en una sincronía brutal con el ardiente corazón del *Victorix Magna*, el poder controlado de una supernova en el núcleo del reactor ardiendo con más fuerza y más rápidamente de lo que habían sido diseñados.

Oía las desesperadas súplicas del magos Argyre al espíritu del reactor, y sentía la angustia del poderoso motor mientras el entumecimiento se extendía por sus extremidades.

La imagen del Imperator le cubrió todos los sentidos, tanto a través de las pantallas como del Colector. Los datos pasaban como luz líquida a través de su mente, y captó las colosales gestas de ingeniería que se habían realizado en su construcción y la total letalidad de su existencia.

Sus extremidades eran la encarnación de la muerte, la macabra cara en forma de calavera era un abominable heraldo de destrucción. Las erizadas torres y bastiones de armamento eran como ciudadelas fortificadas transportadas en la espalda de un antiguo dios, como si esa carga fuera voluntariamente transportada y no como un castigo.

Luchar contra algo así sería la mayor hazaña de cualquier princeps, pero probablemente también sería la última.

El monstruo avanzó un paso más, desmintiendo con ese gesto cualquier posible cruce accidental de la Línea Tempestad.

—El princeps Sharaq pide instrucciones —informó Kuyper—. El *Arcadia Fortis* solicita permiso para disparar.

—*Vulpus Rex* y *Astrus Lux* moviéndose hacia los flancos para adoptar posiciones de disparo —añadió Palus.

—Decidles que mantengan sus posiciones. ¡Maldita sea! —gritó Cavalerio con el pulso acelerado como una rugiente descarga de cañón giratorio—. Que nadie abra fuego si yo no doy la orden. Asegúrate de que esta última parte les queda especialmente clara, Kuyper.

—Sí, princeps.

Cavalerio tenía la sensación de que los acontecimientos se estaban escapando a su control, y luchó por respirar mientras el fuego del leal corazón de la máquina circulaba por la médula virtual de su cuerpo como sangre manando de una arteria perforada.

La visión se le enturbió, los bordes del Colector oscilaron como un pictógrafo mal ajustado.

El *Victorix Magna* estaba dañado, estaba dañado de forma terrible, y Cavalerio sabía que tenía que acabar rápidamente con aquel desagradable enfrentamiento.

Pero ¿cómo lograrlo sin iniciar un intercambio de fuego que los destruiría a todos ellos...?

El *Raptoria* se tensó al límite del control del princeps Kasim. Era una criatura bestial y salvaje que exigía sangre y volcaba violentos pensamientos en su consciencia. Su corazón de asesino había notado la presencia del enemigo y sentía el calor de su piel de metal. Quería matar.

Kasim miró hacia abajo, hacia el dorado medallón dentado que llevaba, y concentró su mente en la disciplina codificada en sus pensamientos por el legio magi antes de empezar esta marcha. Los datos acumulados de anteriores enfrentamientos se limpiaban de los periféricos injertados en los lóbulos frontales del cerebro de todos los tripulantes para asegurarse que cada enfrentamiento se iniciaba sin el lastre mental del anterior, pero el ansia por el sabor de la batalla era imposible de limpiar completamente. Ninguna máquina olvidaba realmente el ardiente y metálico aroma de la guerra.

Kasim notó los esfuerzos de su piloto para mantener a raya los agresivos movimientos del *Raptoria* y oyó el deseo bélico de sus motores atronando y rugiendo sordamente en el reactor.

El *Raptoria* quería luchar y, maldita sea, él también quería hacerlo.

El princeps Cavalerio estaba reteniendo su fuego, y ellos también debían hacerlo, pero era mortificante ver las máquinas de Mortis insultando tan descaradamente el honor de Tempestus. Permitir que ese acto de desafío no fuera castigado era una píldora muy amarga de tragar, y sintió como la ira del *Raptoria* iba creciendo dentro de su cabeza con la maliciosa promesa del dolor que se avecinaba.

—Cargue las armas —ordenó en un esfuerzo por atenuar el ansia destructora de la máquina—. Desactive las medidas de seguridad y pásame todos los controles de disparo.

Al asumir todos los controles de disparo se aseguraba de que el salvaje corazón del *Raptoria* no sobrecargara los cerebros menos capacitados de los servidores artilleros y abriera fuego por sí mismo.

Kasim no quería que su máquina actuara fuera de control, pero si se daba la orden de disparar, estaría preparado para cumplirla lo mejor que fuera capaz.

—¿Por qué el señor de la tormenta no ha abierto fuego? —preguntó el moderati Vorich.

—¿Tienes prisa por morir? —le replicó Kasim—. Porque eso es lo que sucederá si dejamos que esto se nos escape de las manos.

Pese a la reprimenda, Kasim estaba preguntándose lo mismo. Mortis había roto claramente la Línea Tempestad y Cavalerio tenía todo el derecho a abrir fuego.

Por mucho que su corazón ansiara un combate, Kasim sabía que las posibilidades de ser derrotado eran muy elevadas.

Observando el Colector, Kasim vio la heroica forma del *Victorix Magna* manteniéndose firme ante la monstruosa potencia del Imperator. Junto a él se encontraban el *Arcadia Fortis* y el *Metallus Cebrenia*; los tres parecían enanos ante el tamaño de la gigantesca máquina.

—¿Qué estás planeando, señor de la tormenta? —susurró Kasim.

El Imperator se cernía sobre el Colector, un brillante dios de la guerra que podía destruirlos a todos.

Unos pocos pasos más y estaría literalmente sobre ellos.

En la cabina del *Metallus Cebrenia*, el princeps Sharaq se estaba preguntando lo mismo que Kasim. El moderati Bannan indicaba en voz alta la cada vez mayor distancia que el *Aquila Ignis* había penetrado en el territorio de la Legio Tempestus.

Sharaq incrementó el ángulo de visión a través del Colector y vio al *Victorix Magna* manteniéndose orgullosamente firme ante él, ventilando calor a través de los escapes de gas y sudando lubricante por todas las juntas. Incluso sin el flujo de datos que podía leer, se adivinaba que la venerable máquina estaba sufriendo.

—Venga, Indias —susurró—. Mantenlo de una pieza un poco más.

Transfirió su visión hacia el exterior y contempló las ágiles y esbeltas formas del *Vulpus Rex*, el *Astrus Lux* y el *Raptoria* moviéndose por el costado y la retaguardia del Imperator que se aproximaba, como una manada de lobos dando caza a un ciervo. Siempre belicosos, tenían las armas cargadas y preparadas para disparar.

El suelo tembló y Sharaq pudo sentir el temblor a través de cada junta de la estructura de la máquina. Los sensores inerciales podían compensar la mayoría de las fluctuaciones en el terreno que rodeaba a un titán, pero la poderosa pisada de un

enemigo tan colosal estaba más allá de sus posibilidades de disipación.

Miró hacia abajo, hacia el lejano suelo, sintió una punzada de piedad por las infinitas filas de skitarii reunidas alrededor de los pies de su máquina. Enfrentarse a una bestia como el Imperator desde la cabina de un Warlord era algo suficientemente terrorífico, pero permanecer desnudo ante él sin la protección del blindaje y las pantallas de vacío...

Eso era el auténtico valor.

—¿Distancia al objetivo? —preguntó Sharaq, luchando por mantener un tono de voz átono.

La pregunta era innecesaria. Podía ver que el Imperator se encontraba a menos de trescientos metros de distancia a través del Colector, a quemarropa en cualquier sistema normal de medida, pero demencialmente cerca para esta situación. Podía escuchar el aullido y el raspado de los escudos de vacío al combarse sus campos a causa de la proximidad.

—Doscientos cincuenta metros, princeps —le informó Bannan.

Echó un vistazo hacia su izquierda.

El *Victorix Magna* permanecía en pie, implacable e inamovible, ante el Imperator que avanzaba, y Sharaq sintió amor hacia el señor de la tormenta por su decisión tanto como frustración por su inactividad. La tensión en el interior del compartimento de la cabina del *Metallus Cebrenia* era insoportable.

Entonces, un duro y ensordecedor chillido recorrió todas las frecuencias de comunicación, un asqueroso chorro de código continuado y corrupto que sonaba como una risa gutural. Sharaq se estremeció y sus sensori aullaron a medida que el penetrante chillido les perforaba el oído.

—En nombre del Omnissiah, ¿qué es eso? —aulló Bannan, arrancándose el comunicador de la cabeza.

Sharaq apagó el audio mientras una carcajeante risa de código burbujeaba por el comunicador y los retumbantes cuernos de guerra de las máquinas Mortis resonaban desde los abismales acantilados de Mons Ascraeus.

El Imperator bajó las armas de los brazos y utilizó hasta el último cuerno, sirena y augmentómetro emplazado sobre sus colosales torres y bastiones para retumbar su desdén. El ruido, inimaginablemente fuerte, era transmitido a través de todas las ondas audibles y todas las frecuencias de código.

Unas degradadas y sucias líneas de código formaron viles algoritmos que Sharaq

sintió que se abrían paso hacia sus periféricos como un código viral, y sus protocolos aegis lucharon por evitar que alcanzaran los subsistemas más internos del *Metallus Cebrenia*.

—¡Princeps! —gritó Bannan—. Detectado cambio de curso del enemigo.

Sharaq jadeó. La mente le dolía mientras los implantes defendían sus conducciones neurales de la infección de los rudimentarios fragmentos de código transportados por el grito de guerra del Imperator. Obligó a su mente a atravesar los coagulados paquetes de datos negros, de información impura, que oscurecían su visión, y vio que Bannan tenía razón.

El Imperator estaba cambiando de rumbo, dirigiendo sus largos pasos hacia el este.

Como un gigantesco transatlántico moviéndose a gran velocidad, el paso de la gigantesca máquina no podía modificarse rápidamente, y su nueva dirección le llevaría un poco más allá de las estribaciones sureste de Mons Ascraeus.

—¿Dolun? Trayectoria de intercepción —susurró Sharaq. Los primeros indicios de un terrible dolor de cabeza empezaban a cobrar forma tras sus ojos—. ¿Hacia dónde se dirige?

Su sensorio no respondió, y Sharaq giró la cabeza para ver que Dolun yacía en posición supina reclinado sobre su asiento. Los ojos del hombre estaban idos y tenía un poco de baba alrededor de las comisuras de los labios.

Sharaq mezcló brevemente sus sentidos con la posición de Dolun, sintiendo el flujo de código viral replicándose como una plaga dentro de sus puertos de conexión, preparado para penetrar en las entrañas de la máquina de guerra.

Sin pensarlo dos veces, Sharaq cortó la conexión entre las interfases de Dolun y el resto del titán, pero al hacerlo pudo sentir como los fragmentos de código trataban de encontrar otra forma de penetrar.

—¡Moderati Bannan! —gritó Sharaq—. Desconecte al sensorio Dolun de su estación. ¡Ahora!

Bannan miró hacia Dolun, que estaba sufriendo convulsiones mientras sus corrompidas mejoras cibernéticas empezaban a sobrecargarse con la energía de una terrible enfermedad. Bannan desenchufó sus conexiones tan rápidamente como pudo y se tambaleó hacia la estación del sensorio, vacilante tras una separación tan brutal del MIU.

Sharaq desvió su atención del oficial sensorio y siguió su propio rastro de las



máquinas enemigas. Un plano superpuesto del pantano de los montes Tharsis apareció ante su vista, deformado y cubierto de fragmentos de código corrupto. Una línea roja se extendía desde su posición actual, girando hacia el nordeste y extendiéndose hacia las instalaciones portuarias de Tharsis Tholus, el principal punto de embarque de los suministros para los Astartes procedentes de las forjas del fabricante locum Mondus Occulum.

Sharaq descartó el plano cuando los aullidos de las pantallas de vacío llenaron la cabina con una gorgoteante resonancia. Como si un millón de uñas rasgaran una pizarra, los titánicos motores se cruzaron unos contra otros, arañando su invisible potencia, lanzando centelleantes y oscilantes relámpagos multicolor en todas direcciones.

—Sensori desconectado —informó Bannan, y Sharaq miró hacia atrás para ver a Dolun convulsionándose y estremeciéndose en el suelo, soltando lubricante y materia cerebral a través de sus implantes craneales.

—Buen trabajo, Bannan —dijo Sharaq—. Déjelo ahí y vuelva a su posición.

Sharaq volvió su atención hacia el Colector, observando con vergonzoso alivio como el poderío del Imperator se alejaba y el escalofriante aullido de la interferencia de los escudos de vacío se reducía.

—A todas las máquinas Tempestus —anunció, potenciando un canal a través del aullido estático que todavía saturaba las ondas—. Desactiven las armas. Repito, desactiven las armas. ¡Mortis se está alejando! ¡Confirmen!

Una tras otra, las confirmaciones de las máquinas Tempestus aparecieron en el Colector, y Sharaq dejó escapar un tembloroso suspiro al darse cuenta de lo cerca que habían estado de iniciar una guerra en la superficie de Marte.

La escolta de Warlord del Imperator se movió con él y las máquinas de guerra de la Legio Mortis empezaron a alejarse, abandonando los dominios de Tempestus. Mortis se alejaba, pero Sharaq quería estar seguro de que no iban a dar media vuelta para realizar otra acción provocativa.

—*Raptoria, Vulpus Rex*, sigan a Mortis y asegúrense de que no se desvían del camino —ordenó, preguntándose el motivo por el cual el señor de la tormenta no daba personalmente esa orden—. Manténganse a distancia de seguridad, pero asegúrense de que se marchan.

Los dos Warhound se pusieron en marcha sin molestarse en confirmar la orden, y Sharaq se hundió profundamente en el acolchado cuero de su asiento reclinable. El

sudor le cubría la frente y tenía el pelo empapado. Cerró los ojos un instante, eliminando el ruido de datos del Colector y dejando que los elementos humanos de su mente procesaran los casi calamitosos eventos de los últimos minutos.

¿Realmente habían estado tan cerca del conflicto armado?

Abrió los ojos y la desagradable estática del comunicador seguía muda a nuevas órdenes, peticiones de información o alguna forma de liderazgo procedente del *Victorix Magna*.

Sharaq miró hacia la máquina del señor de la tormenta con un terrible sentimiento de miedo creciéndole en las entrañas al ver que el *Victorix Magna* seguía en la misma posición que cuando se había plantado ante el Imperator. Ese temor aumentó al ver el fluido que rezumaba en forma de lluvia negra de su torso, y que las sibilantes columnas de vapor sobrecalentado, que debían liberarse a través de los conductos de ventilación de la parte inferior del caparazón, habían cesado.

La máquina tenía la cabeza inclinada y los brazos le colgaban a los costados.

—*Victorix Magna* —llamó Sharaq a través del Colector. Su miedo hizo que la comunicación fuera más brusca de lo que pretendía—. Princeps Cavalerio, por favor, responda.

No hubo respuesta alguna.

—Señor de la tormenta, por favor, ¡responda inmediatamente!

Un cambio de ángulo de visión del Colector y la cabeza de Sharaq se hundió en su pecho mientras cargaba las lecturas de auspex de la poderosa máquina de guerra del señor de la tormenta.

El *Victorix Magna* estaba muerto.

A miles de kilómetros al sur del enfrentamiento entre Mortis y Tempestus, en lo más profundo de los desolados y vacíos yermos del pallidus meridional, las cenizas barridas por el viento recorrían las tierras baldías cubiertas de cráteres de los límites del Daedalia Planum.

Aún más al sur, el horizonte ardía con un fuego de color, los cielos estaban estriados por los contaminantes químicos y los hediondos gases expelidos por las gigantescas refinerías que rodeaban el ecuador planetario.

Únicamente los carroñeros más resistentes trataban de sobrevivir en esta región de Marte, en la que los desechos que podían encontrar usualmente eran demasiado escasos y excesivamente cargados de toxinas para tener algún uso provechoso. Uno de

estos carroñeros era un hombre llamado Quinux, un veterano prospector y antiguo skitarii cuyo cuerpo había rechazado la mayoría de implantes necesarios para ser plenamente asimilado en las filas de la soldadesca del Mechanicum.

Quinux recorría los desiertos y planicies del Daedalia Planum en un destartalado transporte pesado Cargo-5 que tiraba de un remolque lleno de chatarra, todo ello funcionaba gracias a la fe, la esperanza y una fervorosa devoción al Dios Máquina. Sus planchas estaban cubiertas de óxido y sus orugas devoradas por la corrosión a causa de la larga exposición al ambiente hostil.

Los humos tóxicos expulsados por los escapes del reptador y el interior de su cabina presurizada olían a sudor, a pasta nutricional reciclada y a emoción. Un desgastado y diáfano panel auspex colgaba del techo de la cabina indicando la presencia de materiales sólidos.

Quinux no había visto una señal tan fuerte en décadas, y sabía que ese hallazgo podía ser su salvación. Fuera lo que fuese, era grande, y su cabeza se movió a uno y otro lado, observando a través de los sucios cristales de su cabina en busca de otros carroñeros que también hubieran podido detectar tan jugoso descubrimiento. No es que pudiera ver mucho a través de las columnas de polvo y cenizas que envolvían al reptador.

Su vehículo penetró en una leve pendiente que gradualmente fue ampliándose hasta formar un cráter poco profundo. El suelo bajo sus orugas era blando, arena irradiada transportada hasta allí por los terribles fenómenos atmosféricos que soplaban desde las monstruosas refinerías de hierro hacia el sur.

La señal del auspex se hizo más intensa y vio que se encontraba prácticamente encima de su hallazgo, a pesar de que no podía ver mucho más allá del cristal sucio. Descolgando el auspex del techo, Quinux recogió una sencilla carabina láser que tenía en la parte posterior de la cabina y comprobó la carga. No le quedaba mucha energía, pero era suficiente para encargarse de cualquier servidor salvaje que pudiera estar vagando por este desierto. Observando sus inútiles implantes, Quinux sintió una cierta simpatía por los pobres y desdichados servidores, pero no la suficiente para no atravesarles el cerebro de un disparo si trataban de interponerse entre él y su descubrimiento.

A continuación levantó su mochila y pasó los brazos por las cinchas antes de ajustarse la capucha del respirador lo más fuerte que pudo alrededor de la cabeza. Quinux abrió entonces la cabina a los elementos, estremeciéndose ante la fuerza de la

tormenta, que atravesó su ropa y amenazó con cerrarle la puerta en las narices.

«Estoy demasiado viejo para este trabajo», pensó mientras descendía por la escala y pisaba la arena. Siguió los estridentes pitidos de su auspex hacia un gran campo de dunas que había delante de él tratando de discernir qué era lo que detectaba. No podía ver nada de valor, pero a medida que se acercaba, observó que la duna más cercana era considerablemente más alta y regular en su forma que las demás.

Quinux consultó el auspex y estuvo bastante seguro que fuera lo que fuese que había detectado se encontraba bajo la duna. Tal vez era una aeronave accidentada, o una cisterna de mineral que había volcado en la zanja y posteriormente la arena había cubierto antes de que sus ocupantes pudieran enviar una señal de socorro.

Fuera lo que fuese, significaba el final de una mala racha para Quinux Fortran.

Guardó el auspex en un bolsillo con cremallera de su ropa y se colgó la carabina al acercarse a la duna. Cayó de cuatro patas cuando la arena se deslizó bajo sus pies. Escalar la duna fue una tarea ardua que lo hizo sudar copiosamente bajo el calor seco.

Quinux alcanzó la parte superior de la duna y empezó a cavar en la arena con una pala plegable que llevaba en la mochila. Con movimientos rápidos y precisos, ensanchó y profundizó el agujero. Deteniéndose únicamente para tomar regulares tragos de agua salobre de su cantimplora, Quinux gradualmente limpió la parte superior de la duna. El viento trataba de impedir su trabajo, trayendo nueva arena y cenizas para llenar el agujero, pero tras una hora de esfuerzo, la pala golpeó metal y él lanzó un gruñido de placer.

—Bien, veamos qué tenemos aquí —dijo, dejando a un lado la pala y pasando sus manos enguantadas por encima del hallazgo.

Sin duda era metal, limpio y no afectado por la corrosión o el óxido. La pátina superficial estaba ennegrecida, como si hubiera resultado quemada por un intenso calor, pero en cuanto rascó la superficie con la pala, pudo comprobar que el daño era meramente superficial.

Apartó más arena, aventurando que el cuerpo principal de lo que fuera que seguía enterrado tendría una forma aproximadamente esférica, a juzgar por la curva del metal expuesto. Unas cuantas paladas más tarde, Quinux frunció el ceño al ver emerger la silueta de lo que parecía algún tipo de robot de batalla.

Tres nodos de metal lo miraban, como módulos sensores, pero sin vida.

—En nombre del Omnissiah, ¿qué demonios estás haciendo tú aquí?

El auspex sonó. Fuerte. Una señal muy fuerte.

Extrañado, Quinux sacó el aparato del bolsillo y miró a su alrededor en busca de la fuente.

Podía oír el rugido de los motores por encima del aullido del viento, pero no podía ubicar la fuente. Rápidamente preparó la carabina, dispuesto a defender su hallazgo, pero no había nada que ver.

Un duro rayo de luz lo alcanzó desde el cielo por encima de donde se encontraba, y Quinux se protegió los ojos mientras el rugido del motor aumentaba de volumen. Los poderosos retrocohetes de un artefacto volador levantaron una tormenta de humo y polvo.

No podía ver nada entre la tormenta de cenizas, pero sostuvo con fuerza el arma contra su hombro. El sonido de los motores cambió de un aullido a un gemido a medida que la nave descendía, e instantes después la luz del reflector se vio sustituida por el difuso brillo de las luces de aterrizaje.

Cuando el polvo se asentó, Quinux miró hacia arriba y vio un grupo de gente avanzando hacia él desde la bodega de la pesada nave de carga, una aeronave capaz de transportar grandes piezas de maquinaria en su bodega.

El polvo emborronaba la silueta de los recién llegados, pero fuesen quienes fueran, no iban a llevarse ni un fragmento de ese tesoro.

—¡Esto de aquí es mío! —gritó, señalando con el cañón del arma hacia la duna—. Lo he encontrado y no vais a quitármelo. Tengo derechos de salvamento.

Las figuras quedaron a la vista y el corazón de Quinux se desesperó al ver la hueste de skitarii acorazados y de aspecto brutal encabezados por un adepto del Mechanicum. El adepto estaba cubierto con pesados ropajes rojos y potenciado con multitud de brillantes implantes verdes sobre manipuladores serpentiformes. Llevaba una máscara de hierro provista de brillantes ojos rojos y un gigantesco aparato mecánico colgado de sus hombros.

—En realidad no los tienes —dijo el adepto, señalando con uno de sus verdosos brazos mecánicos a la máquina enterrada bajo la arena—. Esa máquina me pertenece.

—¿Y quién demonios sois?

—Soy el maestro adepto Lukas Chrom.

—Jamás he oído hablar de usted —contestó Quinux.

La luz al final del brazo mecánico de Chrom centelleó.

—Vamos. Estoy aquí para llevarte de vuelta al Mondus Gamma —dijo.

—No voy a ir a ninguna parte con usted —le espetó Quinux.

—No estaba hablando contigo —replicó Chrom—. Estaba hablando con la máquina Kaban.

La arena bajo los pies de Quinux tembló y éste miró hacia abajo alarmado mientras los módulos sensores que había descubierto se iluminaron con un resplandor amarillento. Una corriente de poder vibró por toda la máquina como si sus durmientes células de energía volvieran a activarse para devolverla a la vida.

Se tambaleó hacia delante y Quinux perdió el equilibrio, resbalando hasta la base de la duna de arena y dejando caer el arma. Llegó hasta el suelo y rodó sobre su espalda mientras la revivida máquina emergía de su escondite.

Tenía casi diez metros de altura, su forma era aproximadamente esférica, con dos brazos pesadamente armados en cada uno de los extremos. Debajo de unas hombreras elevadas para proteger sus sistemas sensores, diversos brazos metálicos se extendían desde su espalda, como unos mecadendritos tremendamente pesados equipados con una gran variedad de armas de aspecto letal.

La máquina permaneció inmóvil durante unos instantes antes de apuntar con sus armas hacia el transporte de Quinux.

—¡No! —gritó Quinux, poniéndose en pie y trastabillando en dirección al adepto. Su grito de protesta fue ahogado por una explosión de disparos y cegadores rayos de luz procedentes de las armas de la máquina Kaban.

El vehículo de Quinux explotó en medio de una oleosa bola de fuego anaranjado, lanzándolo por el suelo con la fuerza de la explosión. Respiró penosamente el acre aire cargado de toxinas y se dio cuenta de que la explosión le había arrancado el respirador de la cara.

Intentó colocarse la capucha del respirador, pero no pudo encontrarla, y sintió como los venenos atmosféricos le devoraban la sangre a través de los conductos respiratorios de sus pulmones con cada bocanada. Rodó hacia un lado, tosiendo pesadas expectoraciones de flema mucosa mientras sentía un pesado retumbar a través del suelo.

La máquina se estaba moviendo y desplazó más arena. Quinux vio que su cuerpo estaba montado en una unidad tractora de anchas orugas que resbalaron en la arena antes de lograr suficiente tracción para avanzar.

Quinux escarbó lastimosamente en el suelo de cenizas intentando incorporarse mientras la máquina se dirigía hacia él.

—¡Por favor, no! —gritó con las palabras burbujeando con la sangre que le

manaba por la boca.

Con los módulos sensores brillando con una fría determinación mecánica, la máquina Kaban hizo caso omiso de sus súplicas y aplastó a Quinux sobre el suelo marciano.

Bajo el elevado pico de Mons Olympus, el fabricante general observó como un desfile de potenciados servidores de batalla pretorianos marchaban desde el laberinto de Moravec. Se desplazaban utilizando diversos medios de locomoción; algunos sobre orugas, otros sobre piernas mecánicas, otros sobre gruesas ruedas de caucho, mientras que otros conservaban sus piernas humanas.

Llenaban los grandes hangares de motores bajo la montaña, miles de recién modificados guerreros listos para luchar para Horus Lupercal. El poder descubierto en el interior de las Criptas de Moravec no podía compararse a nada que Kelbor-Hal hubiera conocido jamás. Su alegre tumulto saturaba sus fluidos con un vigor y un entendimiento muy superior al de los seres compuestos únicamente de carne.

Kelbor-Hal sintió una corriente de puro y descontrolado poder agresivo a través de sus crepitantes campos de energía mientras observaba el ejército reunido. Ese era un momento histórico, aunque sólo él y Regulus estuvieran allí para ser testigos de ello.

Eso pronto iba a cambiar, cuando las temibles máquinas de guerra del Mechanicum fueran liberadas, las armas del Mechanicum Oscuro.

Los servidores armados eran gigantescos, musculosos y cubiertos de blindaje ennegrecido como carne quemada, sus columnas estaban encorvadas y cubiertas de pinchos. Los que no tenían boca farfullaban códigos corruptos a través de sus emisores integrados, un glorioso himno para el más reciente poder de Marte. Otros, con trabajadas máscaras faciales de bronce, pronunciaban palabras sin sentido con sus ensangrentados labios, que se deformaban y sonreían con brutal impaciencia.

Junto a Kelbor-Hal, Regulus observaba la procesión con regocijo. Su campo eléctrico se deformaba y retorció de placer cuando cada nuevo servidor transformado emergía para ocupar su posición en el gran hangar.

—Son magníficos, fabricante general —dijo Regulus con admiración—. El poder de la disformidad y el poder del Mechanicum combinados en una gloriosa fusión.

Kelbor-Hal aceptó el cumplido, sabiendo que Lukas Chrom había realizado el grueso del trabajo, pero reacio a admitirlo. Él simplemente había combinado los avances de Chrom en inteligencia artificial con el poder contenido en las Criptas de

Moravec para producir algo portentoso.

—Estos servidores no son más que el principio —dijo Kelbor-Hal—. A continuación empezaremos a trabajar en los skitarii. El código corrupto se ha abierto paso a través de toda la red de Mons Olympus y ya está propagándose más allá de Tharsis.

Prácticamente todos los puertos y puntos de conectividad de Marte estaban conectados en algún lugar, y el glorioso código de la disformidad estaba propagándose por cada conducto, cable, fibra óptica, conexión inalámbrica e implante táctil. Pronto alcanzaría a todas las forjas y adeptos, y aquellos afectados por su poder transformador volverían a nacer.

—Puedo sentir forjas tan alejadas como Sinus Sabaeus que ya están marcando elementos del código transformado —confirmó Regulus—. Pronto los protocolos aegis de las otras forjas se romperán para permitir al código corrupto penetrar en sus sistemas interiores.

—Y entonces serán nuestros —siseó Kelbor-Hal.

—Habrá resistencia —replicó Regulus—. No todas las forjas son tan vulnerables al código corrupto. Las conexiones de Ciudad Magma han demostrado ser resistentes, al igual que las de Ipluvien Maximal y del fabricante locum Kane.

Kelbor-Hal asintió.

—Eso era de esperar. La adepta Zeth es pionera en las recién desarrolladas formas de transferencia de datos noosféricas. Su forja y las de sus aliados han sido modificadas para ser utilizadas por encima de las formas más tradicionales de comunicación.

—¿Noosféricas? No estoy familiarizado con el término.

—No importa —dijo Kelbor-Hal—. Pronto se unirán a nosotros. He enviado al embajador Melgator a Ciudad Magma para secuestrar sus datos y determinar sus lealtades.

—Ya conocemos sus lealtades, fabricante general. Es una enemiga del señor de la guerra.

Teniendo en cuenta lo sucedido tras la apertura de las Criptas de Moravec, no le faltaba lógica al razonamiento de Regulus.

Cuando el cielo sobre Mons Olympus había ardido y se había partido ante el sangriento amanecer de su nuevo poder, unas terribles ondas atmosféricas habían transportado los ecos de su aullido desde la Gran Montaña hasta todos los rincones de



Marte.

Todos los rincones excepto uno.

Mientras los furiosos cielos marcianos se oscurecían, un brillante rayo de energía psíquica había atravesado los cielos por encima de Ciudad Magma de Koriel Zeth y casi ahogado el aullido del nacimiento del poder emergente con su luz y violencia.

Kelbor-Hal no acababa de entender lo que había visto ese día, pero Regulus había observado el acontecimiento, mostrando con las descargas de su campo magnético su miedo y hostilidad más puros.

—¿Qué ha sido eso? —le había preguntado—. ¿Un accidente? ¿Un arma?

—La revelación de un enemigo —fue todo lo que Regulus le había respondido.



## CAPÍTULO 2

Estaba atrapada en la oscuridad. Trató de despertarse, pero no había más que una total e impenetrable oscuridad en todas direcciones. En realidad, ni tan sólo podía pensar en términos de dirección, pues ese espacio parecía ser adimensional. No tenía ninguna sensación de arriba o abajo, y ninguna noción del paso del tiempo. ¿Hacía mucho que estaba allí? No podía recordar prácticamente nada.

Sus recuerdos eran confusos. Anteriormente había vagado libre, eso lo recordaba, alimentándose, creando y destruyendo estrellas sin preocuparse por nada, pero ahora...

Ahora tan sólo había la eterna oscuridad de la muerte.

No, de la muerte no, pero ¿estaba dormida? ¿O estaba aprisionada?

No lo sabía.

Todo lo que sabía era que si eso no era la muerte, bien podía serlo por la energía que le quedaba.

¿Todo eso eran recuerdos, o alucinaciones?

Se reconocía a sí misma como femenina, pero ni siquiera eso significaba algo. ¿Qué importaba el sexo para un ser de pura energía y materia?

Su mente vagó por la oscuridad, pero si estaba aventurándose por las vastas distancias galácticas o atravesaba tan sólo unos pocos milímetros, no podría decirlo. ¿Viajaba durante un mero instante, o durante toda la vida del universo?

Muchas de las dimensiones en que estaba pensando no tenían significado alguno para ella, pero tenía la impresión de que todas ellas eran igual de ridículas en esa oscuridad. Allí nada existía, nada excepto la oscuridad.

Nada.

Excepto que eso no había sido siempre cierto, ¿o sí?

A veces había luz, unas pequeñas chispas en la oscuridad que desaparecían tan pronto como las veía. Unos agujeros de luz aparecían a veces en la oscuridad gracias a los cuales podían dibujarse elementos de su ser, átomos de existencia procedentes de una vida del tamaño de una estrella, inadvertidos excepto por la promesa de un mundo más allá de la oscuridad que atraían.

Trató de concentrarse en una de esas luces, pero en cuanto registraba su presencia, ésta había desaparecido, alimentándola tan sólo la tentadora esperanza de que volviera a aparecer. Eso no era vivir, era pura existencia mantenida al límite de la extinción por los olvidados mecanismos de la Vieja Ciencia.

Dalia.

El sonido volvió a oírse. No era más que un susurro, apenas audible y posiblemente sólo imaginado.

Dalia.

La palabra empezó a cobrar sentido, y ella empezó a construir el sentido de la escala y del lugar con los conceptos proporcionados por el peso de ese sonido. Y más y más de su entorno cobró forma, y empezó a restablecer su sentido del yo.

Dalia.

Ése era su nombre.

Ella era un ser humano..., no una criatura de escala inimaginable que desafiaba al tiempo y al universo material con su poder. De hecho, no estaba segura de si «criatura» era un término suficientemente grande para abarcar la inmensidad de su existencia.

Ella no existía en la oscuridad. Ella no era una prisionera sujeta con cadenas doradas y arrojada a las profundidades del mundo sin luz por un carcelero acorazado.

Ella era Dalia Cythera.

Y con ese pensamiento, despertó.

La información atravesaba Marte mediante multitud de sistemas, recorriendo los trillones de kilómetros de cableado, atravesando la fibra óptica, burbujeando a través de las neblinas de los campos eléctricos, redes sin cables y conductos hololíticos. La forma exacta de los antiguos mecanismos con que se comunicaban las forjas se desconocían, y ni siquiera los magi que los utilizaban los comprendían

completamente.

Casi toda la miríada de sistemas de transferir información, sin embargo, era vulnerable a la corrupta influencia del código viral procedente de las profundidades de Mons Olympus en lo más profundo de la noche marciana.

Se propagó cada vez más lejos, como un ave de rapiña al acecho atraída por el rastro y el flujo de la información. Todo lo que tocaba lo corrompía, deformando códigos elegantemente escritos hasta convertirlos en algo vil y retorcido. El maravilloso parpadeo, el cántico parloteante del lenguaje máquina puro, el gorgoteo de datos líquidos y la brillante luz rica en información se convirtieron en el odioso aullido del nacimiento de algo deforme y maligno.

A la velocidad del pensamiento, se propagó por la superficie del planeta, deslizándose como un asesino en las redes de las forjas marcianas, causando daños incalculables. Las barreras aegis trataron de resistir, pero fueron superadas en pocos instantes por su ferocidad y su diabólica invención.

Unos pocos, muy pocos, maestros de forja fueron suficientemente rápidos para aislarse de las redes al detectar el peligro, pero estaban tan profundamente ligados a los sistemas de intercambio de información que fue imposible que evitaran totalmente su exposición.

Replicándose a sí mismo a una velocidad vertiginosa, el código viral encontró los puntos débiles de cada forja y provocó desastrosos fallos de los sistemas en todas partes.

En Sinus Sabaeus se detuvieron las líneas de montaje del tamaño de continentes de los carros de combate Leman Russ, y máquinas que habían operado sin ninguna interrupción durante más de un siglo no volvieron a funcionar nunca más.

En los depósitos de municiones de Tycho Brahe, una serie de órdenes erróneas elevaron la temperatura de los tanques de promethium hasta que una explosión catastrófica destruyó los niveles inferiores. Las llamas líquidas abrieron un cráter, causando una devastadora deflagración que engulló todas las instalaciones e hizo detonar billones de toneladas de munición y destruyó los dominios del alto adepto Jaigo.

El gran repositorio Schiaparelli, en Acidalia Pianitia, una gigantesca pirámide con datos procedentes de los primeros tiempos en que la humanidad empezó a dominar la ciencia y en la que se había depositado la sabiduría de todos los tiempos, se vio afectado por el código viral, y doce mil años de conocimientos fueron convertidos en

un aullante sinsentido.

Las alarmas de aviso y de cambio de turno sonaban constantemente a medida que el código viral impartía órdenes y contraórdenes en cuestión de instantes. Las forjas de Marte aullaban ante la violación cometida sobre su maravillosa maquinaria. Las máquinas chirriaban y gemían cuando corrientes aleatorias recoman sus circuitos, destruyendo sistemas y friendo delicados mecanismos que jamás podrían ser reparados.

Casi ningún rincón de Marte se mantuvo a salvo del código viral, que creció en velocidad y ambición a medida que abarcaba todo el globo en una siempre creciente telaraña de malicia.

Las refinerías químicas de Vastian Borealis abrieron sus válvulas de presión e inundaron las colmenas de trabajadores del lago polar septentrional con una mezcla de metilisocianato, fosgeno y cloruro de hidrógeno. La letal neblina lentamente cubrió las colmenas matando a todos los seres vivos que encontraba a su paso, de tal forma que, al alba, más de novecientas mil personas habían muerto.

Como si se deleitara en esta forma de asesinato, el código viral mató a continuación a los astrópatas de Medusa Fossae alterando la mezcla del aire de sus sistemas de soporte vital hasta darles a respirar únicamente gas cianhídrico. En pocos minutos, más de seis mil astrópatas habían muerto, y tras un simple estertor de muerte que fue percibido en las cámaras del Emperador bajo la superficie de Terra, Marte quedó totalmente en silencio.

Ipluvien Maximal fue uno de los pocos afortunados capaces de cortar sus conexiones con las redes de comunicación antes de sufrir demasiados daños, aunque tres de sus reactores de fusión junto a Ulysses Fossar sufrieron daños críticos, causando con su detonación una nube nuclear que se dirigió hacia el este y el norte, irradiando para siempre miles de kilómetros cuadrados de suelo marciano.

Lo mismo sucedió por toda la superficie del planeta rojo: máquinas que se rebelaban cuando sus sistemas internos se sobrecargaban con órdenes contradictorias. La cifra de muertos creció hasta millones en pocos minutos a medida que las forjas explotaban, los productos químicos tóxicos fluían por las factorías y las gigantescas fábricas y almacenes de materiales explosivos se evaporaban en devastadoras explosiones en cadena.

En los años venideros, esa noche sería conocida como la Muerte de la Inocencia.

Únicamente la forja de la adepta Koriel Zeth quedó indemne, pues los torrentes de

código viral no quisieron o no pudieron atravesar los brillantes cables dorados que habían transportado recientemente la luz del Emperador. Como limaduras de hierro cargadas positivamente flotando alrededor de un imán de igual polaridad, el código viral evitó totalmente Ciudad Magma.

Fue el único rayo de esperanza en la, por lo demás, más negra noche.

Caxton y Zouche necesitaban un afeitado y Severine tenía el aspecto de no haber dormido en días. Incluso Mellicin, la lógica e imperturbable Mellicin, parecía abatida tras la desastrosa prueba del lector akashico. Estaban sentados alrededor de la cama de Dalia en el ala médica de Ciudad Magma, alborotando por encima de ella mientras los servidores médicos le extraían sangre y monitorizaban sus constantes vitales.

La sala olía a antiséptico, a jabón y a los polvos que a la adepta Zeth le gustaba tanto utilizar en su armadura.

—Nos has dado un buen susto, jovencita —le había dicho Zouche al entrar en la sala y ver que Dalia estaba despierta. Dalia se había conmovido por la genuina emoción que vio en la áspera cara del ingeniero.

—Lo siento —repuso ella—. No era mi intención.

—«No era mi intención», dice ella —intervino Caxton con una risa forzada, aunque Dalia podía ver las pequeñas sombras bajo los ojos del joven, las hinchazones causadas por las lágrimas vertidas—. Abre una puerta a una sala inundada de energía psíquica y dice que no era su intención.

—Bueno, no lo era —afirmó Dalia, consciente de lo ridículo que sonaba—. Simplemente no podía dejar a Jonas allí dentro.

Ninguno de ellos quiso sostenerle la mirada y todos tuvieron un instante de pena compartida por el muerto.

Severine se había tomado especialmente mal la muerte de Jonas, y Dalia le tomó la mano. La severidad que inicialmente había visto en su cara se había disuelto en las últimas semanas, y el corazón de Dalia se dolió al ver la tristeza en los ojos de sus amigos.

En la cámara no se había encontrado rastro alguno de Jonas, ni un solo átomo de su cuerpo para demostrar que había existido alguna vez. Igualmente, ninguno de los psíquicos enterrados en la bóveda de las arcas había sobrevivido a las titánicas energías del Astronomicón, y sus cuerpos habían quedado desecados, atrofiados y contraídos en forma fetal.

En total, el número de muertos fue de dos mil treinta y siete, y ese número era como una cadena de adamantium de profunda pena que colgaba del cuello de todos ellos. Todavía no conocían la noche de devastación que había tenido lugar tan recientemente y lo insignificante que era su pérdida comparada con la sufrida por el resto de Marte.

A Dalia le habían contado que había estado languideciendo al límite de un coma irreversible durante más de siete días, vigilada por Caxton y una multitud de biomonitores y pictocámaras conectadas a la estación médica.

Supo que Caxton se había negado a abandonar el lado de su cama pese a las reiteradas promesas de los demás de que se turnarían para vigilarla. Habían transcurrido cinco horas desde que Dalia había despertado, aunque la mayor parte de ese tiempo lo había pasado siendo interrogada por la adepta Zeth. Sus amigos acababan de recibir permiso para verla.

—¿Qué ha dicho la adepta Zeth acerca de lo ocurrido? —le preguntó Severine tras haber intercambiado abrazos y llorado juntas—. Debe de estar descorazonada porque la máquina no ha funcionado.

—¿No lo hizo? —se preguntó Zouche, entrecerrando lo ojos—. Se sobrecargó, pero la máquina funcionó como debía hacerlo, simplemente no lo hizo durante demasiado tiempo.

—¿Qué te ha preguntado la adepta Zeth, Dalia? —quiso saber Mellicin, dirigiéndose al meollo de la cuestión.

Dalia vio sus inquisitivas miradas, sabiendo que ellos también sentían curiosidad acerca de lo que había sucedido en el interior de la cámara del lector akashico.

—Quería saber todo lo que sucedió en la cámara y todo lo que Jonas Milus me dijo.

—¿Qué te dijo? —quiso saber Caxton.

Ella estrujó la mano de Caxton y miró hacia la pictocámara de la esquina superior de la sala.

—Sólo murio —afirmó Dalia—. No dijo nada en absoluto.

El medicae consideró que Dalia estaba en condiciones de reanudar sus actividades por la mañana, y las siguientes seis rotaciones las pasó en las forjas internas de Zeth reconstruyendo el lector akashico, reemplazando los componentes que se habían quemado y recalibrando los que habían sobrevivido.

Zeth y Dalia habían realizado diversas suposiciones y ahora estaban pagando por ellas. Dalia debería haber pedido clarificaciones sobre los datos de Zeth, pero se había concentrado tanto en los detalles del proyecto que no se le había ocurrido ni por un momento dudar de los números de la adepta.

Eso no volvería a suceder. Realizó rigurosos controles por duplicado y todos los servidores fueron repasados por un adepto vivo y que respiraba.

El cableado argénteo del suelo se había fundido con el desastre y secciones enteras tuvieron que ser arrancadas y reemplazadas por losas que contenían cables de calibre superior. Cada aspecto de los componentes de la máquina fue examinado y reevaluado para determinar si había alguna forma de aumentar su funcionalidad y asegurarse de que no volvía a fallar.

Docenas de adeptos y servidores trabajaban en la cúpula junto a Dalia y a sus amigos, aunque ya no existía el compartido sentido de asombro que los había impregnado anteriormente durante sus trabajos en el lector akashico. Tan sólo los repiqueteantes taladros de los servidores al levantar las losas del suelo rompían el silencio de la cúpula.

Las arcas de la cámara estaban vacías, y por enervante que hubiera sido trabajar bajo la mirada sin vista de los psíquicos, todo el mundo sentía profundamente su ausencia. Las vacías literas eran un nefasto recordatorio de las muertes causadas por la máquina en la que estaban trabajando, y los operarios allí reunidos mantenían sus cabezas fijadas en lo que estuvieran haciendo en cada momento.

Zeth habló poco con Dalia; la adepta se vio obligada a pasar la mayor parte del tiempo encargándose de los problemas del fracasado experimento. Había dejado a su aprendiz, un magos llamado Polk, al cargo, y bajo su supervisión y la de Rho-Mu 31 el trabajo prosiguió como hasta ese momento.

Dalia le había preguntado una vez a Rho-Mu 31 el motivo por el que la adepta Zeth estaba ausente de la cúpula.

—Tiene asuntos importantes que atender —fue todo lo que respondió el encapuchado protector.

Dalia había pensado que el principal proyecto de Zeth era el lector akashico, pero sin duda se habían producido consecuencias que ni siquiera un adepto de la posición de Zeth podía ignorar. En las pocas ocasiones en que Dalia y Zeth habían intercambiado algunas palabras, simplemente se reafirmó en que Jonas Milus no había hablado con ella.



Zeth había asentido en fatigada aceptación, pero Dalia podía leer la incredulidad de la adepta en su aura noosférica. Tan claramente como un velado miedo que le decía a Dalia que se habían producido acontecimientos mucho más terribles que un experimento fallido.

No estaba muy segura de por qué no quería compartir las palabras del émpata con Zeth, pero la parte intuitiva de su mente, la parte que la había conducido a diseñar el lector akashico, le decía que informar a la adepta de lo que sabía, que de todas formas no era mucho, podía muy bien ser peligroso.

*El conocimiento es poder protégelo bien.* ¿No era ése uno de los aforismos del Mechanicum?

Dalia pretendía guardar este conocimiento muy bien, y sólo había unas pocas personas con las que se atrevería a compartirlo.

Y la adepta Zeth no era una de ellas.

Los trabajos en el reconstruido lector akashico prácticamente estaban completados, las tolerancias y la capacidad de los receptores se habían alterado para permitir el aumento de energía que se esperaba fluyera por el aparato en su siguiente activación.

Debían pasar muchos meses antes que Marte y Terra volvieran a estar alineados, pero durante las siguientes rotaciones el poder del Astronomicón seguiría siendo una gran fuente de energía psíquica utilizable.

Se había ido instalando a los nuevos psíquicos en las arcas, aunque no había ni rastro de otro émpata para sentarse en el trono del estrado, un hecho por el que Dalia estaba patéticamente agradecida.

Mientras la actividad en la cúpula se acercaba a su fin, Dalia se aproximó a la mesa en que Zouche y Caxton trabajaban en las conexiones de casco. Zouche estaba conectado al torno con unas dendritas que surgían de sus muñecas, y el silbido del torno láser cortando acero de primera calidad era como el aullido de un espectro.

Dalia dio un respingo cuando el sonido mordió en la parte orgánica de su cerebro.

Caxton la vio acercarse y sonrió, levantando la mano a manera de saludo. Ella también sonrió y le devolvió el gesto mientras Zouche levantaba la mirada de su trabajo y desconectaba el torno.

—Dalia —la saludó Zouche mientras retiraba los mecadendritos de la mesa y se quitaba las gafas protectoras—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Estoy bien, Zouche —respondió ella dirigiendo la mirada hacia el estrado en el

que las figuras acorazadas de la adepta Zeth y de Rho-Mu 31 supervisaban el trabajo de Mellicin y Severine—. Por favor, ¿puedes conectar de nuevo el torno?

—¿Conectarlo? —preguntó Zouche, mirando hacia Caxton—. ¿Por qué?

—Por favor, sólo hazlo.

—¿Qué sucede, Dalia? —inquirió Caxton—. ¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien —replicó Dalia—. Por favor, vuelve a conectar el torno. He de hablar con vosotros, pero no quiero que nadie más me oiga.

Zouche se encogió de hombros y se reconectó a la mesa para activar el láser. Una vez más, el silbido del metal cortado saturó el aire mientras la placa manipuladora hacía girar el acero alrededor del torno. Tanto Zouche como Caxton se inclinaron hacia ella cuando Dalia habló.

—El amortiguador que utilizamos en el lector, el elemento que bloquea las interferencias exteriores para que no interfieran en el casco interfásico del émpata, ¿podríais hacer una versión portátil?

Zouche frunció el ceño.

—¿Una versión portátil? ¿Por qué?

—Para bloquear los ladrones de voz y distorsionar los alimentadores de imágenes —dijo Caxton, adivinando las intenciones de Dalia.

—Sí —asintió ella—. Exactamente.

—No estoy seguro de que me guste esto —rezongó Zouche—. No me gusta el concepto de secreto. De ello no puede salir nada bueno.

—Oye, ¿puedes hacerlo o no? —le soltó Dalia.

—Claro que podemos —respondió Caxton con su joven cara iluminada ante la perspectiva de una travesura—. Es muy sencillo, ¿verdad, Zouche?

—Sí, es sencillo, pero ¿por qué quieres un aparato así? —insistió Zouche—. ¿Qué es tan secreto que necesitas evitar que alguien te escuche?

—He de hablar con vosotros, y también con Mellicin y Severine, y he de estar segura de que no hay nadie más escuchando.

—¿Hablar con nosotros de qué?

—De lo que Jonas Milus me dijo.

—Creía que habías dicho que él no dijo nada —indicó Caxton.

—Mentí —dijo Dalia.

Se encontraron al final de su turno en el refectorio, un espacio Heno de ecos con

servidores reponedores, sirvientes y adeptos hambrientos. La sala estaba abarrotada de rumores. Las pocas redes de información que todavía funcionaban burbujeaban fragmentos de conversaciones asustadas sobre accidentes catastróficos e incidentes antinaturales por todo Marte.

Reuniéndose como conspiradores, se sentaron tan lejos de oídos indiscretos como les fue posible, pero con cada grupo murmurando sobre sus propias teorías sobre lo que estaba sucediendo más allá de los muros de la forja de la adepta Zeth, nadie les prestaba la más mínima atención.

En cuanto se acomodaron alrededor de la mesa más pequeña capaz de albergarlos a todos, Dalia echó una larga y dura mirada a sus amigos, juzgando cómo reaccionarían ante lo que estaba a punto de decirles.

Caxton parecía estar divirtiéndose mucho, mientras que Zouche parecía nervioso a causa de su conspirativa reunión. El gesto de Mellicin revelaba su incomodidad, y Severine seguía tan poco expresiva y pálida como había estado desde la muerte de Jonas Milus.

—Zouche —dijo Dalia—, ¿lo has traído?

—Sí, mujer, lo he hecho —asintió Zouche—. Está activado. Nadie va a poder escuchar lo que estamos diciendo.

—¿De qué va todo esto, Dalia? —preguntó Mellicin—. ¿Por qué tenemos que reunimos de esta forma?

—Lo siento, pero no sé de qué otra forma hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó Zouche—. No veo la necesidad de ocultamos de esta forma sólo por comentar lo que ese maldito émpata te dijo.

La cabeza de Severine se levantó de golpe y sus ojos brillaron.

—¿Jonas te dijo algo?

Dalia asintió.

—Sí, lo hizo.

—¿Qué dijo?

—No mucho —admitió Dalia—. Y lo que dijo en ese momento no tenía mucho sentido.

—¿Y ahora? —inquirió Mellicin. La tenue luz del refectorio se reflejaba en su media máscara facial metálica—. Tus palabras implican que ahora tiene mucho más sentido.

—Bueno, más o menos. No estoy segura, pero es probable.

—Sé un poco más precisa, Dalia —dijo Mellicin—. Recuerda que la claridad es primordial en todas las cosas. En primer lugar, dinos lo que te dijo el émpata.

—Su nombre era Jonas —le espetó Severine—. Tenía un nombre. Recordad todos que tenía un nombre, y que era Jonas.

—Lo sé perfectamente —replicó Mellicin y, sin detenerse, insistió—. Dalia, por favor.

Sintiendo los ojos de todos clavados en ella, Dalia enrojeció y tomó una larga bocanada de aire antes de hablar. Las palabras acudieron con facilidad a su mente, cada una de ellas grabada a fuego en su cerebro como el ácido graba el cristal.

—Dijo: «¡Lo he visto! El conocimiento total». Y aunque él estaba justo delante de mí, me sonó a que estaba hablando para alguien realmente muy lejos de allí, como en el otro lado de Marte o en algún punto a gran profundidad.

—¿Eso es todo? —exclamó Severine, mostrando claramente su desilusión en su angulosa cara.

—No —respondió Dalia—. Le dije que sentía lo que le estaba sucediendo y él dijo que no quería mi piedad. Dijo que había visto la verdad y que era Libre.

—¿Libre de qué? —preguntó Zouche.

—No lo sé —replicó Dalia—. Dijo: «He visto la verdad y soy libre. Lo sé todo. Cómo el Emperador mató al Dragón de Marte... La gran mentira del planeta rojo y la verdad que sacudirá la galaxia... Todo olvidado por la humanidad en la oscuridad del laberinto de la noche». Fue horrible, la boca le ardía llena de fuego y su voz se desvanecía un poco más con cada palabra que pronunciaba.

—¿El laberinto de la noche? —inquirió Caxton—. ¿Estás segura que eso fue lo que dijo?

—Sí, totalmente —respondió Dalia—. El laberinto de la noche.

—El Noctis Labyrinthus —dijo Mellicin, y Caxton asintió.

Dalia los miró a ambos.

—Noctis Labyrinthus... ¿Qué es eso?

—El Laberinto de la Noche, eso significa Noctis Labyrinthus —replicó Caxton.

—¿Qué tipo de lugar es ése? —quiso saber Dalia, eufórica por haber encontrado algún significado a palabras que anteriormente no lo tenían en absoluto—. ¿Es una montaña, un cráter? ¿Qué es?

Mellicin negó con la cabeza. Una membrana parpadeó nerviosamente por encima de su ojo potenciado mientras trataba de desenterrar cierta información de entre las

espirales de su memoria.

—Nada de eso. El Noctis Labyrinthus es una región desolada situada entre las tierras altas de Tharsis y el valle Marineris —dijo Mellicin, hablando con el tono de alguien que está recuperando datos de un banco de memoria interna—. Destaca por su laberíntico sistema de profundos valles de paredes escarpadas, que se cree que se formó por movimientos tectónicos en eras pretéritas. Además, muchos de los cañones presentan los rasgos propios de ello, con la superficie plana superior claramente preservada en el suelo de los valles.

Dalia frunció el ceño, preguntándose qué tenía que ver esa desolada región de Marte con lo que Jonas había dicho.

—¿Está vacía?

—Más o menos —dijo Caxton—. El adepto Lukas Chrom tiene su Mondus Gamma al sur de la región, pero aparte de él, nosotros somos la forja más cercana.

—Entonces, ¿nadie vive allí?

—Es una región de Marte en la que nadie tiene un interés real —afirmó Mellicin—. Me han dicho que una cierta cantidad de adeptos trataron de fundar sus forjas allí, pero ninguna duró demasiado.

—¿Por qué no?

—No lo sé, simplemente no duraron. Supuestamente las forjas se vieron aquejadas por todo tipo de problemas técnicos. Los adeptos afirman que la región era hostil para los espíritus-máquina, y abandonaron sus talleres para establecerse en otros lugares.

—¿Así que nadie sabe lo que hay allí? —musitó Dalia—. Fuera lo que fuese sobre lo que Jonas estaba hablando, se encuentra en algún lugar del Noctis Labyrinthus. Tiene que ser así. La gran mentira y la gran verdad.

—Es posible —admitió Mellicin—. Pero ¿de qué crees que estaba hablando? Tienes la más mínima idea de qué es ese... dragón que se supone mató el Emperador.

Dalia se acercó más a ellos.

—No estoy segura de qué es, pero he estado trabajando en lo que recuerdo de los textos que transcribí en Terra y he descubierto algunas cosas al respecto.

—¿Cómo qué? —preguntó Severine.

—Bien. Jonas dijo que el Emperador mató al Dragón de Marte, así que en primer lugar estudié cualquier referencia a dragones.

—¿Estudiaste qué?

—Ya sabes, mi memoria —respondió Dalia—. Te lo he dicho, cuando leo algo no puedo olvidarlo.

Mellicin sonrió.

—Ese es un talento muy útil, Dalia. Continúa.

—Bien, veamos. Todos conocemos a los dragones míticos, ¿verdad?

—Evidentemente —respondió Zouche—. Son historias para niños.

Dalia negó con la cabeza.

—Tal vez, pero creo que detrás de las palabras de Jonas hay algo más. Al menos en parte de lo que dijo. Quiero decir que sí, que encontré una gran cantidad de historias acerca de caballeros heroicos de brillante armadura matando dragones y rescatando doncellas para obtener su mano en matrimonio.

—Típico —dijo Severine—. Jamás leerás que una doncella rescata a un hombre de un dragón.

—Supongo que no —asintió Dalia—. Imagino que no sería correcto en los tiempos en que se escribieron esas historias.

—Sigue adelante, Dalia —la apremió Mellicin—. ¿Qué más averiguaste?

—No hay demasiado que pueda considerarse un hecho, pero recuerdo diversos tratados que afirmaban ser obras históricas, pero que creo que probablemente no eran más que mitología, pues hablaban de monstruos como los dragones o los demonios, además de describir el auge de señores de la guerra y de tiranos.

—¿Recuerdas los nombres de esos libros? —preguntó Zouche.

Dalia asintió.

—Sí. Los principales eran *Las Crónicas de Ursh*, *Revelad Draconis* y el *Obyte Fortis*. Todos ellos hablaban de dragones, monstruos serpentiformes que vomitaban fuego y raptaban bellas doncellas para devorarlas.

—Conozco esas historias —dijo Caxton—. Las leía cuando era un crío. Algo sanguinarias, pero conmovedoras.

—Yo también las conozco —lo interrumpió Zouche—. Pero para mi gente eran mucho más que simples historias, Caxton. Los eruditos de Nusa Kambangan enseñaban que eran representaciones alegóricas de la llegada del Emperador, representaciones simbólicas de las fuerzas de la luz venciendo a la oscuridad.

—Eso es cierto —dijo Dalia excitadísima—. El matador representa algún tipo de figura divina todopoderosa y el dragón simboliza las peligrosas fuerzas del caos y el desorden. El héroe matadragones era un símbolo de mayor conocimiento e

individualización, un viaje hacia la madurez.

—¿No podrían ser simplemente historias? —intervino Caxton—. ¿Por qué todo tiene que significar siempre algo?

Dalia no le hizo caso y prosiguió.

—Lo que muchas de las historias tienen en común es que el dragón, aunque sale derrotado, no es destruido, sino subyugado en alguna forma a partir de la cual la divinidad y la vida inteligente pueden florecer en el mundo después de su derrota.

—¿Y eso qué significa? —preguntó esta vez Severine.

—Está bien, míralo de esta forma —propuso Dalia, utilizando las manos tanto como las palabras para comunicar sus cada vez más intensas pasiones—. En *Revelad Draconis*, el autor describe un dragón muerto por un dios del cielo con un arma de truenos para liberar las aguas que se precisaban para alimentar el mundo. Otra historia habla de una diosa serpiente asesina que guardaba unas tablillas misteriosas y cuyo cuerpo fue usado para crear los cielos y la tierra.

—Sí —asintió Caxton—. Eso es cierto. Y también hay una historia en *Las Crónicas de Ursh* sobre estas criaturas, los unkerhi creo que se llamaban, que fueron destruidos por el Guerrero del Trueno. Supuestamente sus restos se convirtieron en una cadena de montañas en algún lugar del continente meridional.

—Exactamente —afirmó Dalia—. Existe una nota a pie de página hacia el final de esas crónicas en la que el autor describe una raza de criaturas conocidas como fomorians que se decía que controlaban la fertilidad de la tierra.

—Déjame adivinar —dijo Zouche—. Fueron derrotados, pero no destruidos, pues su existencia era necesaria para el bien del mundo.

—Ahí has acertado de pleno —asintió Dalia.

—¿Y todo esto qué significa? —se enervó Severine—. Todo esto parece muy interesante, pero ¿por qué hablar sobre dragones requiere de un bloqueador de voz?

—¿No es evidente? —replicó Dalia antes de recordar que sus amigos no poseían sus facultades innatas para recuperar datos—. Es evidente que esas fuerzas derrotadas, esos dragones, todavía se consideraban valiosos, y de ello se deduce que los antiguos escritores comprendieron que el conflicto entre el dragón y el matadragones no era un conflicto genocida para uno de los dos, sino una lucha eterna. Por el bien del mundo, ambos bandos debían mostrar sus poderes y mantener el equilibrio. Incluso esos antiguos enemigos se necesitaban el uno al otro.

—Tu lógica supone que es en la lucha, no en la victoria, donde radican las

condiciones requeridas por el mundo —apuntó Mellicin.

Dalia le sonrió.

—Sí, es como el verano y el invierno —dijo—. Un verano eterno quemaría el mundo, pero un invierno eterno lo congelaría hasta morir. Es el hecho de que se alternen lo que permite que la vida crezca y prospere.

—Así pues, vuelvo a preguntar: ¿todo esto qué significa? —insistió Severine.

Dalia miró a las caras de sus amigos, no muy segura de cómo expresar la siguiente parte de su confesión. ¿Creerían en ella o pensarían que las llamas del Astronomicón la habían afectado? Tomó una profunda bocanada de aire y decidió que había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás.

—Cuando estaba en coma tras el accidente creo... creo que formé parte de algo, de alguien mucho más grande, de mayor entidad. Sentí como mi mente se separaba de mi cuerpo.

—Y libre de las alucinaciones corporales —apuntó Zouche—. Algo muy común al estar tan cerca de la muerte.

—No —replicó Dalia—. Fue mucho más que eso. No sé cómo explicarlo de otra forma, pero fue como si el lector akashico hubiera permitido a mi mente... conectarse con algo muy antiguo. Quiero decir, realmente antiguo, más antiguo que este planeta o que cualquier otra cosa que sea posible imaginar.

—¿Qué crees que era? —inquirió Mellicin.

—Creo que era el dragón del que hablaba Jonas.

—El dragón que él dijo que había matado el Emperador.

—Ese mismo —afirmó Dalia—. No creo que esté en absoluto muerto. Creo que eso era lo que Jonas trataba de decirme. El dragón de Marte sigue vivo bajo el Noctis Labyrinthus..., y necesito vuestra ayuda para encontrarlo.

Abrió los ojos y trató de gritar, sintiendo una vez más un pinchazo de dolor agónico en el pecho. Retorció las extremidades y golpeó con las palmas de las manos una superficie resbaladiza de cristal. Se movía pesadamente. Su mundo era una mancha rosa, y parpadeó en un esfuerzo por aclararse la visión. Levantó la mano para frotarse los ojos, y tuvo la sensación de estar moviéndose como si nadara a través de un líquido espeso y pegajoso.

Una forma flotaba en el límite de su visión, una forma humanoide, pero no pudo focalizar su mirada en ella.



Le dolía la cabeza y el cuerpo le parecía insufriblemente pesado a pesar de la aparente flotabilidad de los fluidos. Sentía un dolor ingrátido en cada centímetro del cuerpo, pero eso no era nada en comparación con el aplastante peso del pesar que oprimía su corazón.

Recordaba haber dormido, o al menos periodos de oscuridad en que el dolor disminuía, pero nada que realmente aliviara la tristeza abominable y difusa que sentía. Sabía que se había despertado anteriormente y había oído fragmentos de conversaciones distantes en las que se utilizaron palabras como «milagro», «muerte cerebral» e «infarto de miocardio». Fuera de contexto, esas palabras no significaban nada, pero él sabía que se aplicaban a su condición.

Parpadeó al oír nuevas palabras, y luchó para poder captar su significado.

Obligándose a concentrarse en la voz, nadó a través de la sustancia gelatinosa que era su mundo.

La forma habló de nuevo, o al menos él pensó que había oído su voz.

Las palabras sonaban dulces y vacías, como si las hubieran filtrado a través de un potenciador defectuoso.

Se impulsó hacia delante hasta que su cara quedó presionada sobre un panel de grueso cristal. Su visión se focalizó, y al otro lado del cristal vio una sala antiséptica con baldosas de cerámica pulida y camillas de metal. Unos aparatos de aspecto arácnido colgaban del techo, y diversos tanques de cristal llenos de líquido estaban fijados con anclajes de metal en el muro opuesto. De pie delante de él había una mujer joven vestida de azul y plata. Su forma oscilaba a través del líquido, pero le sonrió y esa visión fue patéticamente bienvenida.

—Princeps Cavalerio, ¿podéis oírme? —preguntó ella. Las palabras le llegaron con inusitada claridad.

El trató de responder, pero su boca estaba llena de líquido, y se formaban burbujas en sus labios al tratar de articular sonidos.

—¿Princeps?

—Sí —dijo él al recobrar finalmente la facultad del habla.

—Está despierto —anunció la joven.

Las palabras estaban dirigidas a un ocupante invisible de la sala. El percibió el alivio en la voz de la mujer y se preguntó por qué estaría tan complacida por haberlo oído hablar.

—¿Dónde estoy? —quiso saber el princeps.

—Estáis en las instalaciones médicas, princeps.

—¿Médicas? ¿Dónde?

—En Mons Ascraeus —dijo la mujer—. Estáis en casa.

Mons Ascraeus, la montaña fortaleza de la Legio Tempestus.

Sí, estaba en casa. Allí era donde había logrado formalmente su rango de princeps hacía casi dos siglos. Allí era donde había ascendido por primera vez en el gimiente ascensor hasta la cabina de...

El dolor le golpeó el pecho y jadeó, aspirando los fluidos oxigenados. Su mente consciente se rebelaba ante la idea de respirar un líquido, pero su cuerpo sabía que era lo que le convenía si quería sobrevivir a la experiencia, y gradualmente el pánico remitió, aunque no el dolor.

—¿Quién sois? —preguntó en cuanto se le normalizó la respiración.

—Mi nombre es Ágata. Voy a ser vuestra asistente.

—¿Asistente?

—Ayudante si lo preferís. Alguien que se encargue de vuestras necesidades.

—¿Para qué necesito una asistente? —exclamó—. ¡No estoy tullido!

—Con todo el respeto, princeps, acabáis de despertar de lo que sin duda ha sido una separación traumática. Necesitáis ayuda para reponeros. Yo estoy aquí para proporcionároslo.

—No lo entiendo —dijo Cavalerio—. ¿Cómo he llegado aquí?

Ágata dudó, claramente reticente a proporcionar una respuesta a su pregunta.

—Tal vez podamos discutir eso más adelante, princeps —le respondió finalmente—. Cuando hayáis tenido tiempo de acostumbraros a vuestro nuevo entorno.

—¡Respondedme, maldita sea! —gritó Cavalerio, golpeando el cristal con el puño.

Ágata miró hacia el ocupante invisible de la sala, pero su negativa a contestar sólo sirvió para enfurecer más a Cavalerio.

—No apartéis la vista de mí, muchacha —gruñó—. Soy el señor de la tormenta y debéis responderme.

—Muy bien, princeps —dijo Ágata—. ¿Qué es lo que recordáis?

Cavalerio frunció el entrecejo. Unas burbujas pasaron junto a su cara mientras trataba de recuperar su último recuerdo antes de despertarse.

*El gigantesco monstruo de la Legio Mortis está mirándolo desde arriba.*

*El furioso latido del corazón del Victorix Magna se quiebra ante la presión.*

*El grito de muerte del magos Argyre al perecer junto a él.*

*Un devorador abismo negro que lo sumía en la oscuridad total.*

Un ardiente y agónico dolor surgió en su pecho cuando el princeps Cavalerio revivió la muerte de su máquina, y derramó lágrimas invisibles en la suspensión manchada de sangre de su tanque amniótico.



## CAPÍTULO 3

Mondus Occulum era la joya de las forjas septentrionales, las más valoradas e industriales de las fábricas de armamento. Eran mayores incluso que las cadenas de montaje de Olympica Fossae, y únicamente las instalaciones de Lukas Chrom en Mondus Gamma rivalizaban con el trabajo de la poderosa forja del fabricante locum, pero ni siquiera esta gran forja podía igualar sus resultados.

Cubría cientos de miles de kilómetros cuadrados entre las montañas en forma de cúpula de Tharsis Tholus y Ceraunius Tholus. El complejo forja de Kane era un magnífico y monstruoso interior de fundiciones colmena, fábricas de armas y armaduras, refinerías, silos de minerales, hangares de construcción y conglomerados industriales.

Numerosas subcolmenas —Uranius, Rhabon y Labeads eran las más grandes— se elevaban por encima de las instalaciones fabriles, albergando en sus bloques habitacionales a los millones de adeptos, sirvientes, operarios y otra mano de obra que mantenía en funcionamiento las máquinas de la forja septentrional.

Como muchas de las forjas de Marte, la factoría de piel de hierro de Mondus Gamma estaba preparada para la guerra. La conquista de la galaxia exigía armas y munición en cantidades inimaginables en eras anteriores de la galaxia, y el martilleo de los pistones de hierro y el girar de las ruedas de cobre era incesante.

En la hundida caldera de Uranius Patera, las gigantescas torres Tsiolkovsky trasladaban miles de contenedores de carga desde los muelles de abastecimiento hacia las entrañas de los aceleradores de masas en órbita geosincrónica, listos para ser transportados a zonas de guerra repartidas por todo el Imperio. Cada torre era como

un árbol increíblemente grueso, pero que se convertía en esbelto a causa de su tremenda altura a medida que se desvanecía en las venenosas y estriadas nubes que cubrían la forja.

Tanto Mondus Occulum como Mondus Gamma, en el sur, eran instalaciones preparadas para la guerra, pero era para una rama de guerreros específica para la que trabajaban estas forjas: los astartes.

En el interior de estas forjas se construían las armas de combate empuñadas por los guerreros más terroríficos del Emperador para la consecución de su gran sueño; fabricadas por los adeptos más hábiles y garantizadas para que nunca fallaran por el fabricante locum en persona. La armadura de combate de los astartes era dolorosamente trabajada sobre los yunques de maestros herreros potenciados con los más elevados estándares de destreza manual y tolerancia.

Los bólters, los cañones láser, los lanzamisiles y todas las demás armas de los astartes se producían aquí. El poder marcial de las legiones empezaba a tomar forma en las asfixiantes salas iluminadas con luz roja de Mondus Occulum. Los vehículos blindados recorrían las líneas de montaje situadas en los gigantescos hangares abovedados, y zonas del tamaño de grandes ciudades estaban dedicadas exclusivamente a la producción de ingentes cantidades de munición bólter.

Pero Mondus Occulum no equipaba simplemente a los astartes para la guerra fabricando armas y armaduras; también era el lugar en que se educaban sus mentes. A los guerreros astartes considerados suficientemente afines con los misterios de la tecnología se les permitía estudiar los secretos de la máquina bajo el tutelaje de sus maestros adeptos. El fabricante locum Kane en persona había entrenado a los mejores de ellos: T’Kell de los Salamandras, Gebren de los Manos de Hierro y Polonin de los Ultramarines, guerreros que llevarían estos conocimientos al volver a sus legiones para instruir a los neófitos.

Mondus Occulum, la joya de Marte, la joya de las forjas septentrionales. La más valorada e industriosa de las fabricas de armamento. Dominio del fabricante locum de Marte, el hombre más poderoso después del propio gobernante del planeta. Y además, una de las pocas forjas de Marte que había evitado el colapso total.

Flanqueado por un parloteante entorno de servidores noosféricamente modificados con inexpresivas máscaras faciales doradas, hostigados calculus-logi y un buen número de especialistas en rastreo de datos cuyo miedo se hacía evidente en los duros

exabruptos binarios de comunicación entre ellos, el fabricante locum Kane trató de mantener la calma sumergiéndose en sus pensamientos mundanos mientras pasaba bajo la dorada arcada que conducía al armorium.

En el exterior de su forja estaban teniendo lugar grandes eventos de naturaleza terrible, pero por el momento se concentró en mantener los procesos de su propia forja trabajando con tanta normalidad como fuera posible ante la posibilidad de la devastación.

La cavernosa cámara más allá de la arcada estaba brillantemente iluminada, con el techo a centenares de metros por encima de su cabeza y su extremo más lejano perdido en la perspectiva. Los servidores y gimientes elevadores transportaban cargas de armaduras de combate astartes, apilándolas en los contenedores metálicos dispuestos junto a los muros y formando largas filas que se perdían en la distancia.

Centenares de adeptos controladores de la calidad se movían por la sala, conectándose a cada contenedor y comprobando las lecturas de las mediciones de cada pieza de armadura respecto a las especificaciones requeridas. Muy raramente una armadura producida en Mondus Occulum no lograba alcanzar las exigentes especificaciones de Kane, pero si eso sucedía, se producía una exhaustiva investigación de las causas del defecto. Estos errores no debían ser reproducidos, y aquellos cuya laxitud había permitido que tuvieran lugar la primera vez eran castigados.

Sólo cuando cada armadura había sido comprobada y certificada como lista para el combate se enviaba a Uranius Patera y a los elevadores orbitales. La garantía de que jamás fallaban era una promesa que el fabricante locum Kane se tomaba muy en serio, incluso en las actuales circunstancias.

Especialmente en las actuales circunstancias.

Kane aspiró profundamente, inhalando y distinguiendo los olores químicos del aire antes de volverse hacia su magos-aprendiz.

—¿Puedes olerlo, Lachine?

—Sí, mi señor —replicó Lachine, utilizando su voz orgánica al igual que había hecho su señor. La voz del chico era nasal y poco agradable, y Kane pensó que cuanto antes fuera modificada con un vocalizador, mejor—. Oxido de aluminio calcinado, un polvo protector que reduce el desgaste y el tiempo de pulido de una armadura en al menos un veinte por ciento, y que es especialmente efectivo en materiales duros como el silicio y el acero endurecido. También a cera microcristalina y ácido acético diluido.

Kane negó con la cabeza y puso la mano sobre el hombro de Lachine. El chico era mucho más bajo que Kane, y su comportamiento completamente literal, un rasgo útil en un aprendiz en términos de eficiencia y trabajo, pero muy frustrante para una conversación.

—No, Lachine, me refiero a lo que representa ese olor.

—¿Representa? No comprendo vuestra aseveración de que el olor representa algo.

—¿No? Entonces te lo estás perdiendo, Lachine —dijo Kane—. Tú registras los componentes químicos; yo, por otro lado, registro los emocionales. Para mí, el suave y reafirmante olor del polvo de protección, pulimento y aceite representa estabilidad y orden, la certeza de que estamos cumpliendo con nuestra parte al asegurarnos de que los guerreros del Emperador están equipados para la batalla con las mejores armaduras y armas que somos capaces de construir.

—Comprendo, mi señor —asintió Lachine, pero Kane supo que no era cierto.

—En tiempos como éstos, encuentro alivio en estas cosas —explicó Kane—. Una gran factoría con toda la maquinaria en funcionamiento y trabajando con absoluta y rítmica regularidad, y con todos sus trabajadores actuando por un solo impulso, moviéndose al unísono como parte constituyente de la poderosa maquinaria, es uno de los ejemplos más inspiradores de fuerza dirigida que la galaxia ha conocido. Raramente he visto la cara de un adepto en el acto de la creación que no fuera de corrección, jamás he visto ninguna que no fuera más ferviente e impresionante.

Kane se detuvo cuando pasó un servidor de carga llevando una partida de brillantes y recién aceitadas armaduras de combate. El brutal monstruo era todo músculo, pistones y un torso genéticamente robusto, y transportaba sin esfuerzo la pesada carga de armaduras en sus puños con ganchos hidráulicos. Cada armadura destellaba con un brillo plateado, con el metal y la ceramita sin pintar para que cada legión la adornara con sus propios colores.

—Como caballeros de una pretérita era de Terra —dijo Kane, recorriendo con la mirada las largas filas de miles y miles de armaduras contenidas en la cámara—. Un sinónimo de honor, deber y valor.

—¿Señor?

Kane señaló las armaduras con un dramático gesto de la mano.

—Estas armaduras son un recurso más precioso que la riqueza de los mundos, Lachine. Muchos días me proporcionan la gran satisfacción de saber cuánto dependen los astartes de nosotros. Normalmente me dejo llevar en este lugar.

Vio que Lachine iba a hablar y lo interrumpió.

—No literalmente, por supuesto. Miro la gran cantidad de armaduras almacenadas aquí y, aunque ninguna de ellas está ocupada por uno de los mejores guerreros del Emperador, quedo igualmente asombrado por el poder de los astartes y me regocijo al pensar que estamos protegidos por estos grandes héroes.

—Conclusión: vuestras palabras me llevan a concluir que en el día de hoy no sentís la misma satisfacción que sentís normalmente.

—Así es, Lachine. Pese a mis intentos de sumergirme en las tareas cotidianas de la forja, mis pensamientos regresan constantemente al caos que ha engullido a nuestro amado mundo en las últimas semanas.

Desde el día en que las inusuales y antinaturales tormentas se habían abatido sobre los lejanos picos de Mons Olympus y la devastadora plaga de las máquinas había recorrido Marte, una epidemia de disturbios, suicidios y asesinatos había asolado Mondus Occulum, causando la pérdida de miles de vidas y, lo que era más importante, produciendo innumerables daños en las instalaciones fabriles.

Docenas de factorías y armerías habían sido destruidas, arrasadas hasta los cimientos o destrozadas más allá de cualquier posible reparación por las destructivas y repentinas oleadas de pánico y psicosis que habían recorrido los módulos habitacionales y las factorías como una locura contagiosa.

Los oficiales de la forja habían sido incapaces de enfrentarse a los paroxismos de violencia, y aunque le dolió mucho hacerlo, Kane les había ordenado retirarse y dejar que los amotinados siguieran su camino.

—¿Quién habría pensado que estos problemas podrían haber sido provocados por un sistema de control atmosférico defectuoso a más de tres mil kilómetros de distancia? —dijo.

—Los estudios del magos Cantore han demostrado que un clima incomfortablemente frío puede estimular la agresividad y la disposición a asumir riesgos, mientras que la apatía es característica del calor —dijo Lachine—. Adicional: ya se ha comprobado que la temperatura afecta al estado de ánimo, lo cual a su vez afecta al comportamiento. Las temperaturas y presiones barométricas más altas están relacionadas con un estado de ánimo más elevado, más memoria y mejores estilos cognitivos. La humedad, temperatura y horas de exposición a la luz solar tienen un efecto mayor en el estado de ánimo, aunque Cantore cree que la humedad es el factor más significativo en la regresión y el análisis correlativo canónico. Las implicaciones



en el control climático de las forjas y la consiguiente productividad de los trabajadores están ampliamente discutidas en las conclusiones de su estudio. ¿Queréis que os las resuma?

—En nombre del Omnissiah, por favor, no —replicó Kane, adentrándose en las profundidades del armorium mientras Lachine y su séquito trataban de mantener su rápido y decidido paso.

Kane siguió hablando mientras el jadeante Lachine lo seguía a un lado.

—Ciertamente, es absurdo creer que un fenómeno meteorológico, incluso uno tan potente, pueda afectar las psiques de tanta gente, pero unas pruebas tan claras son difíciles de pasar por alto. Sin embargo, los daños no se han restringido a los procesos cognitivos de la población de las forjas.

El hecho le preocupaba más que cualquier otra cosa.

Mientras la tormenta azotó Mons Olympus, las líneas de voz y las autopistas de datos de Marte se habían saturado de aullantes paquetes de datos corruptos que habían dañado los delicados sistemas que gobernaban casi cualquier aspecto del trabajo en Mondus Occulum.

Los cogitadores periféricos y máquinas lógicas de la forja se habían colapsado con datos corruptos, aullantes fantasmas de ruido sin origen aparente y peligrosos paquetes de códigos con algoritmos infectados que muchos de los más avanzados protocolos aegis no habían conseguido derrotar.

Tan sólo la rápida actuación de Kane desconectando las autopistas de intercambio de datos, y el hecho de que la gran mayoría de sistemas habían sido recientemente actualizados para aprovechar el revolucionario sistema de Koriel Zeth para la transferencia noosférica de datos, lo habían librado de lo peor del ataque, pues sin duda se trataba de un ataque.

—¿Cuánto tiempo necesitarán los limpiadores de códigos para que todos mis sistemas vuelvan a estar totalmente operativos? —quiso saber.

—Las últimas estimaciones indican que entre seis y treinta rotaciones.

—El margen es muy amplio. ¿No pueden afinarse más las estimaciones?

—Aparentemente el código corrupto está resultando ser mucho más resistente a nuestros esfuerzos —explicó Lachine—. Cada porción de circuito que se considera limpiado, rápidamente desarrolla líneas de código defectuoso a un ritmo nuevamente geométrico. No se atreven a reconectar ningún sistema afectado por los algoritmos contaminados por miedo a una nueva infección.

—¿Se ha identificado el punto de origen?

—No con certeza absoluta, aunque la infección de los sistemas parece haberse extendido hacia fuera desde la forja del fabricante general, lo que sugiere que éste fue el primero en sufrirlo.

—O el punto en que fue liberado —murmuró Kane. Pese a los repetidos intentos de comunicarse con Kelbor-Hal, todas las transmisiones habían sido rechazadas por aullantes gritos de código similares a ladridos de perro, o habían sido simplemente ignoradas.

—Pregunta: ¿Creéis que este código viral ha sido liberado en los sistemas marcianos a propósito? —Incluso el normalmente lógico y literal Lachine no pudo contener un tono emocional en su voz ante la idea de que el código viral hubiera sido liberado deliberadamente.

Kane se maldijo por su indiscreción y se encogió de hombros.

—Es una posibilidad —admitió con un tono inexpresivo. No deseaba especialmente expresar sus sospechas a Lachine. Su aprendiz era leal, pero ingenuo, y Kane sabía que la información podía ser obtenida de muchas formas distintas de fuentes supuestamente seguras.

No, cuanto menos supiera Lachine de las sospechas de Kane, tanto mejor.

Según los limpiadores de códigos, el código viral había intentado desconectar la red de comunicaciones y los protocolos de defensa que protegían su forja, y posteriormente liberar la tensión de los cables de las torres Tsiolkovsky. Kane había desconectado las conexiones entre Mondus Occulum y el resto de Marte en un instante, dejándolos en la oscuridad, pero a salvo de cualquier otro ataque.

Incluso las comunicaciones fuera del planeta se habían vuelto casi imposibles a causa de una retroalimentación de interferencia psíquica. Kane tan sólo había sido capaz de mantenerse en contacto con la forja de Ipluvien Maximal y la Ciudad Magma de la adepta Zeth gracias a la noosfera.

Las noticias procedentes de ambos no eran tranquilizadoras ni particularmente esclarecedoras.

Ambos adeptos habían sufrido similares estallidos de inexplicable violencia y locura entre su población, aunque sólo Maximal había experimentado importantes fallos mecánicos, perdiendo tres de sus valiosos reactores a causa de sobrecargas de masa crítica. Zeth había hablado de un experimento fallido que había acabado con la casi totalidad de sus psíquicos, algo que sin duda estaba relacionado con la

interferencia psíquica que rodeaba Marte.

Y por si las cosas no fueran suficientemente malas, Maximal le había comunicado la recepción de comunicaciones fragmentarias procedentes de las flotas expedicionarias que hablaban de una catástrofe igualmente terrible en el sistema Istvaan.

Los detalles eran mínimos y Maximal no había querido especular sin disponer de información más precisa, pero al parecer un terrible incidente había tenido lugar alrededor del tercer planeta, del que se decía que había quedado arrasado, convertido en un yermo de cenizas.

Kane tan sólo conocía un arma capaz de reducir un planeta a ese estado infernal en tan poco tiempo.

¿Habría utilizado el señor de la guerra el Devorador de Vida, o era la última acción desesperada de un enemigo derrotado? Las fuentes de Maximal no eran capaces de dar una respuesta, pero afirmaban que los astartes habían sufrido un número catastrófico de bajas.

Si las habían sufrido a causa de las acciones del enemigo, como causa de un terrible accidente o de fuego amigo, no estaba claro, pero que los astartes sufrieran ese nivel de bajas era casi imposible de imaginar.

De todos ellos, el sistema de comunicaciones de Maximal era el que había sufrido menos daños a causa del código viral, pero todavía había que restaurar las comunicaciones con las agencias externas de Marte para obtener más información.

Vía enlaces noosféricos seguros, los tres adeptos habían expresado su certeza de que la infección de los sistemas marcianos llevaba la marca de un ataque preventivo, pero sin unos datos más fiables no había nada que ellos pudieran hacer, excepto reforzar sus defensas por si se producía un nuevo asalto.

Kane había percibido el miedo en la ridículamente rarificada voz de Maximal y lo despreció por ello. Maximal no era un adepto que gustara fácilmente, y Kane lo consideraba poco más que un archivista en vez de un innovador. Koriel Zeth, por otro lado, había hablado sin tapujos de resistir cualquier ataque posterior y de cómo había enviado representantes a las órdenes militares aliadas de los titanes y los caballeros para asegurarse su ayuda.

Con Marte bajo ataque por parte de un enemigo desconocido, era el momento de tener más cerca a los amigos.

Kane respetaba a Zeth, pues ella le recordaba a él mismo cuando era más joven,

un adepto sin miedo a sobrepasar los límites de lo conocido. Para Kane, Zeth representaba todo lo bueno del Mechanicum, una adepta que poseía el respeto adecuado por el pasado y lo que los primeros pioneros habían desarrollado, así como un hambre insaciable para construir sobre estos conocimientos para llegar a metas aún más elevadas.

Un antiguo alquimista y científico de Terra había dicho una vez que había visto más allá poniéndose de pie sobre los hombros de los gigantes. Esto era perfectamente aplicable a la adepta Zeth, y Kane sabía que si alguien iba a lograr hacer avanzar la causa de la ciencia y la razón en el Imperio, esa persona era ella.

Reconfortado por ese pensamiento, Kane observó como una gigantesca oruga de carga levantaba contenedores sellados de armas y armaduras astartes para transportarlos hacia los elevadores orbitales de Uranius Patera.

—Vamos, Lachine —dijo—. Incluso en medio de una crisis, el trabajo de Mondus Occulum debe continuar.

Un polvo gris, similar a las cenizas de huesos, se arremolinó alrededor de las piernas de los dos caballeros mientras torcían por el borde de la Aganippe Fossae, el largo desfiladero que recorría las llanuras al oeste de la gigantesca forma del Mons Arsia.

Leopold Cronus abría la marcha en el *Pax Mortis*, con Raf Maven siguiéndolo en el recién reparado *Equitos Bellum*. Cronus mantenía un paso vivo, y Maven tenía dificultades para seguirlo de cerca, pues el *Equitos Bellum* se mostraba nervioso, con los controles duros, y el Colector se le resistía permanentemente.

«Sabe que la cosa que duele todavía sigue ahí fuera», pensó Maven mientras modificaba su rumbo para seguir a Cronus por el profundo cañón. Las nubes de polvo oscurecían la visión de la cabina, pero había poco que ver en esa región, y en cualquier caso pilotaba siguiendo las indicaciones del Colector. Los desiertos tóxicos del pallidus se extendían hacia el oeste y el sur, y las subcolmenas septentrionales entre allí y la forja de Ipluvien Maximal eran poco más que nubes negras de humo estancado y miedo hacia el norte.

Los caballeros siguieron el curso del cañón hacia el puente Median, una sección de rocas caídas por donde podrían cruzar antes de girar hacia el este, hacia su casa capitular en el interior del Arsia Chasmata.

—¿Cómo se está portando? —preguntó Cronus a través del comunicador.

—Es difícil de controlar —admitió Maven—. Sigue tirando de los mandos, pero

de forma anárquica. Cada vez que logro compensarlo, vuelve en dirección contraria un instante después.

—Necesita tiempo para reajustarse —dijo Cronus—. Todo el sistema de conexiones ha tenido que ser reconstruido.

—Lo sé, pero parece más fuerte que eso.

—¿Fuerte? ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Es como si estuviera tratando de guiarme —dijo Maven, sin saber de qué otra forma explicarlo.

—¿Guiarte? ¿Hacia dónde?

—No lo sé, pero es como... como si algo estuviera tirando también de mí.

Maven oyó como Cronus suspiraba a través del comunicador y deseó tener algo más consistente que ofrecer a su amigo como explicación. Todo lo que tenía era una impresión y la firme convicción de que su montura sabía mejor que él lo que era necesario hacer.

Su despliegue había empezado tres días atrás, cuando abandonaron la casa del capítulo en medio de una fanfarria de vítores, trompetas, cuernos de guerra y ondeantes estandartes de color cobalto. El *Equitos Bellum* avanzó y los hermanos de los Caballeros de Taranis habían acudido a observarlo caminar una vez más, pues el regreso de una montura desde el borde de la destrucción no era un asunto trivial, y la ocasión había de ser celebrada.

Como muchas de las órdenes militares de Tharsis, los Caballeros de Taranis habían estado en máxima alerta desde el mismo instante en que el caos había engullido Marte. Gracias a las conexiones noosféricas de la adepta Zeth, las salas de Taranis no habían sufrido tanto como otras, aunque los visioingenieros se habían visto obligados a ordenar una desconexión de emergencia del reactor principal de la casa del capítulo después de que un fragmento de código viral hubiera intentado desconectar sus protocolos de refrigeración.

Esta rápida respuesta había salvado a la Orden de Taranis de un holocausto nuclear, pero hasta que los limpiadores de códigos pudieran purgar los sistemas corruptos, las máquinas de los caballeros, sin sus células energéticas a plena potencia, no podrían recargarse.

Pero eso no había sido lo peor. Para disgusto de lord Verticorda, los datos almacenados en el librarium habían quedado corrompidos más allá de toda posible reparación, destruyendo así una gloriosa lista de honores y batallas que se remontaba

a más de mil años atrás.

A petición de la adepta Zeth, lord Caturix y lord Verticorda habían ordenado a los Caballeros de Taranis que salieran de su casa capitular en defensa de Marte y Ciudad Magma. Los rumores decían que Zeth también había enviado emisarios a lord Cavalerio de la Legio Tempestus para pedirle que sus máquinas empezaran a andar, pero nadie sabía qué respuesta había recibido.

Con varias máquinas sin energía para cabalgar hasta que se reparara el reactor, los Caballeros de Taranis se vieron obligados a operar en equipos de dos, en vez de los tres habituales, para poder cubrir el despliegue en su totalidad. El viejo Stator había marchado junto al hermano Gentran, un jinete recientemente ascendido de entre los errantes, y Maven se había sorprendido al echar en falta la inflexible presencia de su preceptor.

Maven y Cronus habían cabalgado hacia el este, siguiendo un circuito de patrulla que los llevó en el sentido de las agujas del reloj a rodear las escarpadas laderas de un antiguo volcán, antes de girar para seguir la línea del Oti Fossae hacia el sur. Al caer la noche del segundo día de su salida, giraron al oeste en dirección a Ciudad Magma para reabastecerse y recargarse antes de proseguir su circuito de patrulla.

La forja de Koriel Zeth jamás dejaba de sorprender a Maven. Brillaba como ascuas en la distancia, y el cielo que la cubría emitía una luz anaranjada tan densa como si las propias nubes estuvieran en llamas. Al acercarse, vio los acueductos llenos de lava que brillaban como vetas de oro mientras transportaban rocas fundidas desde lo alto de la presa Aetna, la monolítica estructura que cubría la totalidad de la vertiente meridional del volcán, hasta la laguna de magma que rodeaba la ciudad.

Unos muros gigantescos de ceramita y adamantium rodeaban la enorme ciudad, y la luz de la fuerza vital del planeta dispersaba la oscuridad mientras los caballeros avanzaban siguiendo la poderosa carretera Typhon, flanqueada por estatuas, hacia la Puerta Vulkan.

Unas columnas plateadas y negras surgían de los muros como colmillos metálicos, y únicamente tras una convulsa interrogación binaria en las defensas de las puertas se les permitió entrar. Habían permanecido únicamente en el interior de las murallas el tiempo necesario para devolver las células energéticas de sus monturas a su máxima potencia antes de volver a cabalgar.

Los dos caballeros habían proseguido su circuito de patrulla del enorme volcán rodeando las instalaciones portuarias de Ciudad Magma, en las que millones de

toneladas de material bélico se despachaban hacia las hambrientas entrañas de los convectores de masa que flotaban bajo el atestado cielo. En cuanto se alejaron de la humeante grandeza de la ciudad de Zeth, Maven empezó a sentir como el *Equitos Bellum* comenzaba a tirar de él, un insistente impulso que lo martilleaba en la parte posterior del cerebro y enviaba dolorosos pinchazos de dolor a su mente cuando se resistía.

Cuando su recorrido estaba a punto de llevarlos de vuelta hacia su casa en el este, el impulso se hizo más intenso, y Maven empuñó los controles con fuerza mientras sentía como crecía el dolor detrás de sus ojos. Sintió como todas y cada una de sus conexiones le picaban, como si el *Equitos Bellum* estuviera tratando de desmontarlo como haría un potro salvaje.

—¿Qué es lo que te pasa? —susurró Maven.

Como si le respondiera, un destello fantasma en el auspex señaló algo hacia el sur, y Maven parpadeó cuando una descarga de reconocimiento recorrió su mente. La imagen se desvaneció casi tan rápidamente como había aparecido, y ni siquiera pudo estar seguro de haberla visto, pero durante un muy breve instante le pareció que era una terriblemente familiar señal con forma arácnida de energía electromagnética.

Maven hizo detener a su montura, y notó como disminuía el dolor detrás de los ojos al hacerlo. Los sistemas hidráulicos de la máquina sisearon al sentarse sobre sus extremidades posteriores.

—¡Cronus, espera! —llamó, rotando la mitad superior del cuerpo del caballero con un diestro movimiento de los controles. Allí no había nada que ver, tan sólo cenizas de color blanco hueso y polvo arrastrado allí desde los pallidus meridionales. Oyó el relajado gruñido del metal al detenerse el *Equitos Bellum*, y sintió la tensión de sus miembros y la inquieta hambre de venganza ardiendo en su núcleo.

—¿Qué pasa? —preguntó Cronus, y Maven vio a través del Colector que la máquina de su hermano asumía una postura defensiva—. ¿Qué has visto?

—No estoy seguro —admitió Maven—. No creo realmente que ahí fuera haya nada, pero el *Equitos Bellum* ha detectado el rastro de algo.

—¿Has obtenido una lectura de auspex?

—Más o menos. Tal vez... No lo sé —dijo Maven—. Fue como una imagen fantasma o algo así. Era igual que la señal de energía que vi justo antes del ataque al reactor de Maximal.

El *Pax Mortis* cabalgó junto a él, y Maven vio a Leopold Cronus a través del

cristal blindado de la cabina. Su hermano no parecía convencido, pero no estaba dispuesto a desdeñar el instinto para el peligro de Maven y del *Equitos Bellum*.

—Envíame los registros del auspex de los últimos minutos —ordenó Cronus.

Maven asintió y empezó a descargar los datos del panel de su auspex a la máquina de Cronus en forma de chorro de datos. Mientras esperaba a que Cronus repasara la información, miró hacia lo más profundo del pallidus.

Los desiertos de cenizas eran desolados e inhabitables, un paisaje de torturada grandeza ahora yerma y tóxica por la voraz sobreexplotación minera y el inimaginable saqueo de los recursos enterrados bajo el suelo marciano. Los productos contaminantes procedentes del cinturón de refinerías del ecuador cubrían las yermas rocas, convirtiéndolo en un lugar traicionero de grietas y sumideros ocultos por la arena.

Nada podía sobrevivir en el pallidus, pero Maven se sentía incontrolablemente tentado de agarrar los controles de su montura y cabalgar hacia el sur, hacia el interior de ese desierto. Sus células de energía estaban cargadas al máximo, y tenía más que suficientes reservas de nutrientes y agua para resistir durante semanas si fuera necesario.

Sus manos cogieron los controles y sintió como el corazón de su montura respondía a su deseo. Lo azuzaba con belicosos susurros y una insistente presión en la parte posterior de su mente. Sus labios se curvaron para formar una mueca al pensar en dar caza a la monstruosa cosa muerta que casi había acabado con ellos.

Estaba allí fuera, y el *Equitos Bellum* lo sabía. Sentía su certeza en cada molécula de su ser. La imagen fantasma había sido un recordatorio de su deber para con su montura.

—Aquí no hay nada —dijo Cronus, interrumpiendo sus pensamientos—. El registro del auspex está totalmente limpio.

—Lo sé —le contestó Maven con una tranquila y fría certeza—. No hay nada cerca.

—Entonces, ¿por qué nos hemos parado?

—Porque el *Equitos Bellum* me está diciendo adonde necesito ir.

—¿Ir? —preguntó Cronus—. ¿De qué estás hablando? El único lugar al que necesitamos ir es al puente Median y de vuelta a la casa del capítulo.

—No —insistió Maven—. Está allí fuera. La cosa que trató de matarnos. Está hacia el sur, lo sé.



—¿Cómo puedes saberlo? No hay nada en el auspex. Tú mismo lo has dicho.

—Eso ya lo sé, Leo, pero he visto lo que he visto. El *Equitos Bellum* puede sentirlo, y yo creo en sus instintos.

—¿Y qué? ¿Vas a ir tras él tu solo?

—Si es necesario —replicó Maven.

—No seas loco —le advirtió Cronus—. Caturix te arrancará las espuelas si lo haces.

—Pues que lo haga —replicó Maven, activando la máquina y levantando al caballero hasta su altura máxima una vez más—. Necesito hacer esto. El *Equitos Bellum* lo necesita si alguna vez hemos de volver a ser uno solo.

—¿Estás dispuesto a arriesgar tus espuelas para ir a una misión no autorizada basándote en una simple corazonada?

—Es mucho más que eso, Leo —dijo Maven—. Sé que está allí fuera, y voy a por él, te guste o no.

Una vez más, Maven oyó el suspiro de Cronus y pensó que odiaba abandonar a su amigo sabiendo que no tenía elección. El *Equitos Bellum* no le daría ni un instante de respiro hasta que se hubiera vengado.

—Muy bien —dijo Cronus—. ¿Dónde está? Dame un rumbo.

—¿Leo? ¿Vas a venir conmigo? —preguntó Maven.

—Esa cosa, sea lo que sea, ya te venció una vez —le recordó Cronus—. Así que parece lógico pensar que necesitarás mi ayuda si vas a enfrentarte otra vez a eso.

—Tú sí que eres un amigo de verdad —exclamó Maven, muy orgulloso de su hermano.

—Cierra la boca y pongámonos en marcha antes de que recupere el buen juicio y cambie de idea.

Maven sonrió.

—Sígueme —dijo, girando su montura y cabalgando hacia el interior del pallidus.

La cacería había empezado, y el *Equitos Bellum* salió disparado con su orgullo herido.

Maven se lo agradeció.

Dalia despertó con un grito y con la mano apretada contra el pecho, hiperventilando mientras los fragmentos de oscuridad en el interior de su cráneo amenazaban con salir y consumirla. Unas formas serpentiformes acechaban bajo las sombras, y Dalia se

arrebujaó bajo las sábanas al escuchar el siseo de una respiración draconiana creada al inicio del universo, y distinguió el resplandor de dientes en unas fauces cada vez más abiertas.

Una voz en la oscuridad dijo su nombre.

Incluso con los ojos cerrados podía verlo, el hombre encapuchado con los ojos salvajes y la marca del dragón ardiendo bajo la piel. Su fuego argénteo era una telaraña de luz por el interior de su epidermis.

Se obligó a sí misma a abrir los ojos cuando los niveles de luz de su habitación pasaron de luz nocturna a iluminación plena. Caxton se movió junto a ella, todavía medio dormido mientras trataba de activar los controles lumínicos.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó somnoliento.

Los ojos de Dalia recorrieron las esquinas de la habitación, donde evidentemente no había ningún depredador serpentiforme entre las sombras para devorarla, ni ningún hombre encapuchado con mercurio brillante en vez de sangre. Sólo vio un armario color gris metalizado lleno a rebosar de ropa, la pequeña mesa construida con componentes de máquinas y las paredes manchadas de aceite cubiertas de hojas de papel con diagramas bosquejados. Un grifo que goteaba resonaba en el cubículo de las abluciones, y una comida sin tocar permanecía en su envoltorio de papel de aluminio junto a una botella de agua vacía.

Se concentró en estos simples objetos domésticos por su familiaridad y conexión con el mundo real, y no con el mundo de los sueños y las pesadillas, el mundo de los dragones y los hombres encapuchados.

—¿Estás bien? —le preguntó Caxton, sentándose en la cama y rodeándola con el brazo. Los implantes táctiles de la punta de sus dedos eran fríos contra su piel desnuda, y ella se estremeció. Él lo malinterpretó como miedo y la abrazó más fuerte —. Estoy aquí, Dalia. No hay nada de qué preocuparse. No has tenido más que una pesadilla.

Desde que despertara del coma, Dalia había descubierto que no soportaba estar sola. No podía dormir, y un corroyente terror a hundirse en la oscuridad por toda la eternidad se abría como un abismo insondable en su interior. Tenía miedo de que jamás pudiera emerger de él si llegaba a caer en su interior.

Cuando le confesó eso a Caxton, éste se ofreció a permanecer a su lado, y aunque reconocía en ello un deseo masculino, también reconoció su propia necesidad de que fuera así. Que él se trasladara a su habitación le había parecido lo más natural del

mundo.

Permanecieron así durante varios minutos, Caxton meciéndola con suavidad y Dalia dejándole hacer.

—¿Ha sido lo mismo de las otras veces?

Ella asintió con la cabeza.

—El dragón y el hombre encapuchado.

—Cada noche el mismo sueño —dijo él asombrado—. ¿Qué crees que significa?

Dalia se liberó de su abrazo y volvió la cabeza para mirarlo directamente.

—Significa que tenemos que marcharnos.

—Despertaré a los otros —dijo él al ver la determinación en sus ojos.

Ella se inclinó y lo besó.

—Date prisa —dijo ella.



## CAPÍTULO 4

Ciudad Magma nunca dormía, su producción era continua durante todas las horas del día y de la noche. Pese a las multitudes de adeptos, sirvientes y obreros que llenaban sus calles, Dalia seguía sintiéndose muy vulnerable. Su pequeño grupo iba vestido con ropas indescriptibles, una mezcla de rojos y marrones que los identificaban como trabajadores de la forja de grado bajo, un aspecto muy común en las calles de la forja de la adepta Zeth, pero aun así cada uno de ellos se sentía el blanco de todas las miradas.

El constante golpeteo y las pequeñas vibraciones que atravesaban toda la superficie de la ciudad eran más pronunciadas en las calles, y Dalia se preguntaba si en esos mismos instantes estaban siendo observados. El Trono sabía las distintas e innumerables formas que existían de monitorizar las actividades de una persona: lecturas biométricas, reconocimiento facial, marcadores genéticos, cráneos espía, o incluso los antiguos pero efectivos ojos.

—Levanta la cabeza, muchacha —le advirtió Zouche—. Parece que tengas algo que ocultar con la cabeza tan baja.

—Tenemos algo que ocultar —puntualizó Severine—. Estamos abandonando la forja sin permiso. Ya dije que ésta era una mala idea.

—No tenías por qué venir —le replicó Caxton.

Severine le lanzó una mirada asesina antes de contestar.

—Tenía que venir —replicó, como si eso dejara resuelta la cuestión.

Dalia los oyó discutir, reconociendo el miedo en sus palabras. Ella entendía ese miedo, pues todos eran miembros del Culto Mechanicum, potenciados tanto

sutilmente como de forma obvia, y todos ellos se arriesgaban a perder mucho si eran descubiertos.

—Tenemos que hacer esto —afirmó Dalia—. Sea lo que sea que despertamos con el lector akashico, está oculto en el Noctis Labyrinthus. Hemos de descubrir lo que es.

—Quieres decir que tú has de descubrir lo que es —le replicó Zouche—. Yo estoy muy contento de no saberlo.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Dijiste que necesitabas mi ayuda —dijo el ingeniero bajito, y Dalia lo habría besado por decir aquello.

Aspiró profundamente y levantó la cabeza.

—Zouche tiene razón. No debemos hacer sospechar que ocultamos algo. Quiero decir, mirad a vuestro alrededor, el lugar está tan concurrido como en cualquier otro momento del día.

Unos globos lumínicos teñidos de azul crepitaban y burbujeaban en lo alto de unas pértigas negras. Su cristal reflejaba el brillo dorado-anaranjado de las nubes. Levantándose por encima de ellas, con una altura muy superior a la de la pirámide argéntea de la forja de Zeth, se encontraba la montañosa sombra de Mons Arsia. La falda del volcán había sido excavada cinco mil años atrás y reemplazada por la estructura gigantesca de la presa Aetna, cuya monstruosa escala ciclópea era casi imposible de comprender.

Dalia reconoció el nombre, que había pertenecido a una legendaria diosa del fuego de un volcán mucho tiempo atrás apagado en el polvoriento valle mediterráneo de Terra. Era adecuado que el nombre se hubiera recuperado para un reavivado volcán de Marte.

Al igual que la primera vez que Dalia llegó a Marte, Ciudad Magma crecía y bullía de actividad mientras sus habitantes iban y venían a pie y por medio de distintos tipos de vehículos mecánicos extraños. Servocráneos de oro, plata y hueso volaban por el aire, cada uno de ellos cumpliendo las instrucciones de sus señores, y Dalia se preguntó cuáles de ellos servirían a la adepta Zeth.

—Puede que haya mucha actividad —apuntó Caxton—, pero si alguno de los protectores se da cuenta de que no estamos de turno, tendremos muchos problemas.

—Entonces será mejor no atraer su atención quedándonos plantados aquí en medio como perros perdidos, ¿no? —sugirió Zouche—. Venga, el tubo del levmag está justo ahí delante.

Todos siguieron a Zouche tratando de aparentar un aire de indiferencia y dar la impresión de que tenían todo el derecho de estar allí, aunque Dalia sospechaba que no lo estaban haciendo demasiado bien. Notó el sudor resbalando entre los omoplatos y controló la necesidad de rascarse un picor en la parte posterior de las piernas.

Sentía un gran afecto por sus amigos, sabiendo que ella no habría tenido las fuerzas ni el coraje de hacer este viaje ella sola. Les había dicho que los necesitaba, lo cual era cierto, pero no por las razones que ellos podían esperar. Sus habilidades técnicas sin duda serían útiles en su camino, pero ella los necesitaba para que no la dominara el oscuro y terrorífico vacío solitario que acechaba tras sus ojos cada vez que los cerraba.

Sabía que Caxton estaba con ella porque la amaba, y Zouche había venido porque era lo más honesto que una persona podía llegar a ser. Había dicho que vendría, y lo hizo. Vivía su vida haciendo lo que decía que haría, algo que incluso Dalia sabía que era algo muy extraño de encontrar en la humanidad.

Dalia no sabía por qué había venido Severine, puesto que la chica claramente no quería estar allí y estaba aterrada ante la perspectiva de perder su estatus como Mechanicum hermética. Dalia sospechaba que era la culpa lo que había empujado a Severine a hacer este viaje, culpa por lo que ellos habían permitido que le sucediera a Jonas Milus. Era una razón de la que Dalia era incómodamente consciente de que también formaba buena parte de su propia determinación de descubrir lo que se ocultaba bajo el Noctus Labyrinthus.

Sólo Mellicin no los había acompañado, y Dalia estaba triste por no contar con su presencia lógica en esos momentos, aunque eso era, suponía ella, el motivo exacto por el que ella no estaba allí. Caxton los había reunido a todos en el habitáculo de Zouche, una habitación estéril y funcional que reflejaba el carácter austero y sin veleidades del maquinista. La única concesión a la decoración era una pequeña efigie de plata representando un faro que se encontraba en una esquina con una vela de consumo lento ardiendo ante ella.

Todos habían respondido a la llamada de Caxton: Severine parecía encogida e irritable; Zouche era como si hubiera estado despierto todo el tiempo esperándolos; y Mellicin estaba tan calmada como Dalia podía recordar haberla visto siempre.

Una vez todos reunidos, Dalia había resumido la sustancia y la antinatural regularidad de sus sueños, la impresión y la sensación de que estaba siendo invocada al Laberinto de la Noche.

—¿Invocada por qué? —preguntó Zouche.

—No lo sé —admitió Dalia—. Ese... dragón, sea lo que sea.

—¿No recuerdas las historias? —preguntó a su vez Severine—. Los dragones se comen a bellas damiselas.

—Entonces tú y Mellicin estáis a salvo —bromeó Caxton, deseando no haberlo hecho cuando Dalia lo miró con reconvención.

—Esta noche he vuelto a tener ese sueño —les comunicó Dalia—. El mismo que las otras veces, pero lo sentí más fuerte, más urgente. Creo que está diciéndome que es el momento de partir.

—¿Ahora? —exclamó Severine—. Estamos en mitad de la noche.

—Un momento adecuado entonces, ¿no? —argumentó Zouche—. Vamos a ir igualmente al Laberinto de la Noche.

Se miraron los unos a los otros y Dalia pudo sentir la reticencia que los embargaba.

—Necesito vuestra ayuda. No puedo hacerlo sola —dijo ella, odiando el tono de súplica en su voz.

—No hace falta que lo pidas dos veces —respondió Zouche, tomando la figura plateada del faro y guardándola entre sus ropajes—. Yo voy.

—Y yo —dijo Severine, aunque no se atrevió a mirarlos a los ojos.

—¿Mellicin? —preguntó Caxton—. ¿Y tú qué? ¿Estás con nosotros?

La severa matrona que los había mantenido unidos y logrado que trabajaran mejor como equipo de lo que jamás hubieran logrado individualmente, hizo un gesto negativo con la cabeza. Cogió de la mano a Dalia.

—No puedo ir contigo, Dalia, he de quedarme. Alguien tiene que acabar lo que hemos empezado aquí. Creedme, nada me gustaría más que venir con vosotros, pero soy demasiado vieja y estoy demasiado acostumbrada a la rutina como para ir deambulando por Marte persiguiendo sueños, visiones y misterios. Lo siento, pero mi lugar está aquí, en la forja.

Dalia se sintió decepcionada, pero asintió con la cabeza.

—Lo entiendo Mel. Y no te preocupes por nosotros. Volveremos pronto, te lo prometo.

—Sé que lo haréis. Y no vuelvas a llamarme Mel nunca más —dijo Mellicin.

Todos se rieron y se despidieron de ella antes de dirigir sus pasos hacia un viaje hacia lo desconocido y un futuro incierto.

Tan perdida estaba Dalia en sus recuerdos de la despedida de Mellicin que chocó contra un adepto que pasaba, el cual la miró con unos ojos ambarinos desde detrás de una máscara de plata. Él le espetó un chorro de binario irritado, y Dalia se encogió ante la fuerza de su reprimenda.

—Le pido disculpas, adepto Lascu —se excusó ella, leyendo su identidad en la información noosférica que flotaba por encima del adepto antes de recordar que se suponía que ella no debía ser capaz de leer esa información sin la adecuada modificación.

El adepto o bien no se dio cuenta o bien creyó que ella lo conocía, así que siguió su camino con una última explosión de enfado. Dalia dejó escapar un suspiro de alivio y se dio la vuelta al notar que tiraban de la manga de su túnica.

—Si ya has acabado... —dijo Caxton, mirando alarmado a la espalda del adepto que se alejaba.

—Sí, lo siento —se excusó ella.

—El túnel del levmag está aquí mismo —anunció Zouche, señalando la arcada de bronce a través de la cual cientos de personas cruzaban en uno y otro sentido.

Dalia experimentó un instante de enfermiza comprensión al llegar a la arcada y ver los amplios escalones que descendían cientos de metros hacia el interior rocoso de Marte.

—¿Vamos a tener que pasar por debajo del nivel del magma? —preguntó.

—Claro —asintió Caxton—. El levmag no puede ir a través del magma, ¿verdad?

Caxton tiró de ella y acalló su creciente pánico al iniciar el descenso. Unas siseantes tiras lumínicas que parpadeaban y hacían daño en los ojos de Dalia iluminaban su ruta a lo largo del túnel atestado de trabajadores que iban o venían de sus turnos de trabajo. Avanzaban como autómatas, un lado ascendiendo, el otro descendiendo, todos perfectamente al unísono hacia o desde la metrópolis que se encontraba sobre sus cabezas.

Zouche les abrió camino hacia abajo con su constitución robusta y un lenguaje más duro aún, y aquellos que ponían pegas a cualquiera de los dos métodos, pronto se mordían la lengua al ver su tormentosa mirada y sus puños crispados.

Finalmente llegaron al fondo, a la propia estación de tránsito, un hangar gigantesco con un colosal techo abovedado. Parecía no haber ningún orden en el movimiento de la apretujada masa de gente, sólo pesados cuerpos que se movían según las corrientes de la marea en vez de persiguiendo algún objetivo.



Los protectores, vestidos con túnicas y sosteniendo bastones crepitantes y la matriz numérica de cuatro por cuatro correspondiente a la adepta Zeth, recorrían la masa de trabajadores. Dalia trató de evitar mirarlos por miedo a atraer su atención. Más adelante se balanceaban unos servocráneos, y las placas de comunicación colocadas en los muros vomitaban un áspero código binario anunciando salidas y llegadas y alertando a los viajeros del hueco entre el levmag y la plataforma.

—Y ahora, ¿por dónde? —preguntó Dalia, incapaz de encontrar un sentido a las superpuestas instrucciones binarias que emitía el panel de comunicaciones.

—Por aquí —los guió Zouche empujando a la multitud—. Parece más difícil de lo que es, pero cuando has viajado una vez en el levmag, es fácil encontrar el camino.

—Te tomaré la palabra —dijo Dalia, cogiendo las manos de Caxton y Severine como niños a la salida de la escuela cuando lo siguieron.

Zouche encabezó la marcha a través de una confusa serie de túneles con paneles de cerámica hasta llegar a una atestada plataforma con cientos de obreros con caras fatigadas.

Unas explosiones de código, distorsionadas y fragmentarias, tosieron por los viejos amplificadores de voz colocados en cajas de madera fijadas al techo, de tal forma que incluso Zouche se encogió de hombros cuando Dalia lo miró buscando una explicación.

—No me he enterado de nada de lo que ha dicho —advirtió Zouche.

—Ha dicho que el próximo levmag se retrasará doscientos setenta y cinco segundos —dijo una voz poderosa detrás de ellos.

Dalia se encogió al reconocer el metálico raspado de una voz humana procedente de detrás de una máscara de bronce.

Se volvió y miró hacia arriba, hacia un par de brillantes ojos verdes.

—Saludos, Dalia Cythera —dijo Rho-Mu 31.

El Reaver enemigo estaba ardiendo; la parte superior de su caparazón destruida por el cañón bláster de Cavalerio después de que una poderosa andanada del cañón vulcano lo hubiera dejado sin escudos de vacío. Sintió como el calor aumentaba en su brazo izquierdo al recargarse el arma y el repiqueteo de su brazo derecho cuando se recargaba el megabólder para volver a disparar.

La máquina enemiga trastabilló hacia atrás, aplastando un silo de mineral y lanzando una tormenta de llamas y humo. El polvo de rococemento cubrió su

destrucción, y mientras Cavalerio disfrutaba de su victoria, supo que el otro Reaver todavía estaba allí fuera, acechando tras las ardientes ruinas de la refinería, utilizando el humo y el calor para enmascarar la actividad de su reactor.

—¡Moderati, dame una lectura de masas! —ordenó en un chorro binario.

—Sí, princeps.

La información le llegó a través del Colector, un centenar de estímulos diferentes reunidos por la miríada de sensores de la poderosa máquina: calor, masa, movimiento, radiación, vibración y armónicos de escudos. Todo combinado para ilustrar un mundo más real para Cavalerio que la propia realidad.

Bebió el fluido de datos, tragando y digiriéndolo todo en un latido de corazón. Su percepción de los alrededores se aclaró y vio al Reaver enemigo maniobrando alrededor de la refinería, abriéndose paso a través de los muros y las vigas desprendidas de los techos de una acería próxima.

Una variación de calor y masa alertaron su percepción y sintió la enmascarada aproximación del Warhound enemigo antes incluso de poder verlo.

—¡Piloto, atrás, velocidad de flanqueo! ¡Rumbo dos-siete-cero!

Un titán Warlord no estaba diseñado para un rápido cambio de rumbo, pero el piloto era bueno y la máquina obedeció con considerable rapidez. El edificio junto a Cavalerio explotó en una masa de vigas rotas, grandes fragmentos de hormigón y planchas de metal. Las nubes de rococemento vaporizado lo envolvieron, pero la visión de la máquina de Cavalerio podía penetrarlas sin problemas.

Vio al Warhound, un grácil depredador pintado de rojo y plata apto para saltar, salir disparado de entre las sombras del derruido hangar-forja, con los turbos brillando intensamente. Cavalerio sintió los impactos en sus escudos, pero el ángulo de disparo no era el adecuado y la mayor parte de los disparos rebotaron en las pantallas de vacío.

—Sensori, siga vigilando a ese Reaver —ordenó—. No deje que se acerque demasiado.

—Sí, princeps.

—¡Moderati, preparado para disparar!

El Warhound era ágil, pero había atacado demasiado pronto, y sin el impulso de choque de sus turboláseres machacando los escudos de su objetivo era vulnerable. Se cargaron los datos de la posición del moderati, y Cavalerio vio los vectores de disparo pasar por su mente a la velocidad del pensamiento. Sintió el mudo bramar del

servidor de tiro recibiendo la orden y abriendo fuego.

Una lacerante tormenta de proyectiles explosivos rugió procedentes del megabólder de Cavalerio, oscureciendo al Warhound en una tormenta de detonaciones y centelleantes descargas que perforaron los escudos. El Warhound trastabilló, propulsado hacia atrás contra el muro de ladrillo de una fábrica de armas. Piedra y acero cayeron al suelo, pero Cavalerio sabía que la máquina enemiga aún no estaba fuera de combate.

—¡Piloto, en marcha! Moderati, arme misiles. Sensori, ¿dónde está ese Reaver?

—¡Aproximándose!

—¡Misiles armados!

—El Reaver sigue acercándose, princeps. Seiscientos metros, marca cero-seis-tres.

La máquina de Cavalerio acortó la distancia con el Warhound. Tenía que destruirlo antes de que el Reaver estuviera en posición de apoyarlo. Individualmente ninguna de las dos máquinas significaban un riesgo para su Warlord, pero actuando de forma conjunta tenían el potencial necesario para acabar con él si no tenía cuidado.

El Warhound se balanceó mientras trataba de ponerse de pie. Las extremidades en que estaban montadas sus armas temblaban como un perro saliendo del agua. Sus escudos burbujeaban y chisporroteaban, y Cavalerio leyó una brillante convergencia de agujeros en los campos de energía alrededor de la cintura de la máquina.

Las actualizaciones de la información eran canalizadas a su alrededor mientras él mismo actualizaba su percepción situacional, sintiendo el peligro del Reaver que se aproximaba y sabiendo que no disponía de mucho tiempo.

—Moderati, en cuanto el Reaver entre en el campo de visión, dispare a su caparazón superior con una descarga del lanzador de la cubierta. Andanadas de tres misiles a intervalos de cinco segundos.

—Sí, princeps.

—Servidor de disparo Hellas-88, transfiera el arma a mi control directo.

El servidor implantado aceptó la orden sin decir ni una palabra, y Cavalerio sintió el tranquilizador peso y el movimiento de los engranajes del megabólder como si formara parte de su propia carne. Era arriesgado tomar el control del arma de un servidor, quien podía dispararla de forma mucho más eficiente que él, pero esta vez quería sentir el tronar de esa destrucción.

Cavalerio se rindió a la avidez asesina de la máquina, guiándola con su propia necesidad de destruir al enemigo. Con un pensamiento, el megabólder se activó y

disparó un huracán de proyectiles contra la cintura del trastabillante y ya herido Warhound.

Simultáneamente, sintió la vibración del lanzamiento de los misiles disparados desde lo alto de su caparazón. El Reaver se había unido al combate y tenía que acabar rápidamente con el Warhound.

—Múltiples impactos en el Reaver enemigo, princeps.

Cavalerio anotó la actualización de la situación, pero concentró su atención en el Warhound. Sus escudos de vacío se habían colapsado tras su andanada, detonando con un cegador trueno. La explosión atomizó uno de los brazos armados y agrietó su caparazón. En sus cuartos traseros podían verse llamas.

Pero aun así se mantuvo en pie, desafiante como un lobo acorralado.

—Armando cañón bláster —entonó el moderati—. Calculando disparo.

—¡Anule esa orden! —gritó Cavalerio—. ¡Lo necesitaremos para el Reaver! Nos acercaremos y lo destruiremos con proyectiles sólidos.

—¡Impacto inminente! —gritó el moderati, y Cavalerio sintió el ardiente dolor de los impactos en las pantallas de vacío. Los misiles procedentes del Reaver enemigo, disparados desde un modulo lanzamisiles en la parte inferior, impactaron con fuerza en la máquina, que trastabilló. La energía de los escudos disminuyó en el Warlord, y Cavalerio pudo sentir los frenéticos cánticos de los magos mientras trataban de restaurarlos.

El renqueante Warhound mantuvo la posición ante él, silueteado contra las minas del edificio derruido, y Cavalerio se vio obligado a admirar el coraje de su piloto. Estaba condenado, pero seguía luchando. El cañón que le quedaba abrió fuego, castigando sus ya de por sí debilitados escudos.

—¡Fallan los escudos del cuadrante inferior! —avisó el magos—. ¡Inminente colapso crítico!

—¡El Reaver está acercándose, princeps!

Cavalerio hizo caso omiso de aquellas advertencias y dejó que el megabólder vomitara su carga destructiva una vez más. Una tormenta de proyectiles y rocas pulverizadas entraron en erupción alrededor del Warhound, haciéndolo caer de rodillas por la fuerza de los impactos. Su caparazón se partió y las llamas se propagaron hacia la parte superior mientras los restos del edificio caían a su alrededor. Cavalerio siguió golpeando a la máquina más pequeña hasta que no quedaron más que unos restos de metal retorcido y llamas.

De repente, un dolor agonizante lo atravesó, y lanzó un grito al notar que su pierna estaba cubierta de fuego líquido. Su atención volvió a una visión amplia y vio la gigantesca forma del Reaver acercándosele con su inmensa masa atravesando los altos muros de la refinería en su avidez por alcanzarlo. Sus cuernos de guerra tronaron triunfantes y sus cañones de plasma humeaban por la continuada andanada. Cavalerio leyó la situación en un instante.

Se encontraba en su flanco expuesto y lo tenía encima.

Sus escudos casi habían desaparecido, y el metal debajo de ellos ya empezaba a combarse y a fundirse.

Una andanada de aullantes cohetes lo golpeó y se convulsionó de dolor psicoestigmático. El Colector vomitó advertencias e indicadores de daños.

El puesto del mentón explotó, inmolando al moderati y al piloto en una infernal tormenta de fuego. La cabina tembló cuando nuevos impactos de misil golpearon el poderoso torso del Warlord.

—¡Escudos anulados! —cantó innecesariamente el magos.

—¡Misiles! —gritó él, sabiendo que era demasiado tarde—. ¡Máxima dispersión, espoletas fuera!

Las columnas de cohetes y de fuego láser llenaron el aire entre las dos máquinas mientras ambas se disparaban a quemarropa todo lo que quedaba en sus arsenales. Cavalerio gritó cuando sus escudos fallaron, sintiendo un terrible e insoportable dolor mientras la máquina enemiga le arrancaba las entrañas con una inagotable serie de andanadas de misiles.

Unas brillantes explosiones causadas por los fallos en las pantallas de vacío ardieron a su alrededor, y finalmente las dos máquinas quedaron sin ningún escudo, desnudas, acero contra acero.

Cavalerio hizo una mueca a pesar del dolor.

—¡Ahora ya te tengo! —rugió.

Con su último aliento, Cavalerio disparó a plena potencia el cañón bláster a la cara de su enemigo, y el mundo explotó en llamas y luz.

Agata observó los últimos instantes de la batalla que se estaba desarrollando en la mesa de proyecciones hololíticas, admirando la habilidad del señor de la tormenta incluso tras la destrucción de su máquina. Observar los hologramas en miniatura de las máquinas desplazándose alrededor del paisaje artificial había sido emocionante,

pero la tensión en los guerreros reunidos alrededor de la mesa era contagiosa.

—Ahora lo está haciendo mucho mejor, ¿no? —preguntó.

El princeps Sharaq la miró. Sus amables ojos y su rapado pelo entrecano se contradecían con el asesino que ella sabía que era. Sus ojos se dirigieron al otro lado de la mesa de proyecciones, donde otros dos princeps, Vlad Suzak y Jan Mordant, seguían observando la batalla simulada. Suzak permanecía tieso como un palo, como si se encontrara en un desfile, mientras que Mordant se reclinaba hacia delante con el codo apoyado en el borde de la mesa.

—Sí, asistente, lo está haciendo mejor —afirmó Sharaq.

—Pero no lo suficientemente mejor —apuntó Suzak, el envarado destructor de máquinas.

—Necesita tiempo para ajustarse —dijo Agata, mirando a la desamparada y desnuda forma suspendida en el tanque amniótico de acero conectado a la mesa de proyección a través de una gran cantidad de cables—. Pasar de una conexión vía interfaz a una inmersión total no es una transición sencilla.

—No lo es —admitió Sharaq—, pero la cuestión persiste. El señor de la tormenta no puede mandar la legión en sus actuales circunstancias. Todavía no.

Ágata señaló a la mesa de proyección.

—Se ha enfrentado y ha derrotado a tres máquinas él solo. ¿Eso no debería contar de alguna forma?

—Nos indica su gran coraje —abundó Jan Mordant, mirando hacia Sharaq—. ¿Tal vez estamos siendo demasiado cautelosos?

—Nos indica su temeridad —le espetó Sharaq.

—No es más que una simulación, Kel —apuntó Mordant—. Es totalmente diferente cuando estás conectado al Colector. Todos conocemos que los riesgos aceptados durante una simulación no son los mismos que tomarías cuando tu cuello está en juego.

—Soy consciente de ello, Jan, pero si esto hubiera sido real, el señor de la tormenta habría muerto y se habría llevado su máquina con él. Un Warlord, ni más ni menos.

—Pero tres máquinas, Kel... —insistió Mordant—. ¡Vamos!

Sharaq suspiró.

—Lo entiendo, Jan, de verdad que lo entiendo, pero hace muy poco que has sido ascendido de princeps de un Reaver a princeps de un Warhound.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Eso significa que todavía no te has librado de tu propia temeridad —dijo Suzak—. Debes pensar en términos diferentes a los del heroísmo personal cuando diriges una máquina más grande. Deberías saberlo, y el princeps Cavalerio también debería saberlo, maldita sea.

Agata vio el rubor temperamental en el cuello de Jan Mordant, pero éste controló su rabia y simplemente asintió. Vio como sus nudillos se volvían blancos allí donde se agarraba a la mesa de proyecciones.

Sharaq suavizó el tono de voz.

—El princeps Cavalerio debería haber esperado a las máquinas de su grupo de combate para atacar al enemigo en masa. No estamos aquí para realizar estúpidas acciones heroicas, Jan, estamos aquí para destruir a nuestros enemigos y regresar con las máquinas y sus tripulaciones a salvo.

—Así pues, ¿sigue en pie la decisión? —preguntó Mordant.

Sharaq asintió.

—La decisión sigue en pie. Hasta el momento en que se considere al princeps Cavalerio apto para volver al servicio activo, yo asumiré el mando de las fuerzas de la Legio Tempestus en Marte.

Mordant y Suzak asintieron y saludaron a su nuevo princeps senioris.

Ágata observó la fetal silueta de Cavalerio estremecerse en la gelatina salpicada de sangre de su tanque amniótico. ¿Podía oír lo que sus guerreros decían de él?

Esperaba que no.

Ya había sufrido el dolor de perder su máquina, ¿cuán devastadora podía ser la noticia de que había perdido su legion?

Dalia sintió como una mano helada le atenazaba el corazón al ver a Rho-Mu 31. Sus percepciones parecieron contraerse a una burbuja de realidad deformada en la que el mundo a su alrededor dejó de avanzar. Los movimientos de la gente, el sonido de los sistemas de comunicaciones, el crepitar de la electricidad y el actínico olor del ozono quedaron en estasis, mientras que sus experiencias personales se lanzaron a un desembocado y arrítmico latir del corazón. Notó el pánico en sus compañeros y luchó por controlar la respiración.

Rho-Mu 31 permanecía inmóvil frente a ella, con sus ropajes rojo brillante y su cuerpo desprendiendo el extraño aroma de carne podrida que siempre parecía emanar

de los protectores. En las sombras de su capa podrían verse brillos argénteos, allí donde los implantes potenciadores emergían de la piel.

—Oh —logró decir ella—. Hola.

Como excusa o saludo fue bastante pobre.

El ruido de la estación de tránsito creció en sus oídos y, de repente, lo único que pudo oír fue el rumor de cientos de conversaciones y el roce de miles de pies.

—Rho-Mu 31 —continuó ella, tratando de pensar algo más ingenioso que decir y fallando miserablemente en el intento. Se encontró mirándose los pies como una niña desamparada.

Zouche vino en su ayuda, manteniéndose en pie delante de ella y doblando el cuello para poder mirar a la cara al poderosamente musculado y potenciado guerrero del Mechanicum.

—Rho-Mu 31, ¿no es así? —le dijo—. Encantado de conocerte. Nosotros... esto... simplemente estábamos tomando el vehículo de tránsito hacia las instalaciones portuarias para recoger unos suministros procedentes de los astilleros jovianos.

—¿Las instalaciones portuarias? —preguntó Rho-Mu 31.

—Así es —añadió Caxton—. Queríamos asegurarnos de que eran los correctos, ya sabes, evitar que los estibadores los descargaran y trajeran para después descubrir que no eran los adecuados. Eso retrasaría nuestro trabajo varios días y, francamente, no estamos en condiciones de perder tiempo.

Dalia cerró los ojos, incapaz de mirar a la cara de Rho-Mu 31 mientras sus compañeros le contaban estas terribles e increíbles mentiras. Ella se imaginó que el suelo se abría bajo sus pies y se la tragaba el magma, o que se aproximaba un levmag que salía volando de las vías para crear un cataclísmico accidente.

Cualquier cosa era preferible a ese atroz sentimiento.

Severine se unió a los otros en su engaño, tejiendo una mentira cada vez más convulsa, utilizando elementos y personas, muchas de las cuales estaba segura que ni siquiera existían, hasta que Dalia no pudo soportarlo más.

—¡Parad! —gritó—. Por el Trono, ¿no os dais cuenta de lo estúpido que suena todo esto?

Unas pocas cabezas se volvieron hacia ella al engaño el Trono, pero la mayor parte de la gente mantuvo la cabeza agachada, sabiendo que no era inteligente atraer la atención de un protector mechanicum si no era estrictamente necesario.

Los otros se quedaron en silencio, estudiando cuidadosamente el suelo, como si



éste contuviera la clave de su salvación. Dalia se incorporó todo lo que pudo, lo cual no era demasiado en comparación con Rho-Mu 31, y miró directamente a las brillantes luces verdosas bajo su máscara de bronce.

—No íbamos al puerto —dijo—. Nos dirigíamos al Noctis Labyrinthus.

Ella oyó como los demás contenían la respiración al unísono y siguió adelante, sabiendo que no tenía otra alternativa que contarle a Rho-Mu 31 la verdad.

—¿Y por qué queríais ir a tan oscuro lugar? —preguntó Rho-Mu 31—. De allí no sale nada bueno. Únicamente el Culto del Dragón se dice que habita en el Laberinto de la Noche.

—¿El Culto del Dragón? —exclamó Dalia con creciente emoción—. Jamás había oído hablar de él.

—Pocos lo han hecho —afirmó Rho-Mu 31—. Era una oscura secta de dementes. Lamentablemente, sólo una de las muchas de Marte.

—Pero ¿quiénes eran?

—Cuando los adeptos que intentaron fundar forjas en el Noctis Labyrinthus abandonaron sus talleres, no todo el mundo se marchó con ellos. Unas pocas almas ingenuas se quedaron atrás.

Una corriente de aire llenó la estación de tránsito. Un tren levmag se aproximaba.

—Necesito ir allí —dijo Dalia—. Tengo que ir, ahora.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente, pero hay algo muy importante allí, lo noto.

—Allí no hay nada excepto oscuridad —le aseguró Rho-Mu 31, y colocó una mano carnosa en el hombro de Dalia—. ¿Estás totalmente segura del camino en que te estás adentrando?

Dalia tembló cuando Rho-Mu 31 mencionó la oscuridad, pero lentamente las implicaciones de sus palabras emergieron de entre el miedo.

—Espera un momento... ¿No vas a detenerme?

—No voy a hacerlo —dijo Rho-Mu 31—. Y si insistes en hacer este viaje, no tendré más remedio que acompañarte.

—¿Acompañarnos? —preguntó Zouche—. ¿Por qué harías una cosa como ésta en vez de arrastrarnos de vuelta ante la adepta Zeth? Tienes que saber que estamos viajando sin su permiso.

—¡Cállate, Zouche! —gritó Severine.

Rho-Mu 31 asintió.

—Estoy al tanto de ello, pero la adepta Zeth me pidió que mantuviera a salvo a Dalia Cythera. No me dijo nada de restringir sus movimientos.

—No lo entiendo —dijo Dalia mientras las brillantes luces del levmag emergían del arqueado túnel y el olor a ozono se hacía más fuerte.

—Marte está en crisis, Dalia Cythera —le anunció Rho-Mu 31—. Los desastres golpean a cada paso, y aunque la forja de la adepta Zeth se ha librado de lo peor, nuestro querido planeta está al borde de sumirse en el caos.

—¿Caos? ¿De qué estás hablando? —inquirió Caxton—. Hemos oído algunos rumores que hablaban de accidentes, pero nada tan serio como la situación que nos estás planteando.

—Sea lo que sea lo que hayáis oído, puedo aseguraros que la realidad es mucho peor de lo que seáis capaces de imaginar —les advirtió Rho-Mu 31—. El terror de la Noche Eterna amenaza con descender una vez más sobre nosotros, y creo que Dalia puede poseer la clave de nuestra salvación.

—¿Yo? No... Ya te he dicho antes que no soy nadie —replicó Dalia, no queriendo ser receptora de tal responsabilidad.

—Estas equivocada, Dalia —afirmó Rho-Mu 31 mientras el levmag se detenía detrás de ella—. Posees un conocimiento innato de la tecnología, pero creo que lo que te hace más especial es la habilidad de intuir cosas que los otros no pueden. Si crees que hay alguna cosa importante en el Noctis Labyrinthus, estoy dispuesto a depositar mi fe en ti.

—Pensaba que no creías en la fe.

—No creo en ella, creo en ti.

Dalia sonrió.

—Gracias.

—No es necesario que me des las gracias —replicó Rho-Mu 31—. Soy un protector. Soy tu protector. Esa es mi misión.

—Gracias de todas formas.

Caxton dio unos golpecitos en el hombro a Dalia.

—Bueno, si hemos de irnos, probablemente deberíamos coger este levmag.

Dalia asintió y miró hacia su protector.

—Después de ti —dijo Rho-Mu 31.

La adepta Zeth permanecía en pie en la torre más alta de su forja, con el halo

noosférico por encima de su cabeza mostrando todo tipo de información. Clasificó diversos asuntos activos con su MIU. Ninguno de ellos era de fácil lectura.

La mayor parte eran datos de las forjas del fabricante locum Kane y de Ipluvien Maximal, pero había otros que llegaban de adeptos aislados que habían sobrevivido a la Muerte de la Inocencia y buscaban desesperadamente voces amigas. Junto a ella, uno de sus subalternos esperaba incómodo que la adepta hablara.

—Tranquilízate —dijo Zeth—. Rho-Mu 31 está con ellos ahora.

—¿Están a salvo?

Zeth se encogió de hombros y miró hacia abajo, a la mujer que había junto a ella.

—Tanto como cualquiera puede estar a salvo en Marte en estos días.

—¿Y él los mantendrá a salvo de cualquier peligro?

—Ésa es su misión —asintió Zeth—. Aunque un viaje al Noctis Labyrinthus no está exento de peligros. Deberán pasar muy cerca de Mondus Gamma, el dominio de Lukas Chrom, y él no es más que un peón del fabricante general.

—Eso es malo, ¿no?

—Sí, sospecho que lo es —dijo Zeth, pensando en lo que Kane le había contado—. Es de vital importancia que nadie logre averiguar el paradero de Dalia.

—Por supuesto.

—Borra todos los informes de su destino de tus archivos de memoria y pásame el archivo del borrado. ¿Comprendido?

—Sí.

Zeth esperó unos pocos segundos a que le llegara el archivo de borrado a su noosfera antes de volver a hablar.

—Deberías volver a tus ocupaciones —dijo—. El embajador Melgator llegará pronto procedente de Mons Olympus, y creo que sería mejor que estuvieras en cualquier otro lugar.

—Como deseéis —dijo Mellicin.



## CAPÍTULO 5

De todos los visitantes que jamás habían subido los escalones de su forja, el embajador Melgator era uno de los menos bienvenidos. Koriel Zeth observó cómo se aproximaba el hombre, su delgado cuerpo cubierto por una túnica oscura con ribetes de armiño y sus poco evidentes implantes ocultos bajo una capucha de terciopelo oscuro. Aunque el mensajero de Kelbor-Hal todavía se encontraba a una cierta distancia, la visión potenciada de Zeth comprobó que el embajador había cambiado desde la última vez que lo había visto.

Su piel era cerúlea y tenía un aspecto poco saludable, pero sus ojos seguían siendo oscuros pozos de siniestras intenciones, como un portador de malas noticias ansioso por propagar su miseria. Sin embargo, la presencia de Melgator, por poco bienvenida y no deseada que fuera, no la preocupaba tanto como la de sus compañeros.

Cubierta por un mono corporal totalmente cerrado de un brillante material sintético que se ondulaba sobre su cuerpo como la sangre bajo su piel, una esbelta figura femenina seguía al embajador a una distancia discreta.

Zeth no necesitó la ayuda de la noosfera para reconocer lo que era esa mujer.

—¿Eso es lo que pienso que es? —preguntó el magos Polk con una dulce cantinela binaria.

Zeth fue capaz leer la inquietud de su aprendiz en la formulación de los numéricos, y esperó que sus propios biométricos no traicionaran su incomodidad tan obviamente.

—Sí —dijo ella—. No hables con ella si puedes evitarlo.

—No tiene por qué preocuparse a este respecto —prometió Polk—. No si mi vida

depende de ello.

—Esperemos que no tengamos que llegar a eso, Polk —dijo Zeth—. Pero su presencia aquí no puede ser nada bueno.

—Sin duda, el fabricante general simplemente la ha enviado como guardaespaldas del embajador después de todos los problemas que hemos tenido —sugirió Polk con un tono que imploraba consuelo.

—Tal vez, pero lo dudo. Actuar simplemente como guardaespaldas se consideraría un demérito de las habilidades de un tecnoadepto asesino.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

Zeth sintió como su irritación crecía ante las preguntas de Polk, pero se obligó a controlarse.

—Sospecho que lo descubriremos muy pronto —dijo ella.

Esta reunión con el lacayo de Kelbor-Hal requería una cabeza despejada, y Zeth no podía permitirse ninguna distracción causada por los temores de Polk, aunque éstos reflejaran los suyos propios.

Los tecnoadeptos asesinos eran un cuerpo de misteriosos y solitarios esbirros que había existido desde la colonización de Marte en un muy lejano pasado. Dictaban sus propias leyes y no respondían ante ninguna autoridad excepto la de sus desconocidos señores, que se decía vivían en las sombras de Cydonia Mensae.

Melgator y su acompañante llegaron al plinto bajo el gran pórtico y Zeth se preguntó si era así como iba a morir, bajo la hoja de un asesino, con sus fluidos vitales vertiéndose por los escalones de su forja.

Melgator sonrió, aunque Zeth no encontró nada tranquilizador en su reptiliana insinceridad. El embajador y su acompañante se dirigieron hacia ella, adentrándose en las sombras de las columnas y el pórtico dorado. Melgator se movía con los andares de alguien cuyas extremidades inferiores eran artificiales, mientras que la asesina fluía a través del mármol blanco lechoso del suelo como si fuera de hielo.

Zeth vio que las piernas de la asesina eran largas y con varias articulaciones, fusionadas justo por encima de los tobillos por unas varillas metálicas bajo las cuales sus piernas no acababan en un pie, sino en una compleja serie de propulsores magnético-gravíticos que la hacían flotar justo por encima del suelo.

Su forma atlética era bellamente letal, modelada hasta lograr una perfecta forma física por un riguroso régimen de ejercicios, manipulación genética e implantes quirúrgicos.

Melgator se detuvo delante de Zeth e hizo una profunda reverencia con los brazos extendidos a ambos lados.

—Adepta Zeth —empezó—. Es un placer visitar otra vez vuestra magnífica forja.

—Sed bienvenido, embajador Melgator —lo saludó Zeth—. Este es mi magos aprendiz, el adepto Polk.

Dejó que sus palabras quedaran suspendidas en el aire y Melgator leyó expertamente la pausa. Se volvió hacia su acompañante, que llevaba una máscara facial tallada en forma de un sonriente cráneo carmesí con un cuerno de metal brillante emergiendo de la barbilla.

—Ésta es mi... adjunta, Remiare —la presentó Melgator.

Zeth saludó con la cabeza a Remiare y la asesina inclinó su cabeza una fracción en señal de reconocimiento. Zeth se tomó un segundo para estudiar el sistema de puntería acoplado a la máscara de Remiare y los largos sensores en forma de serpiente que oscilaban en el aire desde la parte posterior de su cráneo.

—¿Y qué os ha traído hasta mi forja? —preguntó Zeth, dándose la vuelta y conduciendo a Melgator hacia el muro de puertas de bronce que llevaban al interior. Polk se quedó atrás para permanecer junto a su hombro derecho, mientras que Melgator y Remiare se colocaron silenciosamente a su izquierda.

—He venido a vos porque una gran sombra se cierne sobre nuestro amado planeta, adepta Zeth. Los desastres asolan Marte a cada momento y, en tiempos difíciles, los amigos deben permanecer hombro con hombro.

—Así es —asintió Zeth mientras se dirigían al interior de la forja a lo largo de sus salas arteriales de paredes argénteas—. Hemos sufrido en demasía y se ha perdido mucho que jamás podrá ser recuperado.

—Desgraciadamente es cierto —reconoció Melgator, y Zeth apenas logró evitar su menosprecio al sentir como su falsa preocupación se reflejaba en sus auras—. Por eso es más imperativo que nunca que los amigos se reconozcan unos a otros y hagan lo que sea necesario para ayudarse mutuamente.

Zeth no respondió al comentario de Melgator y giró hacia el Aetna Processional, un corredor de oscuras paredes y ardientes braseros que conducía a una sala de elevado techo en el centro de la forja de la adepta Zeth.

Formada por la interconexión de retorcidas columnas de plata y oro, las paredes semejaban telarañas levantándose hasta un punto central en lo alto de la cámara. Láminas grácilmente curvadas de acero bruñido y cristal se rizaban sobre sus cabezas,

serpenteando entre las columnas para formar un inigualablemente bello techo entrelazado, como centelleantes trozos de hielo congelados en el instante de romperse. Los tóxicos cielos de Marte eran visibles a través de los huecos entre las columnas como angulosas astillas de cadmio, apagados por los escudos de vacío que rodeaban el pico más alto de la forja.

Bajo la cúspide del techo, un amplio pozo descendía hacia las profundidades de la forja, y su ardiente brillo anaranjado iluminaba la parte superior desde el corazón del magma que se encontraba muy por debajo de allí. Un calor abrasador y oleadas de potencia energizante saturaban el aire por encima del pozo mientras Melgator emitía los apropiados sonidos de fascinación.

Receptores como pequeñas branquias laminadas se abrieron entre las arrugas de su cuello cuando Melgator bebió de las invisibles corrientes de electricidad flotante.

Remiare no dedicó ni un pensamiento a la ardiente majestuosidad del lugar, manteniendo ocultos sus propios receptores de energía bajo el mono corporal, y Zeth sintió que la atención de la asesina estaba totalmente centrada en los puntos débiles de su armadura de bronce. Compartió una mirada con el magos Polk, que adoptó una pose deferente junto a ella con la mano oculta entre las mangas de su túnica.

—Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que estuve en el interior de la Cámara de Vesta —dijo Melgator—. Vuestra corriente es excelente. Casi puedo sentir el fuego del planeta rojo en mi interior.

—Siempre ha estado aquí —indicó Zeth—. Los amigos de Ciudad Magma siempre son bienvenidos para tomar sustento dentro de sus muros.

—Entonces espero que contéis al fabricante general entre vuestros amigos.

—¿Por qué no debería hacerlo? —le preguntó Zeth—. Kelbor-Hal jamás ha expresado su desagrado conmigo. El prosigue la gran obra del Mechanicum, ¿no es así?

—Así es, ciertamente —respondió Melgator con rapidez—. Y me ha enviado a vos con el espíritu de la paz en estos oscuros días de pérdidas y muerte para asegurarnos que contáis con su constante buena voluntad.

—El espíritu de la paz —repitió Zeth, caminando alrededor del pozo del centro de la sala. Polk se dispuso a seguirla, pero ella lo detuvo con un gesto. El calor era intenso y ella podía notar como sus porciones orgánicas empezaban a sudar—. ¿Es por ello que venís a mí en compañía de una de las Hermanas de Cydonia?

—Vivimos unos tiempos peligrosos, adepta Zeth —dijo Melgator.

—Eso ya lo habéis dicho.

—Soy consciente de ello, pero se trata de un punto en el que no podré dejar de hacer suficiente hincapié —replicó Melgator—. Un enemigo nos está atacando, debilitando nuestras forjas, y únicamente un loco osaría viajar sin precauciones.

—¿Un asesino es una precaución? —preguntó Zeth, volviéndose hacia Remiare—. ¿La Hermandad Cydonia ha caído tan bajo que ahora no son más que guardaespaldas?

La asesina inclinó la cabeza a un lado, como el pájaro de presa que está observando un bocado indefenso, y aunque la brillante tela ocultó su expresión, Zeth pudo notar un agudo temblor a lo largo de la curva de adamantium de su columna.

—Puedo sentir el miedo que me tenéis —dijo suavemente Remiare con sus ojos como mármoles negros bajo la cornuda máscara de muerte—. Y aun así me azuzáis con palabras envenenadas. ¿Por qué haríais algo así cuando sabéis que soy capaz de mataros?

Zeth controló su respiración y ritmo metabólico con una mesurada liberación de sus inyectores glandulares mientras Melgator decía:

—No va a haber ninguna muerte, Remiare. Esta es una misión de renovación de amistad en un tiempo en que los aliados han de ser más atesorados que las cadenas de datos puros.

Melgator se volvió hacia Zeth con la mano extendida por delante de él.

—Sí, he traído un guerrero a vuestra forja, pero es sólo porque nuestra propia existencia está amenazada por lo que he venido así acompañado.

—Amenazada, ¿por quién? ¿Acaso el fabricante general conoce quién liberó el código corrupto en los sistemas marcianos?

—No lo sabe a ciencia cierta, pero tiene fuertes sospechas —replicó Melgator.

—¿Alguien que os dignareis revelar?

Melgator empezó a rodear el pozo de fuego en dirección a Zeth entrelazando las manos detrás de la espalda mientras andaba.

—Tal vez —asintió Melgator—. Pero primero debo preguntaros cómo escapó Ciudad Magma a la devastación que han sufrido tantas otras forjas menos afortunadas.

Zeth dudó, no muy segura de cuánto sabía Melgator y cuánto únicamente sospechaba. En realidad, ella no estaba totalmente segura de la razón por la que su forja se había salvado, aunque tenía sus sospechas, ninguna de las cuales estaba dispuesta a compartir con un esbirro del fabricante general.



Al final se decidió por una verdad parcial.

—Creo que la singular naturaleza de la noosfera evitó que el código viral entrara en mis sistemas.

—Y aun así las forjas de Ipluvien Maximal y del fabricante locum Kaine sufrieron en el ataque. Ambos han actualizado recientemente sus redes de información al sistema noosférico, ¿no es así? Así que tal vez existe otra razón por la que lograsteis salvaros.

—Si es así, no estoy segura de cuál fue —dijo Zeth, esperando que Melgator pudiera leer su honestidad en la cantinela binaria y no la evasividad de sus palabras. Ella rezó para que las barreras aegis de Polk en su aura noosférica estuvieran activas.

—¿Tal vez podrían ser los últimos experimentos que habéis estado realizando en el interior de vuestra forja interna? No ha pasado inadvertido que vuestra más reciente creación, sea la que sea, requiere transcritores menores secuestrados de Terra y muchos psíquicos mayores secretamente desembarcados de las naves negras.

—¿Cómo pensáis que sabéis lo que está sucediendo en mi forja interior? —preguntó Zeth, agitada hasta la médula de su ser ante la idea de que Melgator estuviera enterado de tales cosas.

—Vamos, adepta Zeth —rio Melgator—. ¿Creéis que las actividades de cualquier adepto de Marte pueden realmente mantenerse en secreto? La información está tejida en cada corriente de electrones que recorre la superficie del planeta rojo, y vos sabéis cuanto les encanta a los espíritus de las máquinas compartir sus secretos.

—Lo que se realice en mi forja tan sólo me atañe a mí, Melgator —le espetó Zeth—. Como he dicho, creo que fue mi adopción de los sistemas noosféricos lo que salvó mi forja de la destrucción.

Melgator sonrió con pesar.

—Muy bien. Aceptaré eso. Tal vez si hubierais compartido libremente la tecnología de la noosfera con vuestros compañeros adeptos, Marte se podría haber librado del horror de la Muerte de la Inocencia.

—Tal vez si el fabricante general hubiera puesto más fe en la noosfera cuando se la presenté, ése hubiera podido ser el caso —contraatacó Zeth.

Melgator sonrió, concediendo el punto.

—¿Puedo hablaros con franqueza, adepta Zeth?

—Por supuesto, la Cámara de Vesta es un lugar de discusión honesta.

—Entonces dejadme que os hable con crudeza —dijo Melgator—. Mi señor cree

que conoce la fuente del ataque contra nuestra infraestructura y trata de reunir a todos los auténticos hijos e hijas de Ares para defender Marte.

—¿Defender Marte? —preguntó Zeth desconcertada—. ¿Defender contra quién?  
—Contra Terra.

Zeth quedó aturdida. De todas las respuestas que hubiera podido esperar de Melgator, ésta no habría estado jamás entre ellas. Trató de disimular su sorpresa dándose la vuelta y mirando hacia el paisaje marciano. El cielo estaba pasando de azul a púrpura, pesadas nubes cargadas de toxinas chisporroteaban sobre la distante forja de Mondus Gamma.

—Terra —dijo ella lentamente, como si mencionara la palabra por primera vez.

—Terra —repitió Melgator—. Ahora que la Gran Cruzada casi ha finalizado, el Emperador desea acabar su unión con Marte y ocupar nuestro mundo como suyo.

—¿Kelbor-Hal cree que el Emperador nos ha atacado? —preguntó Zeth, volviéndose rápidamente para encararse con Melgator—. ¿Os dais cuenta de lo insensato que suena?

Melgator se aproximó a ella con una mirada conciliadora.

—Adepta Zeth, ¿es insensato querer controlar lo que hemos construido aquí a lo largo de los milenios? ¿Es insensato sospechar que el hombre que ha conquistado casi toda la galaxia llegue a permitir que un solo mundo entre millones permanezca independiente de su imperio? No, el ataque a nuestros sistemas de información no ha sido sino el primer paso para romper el Tratado de Olympus y poner de rodillas al Mechanicum.

Zeth se rio en su cara.

—Ahora veo el motivo por el que lleváis a este asesino con vos, Melgator, para el caso en que os llame traidor y haga que os maten.

La postura de Melgator cambió a la agresividad en un mero instante, y las manos que anteriormente tenía tendidas hacia ella cayeron hacia su costado.

—Haríais mejor en escoger cuidadosamente vuestras próximas palabras, adepta Zeth.

—¿Y por qué debería hacerlo? ¿Habéis traído aquí a Remiare para matarme si no os gusta lo que digo?

—No —dijo Melgator—. No sería tan estúpido como para hacer enfadar al Omnissiah matando a un adepto de Marte en su propia forja.

—¿El Omnissiah? —le espetó Zeth—. ¿Habláis de que el Emperador ha roto su

alianza con el Mechanicum y con el siguiente aliento lo utilizáis como razón para no asesinarme?

—Hablo del Omnissiah como un aspecto del Dios Máquina aún por manifestarse, no del Emperador.

—Muchos creen que son uno y el mismo.

—¿Y vos no?

—Vos ya conocéis lo que creo —replicó Zeth enfurecida más allá de cualquier cautela—. No existe un Dios Máquina. La tecnología es ciencia y razón, no superstición y fe ciega. Es lo que siempre he creído y es lo que todavía creo. Ahora, si no vais a asesinarme, ¡marchaos de mi forja!

—¿Estáis segura de esto, Zeth? —la amenazó Melgator—. Si le dais la espalda al fabricante general, sufriréis terribles consecuencias.

—¿Es eso una amenaza?

—¿Una amenaza? No, simplemente una reiteración de que vivimos unos tiempos peligrosos y que la amistad de aliados poderosos no es algo que se pueda menospreciar en los tiempos que se avecinan.

—¿Amistad? ¡Kelbor-Hal me pide que me ponga de su parte contra Terra! —exclamó Zeth—. ¿Qué tipo de amigo pediría algo así?

Melgator ocultó sus manos en las mangas de su túnica.

—La clase de amigo que sabe lo que es mejor para Marte.

Melgator descendió lentamente la escalera de la forja de Zeth mientras saboreaba el recuerdo de la admisión por parte de la adepta Zeth de que no creía en el Dios Máquina. Esa era la única excusa que necesitaba el fabricante general para ocupar Ciudad Magma y descubrir todos los secretos de su forja, y Zeth se la había servido en bandeja.

Se secó la frente con una mano. El sudor se había apoderado de él en el intolerable aire seco que envolvía la ciudad como una mortaja. Melgator había viajado a muchos lugares cumpliendo sus funciones de embajador, pero este lugar había de considerarlo como uno de los menos hospitalarios de Marte.

Cuanto antes fuera arrasado y abandonado, tanto mejor.

Junto a él, Remiare flotaba sin esfuerzo por encima de los escalones; su máscara facial totalmente inescrutable en el brillo anaranjado.

—Zeth sabe por qué se libró del código viral —dijo Melgator—. O al menos

sospecha que lo sabe.

—Evidentemente —respondió Remiare—. Su aprendiz sudaba miedo e información por su aura noosférica. He almacenado todo a lo que pude acceder de sus archivos sobre los trabajos de Zeth en mis circuitos de memoria, y voy a descargarlos en las máquinas lógicas del fabricante general en cuanto regresemos a Mons Olympus.

—¿Podéis descargar datos desde la noosfera? No sabía eso —dijo Melgator bastante nervioso.

—Evidentemente, los secretos de la noosfera son bien conocidos por las Hermanas de Cydonia. Así como los métodos para manipular la estructura mental más allá de ellos.

—¿Y qué pasa con la barrera aegis?

—Es realmente simple de superar.

—¿Ha notado vuestra presencia? —preguntó Melgator.

—No, pero decidí fundir las porciones de su mente que podrían haber llegado a recordarlo.

—Si no detectó vuestra intrusión, ¿por qué la necesidad de quemar sus sinapsis de memoria?

Remiare volvió su máscara de muerte hacia él, y Melgator recordó que los asesinos de Cydonia no se toman a la ligera que les hagan preguntas.

—Porque me divierte hacer sufrir a las cosas vivas —afirmó Remiare—. El aprendiz de Zeth ya no será capaz de establecer recuerdos a largo plazo. Su utilidad como individuo ha acabado.

Melgator tragó saliva, más preocupado que nunca por la monstruosa criatura que tenía junto a él.

Finalmente llegaron al final de la escalera, donde un palanquín gravítico de bronce y paneles de madera pulidos aguardaba para transportarlos a la plataforma de aterrizaje donde aguardaba su transporte.

—Así pues, ¿cómo evitó Zeth el ataque del código viral?

Los mármoles negros y sin alma que hacían la vez de ojos de Remiare parpadearon mientras recuperaban y estudiaban los datos.

—No lo sé, ni tampoco lo sabe Zeth, al menos no completamente, aunque la opinión del aprendiz es que una mujer llamada Dalia Cythera es la responsable.

—¿La transcriptora que Zeth trajo de Terra? ¿Lo hizo ella?

—Eso parece.

—Entonces debemos eliminarla lo antes posible —dijo Melgator—. ¿Dónde está?

—Desconocido. Sus biométricos no están registrados en la base de datos marciana.

—¿Estaba trabajando en la forja de Zeth y ni siquiera pertenece al Culto Mechanicum?

—Aparentemente no.

—Ah, Zeth, casi nos lo estás poniendo demasiado fácil —se rio Melgator—.

¿Puedes seguirle el rastro a esa Dalia Cythera?

—Puedo, pero sería más sencillo lograr la información de la gente que ella conoce —dijo Remiare—. La lista de expedientes de trabajo archivados indica que estaba asignada a un grupo de cuatro individuos: Zouche Chahaya, Severine Delmer, Mellicin Oster y Caxton Torgau. Solamente Mellicin Oster se encuentra todavía en Ciudad Magma.

—¿Dónde?

—Dentro de la subcolmena Epsilon-Aleph-Ultima —dijo Remiare—. Decimoquinto piso, cubículo diecisiete. Fuera de servicio hasta las 07.46 horas de mañana.

—Encuéntrala —ordenó con los dientes apretados Melgator—. Averigua todo lo que sabe.

El levmag estaba a tope, con todos los asientos ocupados, pero la amenazadora presencia de Rho-Mu 31 les aseguró un compartimento privado, aunque quedó igualmente atestado con ellos cinco encajonados en el pequeño cubículo. Rho-Mu 31 estaba de pie junto a la puerta, con su arma en forma de báculo firmemente sujeta sobre su pecho, lo que dejaba los cuatro asientos para Zouche, Dalia, Severine y Caxton.

Zouche y Severine estaban sentados delante de ella, y Caxton yacía con la cabeza apoyada en su hombro, roncando débilmente, la pálida luz artificial de la ventana se reflejaba en su tonsura, y Dalia sonrió mientras se recostaba contra la silla de imitación de cuero. Observó el paisaje marciano mientras el resto dormía. Incluso Rho-Mu 31 descansaba, con el brillo de sus ojos amortecido para conservar la energía, aunque su auspex interno seguía vigilante.

Más allá del cristal protegido por una pantalla de energía, las onduladas llanuras se

perdían en la distancia. El gris vacío de los desiertos contaminados de alguna forma le parecía bello a Dalia. Las líneas levmag abandonadas o inacabadas se extendían hacia la invisibilidad en largas filas de cemento blanqueadas por el sol, lo que le provocó a Dalia un triste dolor en el pecho.

Habían pasado muchos años desde que había visto por última vez un paisaje tan vasto como ése, y aunque era lóbrego e inhóspito, era totalmente abierto y el cielo lo mantenía protectoramente cerca de ellos. Las bandas de nubes contaminantes cruzaban el cielo como rocas sedimentarias, y columnas de luz rompían la oscuridad cuando las naves atravesaban la atmósfera.

Un escalofrío recorrió la columna de Dalia y sintió la dolorosa soledad que se había apoderado de su alma desde la conexión con la cosa que se ocultaba bajo el Noctis Labyrinthus. El desolado vacío del exterior era tan infinito que Dalia podía imaginarse fácilmente que Marte estaba muerto, un mundo totalmente privado de vida y abandonado para toda la eternidad.

Estaba cansada, pero no podía dormir. El negro vacío tras sus ojos acechaba en un rincón de su mente como un depredador aguardando para atacar en el mismo instante en que ella permitiera que las sombras la cubrieran.

—No puedes dormir, ¿verdad? —le preguntó Zouche, y Dalia levantó la mirada—. Pensaba que estabas dormida.

—No —admitió Dalia manteniendo la voz en calma—. Tengo muchas cosas en la cabeza.

Zouche asintió y se pasó una mano por la tonsura.

—Es comprensible. Estamos en un limbo, Dalia. Sólo espero que este viaje acabe valiendo la pena.

—Sé que valdrá la pena, Zouche —le prometió Dalia.

—¿Qué crees que vamos a encontrar allí fuera?

—Sinceramente, no estoy segura. Pero sea lo que sea, sé que está sufriendo. Ha estado atrapado en la oscuridad durante mucho tiempo y está sufriendo. Tenemos que encontrarlo.

—¿Y qué pasará cuando lo hagamos?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando encontremos esa cosa, ese... dragón. ¿Estás pensando en liberarlo?

—Creo que debemos hacerlo —afirmó Dalia—. Nada se merece sufrir como él lo está haciendo.

—Espero que tengas razón —dijo Zouche.

—¿Crees que me equivoco por querer ayudarlo?

—No necesariamente —repuso Zouche—, pero ¿qué pasa si se supone que esa cosa debe sufrir? Después de todo, no estamos seguros de quién la puso en esa situación, así que tal vez hubiera una buena razón para ello. No sabemos qué es, así que tal vez debería quedarse en la oscuridad para siempre.

—No creo que sea así —replicó Dalia—. Nada se merece sufrir por toda la eternidad.

—Algunas cosas sí —afirmó Zouche, bajando la voz a poco más de un susurro apagado.

—¿Qué, Zouche? —quiso saber Dalia—. Dime quién o qué merece sufrir eternamente.

Zouche le sostuvo la mirada. Ella pudo ver que estaba necesitando de todo su autocontrol para mantener la compostura, por lo que se preguntó qué puerta había abierto con su pregunta. Él permaneció en silencio durante unos instantes, y después dijo:

—Hace mucho, antes de que la gente viviera libremente en Nusa Kambangan, ese lugar era una prisión, un lugar infernal en el que se encerraba a lo peor de lo peor: criminales, cirujanos de clonación, violadores, ladrones de genes y asesinos en serie. Y tiranos.

—¿Tiranos?

—O, sí —dijo Zouche, y Dalia pensó que había detectado algo más que una traza de amargo orgullo en su voz—. El mismísimo cardenal Tang fue encarcelado allí.

—¿Tang? ¿El Etnarca?

—El mismo —asintió Zouche—. Cuando su bastión cayó, fue cargado de cadenas y llevado a Nusa Kambangan, aunque sólo estuvo allí unos pocos días. Se propagó la noticia de quién era y otro prisionero le cortó el cuello. Aunque si me preguntas qué creo, te diré que salió muy bien parado.

—¿Que te corten el cuello es salir bien parado? —preguntó Dalia, horrorizada por la frialdad de Zouche.

—¿Después de lo que Tang hizo? Totalmente —replicó Zouche—. Tras todos los sanguinarios pogromos, los campos de muerte y los genocidios, ¿crees que su sufrimiento debería haber acabado rápidamente? Tang merecía pudrirse en el más profundo y oscuro agujero de Terra, condenado a sufrir los mismos tormentos y

agonías que él había infligido a sus víctimas. Al final, su sufrimiento acabó mucho más rápido que el de los millones que había asesinado durante su reinado. Por tanto, sí, Dalia, hay quien se merece que lo dejen en la oscuridad para pagar por sus crímenes durante toda la eternidad.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Zouche mientras hablaba, y Dalia sintió una oleada de pena, como si compartiera una parte de su dolor, pese a que no lo entendía totalmente.

—Mis padres murieron en uno de los campos de Tang —continuó Zouche, secándose las lágrimas con la manga—. Por el crimen de enamorarse cuando habían sido genéticamente asignados a otras parejas. Ellos mantuvieron su relación en secreto, pero cuando yo nací, fue obvio para todo el mundo que habían producido un vástago inferior y fueron arrojados a uno de los campos de la muerte de Tang en la isla Roon.

—Oh, Zouche, eso es terrible —dijo Dalia—. Lo siento. No lo sabía.

Zouche se encogió de hombros y miró más allá de la ventana del compartimento.

—¿Cómo podías saberlo? Pero no importa. Tang murió y ahora nos guía el Emperador. La gente como Tang no volverá a prosperar jamás ahora que el Imperio está en sus manos.

—Tú no eres un ser inferior —dijo Dalia, cortando el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué? —preguntó él, mirándola.

—He dicho que no eres un ser inferior —repitió Dalia—. Puedes pensar que lo eres porque tienes un aspecto distinto al resto de nosotros, pero no lo eres. Eres un brillante ingeniero y un amigo leal. Estoy orgullosa de que estés conmigo, Zouche. Muy orgullosa.

Él sonrió y asintió.

—Sé que lo estás, y me alegro de ello, pero sé lo que soy. Eres una buena chica, Dalia, así que te estaré agradecido si no mencionas esto a nadie, ¿comprendido?

—Por supuesto —le aseguró Dalia—. No diré ni una palabra. En cualquier caso, creo que el resto se va a pasar durmiendo todo el viaje.

—Es bastante probable —asintió Zouche mientras extendía discretamente un enlace mecadendrítico hacia el puerto de conexión en la pared del compartimento. Unas luces parpadeantes flotaron tras sus párpados mientras se conectaba con la máquina lógica a bordo del levmag. Era fácil olvidar que el Mechanicum había modificado considerablemente a Zouche, pues la mayoría de sus implantes eran sutiles



y él era reticente a mostrarlos abiertamente a nadie que no fuera del Culto Mechanicum—. Nos va a llevar dos días llegar al punto más próximo al Noctis Labyrinthus, un lugar periférico de Mondus Gamma en las subfactorías septentrionales de Syrian.

—¿Dos días? ¿Por qué tanto tiempo?

—Éste es un tren de suministros —explicó Zouche—. Vamos a tener que pasar por un montón de poblaciones fronterizas en el borde del pallidus. Según la tabla de tiempos de a bordo, estamos a punto de llegar a Frontera Ceniza, y luego pasaremos por Ciudad Duna, Borde del Cráter y Garganta Roja antes de empezar a descender hacia Syria Planum y Mondus Gamma.

—No son demasiado originales al ponerles nombres a los asentamientos, ¿verdad? —observó Dalia.

—No mucho. Supongo que simplemente los nombran según los ven —dijo Zouche—. Cuando vives en la frontera de lo civilizado, la simplicidad es una virtud.

—Creo que eso es una virtud en todo lo que hagas —puntualizó Dalia.

El habitáculo estaba caliente, pero eso no era una novedad, siempre estaba cálido. El aire caliente procedente de la laguna de magma descendía por las laderas del volcán en secas y abrasadoras oleadas para absorber toda la humedad del ambiente como un deshumidificador gigante.

Mellicin yacía en su cama, con una mano encima de la frente. El sudor se le acumulaba en la depresión de los huesos de la clavícula y se sentía inconfortablemente pegajosa y caliente. El atomizador estaba conectado, aunque bien podría desconectarlo por el efecto que estaba teniendo. Se volvió de lado, incapaz de dormir y de dejar de pensar en lo que podría estar sucediéndoles a Dalia y a los otros.

Se dijo a sí misma que no se sentía culpable, pero sólo se lo creía a medias.

Zeth la había asignado junto a Dalia con la misión específica de informarla de sus impresiones y apreciaciones de la mente de la joven transcriptor, y eso era exactamente lo que había hecho. No había cometido ninguna traición, ni había abusado de la confianza ni, desde luego, había sido desleal.

La única traición la habría cometido si hubiera fallado en la misión que le había encomendado su señora. En ese caso, ¿por qué se sentía tan mal por haberle contado a la adepta Zeth los planes de Dalia?

Mellicin sabía exactamente por qué se sentía mal.

En las semanas que había pasado trabajando con Dalia Cythera, Mellicin había redescubierto la alegría de trabajar en las fronteras de la tecnología. Juntos, habían descubierto cosas nuevas y maravillosas, aparatos y teoremas científicos que habían demostrado que eran válidos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que ella, o cualquiera en el Mechanicum, había logrado algo así? Ciertamente, la adepta Zeth siempre estaba presionando más allá de los límites de lo conocido y de lo aceptado, pero ella no era más que un minúsculo engranaje en una máquina mucho más grande, y sólo se atrevía a llegar hasta un determinado punto.

El Mechanicum era tradicional e implacable con los que desobedecían sus reglas.

Hacía menos de un día que se habían marchado y ya los echaba de menos. Le hubiera gustado haber sabido dónde estaban para poder seguir su avance a través de las redes marcianas, pero había borrado de sus espirales de memoria el destino de Dalia.

Por lo que ella sabía, ahora mismo podían encontrarse en cualquier lugar, en ruta hacia el punto más alejado del planeta.

Mellicin se había acostumbrado a sus debilidades, puntos fuertes y ángulos ciegos. Se había nutrido de sus compañeros, los había fundido en uno solo hasta formar un equipo que trabajaba mucho más eficazmente y con más entusiasmo que cualquier de ellos por separado lo había hecho jamás.

Ahora ellos estaban allí fuera haciendo buen uso de sus enseñanzas y ella se había quedado atrás.

Se sentó en la cama y se pasó la mano por el cabello. Estaba enredado y sudado, y por mucho que estuviera bajo la ducha sónica no lograría notarlo limpio. Caminó suavemente desde la alcoba hacia la cocina para prepararse un poco de cafeína. Si no iba a lograr dormir, bien podía pasar el tiempo de forma más productiva.

Bostezó cuando el anillo calórico hizo hervir el agua, y se secó el sudor de una ceja mientras la cafetera burbujeaba y silbaba. Se sirvió una taza y se sentó en el diminuto comedor, tras el cristal polarizado que daba a la superficie del planeta rojo.

A esa altura, Mellicin estaba por encima de los distorsionantes vapores que cubrían las ventanas de los niveles inferiores de mugre y depósitos piropásticos. Muy por debajo de ella, Ciudad Magma brillaba con las luces, un océano de resplandecientes industrias en medio de un desierto de complejos industriales abandonados. Caminos argénteos de levmag salían de la ciudad dirigiéndose a todos los rincones de Mane, pero aparte de eso el planeta estaba cubierto por una mortaja de

nubes de polvo y niebla de contaminantes.

Mellicin dejó a un lado la taza y apoyó la frente en el cristal caliente. Las luces se movían por la ciudad, y los transportes de carga y suministros trazaban resplandecientes caminos mientras se dirigían a las instalaciones portuarias.

—Estés donde estés, Dalia, te deseo buena suerte —susurró, sintiéndose muy sola. Frunció el ceño al darse cuenta de que no estaba sola.

Su controlador biométrico estaba detectando otra forma de vida en su habitáculo.

—Me estaba preguntando cuándo me detectarías —dijo una voz desde las sombras.

Mellicin pegó un salto al oír la voz, y miró hacia arriba con congelada sorpresa cuando una esbelta y sensual mujer planeó desde la oscuridad. Iba vestida con un mono corporal rojo que se ajustaba perfectamente a su piel y un par de pistolas finamente trabajadas enfundadas en las caderas.

Mellicin se recuperó de su sorpresa.

—Sabía que estabas aquí, simplemente estaba esperando a ver cuándo ibas a presentarte.

—Eso es mentira, pero necesaria para hacerte sentir que sigues teniendo el control —dijo la mujer.

—¿Quién eres y qué estás haciendo en mi habitáculo? —la interrogó Mellicin, todavía demasiado sorprendida para sentir nada más que preocupación.

—Mi nombre es irrelevante, pues pronto no lo recordarás —respondió la mujer y, mientras se movía hacia la luz, Mellicin pudo ver la dorada máscara de muerte que llevaba—. Pero para que conste, me llamo Remiare.

La preocupación de Mellicin se convirtió en miedo al darse cuenta de lo que era esa mujer.

—Sólo has contestado a la mitad de mi pregunta.

Remiare inclinó la cabeza hacia un costado.

—Todavía crees que mantienes un cierto grado de control, ¿verdad?

—¿Qué quieres? —le preguntó Mellicin, adentrándose más en la esquina del comedor.

—Sabes lo que quiero.

—No, en serio —insistió Mellicin—. No lo sé.

—Entonces te lo diré —dijo Remiare—. Quiero que me digas el paradero y destino de Dalia Cythera.

Mellicin frunció el ceño, como si estuviera pensando, y activó su alarma silenciosa. La adepta Zeth estaría al tanto de su situación y rápidamente enviaría una escuadra de protectores mechanicus para rescatarla. Todo lo que ella debía hacer era ganar tiempo.

—¿Dalia? —preguntó finalmente—. ¿Por qué quieres saber de ella?

—No más preguntas —la apremió Remiare—. Dime lo que quiero saber y te prometo que no sufrirás.

—No puedo —replicó Mellicin—. Aunque quisiera. Puede que haya sabido lo que quieres saber, pero ya no lo recuerdo.

—Estás mintiendo.

—No miento. La adepta Zeth me ha hecho borrar todo conocimiento de hacia dónde se dirige Dalia de mis espirales de memoria.

Lamentó su tono petulante inmediatamente al ver que Remiare se acercaba y Mellicin pudo distinguir la luz rojiza de la laguna de magma reflejada en su máscara de muerte. Su cara tenía la mirada de algo vil y terrible, un lascivo monstruo procedente de sus peores pesadillas. Incluso a través de su miedo, reconoció el exquisito trabajo de los propulsores gravíticos de la asesina, la sinuosa forma de un asesino criado y entrenado desde su nacimiento.

—Pues eso es muy malo para ti.

—¿Y por qué debe serlo? —preguntó Mellicin, tratando de reunir un poco de bravuconería.

—Porque realmente nada queda totalmente borrado, Mellicin —dijo Remiare mientras un pincho de plata se extendía desde su dedo índice.

A pesar del calor en el pequeño habitáculo, Mellicin sintió repentinamente mucho frío al reconocer el pincho de datos.

—¿Por qué quieres encontrar a Dalia? —preguntó Mellicin. Las palabras surgieron con una presteza inducida por el miedo—. Quiero decir, ella no es nadie, una simple transcriptora procedente de Terra. Todo lo que hace es tomar notas de nuestro trabajo. De verdad, ¿por qué la quieres?

La cabeza de Remiare se abalanzó hacia delante como un ave de presa y rio, emitiendo un sonido muerto, sin alma.

—Estás tratando de hacerme seguir hablando porque crees que la ayuda está en camino, pero no es así. Nadie va a venir, Mellicin. Yo soy la única que está escuchando esa insultantemente simple alarma silenciosa que tus implantes están

emitiendo.

—¡Te lo aseguro, he borrado todos los datos que estás buscando!

—Puedes haber borrado tus espirales de memoria, pero la débil carne que hay debajo recuerda —dijo Remiare, moviendo suavemente el dedo—. El Mechanicum jamás borra nada.

Mellicin miró hacia su taza de cafeína y se preguntó si sería suficientemente rápida para lanzarla a la cara de la asesina. La pregunta quedó respondida un instante después. En un segundo, la mujer de rojo estaba de pie junto a ella, y al siguiente estaba sentada a su lado, apretándola contra el caliente cristal de su habitáculo.

Una mano con dedos como varillas de metal la agarró por el cuello y mantuvo su cabeza estirada hacia atrás.

—¡No sé lo que quieres saber! —gritó Mellicin mientras el pincho de datos de la asesina le atravesaba el orbe artificial que reemplazaba a su ojo derecho.

—Voy a encontrar lo que quiero —prometió Remiare—. Lo único que debo hacer es profundizar lo suficiente.



## CAPÍTULO 6

Siempre había temido aquello, pero ahora que era su vida, sabía que no tenía nada que temer. En el mundo de la carne su cuerpo había envejecido y se había debilitado, pero aquí, en el mundo de la suspensión amniótica, era todopoderoso y podía conseguir lo que quisiera.

En la máquina de guerra simulada, el princeps Cavalerio luchaba y mataba como un dios de metal viviente, pisando el campo de batalla virtual como un coloso de combate. Sus enemigos morían: skitarii aplastados bajo los pies, Reaver destruidos por el terrible infierno del combate entre máquinas y Warlord destripados por demoledoras andanadas de destrucción.

El mundo de la carne se había acabado para Cavalerio. Ahora su dominio era el mundo del metal.

Los datos líquidos formaban espirales a su alrededor, alimentándolo a través de receptores implantados bajo la piel, llenando sus aparatos sensores con información que habría saturado los cerebros de aquellos menos modificados que él. Unos dardos de luz, cada uno conteniendo una confusión de datos, oscilaban a su alrededor como bancos de peces de colores mientras acababa otra simulación como vencedor.

Cavalerio estaba irreconocible como el renqueante mortal que había caminado por la superficie de Marte. Había sido un hombre, pero ahora era una creación del Mechanicum. Su carne pálida flotaba en una gelatina rica en nutrientes, colgado de multitud de cables que lo conectaban con el mundo a su alrededor de innumerables maneras.

Cada día desde su confinamiento en el tanque le aportaba nuevas conexiones,

nuevos implantes y nuevas sensaciones. Sólo entonces fue consciente de lo imperfecta que había sido su existencia como mero mortal, confinado a utilizar únicamente sus cinco sentidos.

Un grueso y rígido cable le atravesaba la columna entre las vértebras lumbares, mientras que otros cables más delicados estaban conectados a las cuencas de los ojos. Un bosque de cables que surgía de la parte posterior de su cavidad craneal lo conectaría con el Colector cuando volviera a estar al mando de una máquina. Ambos brazos estaban recubiertos de metal hasta los codos, y los pies le habían sido amputados y reemplazados por fundas sensoriales.

La transición había sido difícil y no exenta de problemas, pero su asistente, Agathe, había estado con él a cada paso del camino, tranquilizándolo, alabándolo, animándolo a superar todos los problemas. Aunque inicialmente había sido hostil a la idea de una asistente, Cavalerio apreciaba ahora cuán importante era esa persona cuando se está confinado dentro de un tanque amniótico.

La terrible y dolorosa pérdida del *Victorix Magna* todavía lo perseguía en sus pesadillas, y sabía que sería así durante el resto de su vida. Ningún princeps sobrevivía a la muerte de su máquina sin una profunda cicatriz psicológica, pero con cada combate simulado su confianza bélica se hacía más fuerte. Pronto su habilidad para dirigir una máquina se haría más rápida y más eficiente, hasta llegar a un punto en que sabía que sería mejor de lo que jamás había sido en su vida anterior.

Cuando esa última simulación llegó a su fin, el furor de la batalla y el regocijo de la conexión se desvanecieron de su consciencia con una aguda punzada de pesar. No era lo mismo que desconectarse físicamente de una máquina, pero se le aproximaba, y todavía podía seguir sintiendo el hambre de volver creciendo en los límites de su psique.

—¿Cómo he podido llegar a existir antes de esto? —canturreó con un suave suspiro de binario.

Su consciencia del mundo a su alrededor se focalizó mientras las imágenes de la batalla se desvanecían como fantasmas desterrados. Lentamente, el mundo de la realidad empezó a imponerse por sí mismo en sus percepciones. Aunque Cavalerio ya no veía el mundo como antaño lo había hecho, los sensorium instalados como parte de su tanque le permitían más agudeza que nunca antes. Identificó los biométricos de las dos personas que estaban de pie junto a su tanque antes de lograr una identificación visual.

Podía ver la forma física de Agathe, que era bajita y ligeramente regordeta, así como leer sus datos biométricos y la densidad de los campos eléctricos de sus sutiles implantes. Sus modificaciones noosféricas parpadeaban y unos diminutos geiseres de luz informativa le pasaban por encima de la cabeza.

La segunda figura era el princeps Sharaq.

—¿Mi princeps? —dijo Agathe, sorprendida por su repentina vocalización—. ¿Necesitáis algo?

—¿Hmmmmmm? No, Agathe, sólo estaba pensando en voz alta.

—Felicidades por otro combate triunfal, Indias —le dijo Sharaq.

—Gracias, Kel —respondió Cavalerio—. ¿Has visto cómo he acabado con el segundo Warlord?

Sharaq sonrió, y Cavalerio leyó el genuino placer que su amigo sentía por el logro.

—Lo he visto, mi princeps. Una jugada maestra.

—Lo sé —replicó Cavalerio sin arrogancia—. Cada vez soy más rápido y más coherente en mis órdenes de lo que jamás he sido. Simplemente he de pensar una orden y la máquina responde. El flujo de datos penetra directamente en mí a través del Colector, lo que incrementa mi reacción y mi tiempo de respuesta en un promedio de nueve punto siete por ciento. Eso es mucho más que la diferencia entre la vida y la muerte de una máquina.

—Me alegro de oírlo —dijo Sharaq—. Entonces, ¿os estáis adaptando bien?

—Así es, Kel, me estoy adaptando. Mis días son completos. Libro enfrentamientos simulados cada día, aunque ahora sólo me observa Agathe. Entre mis batallas y operaciones, el princeps Kasim viene a comprobar mis progresos y compartimos relatos de la historia de nuestra gloriosa legio.

—¿Y el tanque? —preguntó Sharaq—. ¿No echáis en falta... bueno, la carne?

Cavalerio dudó antes de contestar.

—Es difícil —admitió finalmente—. Durante mucho tiempo pensé que me volvería loco aquí dentro, pero Agathe ha ayudado a muchos princeps a ajustarse a esta nueva vida. Y en estos momentos estoy empezando a comprender que esto es a lo que estaba destinado.

—¿Destinado?

—Sí, Kel, destinado. No sé por qué me resistí a la inmersión todos estos años. Me conecto con el Colector y estoy mucho más cerca de la máquina de lo que jamás lo estuve. Cuando comandaba el *Victorix Magna* podía notar cómo se sentía, pero era



una sensación prestada. Ahora soy la máquina. Este no debería ser el último recurso para un princeps anciano o herido, debería ser el método estándar de mando en todas las máquinas más grandes.

—Creo que os sería muy difícil convencer a los más recalcitrantes de ello.

—No si supieran lo que ahora sé —replicó Cavalerio—. Pero mejor que nos dejemos de cháchara y pasemos a hablar del verdadero motivo de tu visita.

Sharaq asintió y rodeó el tanque con el temor de alguien en presencia de la grandeza, y Cavalerio leyó su incomodidad en el incremento de su ritmo cardíaco y los picos de sus ondas alfa.

—No te preocupes, Kel —lo animó Cavalerio—. No hace falta que te sientas culpable. Hiciste lo que debías hacer y me habrías decepcionado mucho si no lo hubieras hecho.

Sharaq dejó de dar vueltas alrededor del tanque y se arrodilló ante él y colocó la mano sobre el cálido cristal del tanque. Cavalerio flotaba en la parte frontal, su carne marmórea y lustrosa, sus rasgos casi ocultos por los complejos implantes que lo conectaban a la maquinaria de su soporte de vida. Únicamente unos centímetros de cristal reforzado separaban a los dos hombres, pero una anatomía surgida de los implantes creaba un abismo entre sus humanidades.

—No me siento culpable —repuso Sharaq—. Sé que hice lo que debía hacerse. Entonces no estabais preparado para el mando de la legio, y pese a vuestros progresos no creo que todavía lo estéis. Pronto, pero todavía no.

—Entonces ¿por qué has venido?

—Necesito vuestra ayuda, señor de la tormenta —le dijo Sharaq—, y también vuestra experiencia. Me temo que no estoy hecho del mismo material que vos. El liderazgo se encuentra de forma natural en vuestra sangre, pero no en la mía.

—Entonces, habla —ordenó Cavalerio—. Puedo no ser el princeps senioris, pero sigo siendo tu amigo.

Las palabras estaban destinadas a confortar a Sharaq, pero únicamente parecieron herirlo más. Este miró hacia Agathe antes de hablar.

—Tal vez deberíamos hablar en privado, mi princeps.

—Agathe es mi asistente, y cualquier cosa que tengas que decir puede ser dicho delante de ella.

—Muy bien, señor de la tormenta —asintió Sharaq—. Os habréis dado cuenta de que no habéis sido conectado a ningún puerto con acceso exterior durante vuestra

recuperación. El médico consideró que esto retrasaría vuestro ajuste si recibíais un flujo demasiado elevado de datos.

—Una decisión que, con retrospectiva, aplaudo —admitió Cavalerio—. Así que dime, ¿qué ha estado sucediendo fuera de nuestra fortaleza? ¿Moras ha sido castigado por su violación de nuestro territorio?

Sharaq negó con la cabeza.

—No, mi señor —dijo—. No lo ha sido. El princeps conciliatus ha sido informado de los hechos y han emitido las convocatorias, pero tanto el fabricante general como el princeps Camulos han hecho caso omiso de las mismas.

—¿Una convocatoria del conciliatus y una disputa entre las legios y no han hecho caso? ¡Eso no tiene sentido!

—Es posible que todo Marte se haya vuelto loco, mi princeps —le confirmó Sharaq.

—¿Qué quieres decir?

Sharaq intercambió una mirada con Agathe.

—La situación en Marte se ha deteriorado casi hasta el punto de la guerra abierta. Los desastres asolan al Mechanicum por todas partes, y se nos ha pedido diariamente que nuestras máquinas salgan a patrullar.

—¿Quién lo ha pedido?

—He recibido misivas de al menos diecisiete forjas, todas suplicándonos que iniciemos una ejecución. Con vuestro permiso, me gustaría cargar en vuestro tanque los últimos datos sobre la situación táctica actual.

—Por supuesto, Kel —dijo Cavalerio—. Inmediatamente.

Sharaq no dijo nada y no pareció moverse, pero Cavalerio sintió un flujo de datos mientras el princeps desbloqueaba noosféricamente las redes que formaban parte de la red de comunicaciones marciana que era suministrada directamente en el líquido inteligente del tanque.

—Sangre del Omnissiah —silbó Cavalerio mientras la información permeaba su mente vía osmosis informacional. En un instante absorbió los terribles eventos de la Muerte de la Inocencia causada por un terrible código viral, la serie de catastróficos fallos mecánicos y el incremento de la violencia que se manifestaba por toda la superficie de Marte.

Vio los baños de sangre cuando las forjas marcharon a la guerra y las antiguas rencillas se reactivaron. Vio las invasiones oportunistas de territorios, los rencorosos

actos de venganza y las hambrientas apropiaciones de los conocimientos del rival. Los tambores de guerra estaban sonando por todo Marte, azuzando los belicosos corazones de los hombres y espoleando la cada vez más amenazante presencia de una guerra civil.

Le entristeció mucho darse cuenta de que, por mucho que pudieran considerarse una raza aparte, el Mechanicum era tan proclive a las debilidades humanas como sus hermanos no modificados.

—¿Y el ataque de ese código viral se produjo justo cuando Mortis se dirigió a Mons Ascraeus?

—Creo que nos vimos perturbados por sus primeros efectos —le informó Sharaq—. Era fragmentario y disperso, y las modificaciones noosféricas de Zeth nos libraron de sufrir tanto como otros, pero la Legio Fortidus y la Legio Agravides ya no existen. Sus reactores entraron en punto crítico y destruyeron totalmente sus fortalezas, así como buena parte de Mons Erebus.

Cavalerio digirio la información sin hacer comentario alguno, aunque le afrentaba pensar que dos legios aliadas se hubieran perdido por tan ignominioso destino. Repasó impasiblemente los datos que le habían suministrado, tamizando la gran cantidad de comunicados contradictorios, órdenes, peticiones, exigencias, súplicas y propaganda que circulaba entre las forjas. Se estaban formando facciones, frágiles alianzas trazadas siguiendo las líneas del antiguo cisma del Omnissiah.

Erupciones de cánticos circulaban por el planeta, algunos exigiendo el fin de la unión de Marte con Terra, mientras que otros urgían a todo Marte a golpear con más fuerza el alma de la roca natal de la humanidad. Y lo que era peor, muchos de estos comunicados habían salido del planeta, propagándose como una plaga por medio de las naves que partían o a través de las visiones astropáticas lanzadas al vacío hacia los contingentes del Mechanicum que acompañaban a las flotas expedicionarias por toda la galaxia.

—¿Qué es toda esta palabrería sobre Horus Lupercal? —preguntó Cavalerio, leyendo la versión binaria del nombre del primer primarca una y otra vez—. ¿Qué tiene que ver el señor de la guerra con todo esto?

—No estamos seguros, mi princeps —dijo Sharaq—. Las facciones que abogan por romper las relaciones con Terra parecen estar apoyando al señor de la guerra como su liberador ante el Emperador. Es difícil sacar algo en claro de todo ello, su código es tan corrupto que se trata de poco más que aullidos binarios que parecen

indicar el nombre del señor de la guerra.

—¿Han llegado a Terra las noticias de todo esto?

—La comunicación intersistema es errática, pero el adepto Maximal aparentemente ha logrado comunicarse de forma intermitente con el Concilio de Terra.

—¿Y qué ha logrado sacar en claro?

—Parece que están tan confusos como nosotros, mi princeps —dijo Sharaq, respirando profundamente antes de continuar—. Ha sucedido algo terrible en el sistema Istvaan, algo que tiene que ver con los astartes, pero no hemos podido obtener informaciones concretas.

—Pero ¿qué pasa con Marte? —insistió Cavalerio—. ¿Qué dicen ellos en relación a Marte?

—El Mechanicum ha sido informado de que debe sofocar las rebeliones, o las legiones lo harán por él.

El levmag avanzó muy rápidamente a través del borde meridional de las altiplanicies de Tharsis, rozando los límites del pallidus y atravesando diversas tormentas de viento cargadas de partículas durante su viaje hacia el este. Dalia encontró la visión de las flotantes cenizas extrañamente alentadora y se pasó horas observando los vórtices en espiral que recorrían el convoy en toda su longitud.

Observó el polvo rodando una y otra vez por el paisaje y envidió su libertad de movimientos, desplazado por el viento de aquí para allí sin ninguna dirección en particular. Cada vez más se sentía como si su vida fuera como la del levmag, viajando por unas vías fijas, guiado inexorablemente hacia delante, hacia un destino inevitable. La noción del libre albedrío y la libertad de elección le parecían totalmente alienígena y extraña, como si su cerebro simplemente estuviera respondiendo a estímulos externos y ella no tuviera otra opción que obedecer.

Vieron poco de los demás pasajeros durante el viaje, excepto por el ocasional despistado pasando por el corredor hacia o desde los cubículos de ablución o los dispensadores de comida. Dalia reconoció a la mayor parte de ellos como adeptos de bajo nivel que llevaban a cabo encargos de sus maestros, servidores en reasignamiento automático o trabajadores emigrantes dirigiéndose a otra forja esperando lograr un trabajo. Posiblemente viajaban unas trescientas almas con ellos, pero ninguna les prestó una especial atención, algo por lo que Dalia estaba extremadamente agradecida.

La emoción de aventurarse fuera de los límites de la forja se había ido disipando en su reducido grupo tras las primeras horas, y todos se habían sumido en el extraño silencio de los viajeros en un largo viaje con nada que hacer para ayudarlos a pasar el tiempo. La perspectiva de ver una de las fronteras pallidus al otro mundo los había emocionado, pero incluso esta perspectiva se había desinflado.

Cuando el levmag se aproximó a Frontera Ceniza, todos se habían levantado para ver cómo era uno de aquellos pueblos fronterizos, pues ninguno de ellos se había aventurado más allá de las colmenas de las regiones más pobladas de Marte.

Aunque Rho-Mu 31 afirmara que no esperaba ningún problema, Dalia vio como activaba su auspex de vigilancia en cuanto estuvieron cerca de la antena de la red de comunicaciones de la población, pero no se lo mencionó a los demás.

Frontera Ceniza resultó ser a la vez exótico y ligeramente aburrido, con oxidados silos de mineral, almacenes carcomidos para materiales recuperados y gigantescas máquinas de perforar dominando la línea del horizonte. Pero con los recuerdos de una forja del Mechanicum todavía frescos en sus mentes, el complejo industrial de Frontera Ceniza les pareció pequeño y poco interesante.

Los habitantes eran hombres y mujeres de aspecto huraño. Sus caras azotadas por los elementos y sus desgastadas ropas estaban cubiertas de gruesas capas de ceniza. No daban la bienvenida y desaparecían en sus destartaladas viviendas en cuanto su cargamento era entregado por un puñado de arcaicos servidores de carga.

Ciudad Duna justificaba plenamente su nombre, y demostró no ser menos prosaico, con modelos de servidores aún más antiguos descargando el inventario asignado antes que el levmag se dirigiera hacia Borde del Cráter.

Para entonces habían estado viajando durante un día y medio y el cansancio estaba empezando a hacer mella en ellos, y les resultaba difícil dormir. Aunque el viaje transcurría sin problemas, los asientos del compartimento habían sido diseñados por su funcionalidad práctica, no para ser confortables.

Ninguno de ellos había sido capaz de reunir demasiado entusiasmo para ver la proyección de Zouche de la visión desde el compartimento del conductor mientras se aproximaban al Borde del Cráter, pero cuando el levmag se detuvo en el muelle elevado, fue evidente que aquello era algo era distinto.

El lugar estaba vacío. Las casas parecían abandonadas y las calles desiertas, pero era imposible deducir si los habitantes habían sido expulsados o si habían partido por propia voluntad.

El levmag estaba en ruta automatizada, así que el misterio se quedó sin resolver, y los suministros mineros designados para esa población permanecieron en las bodegas del serpenteante transporte cuando éste reanudó la marcha.

En cuanto Borde del Cráter desapareció entre el polvo y la neblina, Dalia sintió un peso del que ni había sido consciente desaparecer de sus espaldas, como si una sigilosa enfermedad envolviera el pueblo. El lugar simplemente la hacía sentirse... mal.

No eran los efectos de una enfermedad o la muerte, sino una gorgoteante risa sibilante en código lo que atrapó flotando en las ondas.

Garganta Roja estaba igualmente desierto, con el extraño susurro de código flotando a su alrededor. Dalia pilló a Rho-Mu 31 moviéndose intranquilo al oírlo también: un insistente arañazo que irradiaba de las esquinas de la mente como una pulga incrustada.

Ella buscó su mirada cuando el levmag se alejó, y ambos fueron conscientes de que el otro había detectado el código maligno en el aire.

Rho-Mu 31 negó con la cabeza y ella captó perfectamente su significado.

*No digas nada.*

Finalmente, el levmag empezó a aproximarse a la serrada línea de picos que separaba las altiplanicies de Tharsis de la magnífica extensión de Syria Planum. Tras una larga trayectoria curva hacia el sur, el levmag giró hacia el norte y empezó a subir lentamente por encima de las espirales de roca presionadas unas contra otras en una colisión geológica todavía activa. Los cielos más allá de la escarpadura eran negros y rasgados por rayos escarlata, como si se estuviera preparando una gran tormenta.

Había sido un viaje largo, y la visión de los dos pueblos desiertos había intranquilizado a todo el mundo. Todos habían escuchado historias de pueblos abandonados cuando el mineral, o lo que originalmente hubieran extraído sus habitantes, se agotaba, pero Garganta Roja y Borde del Cráter no habían sido abandonados, simplemente estaban vacíos, como si sus habitantes se hubieran desvanecido. Desaparecidos en un solo latido de corazón.

—Tal vez han sido reclutados a la fuerza —sugirió Severine—. He oído que a veces pasa. Un maestro de forja no puede cumplir su cuota y envía a sus protectores al campo para capturar más gente para trabajar en sus forjas.

—No seas ridícula —la reconvino Caxton—. Eso no son más que historias para

asustar a los críos.

—¿Lo son? —lo desafió Severine—. ¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé, ¿de acuerdo?

—Oh, bien, ya me siento mucho mejor.

—¿Y tú qué piensas, Rho-Mu 31? —preguntó Zouche en un tono teatral—. ¿La adepta Zeth te ha enviado alguna vez a conseguir esclavos para trabajar en sus forjas volcánicas?

—De vez en cuando —admitió el protector.

Eso hizo que todos se callaran.

—¿Estás bromeando, verdad? —le preguntó Caxton—. Dime que estás bromeando.

—Soy Mechanicum —respondió Rho-Mu 31—. Nunca bromeo.

Dalia miró los orbes verdes que hacían de ojos de Rho-Mu 31, y aunque estaban vacíos de cualquier atisbo de humanidad, notó la irónica alegría escrita en su campo eléctrico. Sonrió ante la terrible expresión de las caras de sus amigos y se dio la vuelta para no echar a perder la diversión de Rho-Mu 31.

—Eso... eso es terrible —dijo Severine.

—¿El Mechanicum utiliza esclavos? —fue el disgustado comentario de Caxton.

—Tenía mejor opinión de ti, Rho-Mu 31 —dijo Zouche—. Tenía mejor opinión de la adepta Zeth.

Cuando consideró que el silencio había sido suficientemente largo, Rho-Mu 31 se inclinó amenazadoramente hacia ellos.

—¡Os pillé!

Un instantáneo silencio de aturdimiento siguió a las palabras de Rho-Mu 31, y a continuación la tensión en el compartimento se convirtió de forma repentina y explosiva en una risa histérica.

—Eso no ha sido divertido —dijo Caxton entre risas y secándose las lágrimas de los ojos.

—No —confirmó Severine—. No deberías hacer cosas como éstas.

—¿Qué? ¿No puedo hacer un chiste? —preguntó Rho-Mu 31.

—Creo que simplemente se han sorprendido de que hayas hecho uno —apuntó Dalia, volviendo a mirar hacia el compartimento—. No creo que estén acostumbrados a que el Mechanicum trate de ser divertido.

Rho-Mu 31 asintió.

—Puedo ser Mechanicum, pero sigo siendo un ser humano.

Con eso, el extraño desánimo que se había apoderado de ellos al ver los pueblos desiertos desapareció y empezaron a charlar tan animadamente como cuando habían construido la primera versión del lector akashico.

La emoción del viaje hacia lo desconocido regresó, y mientras el levmag se abría paso colinas arriba, Zouche extendió un discreto dendrito y se conectó al puerto de comunicaciones del compartimento, proyectando la visión del pictógrafo sobre el cristal de la ventana.

Esta vez observaron ansiosos las imágenes mientras Zouche enfocaba la proyección. Vieron las desoladas llanuras extendiéndose hacia el sur y la mancha negra en el horizonte por encima de Ciudad Magma, a casi dos mil kilómetros de distancia. A petición de Caxton, Zouche enfocó el ángulo de visión al frontal del levmag, y las imágenes titilaron mientras mostraban la argéntea línea magnética que los llevaba a través de las montañas.

Dalia dejó escapar un pequeño jadeo de miedo al ver desaparecer la línea del levmag en el interior de una boca cavernosa enmarcada en acero que atravesaba la cara de los acantilados y los conducía a través de la roca hacia Mondus Gamma.

Aferró la mano de Caxton y la apretó con fuerza a medida que el túnel se acercaba, sintiendo que su densa oscuridad era repentinamente terrorífica.

—¿Qué pasa? —inquirió él.

—No me he dado cuenta de que teníamos que atravesar la oscuridad —dijo ella.

—No es más que un túnel —intentó tranquilizarla Caxton—. No hay de qué preocuparse.

Las fuerzas del fabricante general fueron a por la adepta Zeth algunas horas después que el levmag de Dalia se aproximara al túnel que conectaba las altiplanicies de Tharsis con el Syria Planum. Un transporte volador pesado del Mechanicum procedente del noroeste aterrizó en la avenida flanqueada por estatuas del Viaducto Typhon, justo delante de Ciudad Magma, achicharrando una docena de mármoles, que ennegrecieron por el calor de los enormes propulsores. La parte inferior de la nave brillaba con una luz dorada a causa de la ardiente lava que había a cada lado de la carretera.

El desgarrado transporte no estaba artillado, pero al aterrizar sobre sus patines un continuo flujo de código emitido por sus altavoces siguiendo un ciclo sin fin exigía



que la adepta Koriel Zeth se presentara por orden del fabricante general.

La convocatoria era emitida utilizando el más alto y autoritario código, y por tanto no podía ser pasado por alto. Los laterales de la nave vomitaron vapor y se abrieron hacia fuera, proporcionando rampas de desembarco para los soldados que transportaba en su interior.

Trescientos skitarii y protectores modificados desembarcaron de la bodega del aparato y ocuparon la carretera de basalto. Eran unos horribles bastardos de la unión del fabricante general con el poder desatado en las profundidades de las olvidadas bóvedas bajo Mons Olympus, unas perversiones deformes de su original gloria marcial. Su equipo consistía en unos caparazones jorobados, unas armaduras provistas de pinchos y unos cascos con cuernos, y las armas que portaban en sus extremidades hervían de poder antinatural.

Los protectores no estaban menos modificados, con unos cuerpos hinchados y grotescos, las armas ennegrecidas y reforjadas en nuevas y odiosas formas, designadas para causar tanto dolor como muerte.

Bajo la observadora mirada de las torretas blindadas y los emplazamientos de misiles astutamente distribuidos por los muros de ceramita y adamantium de la forja de Zeth, estos abominables asesinos formaron en tres cohortes separadas y avanzaron hacia la Puerta Vulkan.

Tras ellos iba un palanquín protegido por un escudo de energía y portado por gigantescos y toscos skitarii con la piel gris y armaduras cubiertas de pinchos. Estos monstruosos guerreros con aspecto de ogro habían crecido hasta tener esas dimensiones por algo más que simple procesamiento genético e implantes. Sus cuerpos brillaban y sus venas pulsaban con una luz rojiza, como si tuvieran electricidad interna.

El embajador Melgator y el adepto Regulus estaban orgullosamente de pie sobre el palanquín, vestidos con ropajes de color negro medianoche y las capuchas echadas sobre sus cráneos. Melgator llevaba un báculo de ébano culminado en una maliciosa cabeza de lobo, y Regulus un báculo de marfil rematado por una calavera de obsidiana negra.

La hueste de horripilantemente alterados guerreros se apartó para dejarlos pasar, y Regulus detuvo el palanquín a un centenar de metros de la puerta. La ardiente gloria adamantina del gran portal de Ciudad Magma estaba trabajado con piñones de plata, águilas y rayos de oro, y estaba abriéndose.

A medida que un rayo cada vez más amplio de luz partió las dos mitades de la puerta y los skitarii intercambiaron beligerantes fragmentos de código, Regulus levantó el brazo y un chorro de *lingua technis*, irregular y arrítmica, salió emitida por sus altavoces internos. Su báculo de la calavera crepitó con descargas eléctricas acordes con sus sonidos y, una por una, las torretas y las plataformas de armamento de los muros se desconectaron.

La luz de la ciudad se vertió hacia el exterior en un creciente abanico de resplandor anaranjado, proyectando la sombra de una figura esbelta que avanzó desde la ciudad creando una delgada línea negra.

La adepta Koriel Zeth recorrió con la mirada las cohortes reunidas antes de lanzar una desagradable mirada hacia las dos figuras transportadas sobre el palanquín, como si fueran unos potenciales portadores de alguna plaga suplicando que los dejaran entrar.

—¿Con qué autoridad osáis venir a mi ciudad y exigir mi presencia? —les dijo.

Melgator golpeó con su bastón en el palanquín, y sus monstruosos portadores avanzaron hasta situarse a menos de veinte metros de Zeth.

—Por la autoridad del fabricante general, al que todo Marte debe lealtad —cantó Regulus en un chorro de binario emitido en todos los canales.

Zeth se estremeció.

—Estáis utilizando un código sucio, Regulus —respondió ella, leyendo su identidad en su burbujeante campo eléctrico.

—Al contrario —replicó Regulus—. Es código puro, como se supone que debía de ser antes de acabar domesticado y constreñido a la voluntad de la carne.

—Si no puedes ver los fallos en la línea de razonamiento, estás más allá del alcance de mi lógica —replicó Zeth—. Y ahora decid lo que tengáis que decir y marchaos. Tengo trabajo que hacer.

—Eso no va a ser posible, Zeth —dijo Melgator—. Estamos aquí para escoltarlos hasta Mons Olympus, donde os someteréis al juicio del fabricante general.

—Mi título es adepta Zeth. Creo que me lo he ganado —le espetó la señora de Ciudad Magma—. ¿Y bajo qué supuestos os atrevéis a arrestarme?

—Bajo los cargos de herejía continuada —declaró Melgator—. A saber: vuestra continuada refutación del Dios Máquina, vuestro rechazo a apoyar las políticas y el régimen del fabricante general y, por último, por permitir que personal no perteneciente al Culto Mechanicum trabaje en las divinas máquinas. Por estos cargos

seréis puesta bajo custodia y regresaréis a Mons Olympus para esperar el juicio por vuestra tecnoherejía.

Zeth de momento no dijo nada, como asimilando el peso de las acusaciones que recaían sobre ella.

A continuación se rio tan fuerte que el sonido resonó en las laderas de la montaña, llevando su risa muy lejos a lo largo y ancho de la avenida.

—¿Os reís de las acusaciones? —le espetó Regulus—. ¿Es que vuestra inmoralidad no tiene límites?

—Oh, por supuesto que me río de ellas —sonrió Zeth—. Dan risa, y si no estuvierais tan ciegos por causa de Kelbor-Hal, también lo veríais así.

Trazó un arco con el brazo, abarcando con su gesto todos los skitarii y protectores allí reunidos.

—Estas cosas monstruosas que habéis traído hasta mi forja... son abominaciones de carne y máquina, horribles híbridos peores que los salvajes rechazos que vagan por el pallidus. Habéis convertido todo lo que es bello del Mechanicum en algo oscuro, y me horroriza que no lo podáis ver. Así pues, sí, me río de vuestras acusaciones, y lo que es más, ¡me niego a reconocer vuestro derecho a acusarme!

—Entonces, ¿te niegas a acudir a la convocatoria del fabricante general? —preguntó Regulus, su código entrelazado con su ansia de lanzar a los skitarii—. ¿Entiendes la gravedad de esta acción?

—La entiendo —confirmó Zeth.

—Entonces te arrestaremos por la fuerza —la amenazó Melgator.

—Podéis intentarlo —lo desafió Zeth.

Melgator apuntó con su báculo a los muros y dijo:

—O vienes con nosotros o serás destruida, Zeth. Conéctate con tus defensas del muro y verás que todas han sido desconectadas. Ahora controlamos el código.

Las tres cohortes de skitarii empezaron a avanzar, activando sus lanzas lanzallamas, las alabardas de energía y otras armas en una oleada de crepitantes activaciones y repiqueteantes autocargadores.

—En absoluto, no lo controláis —replicó Zeth mientras un par de enormes formas mecánicas avanzaban desde el portal detrás de ella.

De nueve metros de altura, los dos caballeros convertían en enana la esbelta forma de la adepta Zeth, y el azul profundo de sus placas blindadas resplandecía por el brillo reflejado del lago de magma. La orgullosa heráldica de una rueda rodeada por un rayo

decoraba las guardas de sus hombros, y avanzaron desde la puerta para situarse justo detrás de la adepta Zeth con sus lanzas de energía y sus cañones rotatorios apuntando a los skitarii que se aproximaban.

Detrás de ellos, una docena más de caballeros tomaron posiciones en una amplia línea que bloqueaba la entrada a Ciudad Magma con sus formas majestuosas.

La marcha de los alterados skitarii flaqueó y todos ellos se quedaron dando vueltas, confusos ante las máquinas de guerra pese a las órdenes aulladas por sus líderes. Regulus emitió un asustado chillido de código, el mismo algoritmo mutante que había utilizado para desconectar los emplazamientos artilleros del muro, pero los caballeros lo ignoraron, con todos sus sistemas cerrados al código entrante.

—Este es lord Caturix de la Orden de Taranis —dijo Zeth, señalando al caballero de su izquierda, que mantenía una postura agresiva que no dejaba dudas acerca de su deseo de destruir—. Y éste es el preceptor Stator. Su orden es aliada de esta forja, y si ese transporte no sale de mi avenida en menos de cinco minutos, van a cabalgar sobre vuestros guerreros y destruïros. ¿Comprendéis la gravedad de esta acción?

—¡Estás amenazando a un emisario del fabricante general! —gritó Melgator—. ¡Eres una desgracia para el Mechanicum, Zeth!

—Tu asesina destruyó la mente de mi aprendiz y después mató a uno de mis acólitos, ¿y osas llamarme a mí una desgracia para el Mechanicum? —le espetó Zeth. Consultando su cronómetro interno dijo—: Cuatro minutos y cuarenta segundos, Melgator. Te sugiero que te pongas en movimiento.

—Vas a lamentar esto —prometió Regulus—. Veré tu ciudad en ruinas y tu legado expurgado de todos los archivos.

Los caballeros avanzaron un paso. El silbido y el crujido de sus extremidades de metal sonaron terriblemente fuertes.

Melgator golpeó con su báculo el palanquín y, sin una palabra más, él y Regulus se retiraron. Un apresurado grito en código ordenó la retirada a los skitarii, que marcharon con amarga decepción de vuelta al transporte pesado.

Mientras sus laterales se cerraban y empezaba a despegar, el líder de los caballeros giró su cabina hacia Zeth y se estableció una conexión noosférica entre ellos.

—Deberíais haberme dejado matarlos —dijo lord Caturix.

—Tal vez —admitió Zeth—. Pero tengo la sensación que tendréis una nueva oportunidad.

—¿Creéis que volverán?

—Sé que lo harán, lord Caturix, pero la próxima vez no serán tan arrogantes —dijo Zeth—. He de informar de todo esto a Maximal y a Kane. Kelbor-Hal puede ir a por ellos la próxima vez, y he de hacer una nueva petición a la Legio Tempestus. Tengo la impresión de que vamos a necesitar máquinas más grandes para defender Ciudad Magma en los días que se avecinan.

—El apoyo de Tempestus será muy bienvenido —asintió Caturix—. Mientras tanto, seguiremos estando junto a vos. ¿Qué queréis que hagamos?

Zeth observó el brillante azul cálido de los motores de la nave que se alejaba.

—Preparaos para la batalla —dijo.



## CAPÍTULO 7

El levmag entró como una flecha en el túnel y Dalia lanzó un grito, aterrorizada, cuando la oscuridad la envolvió. Se agarró con fuerza a Caxton mientras las luces del compartimento parpadeaban a su alrededor y él la abrazó, encogiéndose de hombros en gesto de perplejidad por el miedo que sentía. Una enfermiza luz fluorescente bañaba el compartimento, pero la ventana de cristal se mantenía como un inalterable espejo negro. Dalia volvió de sus profundidades impenetrables, alejándose del muro con sus pies envueltos en sandalias.

Su respiración se hizo entrecortada y sintió unos dolorosos calambres en los músculos. Notaba como la carne se le volvía fría y húmeda mientras el sudor recubría su piel. Podía oír como su corazón latía como el estruendo de un martillo industrial y las lágrimas aparecieron en sus ojos.

—¿Dalia? —le preguntó Caxton—. ¿Dalia, qué ocurre?

—Es la oscuridad —dijo con voz entrecortada, refugiándose bajo su hombro—. ¡Me rodea por todas partes!

—¿Dalia? ¿Qué? ¡No te entiendo!

—¿Qué le ocurre? —gritó Severine.

—No lo sé —respondió Caxton, impotente, mientras Dalia sollozaba sobre su ropa y sus estremecimientos se volvían cada vez más violentos.

—Está sufriendo un ataque de pánico —dijo Rho-Mu 31 mientras se alejaba de la puerta del compartimento para colocarse enfrente de Dalia—. Ya lo he visto antes en otros recién llegados a Marte. El planeta rojo es tan diferente que despierta todo tipo de reacciones.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—No hay nada que vosotros podáis hacer —contestó Rho-Mu 31—, pero yo ya me he ocupado antes de situaciones como ésta.

El protector se arrodilló en el suelo entre los asientos y colocó una mano sobre los hombros de Dalia, atrayéndola hacia sí y agarrando sus extremidades que se movían de forma nerviosa. Su cara estaba pálida y surcada de lágrimas.

—La oscuridad —dijo entre sollozos Dalia—. No quiero volver a la oscuridad. ¡Otra vez no!

—¿De qué está hablando? —exclamó Severine—. ¡Haz que se calle!

—¡Calla! —la recriminó en voz baja Zouche—. ¡Déjalo que haga su trabajo!

—Dalia —dijo Rho-Mu 31, mirándola directamente a los ojos—. Estás sufriendo un ataque de pánico, pero no hay nada de lo que debas preocuparte, estamos completamente a salvo. Ya sé que tú no te sientes así ahora, pero confía en mí, es la verdad.

Dalia alzó la vista hacia él e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¡No! No, no estamos a salvo. Ya no puedo soportarlo. No me hagas volver allí, por favor.

—Pronto estaremos fuera del túnel, Dalia —intentó tranquilizarla Rho-Mu 31, manteniendo su voz firme y sin alteraciones. Ella sintió cómo se unían a las suyas sus constantes biométricas y cómo utilizaba sus mecanismos metabólicos, tan rígidamente controlados, para estabilizar los suyos—. Respira lentamente —la aconsejó Rho-Mu 31—. Estás inhalando demasiado oxígeno y no quieres hacerlo, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza y se forzó a respirar más profunda y lentamente. Con la ayuda del control corporal de Rho-Mu 31 sintió cómo se ralentizaba su corazón y el flujo de sangre de los músculos.

Rho-Mu 31 leyó sus funciones internas y asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo—. Todos son síntomas físicos de ansiedad. No muy peligrosos. Es una reacción evolutiva antigua, de cuando los humanos necesitaban de todos sus sentidos para enfrentarse a una lucha o para huir. Tu cuerpo ha activado esa reacción, pero es una falsa alarma, Dalia. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto que lo entiendo —respondió Dalia, al tiempo que intentaba respirar normalmente y arrancaba a llorar—. ¡No soy estúpida, pero no puedo evitarlo!

—Sí, sí puedes —le prometió Rho-Mu 31, y se arrodilló junto a ella hasta que

pasó el pánico, agarrando sus manos y hablándole en un tono bajo y tranquilizador. Le recordó que estaba viajando en un levmag mechanicum, uno de los medios de transporte más seguros de Marte, y que estaba rodeada de amigos.

Al final, sus palabras y el efecto tranquilizador de su metabolismo la calmaron hasta el punto en el que su ritmo de respiración se normalizó y su ritmo cardíaco, aunque todavía alto, se parecía menos al sonido de una pistola automática de clavos.

—Gracias —dijo Dalia, limpiándose los ojos con las mangas—. Me siento tan estúpida; ya sé que sólo estamos atravesando un túnel. Nunca antes he tenido claustrofobia ni me ha dado miedo la oscuridad.

—Sólo desde el accidente en la forja interior de Zeth —le recordó Zouche.

—Sí, supongo que desde entonces —asintió Dalia.

—Tal vez estés sintiendo su miedo —aventuró Severine, y todos se volvieron hacia ella.

—¿Sintiendo el miedo de quién? —preguntó Caxton.

—De lo que sea que está enterrado bajo el Laberinto de la Noche —continuó Severine, incómoda con la atención que le prestaban ahora todos—. Mirad, ella ha dicho que se sentía unida a su mente, ¿no? No sé vosotros, pero si yo hubiera estado enterrada durante todo ese tiempo y hubiera captado un fugaz destello del mundo superior, tampoco habría querido volver a la oscuridad.

—Tal vez tengas razón, Severine —admitió Caxton—. ¿Tú qué crees, Dalia?

Dalia asintió con la cabeza, incapaz de enfrentarse a esos pensamientos tras su ataque de pánico.

—Tal vez.

—No, no, realmente creo que Severine ha acertado —insistió Caxton—. Quiero decir que si...

—¡Ya basta! —intervino Rho-Mu 31—. Guárdatelo hasta que salgamos del túnel. Zouche, ¿cuánto falta hasta que lleguemos al otro lado del túnel?

Zouche reconectó a toda prisa con el cogitador de a bordo y una cascada de luces de datos aparecieron tras sus ojos.

Rho-Mu 31 volvió su atención hacia Dalia y ella le sonrió.

—Gracias —dijo.

El hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y aunque no podía verle la cara, ella sabía que le estaba sonriendo.

—Entonces —preguntó Dalia del modo más relajado que pudo adoptar—, ¿cuánto



falta hasta que atravesemos todo el túnel, Zouche?

Este frunció el ceño y movió las manos en el aire, desplazándose con el tacto entre placas de datos holográficos que sólo él podía ver.

—No estoy seguro —dijo—. De acuerdo con el servidor acoplado d a bordo, estamos reduciendo la marcha.

—¿Reduciendo? ¿Por qué? —exigió saber Rho-Mu 31, y Dalia sintió cómo se encendía su auspex de alarma.

—Mirad por vosotros mismos —replicó Zouche, al tiempo que proyectaba una vez más la vista del túnel desde el pictógrafo de la ventana.

—Hay algo delante de nosotros.

Miraron y, efectivamente, allí estaba.

Moviéndose con un sonido sordo sobre el suelo del túnel, se acercaba al levmag lo que parecía un robot alto, de unas proporciones más o menos esféricas y montado sobre una unidad de oruga pesada. En sus laterales sostenía verticalmente un par de armas de grueso calibre y en el aire se contoneaban un grupo de dendritos armados y móviles situados sobre los hombros.

Tres brillantes orbes amarillos refulgían como ojos siniestros en el centro de su masa, y mientras lo observaban, sus brazos principales se alzaron. Cuando el levmag se detuvo, todos los que estaban en el compartimentó pudieron ver que cada uno de los brazos estaba equipado con una enorme arma.

A pesar de la mala calidad de la imagen del pictógrafo, Dalia sintió e carácter extraño y único del campo eléctrico de la máquina. Abriéndose a la parte de su mente que Zeth había llamado su conexión innata con el éter, llegó hasta la máquina y sintió el calor de su reactor interno y la red pegajosa de conciencia oscura y maliciosa que contenía.

*Kaban... ése es su nombre.*

En ese fugaz momento de conexión, ella pudo leer la memoria de su creación y la muerte de su antiguo amigo, un adepto llamado Pallas Ravachol. Con esa muerte se desató la naturaleza asesina de la máquina, y el mal primordial con el que sus maestros habían contaminado su inteligencia artificial ahora la consumía con un terrible deseo asesino.

—¿Eso es un robot de combate? —preguntó Caxton.

—Es mucho más que un robot —respondió Dalia con los ojos abiertos como platos—. Es algo muchísimo peor.

—¿Qué?

—Una máquina consciente —dijo con voz entrecortada Dalia, todavía recuperándose del momento de la conexión con su maligna conciencia y la tremenda claridad de sus objetivos.

—Es una inteligencia artificial y ha sido corrompida por algo maligno, algo muy maligno.

—¿Maligno? Eso es una tontería —opinó Zouche—. ¿Qué saben las máquinas del mal?

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Severine.

Dalia alzó la vista hacia Rho-Mu 31 con una mirada de terror e incompreensión.

—Está aquí para matarme.

La máquina Kaban abrió fuego y el compartimento del servidor acoplado se desintegró en una tormenta de fuego de láseres y rayos de plasma. Las llamas brotaron de las células de energía destrozadas y la oscuridad del túnel desapareció de repente.

Rho-Mu 31 agarró a Dalia y la levantó de su asiento al tiempo que la máquina se acercaba por el túnel con un estruendo sordo, las armas de sus brazos envueltas en un halo de fuego blanco mientras arrasaba de forma sistemática todos y cada uno de los vagones. Diseñado para penetrar los cascos de los tanques de batalla y sobrecargar los escudos de vacío de los titanes, su fuego sostenido cortó con facilidad las planchas de metal de los laterales del levmag.

Caxton, Severine y Zouche no necesitaron más indicaciones para seguir a Rho-Mu 31 y se lanzaron aterrorizados y entre tropezones al pasillo situado más allá de su compartimento. El ruido del exterior del levmag era ensordecedor, las ondas de presión de las explosiones mezcladas con el sonido de silbidos y chirridos de los impactos de los láseres; el ruido de los proyectiles sólidos y el zumbido de los rebotes rebotaban en las paredes del túnel. El levmag se estremecía como una bestia herida y las llamas y el humo lo jalonaban de un extremo a otro mientras era acribillado por los disparos.

Dalia oyó los gritos de la parte del levmag en la que los pasajeros eran masacrados por los disparos de la máquina. El pasillo era una masa de gente aterrorizada y estaba bloqueado por cuerpos presas del pánico. Los hombres y mujeres gritaban y se agarraban entre sí mientras luchaban por escapar de la carnicería que se cernía sobre ellos. Rho-Mu 31 rodeó a Dalia con sus brazos y se abrió camino entre la masa de

gente apretujada y ansiosa que huía hacia la parte trasera del levmag.

—¡Quitaos de en medio! —rugió Rho-Mu 31 en su forma más beligerante de comunicación, y tal era la reverencia arraigada hacia un protector mechanicum que la mayoría de la gente hizo exactamente eso. Con el báculo extendido ante él, se adentró en el pasillo en busca de una salida de emergencia.

Dalia miró por encima del hombro de Rho-Mu 31 y vio las caras aterrorizadas apretadas contra la pared del pasillo mientras golpeaban los cristales con los puños, extintores o cualquier cosa que tuvieran a mano. Dalia podía ver las llamas resplandecientes y el humo negro a través de la ventana de la puerta situada al final del pasillo.

—¡Rápido! —gritó Severine—. ¡Por el amor del Omnissiah, rápido!

Una blanca lanza de plasma al rojo vivo penetró en el vagón, atravesando el metal y el cristal como una sierra láser. El rayo de luz partió por la mitad de forma instantánea a dos docenas de personas, y Dalia se echó a llorar cuando percibió el olor de la sangre en ebullición y la carne chamuscada.

—¡Al suelo! —gritó Rho-Mu 31, y empujó a Dalia y a Caxton al suelo del pasillo. Severine no tardó nada en seguirlos, y a Zouche ya lo había hecho ponerse de rodillas la estampida. El rayo incandescente atravesó zumbando el pasillo, matando a su paso, y Dalia contempló con un horror callado cómo caían al suelo las extremidades amputadas, los cuerpos destrozados y las cabezas seccionadas.

Rodó hacia un lado mientras el rayo asesino pasaba por encima y gotas de metal fundido salpicaban el suelo junto a ella. Lanzó un grito cuando uno dibujó una fina línea en su brazo.

—Padres Sagrados —susurró Zouche, rodando hacia el frente cuando una explosión más atrás zarandeó el levmag como una onda senoidal. Todo el mundo se puso a gritar cuando se elevó sobre los raíles con un crujido de metal desgarrado y el chisporroteo de los arcos eléctricos.

Dalia se abrió paso sobre sus rodillas en dirección hacia Rho-Mu 31 cuando el vagón se inclinó y el mundo giró violentamente. Chocó con el suelo del túnel y las ventanas volaron en pedazos debido a la fuerza del impacto. En un momento cayó sobre ellos una lluvia de fragmentos de cristal.

Dalia se quedó sin respiración y sintió unas gotas de sangre sobre los ojos. Un gran peso la inmovilizaba y parpadeó lágrimas rojas mientras oía nuevos y ensordecedores estallidos de disparos. No podía saber lo cerca que estaban, pero

parecía que los fogonazos intermitentes y estroboscópicos de las armas procedían de la parte exterior del vagón.

Dalia hizo un esfuerzo para librarse del peso que la aplastaba... ¿contra el techo? ¿Qué lado era el techo y cuál era el suelo? No podía oír ningún grito. ¿Habría matado la máquina Kaban a todos?

El cuerpo de un hombre había caído sobre ella, o al menos la mitad de él, y lanzó un grito al apartar de ella el cuerpo truncado. El metal que tenía debajo (el techo, ahora estaba segura de ello) estaba pegajoso debido a la sangre caliente, y se le escapó un gemido de horror ante la visión del montón de cadáveres que llenaban el pasillo. Un fuerte olor a sangre impregnaba el aire, y Dalia no fue capaz de recordar un olor peor que aquél.

La visión de tantos muertos le produjo arcadas, aterrorizada y paralizada por el horror ante la rapidez con que su gran aventura había llegado a un final tan sangriento. A pesar del olor a muerte, respiró profundamente y echó un vistazo a sus amigos entre los restos del vagón y la carnicería que tenía ante sí.

Dalia vio a Rho-Mu 31 tumbado en medio del retorcido pasillo. Un trozo de metal le había atravesado el hombro. Las constantes biométricas del protector eran irregulares, pero estaba vivo.

Zouche estaba tumbado sobre un montón de cadáveres y tenía la cara cubierta por una máscara de sangre, pero no podía distinguir si era suya o si pertenecía a algún otro. Caxton estaba justo detrás de ella, clavado al suelo junto a una puerta metálica en medio de una lluvia de fragmentos de cristal. Sus ojos estaban totalmente abiertos con un gesto de súplica, un gemido callado que procedía de sus labios ensangrentados.

Severine estaba tumbada junto a una máquina dispensadora de nutrientes que se había soltado de la pared y tenía un brazo torcido en una posición nada natural. Tenía los ojos cerrados, pero su expresión de dolor y su respiración rápida y superficial le indicaron a Dalia que seguía viva.

El vagón estaba en silencio y no se percibía movimiento alguno en los cuerpos. La única luz procedía de unos globos luminosos hechos pedazos que emitían chispas y una luz mortecina intermitente.

Después de tan tremenda cacofonía de violencia y ruido, el silencio que la envolvía era tan bienvenido como digno de temor.

Dalia comenzó a arrastrarse hacia Rho-Mu 31. El la vio venir y le dijo que no con la cabeza, colocando un dedo en la boquilla del casco.

Al principio Dalia no lo entendió.

Entonces lo oyó.

Sobre los crujidos de los restos del vagón y el ruido que hacían los cristales al caer, sintió la vibración de la pesada máquina sobre el terreno mientras aplastaba el metal y los cuerpos desenchajados bajo sus orugas. Dalia estiró el cuello para mirar la chisporroteante oscuridad del túnel por la ventana rota y se esforzó por contener un grito cuando vio la forma monstruosa de la máquina capaz de pensar acercándose con un ruido sordo hacia ellos.

Notó cómo avanzaba lentamente la presión de su mente corrupta mientras buscaba cualquier señal de vida en los vagones, y oyó el sonido de los cargadores automáticos alimentando a sus armas con más munición.

Se fue acercando paso a paso, y dentro de un momento su auspex detectaría su presencia.

Luego los mataría.

El princeps Cavalerio terminó de procesar la información que le llegaba hasta el sarcófago a un ritmo de más de seis mil paquetes de datos por segundo. Las redes marcianas habían recuperado lentamente la normalidad tras la plaga de código corrupto gracias a la diligencia de los limpiadores de códigos y de los magos probando por todo el planeta rojo, que acabaron por restablecer las comunicaciones y los intercambios de información.

Los últimos informes, peticiones y súplicas de ayuda de las forjas más alejadas estaban llegando a Mons Ascraeus a través de la línea de comunicación, cruzando la noosfera y a través de cables ópticos.

La imagen que dibujaban del futuro del Mechanicum era muy negra.

Cavalerio dejó que su mente se perdiera en la montaña de información líquida que fluía alrededor y a través de él. Vio la cara de Agathe ante él y pasó las constantes biométricas de su sarcófago de procesamiento a consciencia.

Su asistente asintió con la cabeza mientras leía la información de la placa que estaba dispuesta en un lateral del sarcófago y retrocedía hasta ocupar una posición detrás de él.

Los múltiples sentidos del Colector de Cavalerio procesaron el espacio que los rodeaba. Su sarcófago ocupaba una posición de honor en la Cámara de los Primeros, elevado sobre un plinto ante la poderosa e imponente forma del *Deus Tempestas*, el

primer Dios Máquina de la legio.

El princeps Sharaq se colocó ante él, esperando a conocer si tenía que dar una orden de ejecución. Aunque Sharaq había acertado en nombrarse a sí mismo el princeps senioris en funciones de las fuerzas de la Legio Tempestus en Marte, sabía y agradecía el hecho de que cualquier orden de avanzar debía proceder del señor de la tormenta.

Detrás de Sharaq estaban sus hermanos de la legio, todos ellos esperando la decisión del señor de la tormenta.

El princeps Suzak, el cazador de expresión sombría que estaba al mando del *Tharsis Hastatus* de clase Warlord, lo observaba con una mirada imperturbable, mientras el princeps Mordant del *Arcadia Fortis* de clase Reaver estaba en tensión, como un perro de ataque sujeto por una correa.

Los pilotos de Warhound, Basek, del *Vulpus Rex*, Kasim, del *Raptoria*, y Lamnos, del *Astrus Lux*, iban de un lado a otro como lobos enjaulados, y Cavalerio se regocijaba del temible poder que veía ante él.

—Señor de la tormenta —anunció Sharaq—. Se ha reunido a los princeps, tal y como ordenasteis.

—Gracias, Kel —dijo Cavalerio, antes de aumentar el volumen de los altavoces para dirigirse a los princeps de su legio—. Ya sé que estáis todos esperando saber si doy una orden de ejecución, pero antes de comunicaros mi decisión necesitamos entender qué puede ocurrir como resultado de ella. He estado reflexionando sobre ello, ya que una decisión equivocada tendría unas consecuencias que ninguno de nosotros puede imaginar.

»Las forjas de Marte arden en el fuego del cisma, y la violencia de las facciones está alcanzando proporciones de epidemia en todo nuestro mundo natal. Hasta ahora esa violencia se ha visto restringida al Mechanicum. Ninguna de las legios de titanes ha emprendido todavía ninguna acción hostil, pero sólo es una cuestión de tiempo hasta que eso ocurra.

Vio la impaciencia que sentían, las ansias de que se les dejara actuar, orgulloso de su coraje aunque triste por su impaciencia por luchar contra sus antiguos hermanos.

—Antes de que corráis a vuestras máquinas, caballeros, dejemos clara una cosa. Si las legios de titanes entran en combate, no habrá vuelta atrás; habremos desatado el fuego de una guerra civil que sólo se extinguirá mediante la completa destrucción de un bando u otro.

»Siempre he intentado mantener a nuestra legio alejada del insidioso veneno de la política. Creo que las legios de titanes deberían permanecer fieles a sus ideales de guerrero y no ser instrumentos de la voluntad política, salvo la del propio Imperio. Marte se enfrenta a la crisis más grave de su larga y gloriosa historia, y los guerreros de honor y coraje no permanecen ociosos en un momento como éste, sino que actúan. Permanecen firmes ante la agresión y en defensa de sus aliados.

Cavalerio hizo una pausa, permitiendo que sus palabras alcanzaran su objetivo antes de continuar.

—La idea de que una legio luche contra otra es para mí un anatema, pero no soy tan estúpido como para creer que no va a llegar ese momento.

—Ya ha llegado —intervino el princeps Mordant—. Mortis tiene ganas de lucha.

—Desde luego —admitió Cavalerio—. El paseo de las máquinas Mortis por Mons Ascraeus ha sido una provocación descarada y poco más que un intento de incitarnos a una guerra de destrucción que no podríamos ganar.

Rechazó sus negaciones con un brusco ademán de impaciencia.

—Admiro vuestra valentía y fe en los demás, pero habríamos muerto si hubiéramos entrado en combate.

—Entonces, ¿qué hacemos, señor de la tormenta? —preguntó el princeps Suzak—. ¿Nos tragamos nuestro orgullo y no hacemos nada mientras Marte se desgarrar? Somos una fuerza de estabilidad, y para ello debemos ser utilizados.

—No, Vlad, no nos tragamos nuestro orgullo —lo rebatió Cavalerio—. Desataré el poder de la legio y defenderemos los ideales por los que se rige nuestro mundo. La furia de Tempestus caerá sobre los enemigos de Marte y juntos los barreremos de la faz del planeta rojo en una ola de fuego y sangre.

—¿Vendréis con nosotros? —preguntó el princeps Kasim—. ¿Cómo? Los tecnosacerdotes dicen que el *Victorix Magna* se encuentra más allá de su capacidad para recuperar la operatividad.

—Lo sé, Zafir, pero aun así iré con vosotros —anunció Cavalerio—. Os acompañaré como siempre he soñado que sería mi última misión, con el primer Dios Máquina de nuestra legio. ¡Me convertiré en parte del *Deus Tempestus*!

El princeps Sharaq avanzó un paso.

—Entonces, ¿se ha dado la orden?

—Se ha dado la orden —dijo Cavalerio—. Tempestus entra en guerra.

La máquina se detuvo en su avance. Dalia oyó el gruñido gutural de sus motores y el suave sonido de su sistema hidráulico y sintió el calor chisporroteante de su campo eléctrico. Olió el humo resultante de sus disparos con proyectiles sólidos y saboreó el ozono de las descargas de plasma.

Todos y cada uno de sus sentidos se habían agudizado y luchaba contra la necesidad de echarse a llorar cuando vio la carne triturada encajada en las ranuras de sus orugas. Rho-Mu 31 deslizó una mano hacia su báculo de energía, pero Dalia sabía que no serviría de protección contra una máquina de tamaña capacidad destructora.

Caxton, Severine y Zouche temblaban de miedo, demasiado lastimados para moverse, demasiado asustados para respirar.

La sangre de la frente le caía a Dalia sobre el brazo, y volvió a parpadear ante otra gota que se formaba en sus pestañas. Los fragmentos de cristal se tambaleaban en el marco de la ventana que tenía ante sí y caían como diamantes de una bolsa, golpeando el suelo con un tintineo.

Dalia contuvo la respiración ya que el miedo la había inmovilizado. Sus extremidades estaban congeladas, no podía pensar bien y la idea de que iba a morir aquí era tan ridícula como horripilante. No quería morir.

¡Oh, Trono, no quería morir!

Echó un vistazo a Caxton y a los demás, presa de una terrible sensación de culpabilidad, ya que ella los había traído hasta aquí. ¿Y para qué? ¿Por una teoría medio fantástica de que había una antigua criatura enterrada bajo la superficie de Marte?

Dalia quiso reírse de su estupidez, y recordó todas las cosas que había leído y transcrito, algo que parecía, y que quizá así debía de haber ocurrido mucho tiempo atrás y que nunca más tendría la oportunidad de ver: los océanos de Laeran, los grandes acantilados de Charo, los bosques planetarios de Ae.

Un millón de maravillas y milagros todavía por conocer; maravillas que las flotas expedicionarias veían todos los días.

Tampoco aprendería nada más sobre el Carnaval de Luces de Sarosh, ni tampoco viviría indirectamente relatos de batallas como la victoria en Muerte o la derrota del Gremio Hexen. También se perdería las futuras pinturas de Leland Roget, las composiciones de Jeacon Poul y las esculturas de Delafour. No leería ninguno de los poemas de Ignace Karkasy que tanto le gustaban ahora, a pesar de su estilo



ligeramente ampuloso.

No era forma de morir, y clamaba contra el destino cruel que la había llevado a este momento.

Cerró los ojos, y su miedo a la oscuridad desapareció al instante ante esta nueva amenaza inmediata. Ante la proximidad de la muerte prevaleció su deseo por vivir, y su conexión con el éter empujó a un lado los pensamientos conscientes. Dalia sintió que su mente se alejaba de su cuerpo como había hecho cuando vio cómo construir el trono del lector akashico, pero esta vez lo vio alejarse a más distancia y profundidad que nunca.

Esta vez examinaba el corazón de la máquina Kaban.

La conexión duró una mera fracción de segundo, pero ese momento le sirvió para ver la misma esencia de su existencia.

Vio líneas doradas unidas en una brillante red; cada uno de sus filamentos una respuesta a la pregunta que no había formulado todavía. En medio de estas sensaciones, vio la luz que constituía la mente de la máquina Kaban, un mundo corrupto y asqueroso de sinapsis y neuronas creadas artificialmente.

Su auspex se arrastraba por encima de los restos del vagón como un ejército invisible de arañas hambrientas, y a Dalia se le puso la piel de gallina cuando sintió las pisadas de millones de patitas sobre ella. Los sentidos de la máquina olisqueaban como un animal carroñero en busca de un pedazo de comida jugoso que llevarse a la boca.

La visión interior de Dalia penetró en el corazón ardiente de la conciencia de la máquina, maravillándose ante lo intrincado de su diseño, la complejidad y magnificencia del trabajo y la infinita paciencia que se había empleado para elaborar un ingenio tan maravilloso. Se había utilizado una fusión perfecta de componentes orgánicos y artificiales para fabricar la máquina Kaban, y el genio de Lukas Chrom, el adepto cuyo nombre y destreza ella podía apreciar en cada uno de los aspectos del diseño.

Podía ver la maravilla que había creado Chrom y sentir el horror de lo que se le había obligado hacer, lo que sus constructores le habían hecho. Lo habían obligado a matar a un hombre a quien había llamado amigo y luego lo habían expuesto a algo tan oscuro y terrible que la conciencia flotante de Dalia retrocedió ante su maldad abyecta.

Sus recuerdos los constituían sentimientos y emociones, los recuerdos de una inteligencia recientemente creada y demasiado inexperta para darse cuenta de cómo

gente sin escrúpulos podía manipular estas cosas. La corrupción se encontraba en el corazón de su conciencia, como una hinchada araña sentada en el centro de su tela que extendía su cancro sediento de sangre a todo lo que tocara.

La locura de la creación de una inteligencia artificial, una ciencia prohibida desde una olvidada época de guerras, y que pasara a ser pervertida en beneficio de la muerte le pareció a Dalia algo típico de la retorcida brillantez de la humanidad.

Era una máquina que podía pensar por sí misma, y su primer acto autónomo era el de matar.

¿Qué decía eso sobre sus constructores?

Sin embargo, a pesar de toda su brillantez, seguía siendo una máquina y se regía por los principios fundamentales de las máquinas. Seguía recogiendo información de la misma forma que lo haría cualquier otra máquina capaz de pensar, y se podía engañar a esas cosas.

Aunque los filamentos infinitamente densos de luz que constituían su maligna conciencia estaban corruptos más allá de lo imaginable, Dalia buscó los caminos neuronales y áreas del cerebro de la máquina que controlaban sus percepciones del mundo exterior. Gracias a su habilidad natural para estas cosas, Dalia bloqueó la capacidad de la máquina para procesar la entrada de datos procedentes de su auspex, y aunque sentía cómo su aparato sensorial barría por encima de su cuerpo y los de sus amigos, las señales nunca llegaron a los centros de acción de su conciencia.

Como si sintiera que algo no funcionaba bien, la máquina volvió a barrer una vez más con su auspex los restos del pasillo. Dalia captó su confusión.

«Sabe que estamos aquí —pensó—. Y va a seguir buscándonos hasta que nos encuentre».

Con otro giro de su mente, Dalia creó un estremecimiento de señales de vida delante del levmag, y sintió su alegría salvaje cuando los sistemas de detección recibieron las falsas lecturas.

Sus armas escupieron un vendaval de disparos, y Dalia sintió cómo se estremecía el levmag bajo los impactos. El fuego láser y los pesados proyectiles explosivos penetraron en los distantes restos y arrasaron los cadáveres que contenían.

Las armas cesaron de disparar y Dalia permitió que se apagaran las falsas señales de vida, al tiempo que sentía el regocijo salvaje de la máquina por la carnicería que había causado. Sus pensamientos se vieron inundados por una imagen de sangre goteando de un trono de bronce sobre una montaña de cráneos.

El auspex de la máquina volvió a barrer el levmag, y Dalia sintió su decepción cuando la máquina llegó a la conclusión de que había matado a todos los que estaban a bordo.

Una vez completada su tarea, la máquina se giró lentamente sobre su eje y se alejó por el túnel.

Mientras se alejaba, Dalia alcanzó a leer un reguero de datos viajando por las ondas hasta sus maestros en Mondus Gamma y Mons Olympus con la confirmación de las muertes.

Dalia mantuvo el control de sus centros de percepción hasta que la máquina se alejó más allá del rango de su auspex de detección, momento en el que respiró y abrió los ojos.

El interior destrozado del pasillo del levmag volvió a captar su atención y el estómago de Dalia sufrió un vuelco cuando su cerebro consiguió ajustarse a duras penas a la repentina transición desde el dominio de la mente a la del plano físico.

Las consecuencias del ataque de la máquina, la sangre, el plástico quemado, la carne chamuscada y la visión de tantos cadáveres eran sobrecogedoras y la hicieron vomitar abundantemente. Dalia sufrió un ataque de tos y arcadas hasta que recuperó el control de la realidad.

Oyó unas voces que decían en voz baja y en un tono maravillado que seguían con vida, y ella sonrió, aunque un punzante dolor de cabeza la atormentara.

—Se ha ido —dijo una voz que Dalia reconoció como la de Zouche.

—No me lo puedo creer —exclamó Caxton con la voz al borde de la histeria.

—Gracias, Ares —respiró Severine, estallando en lágrimas—. ¿Puede alguien ayudarme, por favor? Creo que tengo el brazo roto.

—¿Dalia? —la llamó Rho-Mu 31—. ¿Estás bien?

—No especialmente —replicó ella con una ligereza forzada—. Pero sobreviviré, que es mucho más de lo que pensé que podría decir tan sólo hace unos minutos.

—¿Puedes moverte?

—Sí, pero dame un minuto.

—No tenemos un minuto —replicó Rho-Mu 31—. Tenemos que movernos por si acaso vuelve.

—No volverá —afirmó Dalia—. Piensa que estamos muertos, o al menos lo creerá durante un rato.

—Entonces vayámonos de aquí antes de que se dé cuenta del error —insistió Rho-

En las alturas del Mons Olympus, Kelbor-Hal cargó los datos encriptados que había mandado la máquina Kaban. Se tomó un minuto para estudiar el paisaje mientras contemplaba la superficie de Marte, consciente de que pronto sería transformado en algo nuevo y maravilloso.

El poder que bullía en las profundidades de las Criptas de Moravec era embriagador, y cada día traía un nuevo milagro mientras él y sus colegas del Mechanicum Oscuro, un término que había acuñado Melgator, encontraban nuevos modos de unirlos al metal y cartílago de sus creaciones.

Armas, servidores, pretorianos y vehículos de combate estaban imbuidos de ese poder, lo que los había convertido en unas formas nuevas y aterradoras que eran divinamente fundamentales debido a su belleza salvaje. Las monstruosas máquinas de destrucción que serían los heraldos del nuevo poder que surgía en la galaxia estaban tomando forma en Mons Olympus y en las forjas de aquellos adeptos y magos que se habían unido a la causa de Horus Lupercal.

Miles de millones trabajaban en las fábricas de armas y manufactorías para hacer real el gran sueño de un Marte resurgido, y ninguno de los que tocaban los poderes que se habían desatado en su forja permanecía inalterable.

Los cánticos resonaban en los oscuros caminos de Mons Olympus, y bandas de devotos encapuchados cazaban a aquellos que no habían abrazado las nuevas formas y alimentaban con su sangre a las sedientas máquinas. Las campanas de bronce tañían constantemente, y el ruido incesante de las sirenas resonaba con el poder casi divino del código corrupto.

La transformación de su forja era algo magnífico, y Kelbor-Hal sabía que lo que hacían aquí tendría su eco durante décadas, ya que había renacido el tiempo del Mechanicum.

Dio la espalda al cristal blindado del ventanal de observación para volverse hacia sus seguidores.

Regulus, Melgator y Urtzi Malevolus, junto con las imágenes holográficas de Lukas Chrom y el princeps Camulos, estaban en pie muy atentos ante él. Vio cómo las líneas de código corrupto infestaban sus implantes.

Asintió con la cabeza hacia Lukas Chrom.

—Dalia Cythera está muerta. Una vez más tu asesino y la máquina que puede

pensar han demostrado lo que saben hacer.

Chrom aceptó el cumplido con una breve reverencia.

—Entonces, ¿ha llegado la hora? —preguntó el princeps Camulos—. Hace tiempo que mis máquinas quieren convertir en ruinas a Ciudad Magma.

El inmenso princeps senioris de la Legio Moras estaba envuelto en una armadura negra como el azabache, y Kelbor-Hal podía leer las ondas de violencia contenida por la disformidad que emitía.

—Sí —dijo—, ha llegado la hora. Comunicadlo a los comandantes de las legios aliadas. Decid a vuestras máquinas que avancen y que aplasten a nuestros enemigos bajo sus pisadas poderosas.

—Así se hará —prometió Camulos.

Kelbor-Hal pasó a dirigirse a sus compañeros adeptos del Mechanicum Oscuro.

—Este es un gran día, mis acólitos, recordadlo siempre —dijo el fabricante general—. Éste es el día en que Marte y sus mundos forja se liberan del yugo de la tiranía del Emperador. ¡Lanzad a vuestros ejércitos y manchad con sangre las arenas de nuestro planeta rojo!



# ORIGENS MECHANICUS



## CAPÍTULO 1

En los siglos posteriores, los historiadores contarían que el primer ataque de la guerra civil marciana se produjo contra el magos Mamas Kefia, cuya forja estaba situada en la región de Sinus Sabaeus ubicada en el interior del cráter Mádler. Los titanes de la Legio Magna aparecieron tras cruzar la región de Noachis, situada al sur, y a los pocos minutos ya habían derribado las puertas de la forja. Las máquinas aullantes pintadas de rojo, amarillo, naranja y negro, y decoradas con el emblema del cráneo llameante rematado por cuernos, recorrieron enloquecidas el interior de las paredes elevadas del cráter. Aplastaron a todos los seres vivos que encontraron a sus pies y destruyeron millares de años de sabiduría acumulada en una orgía de fuego.

Las enormes bibliotecas ardieron y los talleres que habían trabajado para la Guardia Solar quedaron reducidos a metal fundido mientras la matanza indiscriminada continuó a lo largo de toda la noche y las sirenas de combate de la Legio Magna resonaban igual que los gritos aullantes de las tribus bárbaras.

Más al norte, en la región de Arabia, los grandes talleres de titanes del alto magos Ahotep, en el cráter Cassini, fueron atacados por miles de misiles lanzados desde unos silos atómicos contruidos en secreto en las cimas y en las altiplanicies aisladas de Nilo Syrtis. Las explosiones de aquellas armas prohibidas llenaron el cráter de cuatrocientos quince kilómetros de diámetro con un fuego nuclear arrasador, al que se unieron varias nubes cargadas de magma que se elevaron casi setenta kilómetros hacia el cielo.

A lo largo de las regiones de Lunae Palus y de Arcadia, lo que hasta entonces había sido un debate iracundo se transformó en una guerra abierta cuando el princeps

Ulriche de los Acechantes Letales atacó con sus máquinas la fortaleza de los Rayos Mortíferos de Maxen Vledig.

Al verse pilladas por sorpresa, las fuerzas de Vledig perdieron un total de diecinueve máquinas en la primera hora de la batalla antes de retirarse hacia los páramos helados del Mare Boreum y buscar refugio en los campos de dunas de Olympia Undae. Sus peticiones de refuerzos quedaron sin respuesta, ya que todo Marte estaba desgarrado por la plaga de la guerra que se extendía por todo el planeta como un incendio rugiente.

En los valles Athabasca, las máquinas de guerra de la Legio Ignatum y de las Estrellas Ardientes libraron un sangriento combate cuerpo a cuerpo entre los derrumbes en forma de lágrima provocados por unas inundaciones catastróficas de magma que se produjeron en una era muy anterior del planeta rojo. Ninguna de las dos fuerzas consiguió la superioridad en combate ni proclamarse victoriosa, por lo que después de una noche de escaramuzas sin gloria alguna, ambos bandos se retiraron para lamerse las heridas.

Una horda de skitarii aullantes y babeantes que habían sido deformados y de servidores armados alterados de un modo horrible surgió de las subcolmenas de Gigas Sulci del Mons Olympus para atacar las forjas del cráter del adepto Ipluvien Maximal. Sin embargo, las fuerzas de Maximal, que ya se encontraban en estado de alerta ante la posibilidad de un ataque, repelieron las primeras oleadas de asaltantes, pero a las pocas horas su forja ya se encontraba rodeada y sitiada por unas impías máquinas Ordinatus acompañadas por unos titanes mutados a los que habían dado vida en las profundidades de los talleres más secretos y sanguinarios del fabricante general.

La mayor pérdida de vidas en un mismo sitio se produjo en la región de Ismenius Lacus, donde las forjas glaciales del adepto Rueon Villnarus fueron atacadas por cohetes que estallaron en el aire y que llevaban en el interior una cepa mutada del virus conocido como el Devorador de Vida. Ese organismo insaciable saltó de una víctima a otra con una alegría malvada, capaz, al parecer, de transmitirse de todos los modos posibles. Por contacto directo mató en pocos minutos a decenas de miles de individuos que quedaron expuestos a las explosiones. Luego, transportado por el aire, mató en tres horas a los millones de ocupantes de los habitáculos para los trabajadores de Deuteronilus Mensae, y mediante alguna clase de mutación diabólica producto de la disformidad se extendió por los sistemas de circuitos e infectó incluso a aquellos que se creían a salvo detrás de las barreras selladas de vacío. Para cuando el virus



agotó su potencia infecciosa, unas siete horas más tarde, todos los seres vivos en el interior del Ismenius Lacus estaban muertos, y los restos de catorce millones de cadáveres licuados quedaron congelados allí donde yacían.

Novecientos mil skitarii y protectores se enfrentaron en el interior del cráter de impacto Herschel, situado en el Mare Tyrrhenum. Fue un combate sangriento y feroz que duró hasta que prácticamente todos estuvieron muertos. De aquella matanza sin sentido no salió vencedor alguno, y toda aquella destrucción no sirvió para nada, pero ninguno de los bandos dejó de enviar fuerzas a aquella picadora de carne por temor a lo que se podía perder si se retiraban.

La lucha no sólo se vio confinada a la superficie de Marte. El Anillo de Hierro, el gran halo de astilleros que rodeaba el planeta rojo como un cinturón plateado y reluciente, se estremeció cuando las explosiones y los conflictos se extendieron por todas las instalaciones. Las facciones leales al Trono y aquellas que habían jurado lealtad a Mons Olympus y a Horus Lupercal se enfrentaron con la furia propia de fanáticos. Las naves de la Flota de Combate Solar se apartaron de la lucha cuando los navíos del Mechanicum comenzaron a combatir a la sombra del Anillo de Hierro e intercambiaron una andanada devastadora tras otra sin pensar en absoluto en estrategia alguna o en la propia supervivencia.

De los cascos rasgados surgieron chorros de gases que se escapaban acompañados de cadáveres. A cada segundo morían miles de individuos a medida que las naves demasiado dañadas se desplomaban desde la órbita baja y descendían envueltas en llamas a través de la atmósfera en dirección a su destrucción final. Los restos llameantes de la *Mechanicum Gloriam*, con los motores destrozados mientras se esforzaba por evadirse en órbita baja de una escuadrilla de fragatas cazadoras, atravesaron el cielo sacudido por relámpagos de Marte hacia la superficie del planeta.

Cuando los tecnoteólogos vieron aquella caída desde la basílica del Algoritmo Sagrado, proclamaron que era una señal de la ira del Dios Máquina. Alzaron los brazos manipuladores y los mecadendritos en señal de alabanza ante aquella visión increíble de la furia divina. Hicieron llamamientos por la paz y para un cese de las hostilidades por todo Marte, y los emitieron por todos los canales de comunicación de los que disponían.

La señal se cortó de forma abrupta cuando la *Mechanicum Gloriam* se estrelló contra la basílica y arrasó el inmenso complejo de templos, capillas y sagrarios en un instante. La explosión generada por aquel impacto consumió millones de kilómetros

cuadrados y a miles de millones de sacerdotes fieles, y con ellos desapareció cualquier intento de llamadas a la cordura a la vez que aparecía un cráter de impacto nuevo y más profundo en la superficie desfigurada de Marte.

Por todo el planeta, en cada región donde el Mechanicum hubiera construido unas instalaciones, la antigua orden se desgarró a sí misma en un frenesí enloquecido de derramamiento de sangre más salvaje de lo que se hubiera atrevido a hacer contra la humanidad cualquier raza alienígena.

Las bibliotecas, llenas de un conocimiento con un valor increíble, ardieron por completo. Los adeptos cuya sabiduría había ayudado a liberar a la humanidad del confinamiento de su planeta natal fueron desmembrados por gentíos aullantes, y las forjas que se habían jurado lealtad mutua inquebrantable se enfrentaron como enemigos sempiternos.

Los restos llameantes procedentes de la órbita cayeron sobre la superficie del planeta, y aunque se decía que nunca llovía en Marte, su cielo se vio azotado por una lluvia de fuego, como si el firmamento llorara cometas de tristeza por tener que contemplar semejante destrucción.

Dalia se esforzó por mantenerse despierta. Estaba sentada al lado de Caxton, en uno de los asientos unipersonales que habían acoplado en el abarrotado compartimento posterior del Cargo-5 que habían conseguido recuperar para su uso. El paisaje agreste y polvoriento de Syria Planum pasó a toda velocidad con un aspecto granuloso y borroso debido a los cristales arañados de las ventanas del compartimento. El suelo del terreno era irregular, pero Rho-Mu 31 guió el vehículo con mano experta por las llanuras rocosas. Severine estaba sentada enfrente de Caxton, con el brazo roto inmovilizado y pegado al pecho, mientras que Zouche iba sentado en la cabina del conductor, al lado de Rho-Mu 31.

Después del ataque de la máquina Kaban, su protector la sacó del metal que le había atravesado del hombro y la apartó con rapidez de los restos del levmag. Luego evaluó con rapidez fruto de la práctica las heridas de cada uno antes de trasladarlos a un nicho oculto en una de las paredes del túnel.

Rho-Mu 31 y Zouche se dedicaron a buscar en los compartimentos de carga posteriores del levmag cualquier cosa que les pudiera resultar de utilidad, y mientras tanto Severine se había quedado mirando a Dalia con una expresión de asombro y también con lo que más tarde se daría cuenta de que era miedo.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntó al cabo de unos momentos—. Me refiero a cómo conseguiste que esa máquina se marchara. Creí que ya estábamos muertos.

—Sí, deberíamos estarlo —dijo Caxton, mostrándose de acuerdo—. Quizá no nos vio o se produjo alguna clase de interferencia. No lo sé.

Severine hizo un gesto negativo con la cabeza y se mordió el labio cuando el dolor del brazo se intensificó por un momento.

—No. Fue algo que hizo Dalia. Lo sé. ¿Qué es lo que hiciste?

—Para serte sincera, ni yo misma lo comprendo —respondió Dalia al mismo tiempo que echaba la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la piedra fresca del túnel—. Fue igual que si pudiera ver directamente el mecanismo de su mente, y fue entonces cuando supe cómo funcionaba. Vi lo que Chrom le había hecho y yo... pues... le impedí ver que realmente estábamos allí, justo delante de él.

—¿Chrom? —exclamó Severine—. ¿Lukas Chrom? ¿El construyó esa máquina? ¿Una máquina pensante?

—Sí —le confirmó Dalia—. Vi su firma en todos los mecanismos.

—¿Por qué iba a querer matarnos un adepto como Chrom?

—A nosotros no. Sólo a Dalia —apuntó Caxton.

Severine miró a Dalia como si hubiera sido ella en persona quien le hubiera partido el brazo.

—Dalia, ¿qué es lo que no nos has contado? ¿Por qué quiere matarte Lukas Chrom?

Dalia sabía que nada que le dijera convencería a Severine de que no lo sabía con certeza, pero se encogió de hombros y le contestó.

—Sólo lo supongo, pero creo que tiene algo que ver con el lector akashico de la adepta Zeth. Hay gente que no quería que se construyera, y creo que tienen miedo de lo que pueda ocurrir cuando sepamos todo lo que nos puede enseñar. Piensa en ello. Si todo el mundo puede saberlo todo, ¿qué ocurre entonces con los guardianes del conocimiento? El conocimiento es poder, ¿no es verdad? Entonces, ¿qué ocurre cuando todo el mundo tiene acceso al conocimiento?

—Que esos guardianes perderían su poder —contestó Caxton.

—Exacto. Y estoy más convencida todavía de que sea cual sea la criatura que hay bajo el Noctis Labyrinthus, es la clave para que el lector akashico funcione. Esa gente tiene miedo de lo que podremos ser capaces de conseguir cuando desarrollemos todo su potencial, así que están desesperados por aferrarse a lo que ya tienen.

—Pero entonces, ¿qué tiene todo eso que ver con lo que está ocurriendo en Marte?

—Eso no lo sé —contestó Dalia—. De verdad que no lo sé, pero sea lo que sea, es algo que nos supera a todos los que estamos aquí.

En ese momento, Rho-Mu 31 y Zouche regresaron con un auténtico tesoro de objetos útiles procedentes de los suministros destinados a Borde del Cráter y a Desfiladero Rojo. Había paquetes médicos, cajas de raciones, recicladores de agua y aparatos para respirar. Abrieron los paquetes médicos y limpiaron las heridas antes de aplicar antiséptico y cubrirlas con gasas y con vendas.

Lo mejor de todo era que Zouche había encontrado un transporte todoterreno Cargo-5 volcado. Se trataba de un vehículo poco fiable y difícil de manejar, muy común en los asentamientos fronterizos y en las forjas más aisladas, pero era un vehículo que les ofrecía la oportunidad de sobrevivir. A Rho-Mu 31 no le costó volver a ponerlo derecho de nuevo, pero al hacerlo, descubrieron que los disparos indiscriminados de su atacante habían perforado la unidad oruga y habían agujereado los mecanismos de control del piloto.

Zouche no se arredró ante aquello y empezó a reparar la unidad oruga con la ayuda de Rho-Mu 31 mientras Caxton desmantelaba el panel de control y se ponía a trabajar en él junto a Dalia para intentar arreglar los desperfectos y que los mandos volvieran a funcionar. Rho-Mu 31 utilizó un par de trozos de vía de la línea levmag destrozada y gruñó al levantar lo suficiente el Cargo-5 para que los demás colocaran los tramos de oruga reparados, y todos vitorearon y se abrazaron cuando Caxton encendió por fin la planta impulsora y el motor se encendió con un gruñido belicoso.

Llenaron el compartimento de carga posterior con todos los suministros que pudieron y luego condujeron por la oscuridad del túnel hasta que salieron a la mañana recién amanecida. Dalia jamás se había sentido tan feliz de poder ver el cielo abierto, aunque en tono escarlata del amanecer y la cascadas de fuego que se veían a lo lejos indicaban que quedaban muchos problemas, y graves, por delante.

Dalia y los demás contemplaron por primera vez el complejo forja de Mondus Gamma mientras Rho-Mu 31 se esforzaba por hacer descender con seguridad el Cargo-5 por la ladera rocosa que llevaba hasta el Syria Planum. Se extendía hacia el sur y hacia el este como una mancha oscura por todo el paisaje. Era una franja enorme de industrias llameantes y humeantes. Las factorías colmena, los enormes hangares de armas y las fundiciones abrasadoras palpitaban y retumbaban con los

trabajos de producción. Era una de las mayores forjas de Marte y sus límites se perdían en la lejanía. Una capa de humo negro semejante a un sudario se mantenía pegada a las plantas de producción y a las subcolmenas, como si no deseara que los extraños vieran lo que había debajo.

El panorama era profundamente perturbador, ya que Dalia sabía que se trataba de los dominios de Lukas Chrom, el constructor de la máquina que acababa de intentar matarlos.

A pesar de ello, Dalia sintió un vigor renovado, aunque no tuvo muy claro si se debía a su reciente encuentro con la muerte o a alguna otra razón. Lo único que sabía era que estaba viva y que todas las cosas que había temido perder seguían con ella, a la espera de ser experimentadas.

Todos parecían poseer ese mismo estado de ánimo, y a lo largo de las siguientes horas del viaje, a medida que el terreno se nivelaba y que empezaban a cruzar con rapidez la llanura, cada uno de ellos se fue relajando en aquella nueva etapa del viaje. Incluso Severine pareció mostrarse de mejor humor, aunque el brazo le seguía doliendo a pesar de la cura que le había efectuado Rho-Mu 31 y del efecto producido por un par de analgésicos.

El aire del interior del vehículo era pegajoso, pero era mejor que el polvo caliente que se arremolinaba a su alrededor. Ya estaban bastante lejos del pallidus, por lo que la atmósfera exterior no era venenosa, pero tampoco era exactamente agradable. Dalia notó una creciente sensación de optimismo, de que iba a alcanzar su objetivo después de todo, a medida que pasaban las horas y éstas se transformaban en días mientras las nubes de polvo interminables los rodeaban.

Pasaban los días casi siempre en silencio, aunque a veces alguno señalara una formación rocosa especialmente interesante o un paisaje curioso, y entonces hablaran de ello hasta que el polvo lo tapaba de nuevo. Rho-Mu 31 no perdió de vista la forja lejana, y Dalia sintió una emoción creciente a medida que el suelo se volvía más rocoso.

Por fin, Rho-Mu 31 detuvo el Cargo-5 y señaló una cicatriz oscura en la tierra que bajaba de forma abrupta entres dos laderas rocosas y casi verticales.

—La entrada occidental al Noctis Labyrinthus —les comunicó.

—Bueno, conseguimos llegar hasta aquí. Y ahora, ¿qué? —quiso saber Severine.

Dalia miró uno por uno los rostros tensos de sus amigos. Habían llegado hasta allí, pero tras ver la oscuridad casi sepulcral del Noctis Labyrinthus, notó que el miedo y la

duda que sentían luchaban con el deseo de permanecer a su lado.

—Entramos. ¿Qué vamos a hacer si no? —preguntó a su vez Caxton—. Hemos hecho todo el viaje y ahora no podemos darnos la vuelta, ¿no es verdad, Dalia?

—Es verdad —contestó Dalia, sintiéndose agradecida por su apoyo.

—A mí me parece bien. Habría sido un viaje sin sentido si ahora no entrásemos.

Severine asintió con gesto lento y Rho-Mu 31 comenzó a bajar con el vehículo por la entrada inclinada que llevaba al sistema de cañones.

El terreno descendía de forma bastante pronunciada y se los tragó por completo cuando la luz disminuyó y los dejó viajando por una penumbra desconocida y llena de sombras donde tan sólo llegaban algunos rayos de luz muy difusos.

Las paredes verticales de capas de roca se alzaron muy por encima de ellos, y a Dalia le pareció que se estaban adentrando de forma cada vez más profunda en el corazón del planeta a través de una herida profunda y terrible que todavía no se había curado.

Maven apenas logró contener la ira al ver tantos cuerpos. El túnel estaba casi tapado por los cadáveres. Yacían desmembrados o aplastados entre los restos retorcidos de un levmag que había sido arrancado de su vía. Caminó con el *Equitos Bellum* a través de la oscuridad con los focos gemelos iluminando el túnel y el caparazón blindado y polvoriento del *Pax Mortis*.

—¿Sigues creyendo que perseguimos fantasmas? —le preguntó a Cronus.

Su hermano de batalla no le respondió durante unos momentos, y Maven sintió la furia que embargaba a su amigo ante lo que estaba viendo. No se trataba simplemente de que hubieran atacado al levmag. Lo habían destrozado. Unas armas de potencia tremenda lo habían abierto de un extremo a otro y habían matado a todo ser vivo que se encontraba en su interior.

—Con todo lo que está ocurriendo, e incluso después de lo que encontramos en el pallidus, he de admitir que estaba empezando a arrepentirme de mi decisión de seguirte, pero eso se acabó, hermano —le dijo finalmente Cronus—. Sea lo que sea esa máquina, tiene que ser destruida. No podemos permitir esta clase de cosas.

Maven asintió para mostrar que estaba de acuerdo, aunque lo cierto era que debía admitir que él mismo había empezado a dudar de los instintos de su montura a medida que se adentraban cada vez más en el pallidus. De repente, tras pasar días de búsqueda infructuosa, su auspex por fin había chasqueado y siseado al captar la pauta familiar

de descargas electromagnéticas que era la firma de su presa.

Los restos destrozados del vehículo de transporte de un prospector habían quedado prácticamente enterrados por las tormentas de polvo, pero el *Equitos Bellum* había captado los rastros dejados por su némesis en su destrucción.

Apenas el auspex del caballero registró los residuos del reactor, del escudo y de las armas, Maven sintió en el Colector un deseo irresistible de dirigirse hacia el este y cruzar las montañas que se alzaban entre Tharsis y Syria Planum.

Luego habían encontrado aquel túnel lleno de cadáveres, un matadero sin sentido alguno, y el Colector los siguió impulsando para que avanzaran.

—¿Por qué no acudió nadie para ayudarlos? —se preguntó Maven—. ¿Por qué los dejaron abandonados?

—Marte tiene problemas mucho más importantes —le contestó Cronus—. Ya lo has oído. Estamos en mitad de una guerra civil.

Maven captó la lucha interna en la voz de su compañero y sintió la misma confusión en su propia alma. Las comunicaciones externas habían llegado cargadas de un millón de voces clamorosas: declaraciones de guerra, súplicas de ayuda y gritos salvajes de odio. Las forjas marcianas que se habían mantenido unidas a lo largo de incontables eras de oscuridad y que habían superado esas épocas tormentosas sin sufrir daño alguno, esas mismas forjas, en esos momentos se estaban haciendo las unas a las otras lo que no había logrado la Vieja Noche.

El deber le decía a Maven que debían abandonar aquella búsqueda y encaminarse hacia el oeste a toda velocidad para reunirse con sus camaradas caballeros y defender Ciudad Magma.

Sin embargo, el honor le decía que una vez que se había iniciado una búsqueda como aquélla no se podía abandonar, tan sólo completarla.

Maven sintió el tirón feroz del *Equitos Bellum* a través del Colector y supo a qué debía hacer caso.

—Está cerca. Puedo sentirlo.

—Entonces, vamos a por él —dijo Cronus al mismo tiempo que se encaminaba hacia el Syria Planum—. Cuanto antes lo matemos, antes podremos regresar con nuestros hermanos.

El Cargo-5 siguió avanzando por los profundos cañones del Noctis Labyrinthus. La oscuridad parecía alejarse una y otra vez hacia el interior, igual que un depredador que

estuviera atrayendo a su presa. Esa oscuridad era fría, y el pequeño calefactor de la cabina no conseguía disminuir esa frialdad, aunque después del viaje largo y caluroso a través del Syria Planum nadie se quejaba todavía.

Cuanto más se adentraban en las profundidades, más frío hacía. En las ventanas se formaron rebordes blancos de escarcha, un fenómeno que ninguno de ellos había visto con anterioridad. Rho-Mu 31 se vio obligado a desviar una parte importante de la carga de la batería al calefactor para mantener despejado el parabrisas y así ver por dónde iban.

Los faros del Cargo-5 titilaban con las sacudidas y apenas eran capaces de atravesar la oscuridad. El ambiente en el interior de la cabina se volvió más cargado y desagradable a medida que el reciclador de aire fue fallando. Pasó una hora tras otra, y aunque no se parecía en absoluto a una carretera, el suelo por el que avanzaban era relativamente llano, por lo que el vehículo devoraba los kilómetros.

Cada vez que llegaban a una bifurcación en los cañones, Dalia le indicaba a Rho-Mu 31 el camino que debía seguir con un gesto de la barbilla, como si temiera perturbar el silencio sepulcral que llenaba el Noctis Labyrinthus.

Nadie preguntó cómo era posible que supiera hacia dónde debían dirigirse.

Del comunicador manchado de aceite surgió un chorro de estática. Zouche se inclinó para apagarlo, para luego erguirse, volverse y mirarlos con una expresión de desconcierto.

—Es extraño. Ni siquiera estaba encendido.

—Mellicin dijo que los adeptos de esta región se marcharon debido a los problemas técnicos —comentó Caxton.

Dijo aquello con voz despreocupada, pero sólo sirvió para aumentar la inquietud general.

Los afectaron varios incidentes mecánicos más a lo largo del trayecto. No fueron capaces de calcular el paso del tiempo después de los dos primeros días que pasaron en la oscuridad, ya que los cronómetros de todos ellos se detuvieron exactamente al mismo tiempo. Varias horas más tarde, las luces internas de la cabina parpadearon antes de apagarse por completo mientras descendían por un cañón todavía más profundo al que no llegaba en absoluto la luz del sol.

La oscuridad los envolvió por completo, y a Dalia le dio la impresión de que los estaban cubriendo con una capa mientras una hueste de fantasmas los seguía y los observaba desde las sombras. Cada uno de ellos sintió un millar de ojos posados en la



nuca, donde tenían todos los pelos erizados denotando la presencia del peligro, aunque no se veía nada amenazante.

El motor carraspeó y se paró en varias ocasiones a lo largo del viaje, y en cada una de las ocasiones fue Caxton, cada vez más nervioso y frustrado, quien tuvo que ponerlo de nuevo en marcha.

A pesar de los problemas mecánicos y del ánimo apagado y sombrío que se apoderó de todos en la oscuridad, Dalia sintió una creciente emoción e impaciencia con cada kilómetro que recorrían. Se habían quedado sin luz solar y no habían visto pista alguna de algo que se pareciera a su objetivo final, pero Dalia sabía con la certeza del fanático que ya estaban cerca.

No tema ni idea de hasta qué profundidad del Noctis Labyrinthus habían penetrado, ya que el odómetro había dejado de funcionar el día anterior, ni tampoco sabía dónde se encontraban en relación a cualquier otro ser vivo de Marte, pero un dolor creciente en la parte posterior de la mente le indicó que ya estaban cerca.

El rugido del motor cesó de nuevo, y Dalia oyó a Caxton soltar un gruñido de protesta mientras se preparaba para salir de nuevo al frío y a la negrura exteriores para ponerlo en marcha una vez más.

Rho-Mu 31 hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No hace falta. No vamos a seguir avanzando. Nos hemos quedado sin batería.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Severine con voz un poco nerviosa.

—No pasa nada —la tranquilizó Dalia a la vez que se inclinaba hacia delante para limpiar de escarcha el cristal de la cabina del conductor—. ¡Mirad!

Justo delante del Cargo-5 se alzaba un risco inmenso, con las paredes relucientes como si las hubieran tachonado con trozos de cuarzo. Sin embargo, Dalia se dio cuenta de que no era una pared rocosa normal, ya que su superficie era pulida, como la del vidrio fundido, y brillaba con una luz interior. Con el paso de los eones se habían desprendido secciones enteras y habían dejado a la vista un paso oscuro que atravesaba la roca y del que surgía una extraña neblina, como el vapor escapando de un conducto geotérmico.

—El aliento del dragón. Hemos llegado —declaró Dalia.

El Recinto Himadri rodeaba la gran montaña hueca que representaba la cúspide del Himalazia, la cúspide de Terra. Era una explanada amplia de mármol negro y vítreo con el reborde cubierto de bustos y de estatuas de figuras encapuchadas. La piedra

estaba salpicada de vetas doradas, rojizas y azules, y un millar de estandartes colgaban de los arcos y de las bóvedas del techo de un kilómetro de alto.

Una luz fría se derramaba en la inmensa estancia a través de unas ventanas que tenían el doble de altura que un titán de la clase Warlord. Los rayos creaban grandes chorros luminosos en el suelo cubierto de mosaicos blancos y negros. La luz también iluminaba a un guerrero enorme con una armadura dorada que acompañaba a un individuo de cabello blanco y menor estatura que llevaba la túnica sencilla de un administrador de palacio.

La armadura dorada del gigante era una obra maestra creada por los artesanos más hábiles, en la que los mejores artistas de los Puños Imperiales habían grabado las filigranas más delicadas. De los hombros le colgaba un manto de terciopelo rojo que llevaba sujeto mediante un entramado de bronce. El cabello plateado brillaba en contraste con el lustre dorado de la armadura.

El rostro del guerrero era moreno y arrugado, oscurecido por la luz de innumerables soles y tenía tallada una expresión de determinación estoica.

Su compañero era tan común como excepcional era el guerrero. El cabello plateado le formaba una larga melena sobre unos hombros que iban encorvados bajo lo que parecía el peso de todo un mundo.

Detrás de aquella pareja tan desigual marchaba un destacamento de diez custodios protegidos por armaduras de bronce, cubiertos con cascos rematados por plumas rojas y armados con largas alabardas. Su presencia era una mera formalidad, ya que a Rogal Dorn, el primarca de los Puños Imperiales, no le hacía falta protección alguna.

De todas las grandes estancias del palacio del Emperador, la Himadri era una de las pocas que no había sido convertida en una fortaleza por el guerrero dorado, aunque su compañero, Malcador el Sigilita, regente de Terra, vio que aquello no le servía de mucho consuelo.

Malcador captó la mirada de asombro en los ojos de Dorn cuando pasaron bajo el Arco Shivalik y éste vio los nombres de los diez mil constructores inscritos en letras doradas sobre el mármol. También captó tristeza en aquella mirada.

—La gloria de la morada del Emperador se alzarán de las cenizas de la guerra igual que un ave fénix —le dijo Malcador, adivinando los pensamientos de su amigo.

Dorn bajó la vista para mirarlo y le sonrió con gesto cansado.

—Lo siento. Estaba calculando cuánto tardaríamos en dismantelar esta gran arcada y sustituirla por una portilla de bastión.

—Sé lo que estabas haciendo —asintió Malcador, quien cruzó las manos a la espalda mientras pasaban por debajo de la gran arcada—. ¿Y bien? ¿Cuánto se tardaría?

—Si mis puños imperiales hicieran el trabajo, unos dos días aproximadamente, pero esperemos no tener que llegar a eso. Si las fuerzas del traidor llegan hasta aquí, entonces ya habremos perdido.

—El Emperador confía en ti para que eso no suceda.

—No sucederá —le aseguró Dom.

Siguieron caminando en silencio durante unos instantes más, satisfechos de poder disfrutar de la vista de las montañas recortadas contra un cielo azul como pocas veces y de las muchas maravillas que albergaba el Recinto Himadri: el Globo Trono del Rey Loco Peshkein de Tali; la Columnata de los Héroes; la última máquina voladora de los roma, conservada en un reluciente campo de estasis, y un centenar de otras maravillas y trofeos capturados en las Guerras de Unificación.

—¿El Emperador seguirá sin reunirse con nosotros? —le preguntó Dorn mientras pasaban por delante de la Armadura de Perla manchada de sangre que le habían quitado al cadáver del señor de la guerra Kalagann.

Malcador dejó escapar un suspiro. Había estado esperando esa pregunta.

—No, amigo mío, no se reunirá con nosotros.

—Dime por qué, Sigilita —exigió saber Dorn—. Su imperio se derrumba y su brillante hijo bastardo está arrastrando a media galaxia a la guerra. ¿Qué podría ser más importante que todo eso?

—No puedo responderte a eso, porque no conozco la respuesta. Sólo puedo decirte que el Emperador me ha dicho que nada es más importante que la tarea que está llevando a cabo en las profundidades de su palacio, ni siquiera Horus, ni tú, ni, por supuesto, yo.

—Entonces, estamos solos.

—No —le refutó Malcador—. No estamos solos. Nunca estamos solos. Es posible que el Emperador no se encuentre a nuestro lado, pero él nos ha dado los medios para librar esta guerra y ganarla. Horus tiene a su lado a tres de las legiones, y tú tienes a la tuya y a otras trece.

—Ojalá fueran quince.

—Ni siquiera pienses en ello —le advirtió Malcador—. Las hemos perdido para siempre.

—Lo sé, y tienes razón. Si tenemos en cuenta los números, el traidor tiene muy pocas posibilidades de vencer, pero él siempre ha sido el más astuto, el que siempre ha encontrado un medio de triunfar cuando a otros les resultaba imposible.

—¿Es eso lo que realmente temes?

—Quizá —susurró Dorn—. Todavía no sé lo que temo, y eso es lo que realmente me preocupa.

Malcador señaló con un gesto de la mano el otro extremo del recinto, donde se abría un portal oscuro y algo siniestro que era hacia donde se dirigían.

—Quizá el Señor de la Astrothelepatica tendrá más noticias de nuestras legiones.

—Espero que sí. Después de todos los sacrificios que hemos hecho para atravesar las tormentas de disformidad, será mejor que sepa algo de Sanguinius y del León.

—Y de Guilliman y de Russ —añadió Malcador.

—Ellos no me preocupan. Pueden cuidar de sí mismos, pero los demás se dirigían hacia un gran peligro la última vez que supe de sus planes, y me sulfura no poder ponerme en contacto con ellos. Necesito reunir a las legiones para atacar el corazón del traidor.

—¿Sigues pensando atacar a Horus Lupercal?

—Después de lo que hizo en Istvaan III es el único modo posible —le explicó Dorn, quien torció el gesto al oír el nombre de su antiguo hermano—. Mata a la cabeza y el cuerpo se morirá solo.

—Quizá, pero antes tenemos que solucionar algunos problemas que nos afectan más de cerca.

—¿Te refieres a las revueltas en Marte?

—Sí —le confirmó Malcador—. El alto adepto Ipluvien Maximal me informa cada día con nuevas sobre más atrocidades y pérdidas de conocimientos muy valiosos. La guerra ha llegado al planeta rojo.

—¿No se sabe nada del fabricante general?

—Nada que tenga sentido. Me temo que se ha vuelto contra nosotros.

—Este Maximal, ¿es de fiar?

Malcador se encogió de hombros.

—¿Cuán fiable es nada hoy en día? Conozco a Maximal de hace mucho tiempo, y aunque tiende a ser exagerado, es un acérrimo servidor del Emperador y creo que dice la verdad. En Marte arde la rebelión.

—Entonces tendremos que asegurar el Sistema Solar antes de iniciar una campaña

en un sistema lejano.

—¿Qué propones?

—Enviaré a Sigismund y a cuatro compañías de Puños Imperiales para asegurar las forjas de Marte. Mondus Occulum y Mondus Gamma producen la mayor parte de las armaduras y de las armas de los astartes. Atacaremos ahí para capturar esas forjas, y una vez lo hagamos, seguiremos avanzando y asegurando las demás.

—¿Sigismund? Es un poco temperamental, ¿no? —comentó Malcador—. Para esa misión a Marte, ¿no sería mejor alguien con más serenidad?

Dorn sonrió, lo que era algo poco común en aquellos días tan sombríos.

—Es cierto, mi primer capitán tiende a hablar de un modo bastante belicoso, pero enviaré a Camba-Díaz con él. Seguro que resulta ser una influencia calmante en el carácter de Sigismund. ¿Eso será suficiente para calmar tus preocupaciones?

Malcador asintió.

—Por supuesto. Eres el comandante de las fuerzas armadas del Imperio y tienes toda mi confianza, pero incluso un humilde administrador como yo sabe que necesitarás más guerreros que cuatro compañías de Puños Imperiales para pacificar Marte.

—Podemos engrosar las filas de la fuerza con regimientos del Ejército Imperial y algunas unidades auxiliares acantonadas en Terra y en las lunas de Saturno y de Júpiter.

—¿Qué hay de los Portadores de la Palabra de Sor Talgron?

—No. Necesito a sus guerreros para el ataque contra Istvaan V.

Malcador se detuvo un momento y miró a través de una de las enormes ventanas cómo el sol se ponía detrás de la cima más elevada del mundo.

—Quién hubiera creído que llegaríamos a esto —se preguntó.

—Nadie podría haber previsto algo así. Ni siquiera el Emperador.

—Si no logramos detener al señor de la guerra, todo lo que hemos construido a lo largo de estos últimos tres siglos se perderá. Todos nuestros grandes logros y el gran sueño de unidad se convertirán en cenizas si fallamos. Pereceremos bajo nuestras propias manos o seremos devorados por una oleada de atacantes alienígenas, y no seremos capaces más que de ofrecer una resistencia simbólica a hordas devoradoras.

—Entonces no podemos permitirnos fallar.

Malcador se volvió para mirar a Dorn y alzó los ojos hacia su rostro hermoso y curtido.

—Envía a tus guerreros a Marte, Rogal Dorn. Asegura las forjas marcianas y luego aplasta a Horus Lupercal en Istvaan V hasta acabar con él.

Dorn le hizo una reverencia.

—Así se hará.



## CAPÍTULO 2

Tal y como la adepta Zeth había previsto, las fuerzas del fabricante general regresaron a Ciudad Magma. El sol se alzó sobre las calderas de los montes Tharsis para iluminar otro día de derramamiento de sangre y de caos, y los auspex centinelas dieron la alarma que los habitantes de su forja habían temido.

La Legio Mortis se acercaba.

Los titanes Mortis rodearon los flancos occidentales de Mons Arsia al sur de Mons Pavonis y destruyeron con facilidad los altos muros que rodeaban los silos de contenedores y las pistas procedentes de Ciudad Magma. Encabezadas por el enorme Imperator, el *Aquila Ignis*, un total de trece máquinas de guerra cruzaron la brecha abierta por las armas del titán Imperator.

El grupo avanzó con lentitud. Aparte del Imperator, había una combinación de Warlord y Reaver, con cuatro Warhound que actuaban como avanzadilla, igual que una manada de lobos dispuesta a hacer saltar la presa. Los blindajes de color rojo, plata y negro brillaron con la luz creciente. En los cascos de todas las máquinas habían pintado recientemente el Ojo de Horas. Las sirenas aullantes proclamaban sus intenciones beligerantes y los repugnantes fragmentos de código corrompido aullaron sus nombres inmundos por las ondas de comunicación.

De lejos se asemejaban a ancianos encorvados que se movían con pasos rígidos y reumáticos, pero no había debilidad alguna en aquellas terribles máquinas de guerra. Aquellos artefactos se habían diseñado con la función expresa de matar a los enemigos de la humanidad, pero habían sido pervertidos para servir a un propósito siniestro y a unos señores más siniestros todavía.

No prestaron atención alguna a las filas de contenedores, ya que estaban concentrados en seguir avanzando hacia el objetivo de su destrucción. El puerto lleno de contenedores era gigantesco, pero a lo lejos se veía la extensión enorme de las subcolmenas de Mons Arsia, con sus habitáculos para los operarios y los inmensos centros de producción.

Era hacia esa confusa masa de construcciones hacia donde se dirigía la Legio Mortis. Era la única ruta que tenían aparte del fortificado Viaducto Typhon, por el que los titanes podrían cruzar el extenso lago de magma sobre el que se alzaba la ciudadela de la adepta Zeth.

No había un camino lo suficientemente ancho en las subcolmenas como para que pudieran pasar aquellas máquinas de guerra, pero al princeps Camulos no le hacía falta un camino abierto. Las armas de sus titanes eran más que capaces de abrirse paso arrasándolo todo por delante de ellas, o podían simplemente aplastar lo que se encontraran por delante con su peso. A la Legio Mortis no le importaban nada los millones de personas que habitaban en las subcolmenas. Sólo les importaba que la Ciudad Magma acabara en ruinas y la adepta Zeth se arrodillara ante los nuevos señores de Marte.

Miles de operarios huyeron ante el avance de los titanes. Eran hormigas que trataban de escapar de una manada de groxes. Al igual que los contenedores que los rodeaban, las máquinas Mortis no les prestaron atención, ya que sabían que las fuerzas que los seguían eliminarían cualquier posible amenaza que quedara.

Las cohortes mutadas de skitarii y los senadores de combate alterados de un modo horrible entraron en el puerto fluyendo como una marea de caparazones negros sacados de las peores pesadillas. Sus gritos de batalla enfurecidos resonaron con un eco extraño entre los contenedores metálicos.

Varias explosiones sacudieron los campos de aterrizaje cuando las tuberías de combustible quedaron aplastadas bajo los pies colosales de los titanes y las llamas aparecieron tras su paso. Las nubes de humo negro se elevaron como manchas oscuras pintadas sobre el cielo.

Las piezas de artillería de los reductos y de las fortificaciones de la base de las subcolmenas comenzaron a disparar, y en el suelo que se extendía ante los titanes aparecieron erupciones de llamas corrosivas y nubes letales de metralla. Cientos de soldados enemigos murieron en los primeros instantes del bombardeo, pero no eran nada comparado con la horda que los seguía.



Las pantallas de vacío destellaron y parpadearon bajo el bombardeo, pero al carecer de la concentración de fuego necesaria para sobrecargar los escudos de un titán, el fuego defensivo se desperdició en su mayor parte. Los cuatro Warhound avanzaron a la carrera con grandes zancadas y pegados lo más posible al suelo, zigzagueando entre las explosiones al mismo tiempo que abrían fuego con sus megabólters.

Uno de los Warhound trastabilló cuando una andanada especialmente bien dirigida le acertó de lleno y le destruyó todas las pantallas de vacío con un estallido cegador. Las explosiones le arrancaron una de las piernas y la máquina se estrelló de bruces contra el suelo, donde abrió un surco de treinta metros antes de detenerse. De la línea de defensores surgió un grito de alegría, pero los observadores que se encontraban en Ciudad Magma sabían que haría falta algo más que la pérdida de un Warhound para detener a los atacantes.

Los Warhound restantes aumentaron la velocidad y utilizaron su agilidad para esquivar los disparos, y el princeps de cada titán mostró un gran respeto por la puntería de los artilleros de Ciudad Magma.

Los defensores se vieron acribillados por ráfagas de las armas enemigas, que dispararon una tormenta de proyectiles de alto poder explosivo que atravesaron prácticamente todas las fortificaciones a excepción de las más gruesas. Los impactos provocaron unos destrozos inimaginables en las apretadas filas de los protectores, los skitarii y la tecnoguardia de Zeth. Las piezas de artillería estallaron y los depósitos de munición reventaron cuando los disparos de los Warhound les acertaron de lleno.

La alegría que momentos antes había invadido a los defensores al ver al Warhound caer derribado se evaporó al instante cuando vieron la destrucción provocada por sus hermanos. Los supervivientes, aterrorizados y enloquecidos, huyeron trastabillando del infierno humeante de llamas y de explosiones. Algunos aferraban los extremos de sus miembros amputados mientras otros intentaban impedir que se les salieran los intestinos o arrastraban los cadáveres destrozados de sus camaradas para alejarlos de los incendios.

Cuando la desbandada de hombres y mujeres aterrorizados huyó de las líneas fortificadas, las compuertas estancas de adamantium de un búnker reforzado se abrieron y una máquina Ordinatus surgió sobre unas orugas pesadas. Una pieza de artillería tan gigantesca necesitaba un chasis también reforzado, una dotación de centenares de miembros y unos generadores especializados sólo para que el arma

pudiera disparar. El Ordinatus era un arma de tal poder que cualquier adepto se sentiría afortunado con disponer de al menos uno en su arsenal.

La dotación centró el auspex de puntería y calculó un disparo contra uno de los titanes de mayor tamaño, un Reaver impetuoso que se había apartado del grupo de titanes atacantes.

Un rayo cargado de energía palpitante y cegadora surgió del Ordinatus y acertó de lleno en la placa facial del imprudente Reaver. Al instante, los escudos chirriaron y desaparecieron en una lluvia de chispas y de arcos de energía disipada que vaporizaron a cientos de skitarii mutantes que avanzaban a sus pies. El rayo del Ordinatus continuó recorriendo el cuerpo del Reaver arrancando placas de blindaje y escudos corporales en una serie de explosiones llameantes.

En el interior de la máquina enemiga se produjo un tremendo incendio cuando el núcleo del reactor sufrió una brecha, y un momento después el Reaver se desvaneció al ser sustituido por una diminuta estrella recién nacida. Las pantallas de vacío chirriaron y aullaron cuando los acompañantes del Reaver sintieron la violencia de su muerte, pero ninguno de ellos sufrió nada aparte de unos arañazos por la metralla.

Una vez cumplida su misión, el Ordinatus comenzó a retirarse hacia su búnker de protección para recargar el arma principal.

No tuvo la oportunidad de hacerlo.

La gigantesca y terrorífica forma del *Aquila Ignis* abrió fuego con el cañón aniquilador y el enorme Ordinatus desapareció bajo una nube de fuego nuclear en crecimiento.

El asombro ante la muerte de una máquina tan magnífica dejó paralizados a los defensores durante un momento, pero eso fue todo lo que necesitaron las máquinas de la Legio Mortis. Los Warhound, oportunistas como siempre, aprovecharon que el Ordinatus seguía consumiéndose en un mar de plasma llameante y avanzaron a la carrera para atravesar los restos de la línea defensiva.

Una vez entre las filas de defensores, los Warhound proclamaron su triunfo a través de los altavoces acoplados a sus caparazones y comenzaron la matanza. Los megabólters relampaguearon y convirtieron en pulpa a los soldados que estaban al descubierto con una tormenta de proyectiles explosivos bajo la que nada podía sobrevivir. Los turboláseres incineraron la carne y derretieron a las unidades blindadas mientras las bestias aullantes aplastaban alas diminutas figuras que tenían delante.

Embriagados por aquella matanza, los Warhound siguieron avanzando a la cañera

aplastando a su paso a los pocos supervivientes quemados o heridos que quedaban mientras los miembros más lentos del grupo cruzaban de una zancada las murallas que separaban los habitáculos de los trabajadores de la zona exterior de la forja de la adepta Zeth. Lo hicieron con la misma facilidad con que un niño pasaría por encima de una rama caída.

Los Warhound cazaron y mataron en los estrechos confines de las subcolmenas como si fueran depredadores en busca de presas. Los cañones no dejaron de disparar y las sirenas aullaron de forma incesante con la alegría de la matanza.

Una de las máquinas actuaba en solitario y se dedicaba a demoler con sus armas y con su peso de forma metódica los bloques de habitáculos y los templos forja uno tras otro. Las paredes caían derrumbadas, las fundiciones se colapsaban y las enormes torres de refrigeración se desplomaban convertidas en cascadas de rococemento y acero.

Las otras dos máquinas actuaban en grupo. Una demolía los edificios con ráfagas concentradas de disparos mientras la otra se dedicaba a acribillar los escombros por si quedaba algún superviviente. Juntas dejaron a su paso un rastro de destrucción como jamás se había visto en toda la historia de Ciudad Magma.

El polvo se arremolinaba formando grandes nubes y el sonido de las estructuras al derrumbarse resonaba incluso por encima de los Warhound aullantes mientras se dedicaban a abrir un camino para las máquinas de mayor tamaño. El Warhound solitario fue el primero en morir.

Su tripulación jamás llegó a ver a su asesino, pero su sensori captó la señal del auspex de puntería una fracción de segundo antes de que las pantallas de vacío se sobrecargaran bajo una ráfaga devastadora de disparos láser. Luego, una andanada de misiles destrozó por completo a la máquina.

Los otros dos Warhound notaron la muerte de su camarada y cruzaron con furia las ruinas en busca de su destructor. Avanzaron a grandes zancadas y llegaron hasta donde se encontraban sus restos humeantes. Una vez allí, cada uno de ellos rastreó toda la zona con barridos agresivos de su auspex.

La máquina que marchaba en cabeza captó una señal situada detrás de un almacén de acero destrozado y abrió fuego sin esperar a tener un objetivo claro, con la esperanza de hacer salir a su presa a terreno abierto, dónde su compañero podría acabar con ella.

El almacén se disolvió convertido en una nube de trozos pulverizados de roca y

de acero destrozado, pero en vez de obligar a salir a la máquina que se ocultaba detrás, tuvo el efecto contrario. El monstruo acechante de color azul cobalto se lanzó a por el Warhound disparando con las armas de los puños y lanzando un desafío heroico con la sirena.

El *Deus Tempestus* se estrelló contra el sorprendido Warhound y lo derribó. Una vez en el suelo, lo aplastó con fuerza bajo su enorme pie. La máquina enemiga quedó reventada como una lata bajo el poderoso Warlord, el primer Dios Máquina de la Legio Tempestus.

—Máquina destruida —anunció el princeps Cavalerio desde las profundidades líquidas de su tanque de fluido amniótico.

El segundo Warhound huyó ante la presencia del titán de mayor tamaño. Se dio la vuelta y echó a correr en busca del apoyo del resto de su grupo, como un matón que se encontrara de repente con los amigos de sus antiguas víctimas.

Esa maniobra lo condujo directamente a las armas del *Metallus Cebrenia* y el *Arcadia Fortis*, quienes lo atraparon en un fuego cruzado mortífero que le arrancó las pantallas de vacío y lo destripó bajo el feroz huracán de disparos de turboláser.

Detrás de aquellas dos máquinas aparecieron los Warhound de la Legio Tempestus, del *Vulpus Rex*, el *Raptoria* y el *Astrus Lux*, seguidos del Warlord *Thanis Hastatus*, y todos ellos se colocaron en posición entre los bloques de habitáculos, dispuestos a defender Ciudad Magma frente al poder de la Legio Mortis. El princeps Cavalerio sonrió al ver los restos de las máquinas enemigas destrozadas.

—Si Mortis quiere pelea, ¡les daremos pelea! —alentó a sus guerreros.

La adepta Zeth, que se encontraba en la Cámara de Vesta, situada en lo más alto de la pirámide plateada que se alzaba en el centro de Ciudad Magma, leyó los datos que indicaban la destrucción de los cuatro Warhound. La llegada de la Legio Tempestus dos noches atrás casi la había hecho creer en la providencia del Dios Máquina, pero sabía muy bien que debía la supervivencia de su ciudad a la honradez del corazón del princeps Cavalerio.

Las máquinas de la Legio Tempestus estaban en inferioridad incluso sin tener en cuenta la terrible amenaza que representaba el Imperator de la Legio Mortis. A pesar de ello, Cavalerio había acudido en su ayuda. Si no hubiera estado enclaustrado en el interior de un tanque de fluido amniótico, lo hubiera abrazado en una rara muestra de emoción.

El primer golpe tenían que darlo mediante una emboscada para intentar igualar un poco la contienda. Aunque Zeth lamentaba profundamente la pérdida de tantos soldados y de tanta artillería, su sacrificio había sido necesario para atraer a las máquinas de la Legio Mortis con la promesa de unas presas fáciles. Cuatro Warhound y un Reaver representaban unas bajas impresionantes, pero la Legio Tempestus seguía estando superada tanto en número de armas como de titanes.

Las placas curvadas de acero bruñido y de cristal de la estructura del techo mostraban las imágenes de los combates en los campos de aterrizaje y en el puerto de contenedores, y aunque se alegraba de la destrucción de los titanes enemigos, también lamentó la pérdida de tecnología. Ningún adepto de Marte se mantendría inmovible por la destrucción de un mecanismo tan perfecto que combinaba lo mejor del acero y de la carne.

A pesar de lo mortífera que era la amenaza de la Legio Mortis, no eran los únicos enemigos que atacaban Ciudad Magma. Las cohortes del fabricante general habían regresado y habían aparecido como un enjambre de cucarachas en el extremo más alejado del lago de magma, dispuestas a un asalto frontal. Ya habían realizado un intento de penetración a través del Viaducto Typhon. Una horda de unidades blindadas y de infantería modificada de un modo repugnante asaltó la Puerta Vulkan con arietes gravitatorios y rayos de conversión.

Una salida de los Caballeros de Taranis había frenado el ataque, pero habían perdido a tres de sus valiosos caballeros antes de lograr la victoria. Aunque habían matado a más de un millar de soldados y destruido el equivalente a una brigada de vehículos blindados, aquello no era más que una melladura en la inmensa fuerza que esperaba para atacarlos.

Otras pantallas mostraban escenas de combate similares.

El cinturón de refinerías ecuatoriales ardía mientras entre sus ruinas llameantes se seguían librando batallas en las que participaban titanes y miles de skitarii. Un anillo de fuego rodeaba Marte en una imitación del anillo de hierro que lo circundaba en la órbita.

Las colmenas de los talleres de montaje de Elysium, antaño parte de los dominios del mago Godolph, ya no eran más que una inmensa tumba silenciosa. Las decenas de miles de adeptos especializados habían cometido un suicidio en masa en alguna clase de ceremonia espantosa en honor a unos dioses desconocidos.

Eridania, antaño el hogar de las órdenes de archivistas más antiguas y respetadas,

la Hermandad del Ojo que Todo lo Ve, era escenario de una matanza inimaginable llevada a cabo por los skitarii del magos Chevain, que se adentraron en su repositorio de kilómetros de profundidad para soltar el pestilente código corrupto. Los rodillos de datos, los cristales de memoria y los libros quedaron destruidos por completo cuando el código infectó todos los sistemas y llenó la biblioteca de gases corrosivos.

—Tanta historia y conocimientos perdidos —se lamentó una voz por encima de ella.

Zeth alzó la cabeza para mirar a los paneles del techo desde donde sus invitados noosféricos contemplaban las escenas de combate.

En uno de los paneles se veía la imagen parpadeante del casco del adepto Maximal, y en el otro las bellas facciones del fabricante locum Kane.

—Maximal, a veces es mejor que ciertos conocimientos se pierdan.

—No digas algo así —contestó Maximal—. El conocimiento es poder, y ningún precio es demasiado alto con tal de conservarlo. La acumulación de conocimientos debería ser nuestro objetivo, nuestro único objetivo. Tú más que nadie deberías estar de acuerdo. ¿No construiste el lector akashico con ese propósito específico? ¿Para acumular conocimientos?

—Así es —admitió Zeth, y utilizó los mandos táctiles para acercar la imagen a las máquinas brutales de la Legio Mortis. Los caparazones y los cascos de aquellas máquinas antaño gloriosas estaban cubiertos de estandartes negros en los que aparecían actos brutales y viles. Las secciones de la cabeza, que antes se asemejaban a los cascos de unos guerreros implacables, se habían convertido en unas cosas bestiales y retorcidas—. Sin embargo, cualquier clase de conocimiento que sirva para crear algo como esto merece ser borrado por completo sin que quede modo alguno de recuperarlo.

Maximal soltó un bufido, lo que no era más que un gesto petulante y afectado de mostrar que no estaba de acuerdo.

—Ya basta —intervino Kane—. Dejad esas discusiones para cuando haya acabado esta crisis. Tenemos que concentrarnos en planificar nuestra supervivencia antes de empezar a lamentar la pérdida de conocimientos. Lord Dorn, de los Puños Imperiales, me ha informado de que una fuerza expedicionaria se dirige ahora mismo hacia aquí para enfrentarse a nuestros enemigos. Debemos resistir hasta que lleguen.

—¿Qué más sabes? —inquirió Zeth—. ¿Cuándo llegarán? La Legio Tempestus y los Caballeros de Taranis le han dado a mi forja la oportunidad de resistir durante un

cierto tiempo, pero la Legio Mortis atacará de nuevo, y es posible que esta vez no logremos rechazar sus máquinas.

—Y mi forja sufre ataques diarios —añadió Maximal—. Mis unidades de skitarii y mis máquinas de guerra siguen resistiendo, pero las hordas que salen de las colmenas oscurecidas del Mons Olympus no parecen tener fin. Temo por todo lo que se perderá cuando seamos aplastados.

Kane asintió.

—Soy muy consciente de vuestra situación táctica, y he informado de ello a lord Dorn. Varias unidades del Ejército Imperial y de los regimientos de Saturno tienen la misión de socorrer a vuestras forjas.

—¿Y los astartes? ¿Qué hay de ellos? —quiso saber Zeth.

Kane titubeó un momento antes de responder, y Zeth notó, a pesar incluso del enlace noosférico, su reticencia a contestar.

—El capitán Sigismund desembarcará en mi forja de Mondus Occulum, y el capitán Camba-Díaz atacará la forja de Lukas Chrom en Mondus Gamma.

—Pero entonces nosotros no recibiremos ayuda alguna de los astartes —protestó Maximal—. ¡Lo único que quieren es asegurar sus propios suministros de armas y armaduras! ¡Esto es intolerable!

—Estoy de acuerdo —dijo Zeth—. Necesitaremos a los astartes si queremos derrotar a los lacayos de Kelbor-Hal.

—El capitán Sigismund me ha asegurado que sus guerreros acudirán en vuestra ayuda en cuanto hayan asegurado las instalaciones de producción de armas y armaduras.

—Entonces esperemos que sean rápidos en la victoria —apuntó Zeth.

—Lo mismo digo —dijo Kane, quien no se dio cuenta del tono cáustico de las palabras de Zeth, o que no quiso verlo—. Mientras tanto, haced todo lo que esté en vuestra mano para resistir. La ayuda ya está en camino y os transmitiré la información tan pronto la vaya recibiendo. Buena suerte, y que el Dios Máquina os guíe.

La imagen de Kane desapareció del cristal y Zeth volvió a concentrarse en las escenas de guerra y muerte que le llegaban desde todo Marte.

El adepto Maximal permaneció como una presencia fantasmal que parpadeaba en la placa bruñida que tenía por encima de ella. Zeth lo miró intrigada.

—¿Tienes algo que añadir, Maximal?

—¿Sabes algo de tu inquieta protegida?

Koriel Zeth sonrió bajo la máscara que le cubría el rostro. A pesar de que su forja estaba sitiada y se enfrentaba a una destrucción total, Ipluvien Maximal no cejaba en sus ansias por adquirir nuevos conocimientos.

Zeth negó con la cabeza.

—No. La señal biométrica de Rho-Mu 31 dejó de transmitir en algún punto del Noctis Labyrinthus y no logro encontrar rastro alguno de ellos. Me temo que han muerto.

—Entonces, ¿es probable que Dalia Cythera haya muerto también?

—Sí, es probable.

El suspiro de decepción de Maximal tuvo como eco el de la adepta Zeth.

El interior del túnel no era tan oscuro como Dalia se había temido, ya que lo inundaba una luz muy suave. La propia roca brillaba como si por dentro la recorriera un flujo de energía bioluminiscente. El aire era frío y el aliento se condensaba mientras seguían a Rho-Mu 31, que encabezaba la marcha. El túnel era estrecho, con una sección de arco en forma de hoja, por lo que se vieron obligados a avanzar en fila mientras se adentraban en las profundidades del planeta.

Dalia alargó los brazos y tocó las paredes que tenía a cada lado. Tenían un tacto cálido, y aunque parecían pulidas, notó una leve rugosidad, igual que si las hubieran golpeado con un millar de picos diminutos.

Caminaron durante lo que les pareció una eternidad, recorriendo pasillos serpenteantes y galerías multicolores llenas de estalagmitas translúcidas. También cruzaron puentes relucientes de cristal pulido. Dalia se preguntó qué clase de transformación geológica interior podría haber alterado una fracción tan grande del paisaje subterráneo.

—¿Qué es lo que podría haber hecho algo así? —se preguntó en voz alta con un tono aparentemente despreocupado.

—Me imagino que se trata de una metamorfosis geológica —apuntó Zouche—. Los eones de presión y de calor pueden provocar que algunos tipos de roca cambien de estado. Por lo que parece, eso es lo que ha ocurrido aquí.

«No —se dijo—. No es eso en absoluto. Es algo que está enterrado aquí y que se está filtrando hacia el exterior».

No comentó nada y continuó siguiendo a Rho-Mu 31 mientras la iluminación interna de la roca comenzó a extinguirse a su espalda, por lo que el grupo se esforzó



por apiñarse alrededor de la solitaria luz que emitía el báculo de energía del protector.

Al cabo de un tiempo, Rho-Mu 31 alzó una mano e hizo que se detuvieran.

—¿Oís eso?

Dalia no oyó nada al principio, pero cuando se detuvieron del todo y respiraron con más calma, llegó débilmente el sonido de algo que se movía.

—¿Qué crees que es? —le preguntó Caxton.

—No lo sé —contestó Rho-Mu 31 al mismo tiempo que se encogía de hombros—.

No creí que quedara nada aquí abajo.

—Bueno, no hemos llegado tan lejos para darnos la vuelta ahora, ¿no? —lo desafió Dalia.

Pasó al lado de Rho-Mu 31 y se dirigió hacia el origen del ruido con más confianza de la que realmente sentía. El corazón le palpitaba con fuerza contra las costillas y entrecerró los ojos cuando vio aparecer una luz brillante delante de ella.

Dalia entró en una amplia cámara de laboratorio tallada en la propia roca con una forma básicamente rectangular. Una de las paredes estaba cubierta de hojas de pergamino de colores brillantes, igual que el *collage* de un niño. Al otro extremo de la cámara se abría un pasillo oscuro. Unas vigas desnudas de hierro rojizo sostenían el techo, del que colgaba una serie de cables que se balanceaban con suavidad. Algunos parecían inertes, mientras que otros despedían chorros de chispas.

En otra de las paredes había una mesa quirúrgica rodeada de aparatos de respiración asistida, de máquinas de goteo intravenoso y de un cierto número de mesas de acero cubiertas de artefactos de aspecto desagradable. Justo al lado había un aparato complejo con aspecto de ser un taladro de roca gigante, con mecanismos contruidos por piezas de bronce manchado y de acero deslustrado. El óxido le cubría los costados, y sobre el conjunto había una serie de globos generadores de cristal de los que salían rígidos manojos retorcidos de cables dorados. Un artefacto semejante a una rueda plateada reposaba en una montura cónica delante del aparato, y cada uno de los cuatro radios llevaba incorporada una pequeña antena emisora en forma de disco. Esos discos estaban orientados hacia una losa vertical situada al otro extremo en la que se veía la sombra impresa de un ser humano, con unas cinchas de cuero que encajaban en los tobillos, las muñecas y en el cuello de la figura.

—Esto no tiene buena pinta —comentó Caxton.

Dalia no prestó atención al aparato y se acercó para leer los trozos de pergamino.

—¿Qué son? —le preguntó Severine al mismo tiempo que arrancaba uno de la

pared y se lo entregaba a Dalia.

El pergamino tenía una superficie lustrosa y mostraba una silueta humana delineada con un arco iris de colores. Los distintos tonos de rojo, verde y azul bailaban alrededor del cuerpo del dibujo, pero Dalia se dio cuenta de que los colores perdían fuerza en el brazo derecho a partir del codo, como si la fuerza de lo que fuera que producía los colores se hubiera disipado.

—No estoy segura. ¿Quizá alguna clase de electrografía? —aventuró tras unos momentos.

Recorrió la pared a lo largo y vio que se trataba de cientos de dibujos, y que todos mostraban partes de cuerpos humanos rodeados por auras coloridas y brillantes. Al igual que en el primer dibujo, cada silueta mostraba una pérdida de color en una de las extremidades, ya fuera una pierna, un brazo o una cabeza.

—Esto no me gusta —dijo Zouche mientras examinaba la máquina—. Tiene todo el aspecto de ser tecnología oscura, ciencia olvidada, del tipo que casi destruyó a la humanidad antes de la Vieja Noche.

—Ni siquiera sabes lo que hace —le contestó Caxton, quien se puso delante de la rueda plateada.

—¡Apártate de ahí! —le gritó Dalia, dejando caer el dibujo que tenía en la mano.

—¿Por qué? No creo que este aparato haya funcionado desde hace siglos. No hay motivo para preocuparse.

—¡Ja! —exclamó Severine—. Lo mismo dijiste cuando casi morimos por culpa del robot de combate que atacó el levmag.

Caxton negó con la cabeza, pero se apartó de aquella extraña máquina. Sonrió al ver que Zouche estaba examinando lo que parecía ser un panel de control de acero con una serie de botones que parecían gemas, un dial de bronce y una larga palanca.

—Creo que te equivocas, Caxton —le dijo Zouche—. Este panel no tiene ni una mota de polvo o de óxido. Me parece que alguien ha utilizado esta máquina hace poco.

—Y tienes razón —afirmó una voz rasposa cargada de años.

Dalia se dio la vuelta y vio que Rho-Mu 31 estaba apuntando su báculo hacia un adepto de túnica oscura con la cara tapada con la capucha que había salido del pasillo que se abría al otro lado de la estancia.

—Sí, tienes razón —repitió el adepto—. ¡Feliz es el día, ya que habéis venido a mí! ¡Casi había perdido la esperanza de que llegarais!

—¿Quién eres? —exigió saber el protector.

Rho-Mu 31 encendió la punta del báculo cuando un servidor fornido surgió de las sombras y se colocó al lado del adepto. El servidor mostraba numerosos implantes potenciadores. Uno de sus brazos había sido sustituido por una garra de energía sibilante, mientras que el otro lo había sido por una gigantesca espada sierra.

El adepto se quitó la capucha y a Dalia se le escapó un jadeo de asombro al ver su rostro enjuto, los ojos de mirada salvaje y los escasos mechones de cabello de color blanco hueso. La piel relucía con un brillo semejante al mercurio, como si tuviera las venas llenas de fuego en vez de sangre. Dalia vio que en la frente lucía un electrotatuaje brillante, una espiral en disminución con un ala estilizada a cada lado.

La marca del Dragón.

—Te conozco. He soñado contigo.

—¿El hombre encapuchado? ¿Existe de verdad? —exclamó Caxton.

—¿Existo de verdad? —se preguntó el adepto—. Bueno, pues soy tan real como cualquiera de vosotros, aunque lo que constituye la realidad en este pozo negro contaminado lleno de rastros psíquicos que llamamos universo... Bueno, eso sería tema de un largo debate, ¿verdad?

—¿Quién eres? —repitió Rho-Mu 31 a la vez que daba un paso hacia el individuo.

—¿Que quién soy? Menuda pregunta. También podríamos preguntarnos cuántas estrellas hay en el cielo, aunque eso tendría una respuesta exacta. ¿O no? Hace tanto tiempo que no las veo. ¿Siguen ahí fuera, o los otros las han devorado ya?

—¿A las estrellas? —preguntó Dalia.

—Por supuesto, a las estrellas —le replicó el adepto—. ¿Siguen ahí fuera?

—Sí, siguen ahí fuera.

—¿Cuántas son?

—No lo sé. Creo que son millones.

—Millones, dice —exclamó el adepto entre risas—. Y lo dice un segundo después de haber admitido que no lo sabe.

Rho-Mu 31 se interpuso entre el adepto y Dalia.

—No lo volveré a preguntar: ¿cómo te llamas?

—Cómo me llamo —repitió el adepto con aspecto de estar algo confundido—. Hace tanto tiempo que no necesito un nombre, y es tan difícil de recordar. No necesito nombre, ya que mi nombre es insignificante frente al vacío inmenso y resonante de la oscuridad, pero antaño me llamaban Semyon.

—¿Y qué haces aquí? —le preguntó Dalia.

—¿Aquí? —gritó Semyon al mismo tiempo que abría los brazos de par en par y giraba sobre sí mismo, enloquecido—. Muchacha, tienes una comprensión muy limitada del mundo material. Palabras como «aquí» y «allí» no tienen sentido. ¡La miríada de dimensiones de este universo material no se puede definir con algo tan limitado como es el lenguaje humano!

Semyon se detuvo de espaldas a Dalia y la miró por encima del hombro. Su rostro brillaba con el mismo fuego que había visto en los ojos de Jonas Milus antes de que su cuerpo se desintegrara.

—¡Soy el Guardián del Dragón! —exclamó Semyon.

Las subcolmenas y las regiones manufactureras situadas al noroeste de Ciudad Magma se encontraban en ruinas. Los bloques de habitáculos de varios kilómetros de altura yacían esparcidos en trozos por el puerto de contenedores, envuelto en llamas, igual que hormigueros derribados. Las máquinas destruidas ardían allá donde habían caído. El suelo estaba sembrado de cuerpos, y los tanques se encontraban volcados panza arriba o sobre un costado, sin torretas.

Tras la destrucción de los titanes de exploración, las demás máquinas de la Legio Mortis habían decidido retirarse, ya que no querían seguir avanzando a través de un terreno tan denso para meterse en la boca del lobo de un número desconocido de enemigos.

En vez de avanzar, se dedicaron a efectuar un bombardeo intenso desde lejos. Cada titán se había afirmado sobre el terreno mediante los giróscopos internos y los estabilizadores gravitatorios antes de preparar sus extremidades armadas y comenzar a disparar de forma sistemática contra los habitáculos exteriores y los recintos de trabajo de los dominios de la adepta Zeth, aunque tuvieron buen cuidado de no causar daños en la propia forja.

La forja debía ser capturada intacta.

El princeps Cavalerio retiró a sus fuerzas hasta el interior de las murallas de Ciudad Magma mientras aquel fuego devastador llevaba el trueno de los dioses a la tierra. Los disparos caían desde el cielo como si fuera el final de los tiempos, y el resto del planeta quedó oculto a la vista en mitad de aquel polvo, aquel fuego y aquel humo mientras la ciudad que se alzaba a la sombra del volcán se estremecía bajo la furia del bombardeo.

Cientos de miles de refugiados se apretujaban dentro de las murallas, en las avenidas, en las calles y en las alcantarillas de la ciudad. No tenían adonde huir, por lo que los sirvientes de la adepta Zeth se acurrucaban sometidos por un terror abyecto mientras el rugido ensordecedor de las explosiones y las sacudidas sísmicas de las detonaciones hacían retemblar a la ciudad desde la cima de la forja hasta los cimientos protegidos por pantallas de vacío.

Los Caballeros de Taranis rechazaron otros dos ataques contra la puerta, y en cada caso sin pérdidas propias, aunque la montura del preceptor Stator, el *Fortis Metallum*, quedó gravemente dañado en el pecho.

Más hacia el oeste, aislado en su forja, entre Biblis Patera y Ulysses Patera, Ipluvien Maximal observaba como la horda aullante enemiga, que los cálculos más conservadores estimaban en medio millón de soldados, se lanzaba contra las murallas protegidas por escudos con mazas de energía y minas de vórtice.

Los servidores fijos armados abatieron decenas y decenas de enemigos, pero era tal la fuerza a la que se enfrentaban que bien podrían haber dejado de disparar, ya que no hubiera supuesto ninguna diferencia.

Ipluvien Maximal se temió que la vida de su forja podía calcularse en horas más que en días.

Más allá, en la zona nororiental de Tharsis, sólo Mondus Occulum se había librado de los ataques del enemigo, aunque el fabricante locum no se imaginaba a qué se debía.

Quizá Kelbor-Hal pensaba que todavía podía atraerlo a su bando, o quizá el fabricante general no quería destrozar aquellas instalaciones productoras de material para los astartes y así no afectar a los ejércitos del señor de la guerra.

Fuera cual fuese la razón, Kane le dio las gracias al Omnissiah mientras soportaba el fuerte viento que azotaba las gigantescas torres Tsiolkovsky y los campos de aterrizaje de Uranius Patera y contemplaba cómo un escuadrón tras otro de Stormbird de los Puños Imperiales descendía de los cielos como una bandada dorada de ángeles vengadores.



## CAPÍTULO 3

Tras su dramática declaración, el adepto Semyon bajó los brazos y pasó al lado de Rho-Mu 31 para apartar a Zouche y a Caxton de la máquina. Ajustó el dial y pulsó unos cuantos botones, pero no pareció ocurrir nada. Se encogió con aspecto de estar decepcionado, pero no sorprendido.

—¿Qué clase de artefacto es ése? —le preguntó Zouche—. ¿Se trata de alguna clase de aparato de conversión de rayos?

—Bah, es demasiado complicado como para que gente como vosotros lo comprenda —le espetó Semyon—. Pero para que lo sepáis, es mi versión de una máquina descargadora de gas de la variedad de perturbación. Crea campos eléctricos pulsantes por la excitación de átomos y así mide el brillo electrofotónico. Es lo que la gente menos sofisticada llama aura.

—Esas imágenes... ¿las creó la máquina? —le preguntó Dalia.

—Así es —le confirmó el adepto sin levantar la vista—. Así es, aunque es necesario un gran esfuerzo convencer a los sujetos de las imágenes para que se sometan de forma voluntaria al proceso.

—¿Y eso por qué? —inquirió Zouche.

Semyon señaló la sombra impresa en la losa vertical de piedra.

—¿Ves eso? Pues eso es lo que queda de cualquiera una vez se ha activado el aparato.

—¿Los mata? —exclamó Dalia horrorizada ante el tremendo número de muertes que debían de haberse producido en aquel siniestro laboratorio para satisfacer el ansia investigadora de Semyon.

—Así es —repitió Semyon con una risita—. Pero a veces son necesarias cosas así para mantener tranquilo al dragón.

—¿Sabes dónde está el dragón? ¿Puedes llevamos hasta él? —quiso saber Dalia. Semyon se echó a reír. Era una risa aguda, histérica.

—¿Que te lleve hasta él? ¿Es que no sabe esta muchacha que el dragón la rodea, que ahora mismo ya se encuentra en la garganta del dragón? ¡Ja!

—Este tipo está loco —declaró Zouche—. Estar tanto tiempo solo le ha destrozado el cerebro.

—No —lo rebatió Dalia con una convicción inflexible—. Esto no es el dragón. ¡Llévanos a él! ¡Ahora mismo!

Sus amigos se volvieron al oír su tono de voz autoritario, y hasta Semyon parpadeó sorprendido. Entrecerró los ojos y miró a Dalia con mayor atención, como si la estuviera viendo por primera vez.

Semyon sonrió y luego asintió antes de cubrirse de nuevo los escasos cabellos con la capucha.

—Muy bien —le respondió sin una sola traza de su anterior comportamiento enloquecido—. Sígueme, y te mostraré al dragón.

Semyon y su servidor de aspecto amenazador salieron del laboratorio y los guiaron a través del pasillo en penumbra que comenzaba en el otro extremo de la cámara. Se adentraron en una serie de túneles y la penumbra a tardó en dar paso a una luz suave que de nuevo parecía proceder de las paredes.

Estas paredes también parecían de tacto suave, pero en vez de tener el pecto de vidrio fundido, los túneles daban la impresión de haber sido excavados en plata pura. Semyon los condujo con paso firme por aquel laberinto serpenteante de túneles increíbles. Parecía estar girando las esquinas al azar, pero se negó a contestar a las preguntas que le hicieron durante el recorrido.

Zouche le dio un leve codazo a Dalia en las costillas.

—Sea donde sea que nos lleve esto, recuerda lo que hablamos en levmag —le dijo.

—¿Y qué fue? —quiso saber Caxton.

—Nada. La paranoia de Zouche.

—¿Mi paranoia? —replicó Zouche con una sonrisa—. Vuelve a decirme eso cuando el dragón te esté devorando. Ya veremos entonces lo paranoico que estoy.

Finalmente, Semyon los condujo hasta un saliente amplio situado en parte alta de una caverna de plata centelleante que a Dalia le hizo pensar que habían llegado al núcleo hueco del planeta, tal era su tamaño. Se trataba del mayor espacio interno que ninguno de ellos hubiera visto o se hubiera podido imaginar. Los extremos más lejanos se perdían muy por encima y debajo de ellos. Las paredes relucientes se alejaban curvándose a cada lado como si se tratara del mayor anfiteatro jamás construido.

—¡Contemplad al dragón! —gritó Semyon mientras se ponía detrás de un atril de madera que resultaba incongruente por su propia normalidad. Sobre el atril había un libro grueso con tapas de cuero gastado y, a su lado, una sencilla pluma y un tintero.

Dalia se quedó mirando la amplia extensión de plata del interior de la caverna a la espera de ver aparecer una bestia alada salida de su madriguera.

Luego miró a Caxton y a Rho-Mu 31 y ambos se encogieron de hombros, tan confundidos como ella. Severine caminó arrastrando los pies hasta llegar al borde del promontorio sobre el que se encontraban. Tenía en los ojos una mirada vidriosa, enfocada en algo lejano.

—Severine, ten cuidado —le advirtió Zouche mientras miraba por el borde—. Es una caída muy larga.

—Este lugar da una sensación... extraña —les dijo Severine con un leve temblor de intranquilidad en la voz—. ¿No lo notáis?

Dalia vio que Severine estaba mirando con gesto de confusión las paredes más alejadas de la gigantesca caverna. Su amiga parpadeó con rapidez y sacudió la cabeza, como si intentara sacar de su interior una idea inquietante.

—Si el dragón está encadenado en algún lugar de aquí dentro, supongo que se tiene qué notar algo raro —contestó Dalia.

Luego entrecerró los ojos para mirar hacia las paredes del otro extremo, aunque su brillo uniforme y reflectante hacía que fuera difícil enfocar la vista del modo apropiado.

—No —insistió Severine mientras señalaba con el brazo sano las paredes y el techo de plata resplandeciente—. Es algo más que eso. Los ángulos y la perspectiva... están... todos... ¡mal! ¡Mirad!

Como si las palabras de Severine hubieran dejado al descubierto un aspecto oculto de la caverna, todos y cada uno empezaron a gritar cuando vieron lo imposible de su geometría, antes escondida a sus frágiles sentidos humanos, y que quedó revelada de



forma repentina y horrible.

Dalia parpadeó confundida cuando una repentina oleada de vértigo se apoderó de su mente y se agarró al brazo de Rho-Mu 31 para mantener el equilibrio. Aunque la vista le decía que las paredes de la caverna estaban increíblemente lejos, su cerebro era incapaz de unir lo que estaba viendo y lo que su mente estaba procesando.

Los ángulos eran imposibles, y la geometría, pura demencia. La distancia era algo irrelevante, y la perspectiva, una mentira. Cada regla de la normalidad quedó desprovista de sentido en un instante y el orden natural el universo fue destronado por aquella visión nueva y terrorífica de una calidad distorsionada. La caverna parecía palpar en todas las direcciones al mismo tiempo, comprimiéndose y descomprimiéndose de un modo imposible, moviéndose como la roca nunca debería moverse.

Aquello no era una caverna. Aquello era todo el espacio, las paredes y el suelo, el aire y cada molécula que contenía, parte de alguna clase de indigencia vasta, un ser o una esencia de malicia antigua y con un poder primigenio e increíble. Algo así no tenía nombre, porque ¿para qué le serviría un nombre a un ser que había creado civilizaciones enteras para luego borrarlas de la existencia por un simple capricho? Ya llevaba en la galaxia millones de años antes de que la humanidad fuera apenas un soplo en la boca del Creador. Se había bebido el corazón de las estrellas y había sido adorado como un dios en un millar de galaxias.

Estaba en todos lados y en ninguna parte al mismo tiempo. Era todopoderoso y estaba atrapado a la vez.

El monstruoso horror de su propia existencia amenazaba con destrozarle la mente, y en un gesto desesperado Dalia bajó la mirada hacia sus propios pies en un intento de convencerse a sí misma de que las leyes de perspectiva se mantenían respecto a su propio cuerpo. Su existencia ante aquella imposibilidad infinita no tenía sentido, pero se dio cuenta de que sólo mediante aquellas pequeñas victorias podría mantenerse aferrada su razón ya fracturada.

—No —susurró al sentir que perdía su anclaje en el universo tridimensional de su entorno cuando sus pies empezaron a alejarse hacia el infinito. El vértigo la envolvió de nuevo de repente y se dejó caer de rodillas mientras su visión se ensanchaba y se henchía. Súbitamente, el interior de caverna pareció ser tan vasto como el universo y tan comprimido como la singularidad, todo dentro del mismo instante.

Sintió que el entramado de su cordura se iba deshaciendo ante aquella realidad

distorsionada, que su cerebro era incapaz de soportar la sobrecarga sensorial que no estaba siendo capaz de procesar.

Una mano la agarró por la manga de la túnica y volvió el rostro para ver la cara seria y arrugada de Zouche. Recuperó el enfoque con un chasquido jadeante, como si el ingeniero fuera un ancla de solidez en un océano de locura.

—No lo mires. ¡Sigue mirándome a mí! —le advirtió Zouche.

Dalia asintió. Tenía los sentidos embotados por los ángulos violados, lo absolutamente erróneo de las paredes de la cueva y la cosa que mantenían oculta a la vista. ¿Cómo era posible que no lo hubiera visto antes? ¿Se habían tomado un momento sus sentidos para intentar procesar la pura imposibilidad de lo que había visto?

Incluso a sabiendas de la naturaleza deformada de lo que estaba experimentando, se seguía sintiendo mareada y desorientada, así que siguió el consejo de Zouche y mantuvo la mirada fija en su rostro fiel.

Respiró profundamente varias bocanadas de aire con los ojos cerrados antes de ponerse en pie y volverse hacia el adepto Semyon, quien se encontraba al lado del atril. El adepto de túnica oscura y su enorme servidor de combate eran un trozo inamovible de realidad entre el caos de la visión deshacedora, y cuanto más se concentró en él, más conseguía su cerebro obligar a la anarquía de ángulos y a la geometría descabellada a que formaran algo parecido a la normalidad.

Seguía sintiendo el poder rugiente y la locura que yacían detrás del frágil velo de realidad que había impuesto su voluntad, pero arrinconó ese pensamiento en lo más profundo de su mente.

Caxton estaba en el suelo en posición fetal, con los ojos firmemente cerrados. Un fino hilo de baba espumeante le salía de una de las comisuras de la boca. Rho-Mu 31 estaba arrodillado sobre una pierna como si estuviera rezando y empuñaba con fuerza su báculo, como si se esforzase por luchar contra aquella visión enloquecedora.

Severine estaba donde Dalia la había visto por última vez, al borde del precipicio y mirando al fondo de la caverna.

—Lo entiendo —le dijo Dalia a Semyon—. El dragón... No sé lo que es, pero sé dónde está.

—¿De verdad? Dímelo...

—Esta caverna... Todo lo que hay en ella. Es ello. O al menos, un trozo de ello.

Semyon asintió;

—Una tumba y una prisión al mismo tiempo.

—¿Cómo?

Semyon le hizo un gesto para que se acercara al atril y abrió el libro.

—Mira. Conoce.

Dalia se le acercó con pasos titubeantes, con la misma sensación de inevitabilidad que había tenido cuando viajaban en el levmag. Tuvo también la repentina sensación de que estaba destinada a hacer aquello, que se había dirigido hacia ese momento toda su vida.

Llegó al atril y bajó la mirada al libro, que tenía las páginas llenas con la escritura apretada de un loco que tenía mucho que decir y muy poco espacio para hacerlo. Para ella, las frases no tenían sentido, el lenguaje era arcaico, y las palabras demasiado pequeñas y apretujadas entre sí.

Cuando estaba a punto de decirle a Semyon que no podía leer el libro, él alargó las manos por encima del tomo y la agarró con una firmeza tremenda mientras las páginas pasaban formando un borrón de movimiento.

—No... por favor —le suplicó—. ¡No quiero!

—Lo mismo dije yo, pero eso a él le importa muy poco. Tenemos un deber que cumplir.

Dalia sintió el fuego inhumano que le recorría las venas a Semyon a través del calor abrasador de sus manos. El dolor fue intensísimo, pero no fue nada comparado con el terror que se apoderó de ella ante las verdades terribles que contenían las profundidades inmortales de sus ojos.

Intentó apartar la vista, pero la mirada de Semyon la mantuvo inmovilizada.

La piel le brillaba con una pura luz dorada.

—¡Mírame a los ojos y contempla el destino del dragón!

Y con un desagradable flujo de conocimiento, Dalia lo vio todo.

Las compañías de Sigismund aterrizaron en Mondus Occulum, y mientras tanto el resto de las fuerzas expedicionarias imperiales lucharon por toda la superficie de Marte. Tras un rápido despliegue bajo el fuego enemigo a la sombra del Mons Pavonis, trece compañías de los Hoplitae Saturnales avanzaron contra las líneas de asedio que rodeaban la forja de Ipluvien Maximal.

Al principio, los soldados de Saturno lograron abrirse camino con rapidez, ya que sus gruesas armaduras fueron capaces de rechazar los disparos de los enemigos

encargados de defender la retaguardia de las fuerzas asediantes, pero a las pocas horas, una horda de skitarii surgió del paisaje escarpado de la Gigas Fossae para atacarlos por el flanco.

Cientos murieron en cada asalto. Los guerreros alterados de forma horrible atravesaban las filas de soldados imperiales antes de caer abatidos finalmente. Unos servidores con espaldas como caparazones de escarabajos, armaduras cubiertas de pinchos y armas que siseaban avanzaron a saltos y dispararon rayos de energía incandescente que aullaban como espectros y que incineraban a los soldados y perforaban los costados de los vehículos blindados con la misma facilidad.

Unos tanques de aspecto extravagante se lanzaron al ataque sobre unas patas semejantes a las de las arañas que les permitieron pasar por encima de los vehículos ya destrozados y atravesar la carne y el metal con cada barrido de sus pinzas de energía. A los pocos minutos, el ataque imperial amenazó con convertirse en una desbandada, hasta que una compañía de tanques superpesados cruzó el centro de las líneas imperiales y sus vehículos arrasaron la vil horda enemiga con sus enormes cañones.

Gracias al apoyo de tantas fortalezas móviles blindadas, las fuerzas saturnales se reagruparon, flanquearon el contraataque enemigo y lo aplastaron por completo. Una vez asegurados los flancos, los cansados y heridos soldados imperiales continuaron con su intento de levantar el sitio de la forja de Maximal.

Más al sur, dos compañías de Puños Imperiales y cuatro regimientos de Granaderos Jupiterinos, bajo el mando del capitán Camba-Díaz, aterrizaron en el complejo de forjas de Mondus Gamma, pero a diferencia de lo que había ocurrido con los guerreros de Sigismund en Mondus Occulum, ellos no fueron bien recibidos.

Mientras Sigismund aseguraba el transporte a Terra de enormes cantidades de munición, casi dos mil aeronaves entre Stormbird, Thunderhawk y las naves de desembarco del ejército, descendieron sobre Mondus Gamma aprovechando la cobertura de una tormenta de ceniza que soplabla desde el Solis Planum. Tras una tremenda andanada de misiles y de disparos de cañón, los atacantes se abrieron paso hasta las instalaciones de producción del factorum de la subcolmena meridional.

Las sorpresa fue absoluta, y encabezados por cientos de guerreros de armadura dorada, más de quince mil soldados imperiales asaltaron las defensas de la forja y se apoderaron rápidamente de los templos de armamento antes de desplegarse para asegurar las armerías en un ejemplo de manual sobre cómo tomar y mantener varios

objetivos. Una vez asegurada la zona de desembarco, las naves de transporte de amplias panzas se posaron en la forja y un ejército de servidores de carga, de supervisores y de intendentes comenzó la recuperación de cantidades ingentes de armas y de armaduras.

A pesar de lo repentino y feroz que había sido el ataque de los astartes, la cantidad hasta entonces desconocida de defensores se hizo patente con rapidez y de un modo horrible. Pocos momentos después de que aterrizaran los transportes, las monstruosidades de la forja de Lukas Chrom se dispusieron a defenderla.

Una horda de robots de combate aullantes con las armas iluminadas por un brillo impío atacó, quemó y aplastó a decenas de soldados con los disparos de sus lanzas caloríficas y los golpes de sus mazas de energía. Junto a los robots apareció una hueste de autómatas sin rostro que luchaban con una ferocidad letal y una determinación inflexible. Aquellas máquinas monstruosas ralentizaron primero y detuvieron después el avance inmisericorde de los astartes, lo que dio la oportunidad a los defensores mortales de la forja de organizar un contraataque despiadado.

Una oleada interminable de tecnoguardas aullantes, de miles de servidores armados y alterados de un modo horrible y de más robots de combate convergieron sobre los astartes y las unidades del ejército desde varias direcciones en una serie de falanges perfectamente coordinadas. Tan sólo la tenacidad y la determinación sobrehumanas de los Puños Imperiales impidieron que su posición fuese arrollada en los primeros momentos del contraataque. Los combatientes lucharon y murieron mientras los servidores de carga se apresuraron a evacuar tantas armaduras y cajas de armas como pudieron de la forja envuelta en llamas para llevarlas hasta los transportes que estaban esperando.

Decenas de guerreros morían a cada segundo, pero Camba-Díaz sabía que era un precio muy pequeño comparado con la importancia de conseguir tantas armas y armaduras como fuera posible.

Terra caería o se mantendría firme dependiendo del éxito de su misión.

Dalia olió el aire caliente y seco de otro planeta. Los olores especiados le llegaban desde tierras muy lejanas y de países todavía por descubrir. La caverna que se abría bajo Noctis Labyrinthus se desvaneció y las líneas plateadas que desafiaban la percepción racional desaparecieron en la oscuridad y fueron sustituidas por las curvas suaves de las dunas desérticas y la enorme extensión de un cielo increíblemente azul y

hermoso.

Un calor feroz la envolvió y jadeó cuando la temperatura la golpeó como si acabara de abrir el horno de una forja. El paisaje le resultaba al mismo tiempo familiar y desconocido. El miedo que sentía desapareció cuando comprendió de repente dónde estaba, y cuándo.

Se encontraba de pie sobre la arena ardiente de una duna alta, y desde allí se contemplaba el ancho valle de un río, donde se alzaba una gran ciudad de piedra blanqueada por el sol sobre una llanura de roca oscura. De las puertas de la ciudad salía una procesión solemne de mujeres vestidas de blanco que portaban una litera de oro y jade cubierta por un velo.

—¿Sabes dónde estás? —le preguntó una voz a su espalda, y ella se dio la vuelta, para mirar al adepto Semyon.

—Creo que sí. Es la Vieja Tierra, antes de la Unificación.

Semyon asintió.

—Mucho, mucho antes de la Unificación. Las tribus de la humanidad siguen divididas y no saben nada todavía de las glorias y los peligros que existen más allá de su mundo.

—¿Y qué ciudad es ésta?

—Sigues pensando en términos literales, muchacha —le contestó Semyon con una breve risa—. Seguimos en la cueva del dragón. Todo esto no es más que una manipulación de los centros de percepción de tu mente por parte del libro para mostrarte lo que se te debe mostrar. Pero para responderte, te diré que esa ciudad se llama Cyrene, y que esto es una representación de una tierra antaño conocida como Libia. Es una tierra muy antigua, aunque la gente que ves no son ni de lejos los primeros que se asentaron aquí. Primero llegaron los fenicios, luego los griegos, después los romanos y finalmente los árabes. Bueno, finalmente no, pero son los que gobiernan ahora mismo.

—¿Y en qué época estamos?

—Bueno, el texto no lo indica con mucha claridad, pero creo que esto ocurrió en algún momento entre los siglos once y doce.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Mucho tiempo para cualquiera, aunque quizá no para él.

—No lo entiendo. ¿De qué hablas?

—No importa. Lo entenderás todo dentro de poco.

Dalia contuvo la rabia que sentía por las respuestas crípticas de Semyon.

—Así que nosotros no estamos realmente aquí y esto es lo que aparece en el libro.

—Ahora empiezas a entenderlo.

—¿Y quiénes son esas mujeres? —preguntó, señalando a la procesión que recorría un sendero de tierra apisonada en dirección a una larga abertura en el suelo de la que salía una neblina infernal.

—Son las doncellas de la hija del rey de Cyrene, Cleodolinda, a la que llevan a su muerte. En esa abertura de la tierra mora el dragón, una criatura temible que acaba de despertarse después de una gran guerra contra sus parientes y que busca refugio en este planeta para alimentarse y recuperar sus fuerzas.

—El dragón.

—Sí, el dragón. Ha matado a todos los caballeros de la ciudad y exige el sacrificio de una doncella hermosa cada día. Se alimenta de su terror y se hace más fuerte con cada festín, pero todas las jóvenes de Cyrene han muerto, y ya sólo queda la hija del rey, quien marcha hacia su muerte.

—¿No podemos hacer nada para evitarlo?

Semyon dejó escapar un suspiro.

—¿Es que no te das cuenta de que esto ya ha sucedido, muchacha? Lo que estamos viendo es historia antigua, el nacimiento de una leyenda que resonará a lo largo de los tiempos de un modo u otro. ¡Mira!

Dalia miró en la dirección que le indicaba el dedo de Semyon y vio un caballero solitario equipado con una armadura dorada y un casco rematado por una pluma roja que cabalgaba hacia la procesión montado en un caballo de guerra negro. Iba armado con una lanza de la plata más pura de la que colgaba un largo estandarte rojo y blanco en el que se veía un águila que aferraba un rayo con las garras.

—¿Quién es? —preguntó Dalia, aunque ya lo sabía.

—En este momento de la historia es un soldado del emperador Diocleciano. Un soldado que ha alcanzado grandes honores en el ejército y que cruza Libia para reunirse con sus hombres.

Dalia casi se echó a llorar al ver al caballero, un ser de un aspecto tan maravilloso como jamás había visto y cuyo poder no se veía apagado por el paso de los años.

El caballero espoleó a su caballo y dejó atrás con rapidez a la procesión para cabalgar en dirección a la grieta oscura abierta en la tierra. Apenas había detenido a su montura y había embrazado el escudo cuando el dragón surgió de su guarida lanzando

un rugido más potente que un trueno.

Dalia se llevó las manos a la boca y gritó al ver la forma monstruosa del dragón. Su cuerpo era a medias el de una criatura reptante y el de un ave repugnante. Su cabeza escamosa era inmensa, y su cola medía al menos veinte metros de largo. Su terrible cuerpo alado también estaba cubierto de escamas, tan duras y brillantes que se asemejaban a la armadura de un caballero.

En su pecho brillaba la luz de estrellas devoradas y en sus ojos ardía un fuego maligno.

El caballero cargó contra el dragón y atacó al monstruo con su lanza, pero las escamas eran tan duras que el arma se partió en un millar de trozos. El guerrero golpeó a la bestia con la espada, pero ésta le respondió con unas garras que eran igual que hojas de guadaña. La armadura cedió bajo el golpe y Dalia vio que la sangre corría por la pierna del caballero formando un surco brillante.

El dragón se alzó por encima de su oponente para propinarle una serie de golpes terribles, pero el caballero los detuvo con su escudo y lo atacó de nuevo con la espada, esta vez contra su panza. Las escamas de esa parte de la bestia eran iguales que las placas de acero, y se estremecieron como el mercurio líquido mientras resistían todos los ataques del caballero. El dragón, enfurecido por las estocadas, se abalanzó contra el caballero y su montura y le lanzó un rayo con los ojos. El guerrero perdió el casco y Dalia vio su rostro brillar en mitad del combate con un resplandor pálido que parecía proceder de su interior. A medida que acosaba más y más al dragón, el resplandor ganaba intensidad, hasta que relució con el brillo de una estrella recién nacida.

El dragón envolvió al guerrero con su propio cuerpo y siguió desgarrando y mordiendo la armadura entre aullidos victoriosos. En ese momento, como si el pensamiento le hubiera llegado directamente desde el guerrero, Dalia se dio cuenta de que siempre que el dragón se movía procuraba mantener protegido un punto de su cuerpo situado bajo el ala izquierda.

—¡Golpea, guerrero, golpea! —lo animó Dalia.

Como si oyera sus palabras, el caballero se inclinó hacia delante y le clavó la espada con un poderoso rugido.

La criatura soltó un aullido ensordecedor que estremeció hasta las murallas de la ciudad, y el brillo radiante de su pecho se apagó. Soltó al caballero y la luz de los ojos de la bestia se extinguió mientras caía al suelo.



El caballero se dio cuenta de que la bestia estaba indefensa, pero no muerta, así que desató el largo estandarte blanco de la lanza destrozada y lo anudó alrededor del cuello del monstruo.

Una vez sometido el dragón, el caballero se volvió hacia las aturdidas doncellas y las sorprendidas gentes de la ciudad, quienes salieron por las puertas convertidas en una masa de aduladores. El caballero alzó una mano para acallar a todo el mundo, y era tal su poder y su presencia que todos quedaron en silencio.

—¡El dragón ha sido derrotado! —gritó el guerrero—. Pero matarlo está más allá incluso de mi poder, así que me lo llevaré encadenado de este lugar y lo arrastraré hasta encerrarlo en las profundidades más oscuras, donde permanecerá hasta el final de los tiempos.

Tras decir aquello, el caballero se alejó con el dragón atado a la espalda, y la escena que dejó atrás permaneció tan inmóvil como una pintura.

La imagen del desierto y de la ciudad quedó inmóvil también, y Dalia se volvió hacia Semyon.

—¿Eso es todo?

—Es todo lo que el dragón recuerda al respecto, sí. O al menos, la versión de su recuerdo. A veces es difícil saber qué es real y qué no lo es. Oigo sus rugidos de impotencia y odio mientras lo observa todo desde su calabozo en Marte y escribo lo que dice, lo del Emperador que «mata» al dragón de Marte... La gran mentira del planeta rojo y la verdad que sacudiría a la galaxia si se supiera. Pero la verdad, como todas las cosas, es un objetivo en movimiento. ¿Qué es lo real y qué la fantasía en todo esto? Bueno, ¿quién lo sabe?

Dalia miró hacia el horizonte por donde había desaparecido el caballero.

—Entonces, ¿ése era...?

—¿El Emperador? Sí. —Semyon se dio la vuelta y se alejó a medida que la realidad del paisaje del desierto comenzaba a desvanecerse—. Trajo el dragón derrotado a Marte y lo encadenó bajo el Noctis Labyrinthus.

—Pero ¿por qué?

—El Emperador ve cosas que nosotros no vemos —le explicó Semyon—. Conoce el futuro y nos guía hacia allí. Un empujoncito por aquí, la semilla de la profecía de su llegada por allí, el comienzo del movimiento transhumanista, el paso de la comprensión de la ciencia por parte de la humanidad a su dominio de la misma... Todo eso ha sido parte de su plan, que se encaminó hacia una unión gloriosa en el

futuro, donde las forjas de Marte reconocerían al Emperador como la divinidad a la que habían estado esperando desde hacía siglos.

—¿Quieres decir que el Emperador planificó toda la evolución del Mechanicum?

—Por supuesto. Sabía que llegaría el día en que necesitaría una organización tan poderosa como el Mechanicum, y de los sueños del dragón surgieron las primeras máquinas de los sacerdotes de Marte. Sin el dragón no hubiera existido el Mechanicum, y sin el Mechanicum, el gran sueño del Emperador de una galaxia unida para la humanidad se hubiera agostado como hierba seca.

Dalia intentó abarcar toda la escala inimaginable de los planes del Emperador, la claridad de visión que podría poner en marcha esos planes, que no darían fruto hasta pasados más de veinte mil años. Era simplemente asombroso que alguien, incluido el Emperador, hubiera organizado con tanto cuidado y precisión el destino de tantas personas de un modo tan hábil y despiadado.

La escala del engaño estaba más allá de toda medida, y su insensibilidad la dejó sin aliento. Mentirle a tantísima gente, modificar el destino de un planeta para que se acomodara a sus deseos, aunque fuera el propio Emperador, era un crimen de proporciones tan monstruosas que la mente de Dalia se apartó instintivamente de semejante calumnia.

—Si se conociera la verdad de todo esto, el Mechanicum acabaría destrozado —musitó.

Semyon negó con la cabeza mientras los últimos rastros de las arenas de Libia se desvanecían para ser reemplazados por la oscuridad.

—No sólo el Mechanicum. Todo el Imperio también. Sé que este conocimiento es una caída terrible de llevar, pero el Tratado de Olympus unió los destinos del Trono y de la Forja con unos lazos que no deben romperse nunca. Ninguno de ellos podría sobrevivir sin el otro, pero si esto se conociera, aquellos que consideran la verdad como lo más sagrado por encima de todo no se darían cuenta de tal implicación, sólo verían lo justo de su causa. En cualquier caso, el Mechanicum se está destrozando a sí mismo en estos momentos, pero los horrores que la traición del señor de la guerra desencadenará no serán nada comparado con una guerra entre Marte y Terra.

Semyon miró a Dalia con una expresión de lástima tan intensa que ella se estremeció.

—El deber de los Guardianes del Dragón, almas elegidas por el propio Emperador, es asegurarse de que algo así no ocurra.

—¿Tú mantienes encadenado al dragón? —le preguntó Dalia mientras empezaba a percibir que los contornos de lo que la rodeaba comenzaban a establecerse.

—No. El dragón está atado con unas cadenas más fuertes de las que yo podría forjar. Los guardianes simplemente mantenemos lo que el Emperador forjó —le aclaró Semyon—. Sabía que algún día los hijos perdidos del dragón buscarían el lugar donde está encerrado, y nosotros estamos aquí para asegurarnos de que eso no ocurra.

—Has dicho «nosotros», pero yo no soy un guardián.

—¿No has adivinado por qué cada paso que has dado te ha traído hasta aquí?

—No —respondió Dalia con un siseo al mismo tiempo que Semyon alargaba los brazos y la tomaba de las manos.

Dalia soltó una exclamación de dolor en el momento del contacto, cuando el mundo volvió a aparecer a su alrededor y de repente se encontró de nuevo delante del atril y dentro de la vasta caverna de plata.

Intentó soltarse las manos, pero la fuerza de Semyon fue inquebrantable. Lo miró a los ojos y vio el peso de mil años o más en las profundidades de aquellos pozos, donde habitaban un deber y un honor como no había igual en toda la galaxia.

—Lo siento, pero mi vida, aunque se ha prolongado enormemente, se acaba.

—No.

—Sí, Dalia. Debes cumplir tu destino y convertirte en Guardian del Dragón.

Dalia sintió que el calor de las manos de Semyon se extendía hacia su propio cuerpo. Era un brillo dorado que la llenaba de una sensación de bienestar increíble. Quiso gritar de éxtasis cuando notó que cada fibra degenerada de su cuerpo resurgía con un nuevo impulso vital, que cada célula agostada y cada parte de su cuerpo renacía a medida que un poder inimaginable la llenaba.

Se sintió plena con una fracción del poder y del conocimiento del individuo más perfecto del mundo. Eran un poder y un conocimiento que se habían transmitido de un guardián a otro a través de los milenios, una carga y un honor que llegaban como un regalo que no se había pedido. Al recibir ese conocimiento, la rabia que sentía contra el Emperador por su engaño quedó barrida al contemplar el terrible destino que esperaba a la humanidad si se quedaba sin su guía.

Vio el impulso insensible y decidido que lo llevaba a conducir a toda su raza por una estrecha senda de supervivencia que sólo él era capaz de ver. Era una vida que no permitía el amor, tan sólo unos pocos amigos y obligaba a una eternidad de

sacrificios.

Dalia quiso gritar al sentir que ese poder amenazaba con consumirla. Su increíble ferocidad casi arrasó todas aquellas cosas que la convertían en quien era. Luchó por aferrarse a su propia identidad, pero no era más que la última hoja de un árbol moribundo, y sintió que sus recuerdos y su sentido del yo quedaban supeditados al destino que el Emperador había decretado para ella.

Finalmente, el poder rugiente que la recorría se agotó una vez finalizó su tarea de moldearla por completo de nuevo. Dalia dejó escapar un suspiro estremecido cuando se dio cuenta de que todavía seguía siendo ella misma.

Seguía siendo Dalia Cythera, pero también era mucho más.

Semyon le soltó las manos con una expresión de alivio en la mirada.

—Adiós, Dalia.

La piel del adepto se volvió grisácea y todo su cuerpo se deshizo para convertirse en un fino polvillo dorado. Sólo quedó su vieja túnica, que cayó al suelo. Dalia miró al enorme servidor que había acompañado al adepto hasta ese momento y no se sorprendió cuando también se convirtió en polvo.



## CAPÍTULO 4

El primer capitán de los Puños Imperiales, Sigismund, contempló cómo otra tanda de contenedores metálicos ascendía por las gigantescas torres Tsiolkovsky del fabricante locum Kane en dirección a las naves de transporte que se encontraban en órbita. Aquellas estructuras gigantescas estaban funcionando a pleno rendimiento, y a pesar de ello seguía sin ser lo bastante rápido, ya que los capitanes de las naves habían informado de que se les acercaba una fuerza enemiga por el noroeste: infantería, vehículos blindados, skitarii y los titanes de al menos dos legiones.

Por lo que parecía, el estatus privilegiado de Mondus Occulum estaba a punto de acabarse.

Nada de aquella misión a Marte había salido tal y como se había planeado, y Sigismund notó que la rabia que sentía estaba a punto de escapar a su control. Camba-Díaz y los regimientos jupiterinos estaban envueltos en una lucha de supervivencia en Mondus Gamma, las compañías saturnales encargadas de romper el cerco a la forja de Ipluvien Maximal habían sido rechazadas una y otra vez por las criaturas horriblemente transformadas por el Mechanicum Oscuro.

Sigismund atravesó la precisa coreografía que realizaban los servidores, los cargadores y los vehículos que transportaban las hileras de armaduras y de bólters. Distinguió la silueta elegante del fabricante locum, que dirigía el trabajo de sus operarios con tranquilas indicaciones de los brazos manipuladores que acababan de implantarle.

Las tormentas de polvo procedentes de los páramos desiertos que se extendían más allá de la caldera derrumbada de Uranius Patera convertían el dorado de la

armadura de Sigismund en un color ocre y cubrían su símbolo personal en blanco y negro. A pesar de aquello, no dejaba de ser una figura impresionante.

Una hueste de guerreros de aspecto similar se movía con la precisión metódica por la que eran famosos los Puños Imperiales. Los astartes trabajaban hombro con hombro con los grupos de servidores de carga de Kane para asegurarse de que se llevaban tantas armas y armaduras como podían.

Las compañías de Sigismund habían descendido sobre Mondus Occulum sin saber si tendrían que luchar o no para asegurar la forja, y fue todo un alivio descubrir que el fabricante locum se había mantenido fiel al Trono de Terra.

Incluso Sigismund se había visto impresionado por todos los esfuerzos desarrollados por Kane para asegurar el veloz transporte de los suministros de su forja hasta las naves que estaban ancladas en el otro extremo de las torres Tsiolkovsky. Sin embargo, por muy impresionantes que fueran los esfuerzos de Kane, se verían obligados a dejar atrás la mayor parte de los suministros allí fabricados.

Kane se volvió al oír el sonido de las pisadas de Sigismund. Una débil sonrisa apareció en su rostro cansado.

—Primer capitán —lo saludó—. ¿Se sabe algo de Camba-Díaz? ¿Cómo van los combates en Mondus Gamma?

—Muy mal —admitió Sigismund—. Camba-Díaz ha asegurado las forjas de armaduras y los silos de munición, pero su compañía está en una inferioridad de cien a uno. Las fuerzas del traidor Chrom lo están haciendo retroceder hasta los campos de aterrizaje, y sus pérdidas son muy graves. No podremos mantener el control de la forja, pero gran parte de los suministros esenciales ya se encuentran camino de Terra.

—Los skitarii de Chrom siempre han sido unas criaturas brutales —comentó Kane mientras negaba con la cabeza, asombrándose de que la situación hubiera llegado a aquel extremo—. Y el número de sus manípulos de robots es considerable.

Sigismund apretó la empuñadura del bólter que aferraba con el guantelete de la armadura.

—Sí, y me ofende sobremanera que unas máquinas sin mente derramen de esa manera la sangre de los astartes. Dejemos a Camba-Díaz. ¿Cuánto queda para la evacuación de las armaduras y las armas que hay aquí?

—Seguimos en ello. Ya hemos embarcado doce mil armaduras de la clase Mark 4 y el doble de armas.

—Debo ser descortés, Kane, pero el embarque tiene que ir más deprisa. Nos

queda muy poco tiempo.

—Le aseguro que vamos todo lo deprisa que podemos, primer capitán.

—A pesar de ello, insisto en que hay que trabajar a mayor velocidad. Los sensores orbitales muestran que se acerca una fuerza considerable de tropas enemigas por el noroeste. Llegarán en cualquier momento.

Kane parpadeó mientras cargaba los datos procedentes de los sistemas sensores de las naves situadas en órbita, y sus brazos manipuladores se cerraron al ver el tamaño de la fuerza que se dirigía hacia su forja.

—¡Dos legiones! ¡Más de sesenta titanes! —exclamó.

—Eso sin contar todo lo demás.

—Esos estandartes... —musitó Kane mientras revisaba mentalmente los datos enviados por las naves— pertenecen a Urtzi Malevolus. Maldición... Son muchos. ¿Podrá resistir frente a tantos, primer capitán? Debemos salvar Mondus Occulum.

Sigismund titubeó un momento antes de contestar. Su deseo de vengarse de aquellos que se habían rebelado contra el Emperador se enfrentaba al cumplimiento de la misión que le había encomendado su primarca de recuperar las armas y armaduras de la forja de Kane.

Dejó escapar un suspiro.

—No, no podemos. Las fuerzas que nos atacarán son demasiado numerosas y mis órdenes no me permiten realizar gestos inútiles de desafío.

—¿Gestos inútiles de desafío? —exclamó Kane—. Estamos hablando de mi forja. ¿Qué podría ser menos inútil que defender el lugar donde se fabrican las armaduras que os protegen y las armas que empuñáis?

Sigismund hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No tengo tiempo de debatir esto con vos, Kane. Por favor, incrementad el ritmo de carga por todos los medios posibles, pero dentro de una hora debemos marcharnos, o no nos marcharemos nunca. ¿Habéis entendido ese hecho tan simple?

—Lo he entendido —le espetó Kane—. Pero vos también debéis entender que si caen Mondus Gamma y Mondus Occulum, no habrá modo alguno de reponer las pérdidas de material que tengáis.

Sigismund estaba a punto de contestarle cuando una de las torres Tsiolkovsky explotó.

La poderosa estructura escupió una bocanada de fuego y los escombros cayeron con lentitud de la cima de la torre al mismo tiempo que los cables de anclaje de varios

metros de grosor se partían con un chasquido. Una columna de humo negro empezó a ascender hacia el cielo desde el punto donde se había producido la explosión. Un tremendo chirrido de metal roto y nanotubos de carbón partidos arañó el aire cuando la torre empezó a inclinarse como si no fuera más sólida que un castillo de naipes.

Nuevas explosiones sacudieron el interior del cráter y su eco retumbante resonó por encima de los campos de aterrizaje.

—Se nos acabó el tiempo, Kane —gruñó Sigismund—. Ya nos tienen a tiro.

La lejana torre se desplomó en mitad de una nueva serie de explosiones y dejó a su paso escombros y restos metálicos como para construir una pequeña ciudad. Las enormes factorías, hectáreas enteras de paisaje industrial y bosques de gigantescas torres refrigeradoras quedaron aplastadas y convertidas en polvo al mismo tiempo que distritos enteros de trabajadores desaparecían arrasados por el peso monstruoso de los escombros.

Una gigantesca nube de polvo y ceniza surgió a lo largo de la zona de impacto contra el suelo de la torre derribada, y se extendió como la onda expansiva de una explosión atómica. El suelo se estremeció con la fuerza de los impactos, y Sigismund captó explosiones secundarias cuando el bombardeo enemigo empezó a machacar el perímetro de la forja para iniciar su destrucción.

El eco retumbante y poderoso de un cuerno de guerra resonó por todos los campos de aterrizaje, y Sigismund alzó la vista a tiempo de ver aparecer un grupo de siluetas gigantescas a través del humo teñido de rojo producido por la destrucción de la torre. Seis titanes de la clase Warlord, con el casco pintado de negro y lleno de cicatrices, rugieron triunfantes, y sus armas descargaron una andanada tras otra de fuego apocalíptico que redujeron las estructuras de mayor tamaño a poco más que unos escombros humeantes y a secciones enteras de infraestructuras en metal vaporizado.

—¡Kane, suba a su nave! —le ordenó Sigismund—. ¡Ahora!

—¡Mi forja! ¡No podemos abandonarla!

Sigismund lo agarró por el brazo.

—¡Vuestra forja ya está perdida! Suba de una vez a su nave. Nos harán falta sus conocimientos en los días que nos esperan.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que debido a la traición de Kelbor-Hal, ahora vos sois el fabricante general.



—Pero ¿qué pasa con Zeth? ¿Y con Maximal? —gritó Kane para hacerse oír por encima del estruendo que provocaban los titanes mientras se acercaban y la destrucción de su forja—. ¿Qué les va a pasar?

—¡No podemos hacer nada por ellos! —respondió Sigismund también a gritos—. Deberán resistir o caer ellos solos.

Dalia se quedó con la boca abierta y mirando aturdida al espacio vacío donde un momento antes había estado Severine. No logró comprender lo que acababa de ocurrir y su cerebro se esforzó por procesar la idea de que su amiga había muerto.

Horrorizada, dio un salto hacia el borde del saliente, pero una mano fornida la agarró del brazo. Rho-Mu 31 la sostuvo con firmeza.

—¡No!

—¡Severine! —gimió Dalia.

Las piernas se le doblaron como papel mojado y cedieron bajo su peso. Rho-Mu 31 la ayudó a sentarse en el suelo con suavidad mientras Dalia empezaba a sollozar. Se abrazó con fuerza al protector y enterró la cara en el tejido de su capa mientras lloraba a lágrima viva por la muerte de su amiga.

—¿Por qué lo ha hecho? —le preguntó a Rho-Mu 31 al cabo de un rato, cuando dejó de sollozar.

—No lo sé —admitió Rho-Mu 31 mientras Zouche se ponía detrás de Dalia y le colocaba una mano en el hombro en un gesto torpe de consuelo.

—Creo que nuestra Severine era una muchacha que dependía de la certidumbre —reflexionó Zouche—. Este lugar... te arrebató las ilusiones que nos permiten vivir sin volvernos locos y nos demuestra que no existe ninguna clase de certidumbre en este universo. Algunas mentes no son capaces de admitir esa clase de verdad.

—Ha muerto —susurró Dalia.

—Sí, pequeña Dalia, ha muerto —le confirmó Zouche con voz entrecortada por la emoción—. Con todo lo que ha ocurrido, estoy sorprendido que algunos todavía sigamos aquí.

—¡Caxton! —gritó Dalia de repente al recordar que la última vez que lo había visto estaba inconsciente en el suelo.

—Creo que se pondrá bien —la tranquilizó Rho-Mu 31 mientras Dalia lo soltaba y se ponía en pie tambaleándose—. Perdió el conocimiento cuando todo se... volvió extraño.

—Como un fusible o un interruptor de seguridad —le explicó Zouche mientras se dirigía al atril, sobre el que seguía el libro de Semyon—. Estará bien en cuanto se despierte.

Dalia vio a Caxton tendido en la posición de recuperación. El pecho le bajaba y le subía con un ritmo regular. Estaba vivo, y ella sintió que los moretones que había sufrido en la mente ya comenzaban a curarse. Se preguntó cómo era posible que fuera capaz de notar cosas así, y luego recordó el poder que había fluido hacia ella antes de que Semyon se disolviera.

—Bien. No puedo soportar la idea de que en este sitio se produzcan más muertes.

Zouche tomó un puñado del polvo dorado en que se habían convertido Semyon y su servidor de combate.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? Envejecieron mil años en un instante.

—Creo que fueron más —apuntó Dalia—. Creo que Semyon era guardián desde hacía mucho, mucho tiempo.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Zouche mientras repasaba las páginas del libro de Semyon—. Hemos encontrado al dragón. ¿Lo liberamos?

—No, por supuesto que no. Tenías razón después de todo. Algunas cosas deben quedarse en la oscuridad para siempre. Nuestra misión al venir aquí nunca fue liberarlo.

—Entonces, ¿para qué teníamos que venir? —le preguntó Rho-Mu 31.

—Creo que ya lo sabes —le respondió al mismo tiempo que se volvía hacia él con los ojos llenos de partículas de luz dorada—. Para asegurarnos de que el dragón permanece encerrado. Semyon ha muerto, y sigue siendo necesario que haya un Guardián del Dragón.

—¿Y ese alguien eres tú? —inquirió Rho-Mu 31.

—Sí.

—¡Dalia, no! —gritó Zouche—. ¡Por favor, dime que no es cierto!

—Sí lo es. Siempre se trató de mí. Pero no estaré sola. ¿Lo estaré, Rho-Mu 31?

Rho-Mu 31 se irguió y luego clavó el extremo del báculo en el suelo antes de arrodillarse ante ella.

—Mientras siga operativo, te protegeré.

—Con el poder que ahora poseo, amigo mío, eso puede ser mucho tiempo.

—Que así sea —le contestó Rho-Mu 31.

Zouche y Rho-Mu 31 llevaron a Caxton entre los dos mientras recorrían de

regreso el laberinto serpenteante que eran las cuevas del dragón. Dalia encabezó la marcha y los fue guiando sin error alguno a lo largo de la misma ruta que habían seguido para llegar hasta la caverna. Tenían el ánimo decaído, ya que la muerte de Severine les pesaba mucho en el corazón, y nadie habló cuando pasaron por el laboratorio abandonado de Semyon. Atravesaron una vez más los túneles centelleantes que llevaban a los desfiladeros oscuros y envueltos en sombras del Noctis Labyrinthus hasta salir por fin al aire frío.

—Creo que odio este sitio —dijo Zouche mientras Rho-Mu 31 tomaba el cuerpo inconsciente de Caxton. El protector se lo echó al hombro.

—No te culpo —le dijo Dalia—. Es un lugar lleno de desesperación. Siempre lo ha sido, y me parece que es eso más que el dragón lo que ha mantenido alejada a la gente.

—¿Estás segura de que tienes que quedarte? —insistió Zouche con los ojos llenos de lágrimas.

—Estoy segura.

Dalia se inclinó sobre él para abrazarlo, y él respondió al gesto con fuerza mientras se echaba a llorar sin vergüenza alguna.

—No te volveré a ver, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo harás, y no podrás hablarle a nadie jamás de este sitio o de mí. Si alguien pregunta por mí, dile que me mató la máquina Kaban cuando nos atacó en el túnel del levmag.

—¿Y qué hay de Caxton? —preguntó Zouche mientras se limpiaba los ojos con el borde de la manga.

Dalia contuvo un sollozo.

—Dile... dile que creo que hubiera acabado enamorada de él. Dile que lo siento, que no llegué a tener la oportunidad de descubrirlo.

—Se lo diré, no te preocupes. —Zouche se volvió hacia Rho-Mu 31—. ¿Tú también te quedas?

—Sí. Al parecer, todo guardián necesita un protector.

Zouche le estrechó la mano y luego miró por encima del hombro a la solitaria silueta del Cargo-5, que se encontraba en el mismo sitio donde lo habían dejado, en la boca de la cueva.

—Vaya, acabo de recordarlo... ¿Cómo vamos a volver a casa? ¿No se había

agotado la batería del Cargo-5?

Dalia sonrió, y la energía dorada que le había transferido el adepto Semyon le relució en los ojos.

—Creo que puedo asegurarme de que dispongas de energía suficiente para volver hasta Ciudad Magma.

Zouche se encogió de hombros mientras se dirigían hacia el vehículo abandonado.

—Ni siquiera estoy seguro de querer saber cómo lo vas a conseguir, pero jamás he discutido mis golpes de suerte. Tampoco es que haya tenido ninguno que discutir.

El Cargo-5 estalló con una explosión rugiente y retumbante cuyo eco rebotó por las paredes casi verticales del Noctis Labyrinthus. La onda expansiva los arrojó al suelo y comenzaron a caer trozos llameantes de metal como una lluvia de fuego.

Dalia alzó la vista y parpadeó para borrar el destello de la explosión de las retinas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zouche, jadeante.

Dalia dejó escapar un gemido cuando vio a su atacante avanzar sobre sus unidades pesadas de oruga.

—¡No! Que el Emperador nos proteja, ¡no!

Era la máquina Kaban.

Allí arriba, en la Cámara de Vesta, la adepta Zeth contemplaba las escenas que se veían en las placas bruñidas de su forja con una sensación de incredulidad y de horror absoluto.

Las pantallas principales mostraban imágenes de su propia forja, una ciudad al borde del colapso. Las colmenas exteriores y las manufactorías no eran más que ruinas, y todo lo que había construido a lo largo de siglos había quedado arrasado por el bombardeo salvaje e incesante del Mechanicum Oscuro.

A Ipluvien Maximal no le iba mucho mejor. La ayuda prometida estaba retrocediendo ante la resistencia inquebrantable que habían opuesto las creaciones horrendas de Kelbor-Hal. Las murallas exteriores de Maximal ya habían caído en una docena de lugares, y el combate iba pasando de un taller de armas a una refinería de mineral y a una biblioteca a medida que las hordas de servidores mutados y de máquinas de guerra abominables entraban a raudales.

Tanto Mondus Occulum como Mondus Gamma estaban envueltas en llamas. Amplias zonas llenas de instalaciones productivas habían quedado destruidas por completo en unas pocas horas de combate. La sensación ante la pérdida de una

tecnología y de unos conocimientos tan irremplazables era igual a la de que le clavarán un cuchillo en el estómago. Sin embargo, peor que eso, mucho peor que eso, era la imagen que se veía en el panel central.

Las naves imperiales huían hacia el cielo como cometas lanzados desde la superficie de Marte. Las naves de los Adeptus Astartes y del ejército prácticamente se apretujaban en el aire en su prisa por marcharse del planeta rojo.

Cuando los sistemas de sensores captaron su despegue, Zeth supuso al principio que virarían y que se dirigirían hacia el sur, hacia Ciudad Magma, pero continuaron su ascenso hasta que fue obvio que estaban acelerando para alcanzar la velocidad de escape.

La confirmación, si le hubiera hecho falta una confirmación, le llegó mediante un corto chorro de datos emitido por el fabricante locum, quien al parecer también abandonaba Marte.

Las fuerzas imperiales se retiran de Marte  
Salvad lo que podáis  
Destruid el resto

La parte humana de su cerebro se puso a gritar ante aquella traición, pero la parte dominante, la analítica, vio que aquello tenía sentido. Sin duda, los astartes habían conseguido un gran número de armaduras de la nueva clase con el fin de prepararse para la campaña que debían librar contra las legiones de Horus Lupercal, y perderlas en una resistencia final inútil no tenía lógica.

Sin embargo, saber aquello no hacía que fuera más fácil de aceptar.

Zeth abrió su canal noosférico con Ipluvien Maximal, el princeps Cavalerio de la Legio Tempestus y los lores Caturix y Verticorda de los Caballeros de Taranis.

—Supongo que todos habrán visto la transmisión —dijo a las imágenes holográficas en cuanto aparecieron en los paneles situados por encima de ella.

—Así es —le confirmó Cavalerio, que proyectaba la imagen del individuo que era antes de ser confinado en un tanque de fluido amniótico.

—Sí —le confirmó también Maximal—. No me lo puedo creer. Todos los conocimientos que se perderán...

Lord Caturix negó con la cabeza.

—Que hayamos acabado así, abandonados por Terra.

Lord Verticorda meneó la cabeza en un gesto de negación.

—Eso nunca. El Emperador jamás nos abandonaría.

—Quizá no, pero por lo que parece, no podemos esperar ayuda alguna de sus legiones astartes.

—¿Qué ordenáis pues, adepta Zeth? —le preguntó el princeps Cavalerio.

—Ya han oído la última transmisión de Kane.

El silencio ominoso que guardaron fue la única respuesta que necesitó.

—No permitiré que Kelbor-Hal se quede con mis reactores —dijo Maximal tras unos momentos.

—Tampoco conseguirá el lector akashico —añadió Zeth con voz triste—. Tenía muchas esperanzas puestas en que Dalia consiguiese hacerlo funcionar, pero quizá así sea mejor. Puede que nadie deba jamás saberlo todo. Después de todo, cuando ya no queda nada nuevo por descubrir, ¿qué sentido puede tener la vida?

—Entonces, sólo nos queda una orden por dar —apostilló lord Verticorda.

Dalia vio cómo la mortífera máquina rodaba hacia ellos y aplastaba grandes peñascos bajo su tremendo peso. Los brazos arma ya apuntaban en su dirección, casi listos para disparar de nuevo. Los tubos de un enorme cañón giratorio chirriaron cuando se movieron para abrir fuego de nuevo y el cañón de plasma que llevaba montado en el hombro dejó escapar un chorro siseante de gases.

Notó la ira que sentía contra ella brillando en los orbes sensores de color amarillento, y tras una veloz exploración mental, Dalia supo que esta vez no podría engañarla.

—¿Cómo nos ha encontrado? —preguntó Zouche a gritos.

—Debe de haber leído nuestras emisiones biométricas en el túnel —contestó Dalia—. Al final se dio cuenta de su error y nos siguió hasta aquí.

—¿A quién le importa cómo nos ha encontrado? —les gritó Rho-Mu 31. Efectuó un disparo con el báculo de energía y empujó a Dalia hacia el túnel por el que habían salido—. ¡Corred! ¡Meteos en la cueva! ¡No podrá seguirnos hasta allí!

Dalia asintió, tomó de la mano a Zouche y echó a correr hacia la boca del túnel.

—¡Haz lo que hiciste la otra vez! —exclamó Zouche—. ¡Haz que crea que no estamos aquí!

—No puedo —le contestó Dalia jadeante y sin dejar de correr—. Sabe cómo la engañé y ha variado su arquitectura mental para que no pueda hacerlo de nuevo.

Dalia miró por encima del hombro y vio que los tentáculos metálicos de su

espalda se alzaban.

—¡Al suelo! —aulló Rho-Mu 31 al mismo tiempo que tiraba de ellos para derribarlos.

Se estrellaron con fuerza contra el suelo y rodaron hasta caer en el interior de una zanja no muy profunda excavada por un antiguo arroyo. Al mismo tiempo, una andanada sibilante de disparos láser les pasó por encima y abrió varios surcos en el suelo del valle.

Zouche lanzó un grito cuando un trozo afilado de roca le abrió una herida en la mejilla.

Daba empezó a llorar de nuevo de amargura mientras esperaba que en cualquier momento otra andanada acabara con ellos.

Se encogió sobre sí misma formando una bola aterrorizada cuando un estampido rugiente y ensordecedor resonó en las paredes del cañón. Oyó otra cascada retumbante y parpadeó sorprendida al darse cuenta de que no iban dirigidos contra ellos.

—No puedo creérmelo —exclamó Rho-Mu 31.

Dalia miró por encima del hombro y vio que el brillo verdoso de los ojos semiocultos tras la máscara de bronce mostraba una expresión de sorpresa.

Se apoyó en un hombro y echó un vistazo por encima del borde humeante de la zanja.

La máquina Kaban seguía allí, pero su silueta estaba envuelta por descargas centelleantes de energía mientras las pantallas de vacío aullaban y se esforzaban por mantener su integridad física.

Hacia ella se dirigían dos máquinas de guerra de aspecto glorioso con el blindaje pintado de color azul oscuro y que mostraban el símbolo de una rueda dentada y un rayo sobre las hombreras.

—¡Los Caballeros de Taranis! —gritó Rho-Mu 31.

El corazón de Maven dio un salto por la alegría salvaje y primitiva que sintió al ver a la máquina enemiga estremecerse bajo los impactos de sus armas. Cronus también había acertado con las suyas, y el Colector del *Equitos Bellum* brilló con la certeza de que por fin habían encontrado a su presa. Los cargadores automáticos tabletearon con fuerza a medida que introducían más proyectiles en el cañón que llevaba acoplado en el brazo, y sintió que aumentaba el calor cuando desenvainó la hoja de combate de

cuatro metros de largo que llevaba en el puño derecho.

La máquina era igual que la recordaba, baja y de aspecto feo, una máquina redonda, letal y destructiva oculta bajo una capa borrosa de pantallas de vacío. Captó a través de los campos relucientes de su auspex sus señales energéticas, y quedó sorprendido de nuevo por la inteligencia fría y alienígena que observó detrás de los orbes amarillos en cuanto dejó de disparar y se volvió hacia él.

Un pequeño grupo de personas se había puesto a cubierto de los disparos de la máquina en una zanja acribillada. Eran un protector de capa roja y otras tres personas. Maven no sabía quiénes eran, pero que la máquina los quisiera ver muertos era razón suficiente como para defenderlos.

—Ve por la derecha —le dijo a Cronus—. Acabemos con ella tal y como lo planeamos.

Cronus ya se había puesto en movimiento. El *Pax Mortis* avanzó a grandes zancadas a través del terreno rocoso del valle, con el caparazón lo más pegado posible al suelo y los brazos con las armas tendidos lo máximo que podía hacia delante. Maven dirigió su montura hacia la izquierda y descargó contra la máquina otra andanada mortífera con el cañón.

Una vez más, las pantallas de vacío aullaron bajo los impactos, y Maven sintió la regocijada emoción de su montura como una descarga de adrenalina que le recorriera todo el cuerpo. Al *Equitos Bellum* le encantaba combatir, pero la sensación de vengarse de su némesis superaba a cualquier otra sensación que Maven hubiera tenido en la vida.

Avanzó pegado al terreno hacia un saliente rocoso que había visto al otro lado del valle. Sintió el calor de los impactos cercanos cuando la máquina enemiga empezó a disparar contra él. Su consciencia instintiva del combate era absoluta, y su intuición respecto a la situación táctica demostró ser casi infalible cuando tiró de repente de los mandos y se detuvo resbalando, con una pierna extendida hacia un lado ante el súbito cambio de rumbo.

Una andanada de disparos acertó de lleno contra el saliente y lo convirtió en una lluvia de trozos de piedra, dejando en su lugar un cráter humeante tras la explosión. Maven se echó hacia un lado y corrió hacia delante en un zigzag anárquico que procuraba de un modo deliberado no parecerse a ninguna de las tácticas habituales de evasión.

Una nueva ráfaga de rayos y de proyectiles acribilló el aire allí donde la máquina



había esperado que estuviera.

Maven se echó a reír con unas carcajadas estentóreas cuando el *Equitos Bellum* respondió con presteza a sus órdenes. Su corazón herido y sus extremidades ya curadas se unieron a él para acabar con su enemigo. Volvió a cambiar de rumbo al azar mientras se dirigía directamente hacia las armas de su oponente.

—El viejo Stator me despellejaría si me viera hacer esto —murmuró mientras se esforzaba por ir contra décadas de entrenamiento y utilizar las mismas tácticas que lo habían convertido en un guerrero tan formidable.

La máquina abrió fuego de nuevo, y una vez más descubrió que Maven la había engañado con sus movimientos impredecibles y sus giros al azar, que habían confundido el programa de puntería que utilizaba. Maven vio cómo retrocedía para alejarse de él. Los cañones principales giraron sobre sus pivotes mientras intentaban predecir hacia dónde se movería a continuación.

Las armas que llevaba montadas sobre los gruesos tentáculos giraron y dispararon contra los restos ardientes del Cargo-5. Cronus avanzó con una serie de frenazos bruscos y carreras, aunque Maven se dio cuenta de que había sufrido varios impactos por la fuerza de la señal de su escudo.

—¡Confúndelo un poco más, Cronus! —le gritó—. ¡No hagas nada que pueda predecir!

—¡Cállate! —le replicó Cronus—. ¡Tú te dedicas a incumplir las reglas cuando te apetece! ¡A mí me cuesta!

Maven sonrió al ver que la máquina retrocedía para alejarse de él. Las orugas escupieron trozos de roca y piedra cuando cambió de dirección y se dirigió en una frenética marcha atrás hacia la pared del cañón.

Maven disparó otra andanada. Una lluvia de rocas hechas pedazos cayó de la pared cuando la máquina viró sobre una sola oruga y esquivó los disparos.

—Mierda. Está aprendiendo.

Maven cambió el rumbo de su avance, y se dio cuenta de su error demasiado tarde.

Una ráfaga ardiente de disparos láser acribilló sus escudos frontales y el emisor del torso estalló en una oleada aullante de energía. Lanzó un grito cuando la descarga le propinó un latigazo de dolor que le recorrió todo el cuerpo.

El *Equitos Bellum* trastabilló y Maven dejó caer a su montura sobre una rodilla. Otra andanada lo alcanzó en el borde superior del blindaje del caparazón y notó unas

punzadas de dolor ardiente en el hombro. Se estaba esforzando por hacer girar a su montura para mostrar a la máquina enemiga una sección protegida por escudos cuando recibió otra ráfaga, y Maven sintió también el dolor de su montura cuando el blindaje empezó a ceder bajo el fuego concentrado.

El cristal blindado de la cabina se despedazó y explotó hacia el interior. Los trozos afilados como navajas le acuchillaron el rostro.

—¡Cronus! —gritó cuando un nuevo impacto le provocó otra oleada de dolor agónico.

El *Pax Mortis* atravesó los restos llameantes del Cargo-5 y acabó con los dos brazos armados envueltos en fuego. La máquina enemiga desapareció bajo una serie cegadora de destellos cuando los escudos de vacío cedieron bajo los impactos.

Fuera la que fuese la clase de reactor que albergaba en su interior, era capaz de soportar todo aquel castigo y mantener las pantallas de vacío. Giró sus armas hacia el *Pax Mortis* y disparó el rugiente cañón, cuyos proyectiles atravesaron los escudos y el blindaje del montaje de la cintura del caballero.

La montura trastabilló y Cronus salió corriendo hacia la pared de humo oscuro que salía del Cargo-5. Sin embargo, la máquina ya había esperado esa maniobra como la respuesta más obvia y un rayo de plasma ardiente impactó contra el caparazón superior del *Pax Mortis* y casi lo hizo caer de rodillas.

Maven lanzó un grito cuando vio a su hermano caballero tambalearse, pero antes de que la máquina pudiera rematarlo, Cronus salió corriendo y se sumergió en el humo.

—¡Sus pantallas de vacío son demasiado resistentes! —gritó Cronus. El dolor que sentía era evidente incluso por el comunicador—. ¡Nuestras armas no los sobrecargan!

Su camarada había quedado peligrosamente expuesto por acudir en su ayuda, pero el ataque desde dos direcciones había obligado a la máquina enemiga a moverse según el ritmo que ellos habían marcado, y Maven sabía que no tendrían otra oportunidad mejor para acabar con ella.

—¡Prepárate! —le contestó—. ¡Ya la tenemos donde queríamos!

Al tener que enfrentarse a dos oponentes, la máquina había retrocedido hasta pegarse a la base de las paredes del valle en un intento por reducir las direcciones desde las que podrían atacarla.

Justo lo que Maven sabía que haría.

Era la maniobra recomendada en el manual.

Maven desconectó los sensores automáticos de puntería.

—Conoces la teoría, pero no tienes la práctica —le dijo, y abrió fuego de nuevo.

En vez de apuntar contra la máquina, los disparos acribillaron la pared rocosa que se alzaba sobre ella. Un torrente de peñascos gigantesco cayó formando una avalancha retumbante que se estrelló contra los vectores superiores de sus escudos.

En la superficie de la máquina se produjeron una serie de explosiones de luz y las pantallas de vacío chirriaron en protesta, pero aunque les pareció increíble, resistieron la avalancha.

—¡Ahora, Cronus! —gritó Maven al mismo tiempo que ponía en pie su montura para lanzarse a la carga contra su enemigo aullando un grito feroz ávido de sangre.

Abrió fuego con el cañón y acribilló los escudos superiores de su enemigo. La máquina lo vio acercarse incluso a través del rugiente desprendimiento de rocas y polvo y giró sus armas hacia el *Equitos Bellum* al mismo tiempo que el *Pax Mortis* apareció entre el humo y unió sus disparos a los de la montura de Maven.

Los emisores de escudo de la máquina, que todavía se estaban esforzando por resistir la lluvia de piedras que caían del risco, cedieron por fin bajo el fuego concentrado de los dos caballeros.

Las pantallas de vacío explotaron hacia fuera con una onda expansiva cegadora que le arrancó de la espalda los dendritos metálicos de las armas y le vaporizó el brazo izquierdo con una detonación estruendosa. De los costados rasgados de la máquina surgieron chorros de humo y de chispas, y los orbes sensores parpadearon enloquecidos, como si fueran incapaces de comprender qué era lo que la había dañado de ese modo.

Se bamboleó hacia atrás aturdida mientras gritaba de forma entrecortada en lenguaje binario. Los gritos eran tan agudos que atravesaron el Colector e hicieron volar varios de los altavoces del interior de la cabina de Maven.

El *Equitos Bellum* atravesó la nube de polvo de roca en suspensión y vio delante de él la silueta esférica del enemigo al que había estado buscando durante tanto tiempo. Estaba herido de muerte, pero todavía le quedaban fuerzas para luchar. Maven no estaba dispuesto a correr ningún riesgo y clavó los cuatro metros de hoja de combate cargada de energía en la sección frontal.

Su grito agónico se convirtió en un gemido patético de código binario que se apagaba, pero Maven removió la hoja dentro de la herida hasta que los gritos cesaron.

y la luz de los orbes sensores se apagó del todo.

Maven dejó escapar un chorro de aire contenido por el dolor y la furia del último combate. Luego dio un paso atrás y se apartó de la máquina destruida. Sintió una satisfactoria sensación de finalización mientras miraba el casco destrozado de su enemigo. El dolor de las heridas psicosomáticas disminuyó, y sonrió al notar que la satisfacción del *Equitos Bellum* le recorría todo el cuerpo en una oleada de orgullo.

La esencia de lo que convertía a un caballero en una máquina de guerra tan temible lo atravesó por entero para aliviarle el sufrimiento que sentía desde un extremo al otro del cuerpo.

Maven notó demasiado tarde cómo el alma de su montura se ponía al mando y el bálsamo calmante que le aliviaba el dolor lo manejaba como si él fuera la montura y no el piloto. Notó que el corazón feroz de su máquina, el poder terrorífico que se ocultaba en el corazón del Colector, tomaba el control y hacía girar al *Equitos Bellum* hacia la zanja de tierra donde se habían puesto a cubierto los objetivos de la máquina enemiga.

Maven vio a través de los cristales destrozado de la cabina al protector mechanicum, quien iba armado con un báculo de energía en el que habían grabado el símbolo de la rejilla de números de la adepta Zeth. Caminaba delante de una mujer de complexión delgada cuyos ojos brillaban con una leve luz dorada. La capa roja que llevaba el protector sujeta a los hombros ondeaba a su espalda. Ambos se dirigían hacia él dejando atrás a un individuo bajo vestido con una túnica que se encontraba arrodillado al lado de lo que parecía ser un sirviente con tonsura.

Maven oyó unos pasos pesados cuando el *Pax Mortis* se puso a su lado. Intentó hablar con Cronus, pero la fuerza elemental del Colector no lo dejó.

La mujer se acercó al caballero herido, y antes de saber lo que estaba ocurriendo, el *Equitos Bellum* se arrodilló sobre una pierna para luego inclinar la cabeza en gesto de respeto. Supo sin necesidad de mirar que el caballero de su hermano de batalla había hecho lo mismo.

La desconocida alargó una mano y Maven sintió una calidez que se extendió por cada molécula de su ser híbrido de carne y de acero y las llenó de una nueva vitalidad y empuje. Sintió la calidez incluso a través del blindaje de su montura, y se le escapó un jadeo de asombro cuando unas vibraciones temblorosas se extendieron por la estructura de plastiaceró y ceramita.

—Máquina, cúrate a ti misma —le dijo.



## CAPÍTULO 5

La noche cayó sobre Ciudad Magma, aunque la oscuridad no llegó realmente a la metrópolis inundada de una brillante luz anaranjada. La escena parecía sacada de las visiones antiguas del inframundo. La forja de la adepta Zeth estaba envuelta por los fuegos del combate, y las fuerzas del Mechanicum Oscuro no dejaban de machacar las murallas con misiles de vórtice mientras derribaban los bastiones con cañones gravitones.

Estaban destrozando la ciudad con una precisión mecánica. No pasarían muchas horas antes de que las fuerzas bajo el mando del embajador Melgator, que contemplaba aquella destrucción bajo un pabellón oscuro instalado en el extremo del Viaducto Typhon, la capturaran para mayor gloria del fabricante general.

La ciudad estaba condenada, y sólo les quedaba una orden posible que dar.

El *Deus Tempestus* avanzó a través de lo que antes había sido una factoría de armamento. Todavía seguían ardiendo algunos incendios menores y produciéndose pequeñas explosiones bajo las poderosas pisadas del Warlord, pero el princeps Cavalerio no prestó atención a nada de eso. Tales asuntos eran irrelevantes para alguien de su calibre. Tan sólo la hueste de skitarii de la Legio Tempestus, bajo el mando de Aeschman, debía preocuparse de detalles como aquéllos.

Toda la fuerza de la Legio Tempestus había salido de la protección que ofrecía Ciudad Magma. El azul cobalto de sus placas de blindaje y los estandartes ondeantes llenos de condecoraciones brillaron de un modo glorioso bajo el cielo oscurecido y los escombros ennegrecidos por el fuego que estaban atravesando.

El *Deus Tempestas* encabezó la fuerza desde el centro y tomó posiciones detrás de

un conjunto retorcido de columnas y vigas de hierro que había sido parte de la estructura de la mayor planta de fabricación de planchas metálicas de todo Tharsis, pero que en ese momento no parecía más que una masa de alambre de espino.

A la derecha de Cavalerio se encontraba el grupo de combate del princeps Sharaq, con el *Metallus Cebrenia* a la cabeza de los Warhound *Astrus Lux* y *Raptoria*. Los princeps Lamnos y Kasim flanqueaban uno a cada lado al Reaver, de mayor tamaño; Cavalerio alzó el cañón en un gesto de saludo hacia aquellos valientes guerreros.

A su izquierda tenía al poderoso Warlord *Tharsis Hastatus*, bajo el mando del princeps Suzak, y más allá se encontraba el Reaver del princeps Mordant, el *Arcadia Fortis*, con el apoyo del gallardo Warhound del princeps Basek, el *Vulpus Rex*.

Cavalerio saludó de nuevo a sus guerreros mientras tomaban posiciones detrás de las ruinas de las subcolmenas exteriores.

—A todos los princeps, conferencia por el Colector.

Una por una, las imágenes parpadeantes de sus princeps hermanos aparecieron ante Cavalerio, quien se sintió satisfecho al ver en todos y cada uno de sus rostros la impaciencia por entrar en combate. Todos estaban ansiosos por enfrentarse a la Legio Mortis, a pesar de que sabían que la batalla sólo tenía un final posible. Por un momento deseó poder pilotar como lo hacían ellos, pero sonrió ante la tontería que representaba aquel deseo, ya que, ¿quién no querría estar conectado a una máquina tan poderosa como el *Deus Tempestas* de un modo tan completo y total como él lo estaba?

—Hermanos, éste el momento más terrible y más glorioso de nuestras vidas. No suelo ser sentimental, pero si el día de nuestras muertes no se merece un poco de melodrama, no sé cuándo podría ser el momento más apropiado.

Cavalerio contempló cómo unos cuantos de ellos sonreían sin humor antes de seguir hablando.

—El credo de la Legio Tempestus es que el modo en que morimos debe ser al menos tan importante como el modo en que vivimos. Hoy les enseñaremos a esos perros de la Mortis lo que significa sufrir la ira de nuestra legión. Ha sido un honor luchar a vuestro lado a lo largo de todos estos años, y es un privilegio encabezar esta última marcha. Que la luz del Omnissiah os guíe.

Sus hermanos respondieron a sus palabras con destellos binarios de orgullo, pero fue el princeps Kasim quien expresó en voz alta el sentimiento común.

—El honor es nuestro, señor de la tormenta.

Cavalerio sonrió al ver el destello del medallón dorado con el símbolo de cráneo y el engranaje que le había entregado tras la campaña en el racimo Epsiloide Binario.

—Buena caza a todos —les deseó, y cerró la comunicación.

A pesar de la sangrienta lección que habían recibido en el combate inicial en las afueras de Ciudad Magma, el princeps Camulos no podía pasar por alto un desafío tan descarado. El auspex de Cavalerio no tardó en llenarse de señales cuando la Legio Mortis empezó a atravesar el humo para enfrentarse a ellos. Alrededor de cada máquina pululaban miles de skitarii de la misma legión, unos guerreros temibles con máscaras cadavéricas y con una reputación temible.

Los skitarii de la Legio Tempestus, bajo el mando del indomable Aeschman, el héroe cubierto de cicatrices de Nemzal Reach, se prepararon para enfrentarse a ellos, aunque el enemigo los superaba en una proporción de cuatro a uno.

Participar en un combate entre titanes requería un valor extraordinario, pero para luchar en una batalla de proporciones tan gigantescas hacía falta una osadía que sólo unos guerreros modificados como ellos podían poseer.

—Recibo múltiples señales de máquinas —comunicó el sensori Palus, y Cavalerio confirmó la información mientras se sacaba de la cabeza los skitarii de Aeschman.

La forma gigantesca del *Aquila Ignis* dirigía las fuerzas de la Legio Mortis, aunque una fila de tres Warlord mutados avanzaba por delante como si fuera una pantalla de exploradores. Dos Reaver los seguían un poco apartados por los flancos.

—Sólo nos superan en una máquina —comentó Cavalerio—. No está tan mal, ¿verdad?

—Sí, princeps —contestó el moderad Kuyper—. La lástima es que tengan más armas que nosotros y que sean más potentes que las nuestras.

Cavalerio contempló con atención el despliegue del enemigo.

—Son prudentes. Ninguno de ellos se atreve a alejarse mucho de su hermano mayor.

—No se les puede culpar.

—Nos temen. Recuerdan muy bien lo que les hicimos en la primera emboscada y tienen miedo de que nos saquemos de la manga otro truco.

—Ojalá fuera así, señor de la tormenta —murmuró Kuyper.

Cavalerio sonrió dentro de su tanque de fluido amniótico y un chorro de burbujas le salió de la boca.

—¿Y quién dice que no lo tenemos? A todos los princeps: velocidad de marcha.

Al otro lado de Ciudad Magma, donde las hordas aullantes de skitarii y de protectores mutados no dejaban de atacar la Puerta Vulkan, una tormenta de proyectiles y de rayos diezmó a los atacantes más cercanos a la entrada. Antes de que las fuerzas del embajador Melgator tuvieran tiempo de reagruparse y reanudar el ataque, la Puerta Vulkan se abrió y los Caballeros de Taranis salieron bajo su estandarte azul de la rueda y el rayo.

Lord Verticorda marchó al frente de los caballeros, con la noble forma del *Ares Lictor* resplandeciente después de que le repararan la tremenda herida en el pecho a tiempo de participar en aquel último combate glorioso. Lord Caturix marchaba al lado de Verticorda montado en el majestuoso *Gladius Fulmen*, su máquina de guerra, que mostraba con orgullo sobre las placas de blindaje las cicatrices y las marcas de pasados combates.

Detrás de ellos marchaban los nueve últimos caballeros de la orden, con las armaduras reparadas y pulidas hasta el punto de parecer completamente nuevos. Iba a ser su última carga, y los operarios y artesanos de Ciudad Magma habían querido asegurarse de que ofrecieran un aspecto magnífico cuando marcharan al combate.

Los caballeros se desplegaron en una formación en cuña, con Caturix y Verticorda en punta, y se lanzaron contra la masa de guerreros enemigos sembrando la muerte entre ellos. La fuerza combinada de los disparos de la artillería con la carga de los caballeros rompió la línea del Mechanicum Oscuro, y el grupo de combate de Taranis aplastó a los supervivientes que se retiraban como gigantes que dispersaran a unos niños que se habían encontrado por delante.

Los rayos rugientes de los turboláseres y la lluvia de proyectiles explosivos acribillaron a los skitarii y a los servidores armados a medida que los caballeros se abrían paso a lo largo del Viaducto Typhon. Cada segundo morían centenares de sus enemigos, y sus cuerpos quedaban aplastados a medida que los caballeros seguían avanzando. Los Caballeros de Taranis continuaron con la matanza sin dejar de caminar. Verticorda mataba con precisión metódica, mientras que Caturix lo hacía con un frenesí furioso.

A pesar de lo repentino que había sido el ataque, las fuerzas de Melgator se recuperaron con una rapidez elogiada y varias unidades blindadas se dirigieron de forma apresurada a enfrentarse con los caballeros lanzados a la carga. Las armas



enemigas abrieron fuego sin que les importaran sus propios guerreros, y las explosiones abrieron grandes cráteres en el viaducto. La velocidad y la ferocidad de la carga hicieron que los caballeros se salieran a tiempo de la zona de bombardeo, salvo dos de ellos, a los que retrasaron los restos de la matanza, por lo que se vieron atrapados por toda la furia de la incesante andanada y acabaron volando en pedazos.

Otro caballero sufrió el impacto del disparo de un arma experimental sacada de las ruinas de la tumba del adepto Ulterimus, bajo el Zephyria Tholus. Reforzado con la energía oscura obtenida de las Criptas de Moravec, el rayo de luz negra atravesó por completo el escudo de energía de la máquina y la envolvió con un fuego oscuro que le fundió de inmediato el blindaje. Verticorda oyó los gritos agónicos del piloto a través del Colector y contempló cómo él mismo arrastraba a una horda de enemigos a su muerte al saltar desde el viaducto hacia el magma.

Los Caballeros de Taranis llevaban el combate más y más lejos de Ciudad Magma a cada momento que pasaba, sin dejar de matar y de aplastar con una habilidad y una elegancia consumada a los enemigos de la adepta Zeth. Aquello no era una carga feroz e indisciplinada, sino la pericia exquisita de unos nobles guerreros que ejercitaban su arte al matar del modo más sublime imaginable.

Ya habían avanzado más de dos kilómetros desde la puerta y habían dejado un tremendo rastro de enemigos muertos y moribundos a su paso. Recorrieron otros cuatrocientos metros antes de que cayera otro caballero, éste con las piernas seccionadas por la misma arma oscura de Ulterimus. Una horda aullante de skitarii se abalanzó contra su caparazón.

Lord Caturix apuntó con sus armas contra aquel enjambre de skitarii y los barrió con una serie de ráfagas de disparos devastadores. El caballero ya había muerto, pero Caturix no estaba dispuesto a que el enemigo saqueara su cadáver, así que siguió disparando hasta que atravesó el núcleo del reactor y lo que lo rodeaba desapareció en una pared llameante de plasma.

Tan sólo quedaban cinco caballeros, incluidos Caturix y Verticorda, y a pesar de lo devastadora que había demostrado ser la carga, cada vez avanzaban con mayor lentitud. Nuevos guerreros enemigos taponaban el viaducto con sus cuerpos, y ya había regimientos enteros de blindados y de artillería concentrando todo su fuego contra ellos para detenerlos.

Verticorda y Caturix, guerreros de carácter completamente diferente pero con el mismo tremendo coraje, siguieron avanzando. Ya tenían a la vista su objetivo: el

pabellón negro del embajador Melgator.

El princeps Kasim, a bordo del *Raptoria*, atravesó a la carrera las ruinas de los silos secundarios de Arsia para disparar una feroz andanada contra uno de los Reaver que marchaban por el flanco. Los escudos de la enorme máquina absorbieron el daño causado por los disparos del titán de menor tamaño y el Reaver apuntó con sus armas contra las ruinas metálicas.

Una tormenta de metralla y de explosiones sacudió el silo derrumbado, pero el *Raptoria* ya se había puesto en movimiento de nuevo y corría a través de la masa retorcida de torres derribadas y cascotes enormes para volver a disparar. Kasim utilizó cada centímetro de cobertura y su capacidad natural para moverse por terreno difícil para mantenerse un paso por delante de las intenciones de su enemigo. Pasó a la carrera y de forma aleatoria de una cobertura a otra mientras seguía disparando contra el pesado Reaver antes de desaparecer de nuevo tras los restos del silo.

Los Warlord y el Imperator ya se acercaban, y uno de los Reaver se dirigió hacia la zona de silos, destruida y en llamas, para obligar a salir a Kasim, ya que no deseaba dejar atrás a un depredador a su paso, aunque fuera uno tan pequeño como un Warhound.

Atravesó con su enorme cuerpo las arcadas de acero que antaño vieron el paso de miles de trabajadores cada día y pisoteó los talleres que habían producido las armas y las municiones que habían pacificado planetas situados en el otro extremo de la galaxia. Sus gigantescas zancadas lo hicieron pasar por encima de los restos fundidos de la maquinaria y de los esqueletos quemados de aquellos que habían muerto al derrumbarse todo el complejo.

Sus escudos despidieron fogonazos y chorros de chispas mientras atravesaba la factoría abriéndose paso a empujones entre los obstáculos para llegar hasta su presa. Sus altavoces exteriores emitieron un aullido vibrante de código corrupto y el eco del chillido de las sirenas resonó de forma extraña contra las pocas paredes que todavía se mantenían en pie.

Kasim salió de su cobertura y el azul cobalto de su blindaje destacó con claridad contra una de las paredes de color ceniza.

El piloto del Reaver lo avistó e hizo girar la parte superior del torso para apuntar las armas contra su ágil enemigo. El torrente de disparos redujo la pared a polvo e hizo saltar chispas de los escudos del *Raptoria*.

En cuando el Reaver abrió fuego, la forma lobuna del *Astrus Lux* salió de las sombras de una torre de perforación doblada y se lanzó a la carrera hacia la espalda descubierta del Reaver mientras le disparaba con todas sus armas. El princeps Lamnos dirigió los disparos hacia los puntos donde las descargas de energía eran mayores, y fue sobrecargando los escudos del Reaver con una concentración despiadada de fuego.

El Reaver se dio cuenta de inmediato del peligro que corría e intentó volverse hacia él, pero el princeps Lamnos fue más rápido e hizo pasar a su máquina a través de una masa enrevesada de paredes destrozadas y de estructuras derribadas. Lamnos tuvo que esforzarse por apuntar bien debido a la dificultad de hacer moverse al titán por un terreno tan difícil, y mantuvo el fuego más tiempo de lo conveniente para su seguridad.

Su insistencia acabó dando sus frutos, ya que los escudos de la parte posterior del Reaver se sobrecargaron del todo provocando un enorme estallido de luz llameante. El aullido desafiante de los altavoces de la máquina se convirtió en un chillido de dolor cuando el *Raptoria* pasó por encima de una sección de maquinaria destrozada y abrió fuego contra su enemigo a quemarropa.

El Reaver estaba enormemente expuesto al carecer de la protección de los escudos, y los disparos de Kasim causaron unos daños terribles en la máquina de mayor tamaño. Al igual que Lamnos, Kasim no dejó de disparar en ningún momento y acribilló la cadera del Reaver con el fuego de los turboláseres. La articulación escupió chorros de blindaje fundido antes de partirse con una explosión, y tanto el *Raptoria* como el *Astrus Lux* se alejaron a grandes zancadas del titán herido de muerte.

El Reaver se desplomó lentamente, de forma majestuosa, de lado, y aplastó lo poco que quedaba del silo bajo su enorme peso al mismo tiempo que se destrozaba contra el suelo. El *Raptoria* avanzó pegado al terreno aprovechando la ventaja que ofrecía la nube creciente de polvo y de humo provocada por la caída del Reaver.

El *Astrus Lux* volvió a atravesar el silo rodeando al titán caído, pero Lamnos había dejado expuesto a su Warhound durante demasiado tiempo, y el compañero del Reaver ya tenía una solución de disparo excelente contra él.

Una serie abrasadora de impactos de misiles se estrelló contra la parte superior del *Astrus Lux* y lo hizo caer al suelo, donde le machacaron los escudos hasta que estallaron con una tremenda detonación. Igual que un pájaro herido, el *Astrus Lux* intentó arrastrarse para ponerse a cubierto, sin escudos y con las piernas destrozadas

por los impactos.

Sin embargo, el segundo Reaver no estaba dispuesto en absoluto a arriesgarse, y se adentró entre los restos llameantes del silo para aplastar al *Astrus Lux* bajo su peso.

La primera baja de la Legio Tempestus.

El princeps Mordant avanzó con el *Arcadia Fortis* por el flanco izquierdo del grupo de combate de la Legio Tempestus, al otro lado del páramo en el que habían quedado convertidos los campos de aterrizaje, más allá del lugar donde el *Deus Tempestus* y el *Tharsis Hastatus* se enfrentaban a la línea de Warlord desplegada por delante del *Aquila Ignis*. Aunque estaba al mando de un Reaver, Jan Mordant mantenía el paso de su compañero Warhound, el *Vulpus Rex*, sin bajar el ritmo en ningún momento.

El princeps Basek y él avanzaban para enfrentarse a los otros dos Reaver del flanco. Las dos máquinas enemigas mostraban un aspecto odioso y deformado, cubiertas de estandartes ensangrentados y adornos más repugnantes todavía que colgaban de sus armas. En vez de dirigirse directamente hacia los Reaver enemigos, el *Arcadia Fortis* seguía un rumbo curvo y amplio que alejaba a sus oponentes de la protección que les ofrecía el Imperator.

El aire entre las dos fuerzas contrarias estaba cargado rayos y de estelas de proyectiles. Los dos princeps de la Legio Tempestus dirigían todo su fuego contra el Reaver más cercano al centro de la línea de batalla. En aquella zona, tan alejada de Ciudad Magma, no poseían la cobertura de la que había dispuesto el *Raptoria*, por lo que el princeps Basek se veía obligado a utilizar toda su habilidad para esquivar los disparos enemigos. La distancia entre los titanes enemigos era cada vez menor, y la tormenta de fuego empeoraba con cada paso.

Dada la disparidad de peso y de armamento, tan sólo era cuestión de tiempo que la matemática brutal del campo de batalla se cobrara su precio en los titanes de la Legio Tempestus. Las máquinas de la Legio Mortis lo sabían, y sus altavoces aullaron con sonido triunfal, pero en la guerra, como en todo, existen variables que pueden afectar incluso a las funciones más inevitables.

Tanto el *Vulpus Rex* como el *Arcadia Fortis* estaban pilotados por individuos que seguían ardiendo con la agresividad propia del cazador, y ambos estaban luchando para destruir todo lo que pudieran de la Legio Mortis antes de perecer.

Los escudos del Reaver objetivo de los dos princeps Tempestus parpadearon, agotados bajo el diluvio constante de disparos, y se apagaron antes de estallar. Un

instante después, el Warlord *Tharsis Hastatus*, que había estado esperando precisamente eso, descargó una andanada devastadora con el cañón Vulcano. Un rayo ardiente de fuego nuclear atravesó la cabina del Reaver e hizo estallar toda la sección superior con una explosión espectacular que lanzó restos del titán a seis kilómetros de distancia.

La muerte rugiente del titán se había logrado mediante una feroz concentración de disparos, pero eso había permitido al segundo Reaver avanzar prácticamente sin sufrir daño alguno. Sus armas pesadas ya habían llevado a los escudos del *Arcadia Fortis* casi al punto de la sobrecarga, y tan sólo era cuestión de unos pocos disparos más que lograra hacerlos caer.

Un impacto afortunado en uno de los emisores de escudo del caparazón hizo estallar uno de los transmisores conectados a la red neuronal del titán Tempestus, y la descarga resultante quemó la corteza cerebral del princeps Mordant, lo que lo mató con tanta seguridad como si le hubieran disparado con un bólter a bocajarro en la cabeza. El *Arcadia Fortis* murió con él, y el poderoso titán se detuvo con un conjunto de chirridos, completamente a merced de sus enemigos.

Basek intentó huir del Reaver aullante, ya que debido a sus escudos debilitados y a la escasez de munición no era rival para un enemigo tan poderoso. El *Vulpus Rex* se movió con rapidez y agilidad, pero no tuvo oportunidad de escapar ante la lluvia de misiles que le dispararon. Los proyectiles se estrellaron contra el suelo y abrieron unos cráteres enormes que lanzaron una cortina de escombros por el aire.

El titán del princeps Basek tenía el auspex de lectura del terreno sobrecargado por la interferencia aullante del código corrupto, y el *Vulpus Rex* se metió en un cráter. Uno de los brazos arma salió despedido tras partirse y las piernas se le doblaron al caer de forma torpe. Atrapado y sin modo alguno de huir, el princeps Basek intentó eyectarse, pero una andanada brutal disparada por el Reaver despedazó a su titán y lo mató tanto a él como a su tripulación con una rapidez piadosa bajo una lluvia de proyectiles.

Un instante después, los cielos se abrieron y la creciente oscuridad quedó barrida por un amanecer resplandeciente producido por una explosión atómica que cubrió de fuego el lejano horizonte.

La adepta Koriel Zeth cerró los ojos al ver el fuego en el cielo, ya que sabía exactamente lo que representaba. Sintió que la parte humana de su cuerpo se llenaba

de tristeza. Centró las pantallas de observación de la Cámara de Vesta en el norte y aumentó el foco al máximo. Aunque sabía lo que iba a ver, se lo temía de todos modos.

Una serie de nubes atómicas marcaban la cadena de reactores de Ipluvien Maximal en la Ulysses Fossae. Una onda expansiva de fuerza inimaginable arrasó el paisaje en cientos de kilómetros a la redonda y barrió toda señal de vida. La tormenta de fuego que la siguió convirtió el desierto marciano en vidrio fundido durante diez mil años.

—Adiós, Ipluvien —dijo Zeth en voz baja antes de volver a concentrar la atención en la batalla que se estaba desarrollando en el interior de su propia forja. Las placas bruñidas mostraban unas escenas de combate tan feroces que hasta a ella le costaba trabajo creer que esa matanza se estaba produciendo en Marte.

La carga de los Caballeros de Taranis había abierto una brecha ensangrentada en la horda de atacantes que ocupaban el viaducto, pero cada vez eran menos. Habían caído otros dos caballeros, por lo que sólo quedaban Verticorda, Caturix y otros tres guerreros.

Cada segundo que pasaba se acercaban más y más al pabellón negro del embajador Melgator, pero Zeth no estaba segura de que lo alcanzaran con vida, e incluso si lo hacían, no podrían escapar del corazón de la horda enemiga. La Legio Tempestus estaba librando una batalla que entraría en los anales de su historia como una de las más nobles, eso sí quedaba alguien con vida para consignarla, y los propios guerreros de la adepta habían luchado de forma más feroz de lo que ella hubiera imaginado nunca.

Los lacayos de Kelbor-Hal sufrirían mucho para tomar Ciudad Magma, y a menosos que Zeth actuara de inmediato, la acabarían tomando, de eso no cabía duda alguna. Y no sólo Ciudad Magma. Todo Marte no tardaría en estar sometido a aquellos que se habían mostrado leales al fabricante general.

Había llegado el momento de imitar el noble acto de Ipluvien Maximal.

Zeth se apartó de las pantallas y se dirigió hacia el ancho pozo que descendía hasta las profundidades de su forja y se adentró en el calor y las oleadas de energía que surgían del magma que fluía más abajo.

Un servidor de aspecto primitivo cubierto por una túnica la siguió. Su apariencia contrastaba enormemente con la sofisticación de la cámara. La criatura anónima se colocó al lado de Zeth antes de que una docena de columnas esbeltas y plateadas surgieran del suelo alrededor del pozo.

Cada una de las columnas estaba rematada por una serie de clavijas, y Zeth caminó hasta colocarse en el centro. Alargó las manos y las pasó por encima de los lectores biométricos de dos de las columnas al mismo tiempo que surgía un manojo de mecadendritos a lo largo de su espina, dorsal.

Los mecadendritos cruzaron el aire oscilando y entraron en contacto con las demás columnas. Zeth comenzó a descargar una serie de macroinstrucciones a la red noosférica de Ciudad Magma. Un mapa reluciente de su forja parpadeó y se iluminó ante ella, aunque el dispositivo era invisible para todo aquel que no estuviera modificado noosféricamente.

—Espero que Kane consiguiera rescatar al menos una parte del entramado noosférico de Mondus Occulum —musitó—. Sería una pena que mi tecnología se perdiera por culpa de esta sórdida guerra civil.

—Incluso enfrentada a tu propia destrucción sigues siendo vanidosa —dijo una voz a su espalda.

Zeth se dio la vuelta, aunque no se sintió sorprendida al ver la sinuosa silueta de la asesina tecnosacerdotisa al servicio de Melgator flotando en el aire a su espalda.

—Tenía el presentimiento de que te vería otra vez.

—En la Hermandad de Cydonia no nos olvidamos de aquellos que nos insultan —le dijo Remiare.

—Te preguntaría cómo has logrado entrar, pero tengo la sensación de que ya no importa.

—No, no importa —admitió Remiare.

La asesina se deslizó con suavidad por encima del suelo de la cámara en dirección a Zeth y desenfundó un par de pistolas doradas de factura exquisita de las pistoleras que llevaba sujetas a los muslos.

—Mi contratante desea capturar intacta esta ciudad —le dijo Remiare al mismo tiempo que observaba el plano noosférico que flotaba delante de Zeth—. Así que tienes que dejar eso que estás tramando.

—No voy a hacerlo.

—No te lo estaba pidiendo —le contestó Remiare, y un momento después le disparó dos veces en el pecho.

El comandante general Verticorda sintió el dolor de una docena de heridas a través del Colector del *Ares Lictor*. Ya había perdido todos los escudos y tenía el caparazón

fracturado en multitud de puntos. Apenas sentía el brazo izquierdo, y la rodilla que la mano del propio Emperador había sanado doscientos años atrás lo hacía sufrir con un dolor psicoestigmático.

Vio que estaba completamente rodeado por las legiones del enemigo. Los disparos todavía rebotaban en el caparazón que se desintegraba. Su mayor temor no era morir, sino permitir que una máquina tocada por la mano del Omnissiah cayera en poder de sus enemigos.

Vio a su izquierda un grupo de skitarii con túnicas negras que estaban situados en una de las plataformas que colgaban sobre el viaducto e intentaban apuntar en su dirección con una batería de cañones cuádruples. Giró el cañón derecho hacia ellos y permitió que el *Ares Lictor* apuntara a su vez contra sus enemigos. Sintió la emoción del centrado en el objetivo y abrió fuego. El huracán de proyectiles destruyó la plataforma y convirtió a los cañones y a los servidores en una nube en expansión de carne triturada y metal destrozado.

Caturix, que estaba a su lado, aplastaba a la horda enemiga con el cañón y con la lanza láser. Su furia lo hacía avanzar al mismo ritmo que la habilidad increíble de Verticorda. Los caballeros supervivientes eran los mejores guerreros junto a los que había luchado jamás: Yelsic, Agamon y el viejo Stator.

Verticorda vio por delante de ellos el pabellón negro donde uno de los planificadores de aquella guerra contemplaba divertido cómo morían los Caballeros de Taranis. El estandarte de Melgator, una cadena dorada sobre un campo rojo, ondeaba sobre el pabellón, y aunque entre ellos se interponía una masa de guerreros y de máquinas negras, Verticorda se juró a sí mismo que no caería antes de que aquel individuo despreciable muriera.

Una nueva andanada de disparos acribilló a los caballeros, y Agamon murió, ya que los últimos escudos que le quedaban se habían sobrecargado debido al sacrificio insensato de decenas de guerreros suicidas que se le habían acercado a la carrera y habían hecho estallar las cargas explosivas que llevaban consigo.

El siguiente en morir fue el viejo Stator. El preceptor abrió un camino a los señores de la orden con una última carga gloriosa hacia el pabellón. Extendió las dos hojas de combate, una a cada lado, y corrió agachado hasta que el caballero recibió un impacto directo en la cabina y se desplomó contra el suelo.

Los últimos tres caballeros echaron a correr disparando con todas sus armas por el pasillo que les había abierto la muerte de Stator, y Verticorda mató y mató mientras



invocaba a los espíritus de todos los comandantes generales que habían pilotado al *Ares Lictor* en combate.

A uno de sus lados marchaba Caturix, aunque su montura estaba al borde de la destrucción, y al otro se encontraba Yelsic, su compañero el día que el Emperador había pisado por primera vez Mons Olympus, que todavía enarbolaba en alto el estandarte de Taranis.

—¡El muy cabrón huye! —exclamó Verticorda al ver que el estandarte de la cadena dorada comenzaba a moverse.

—¿Qué esperabas? —le replicó Caturix—. ¡No es un guerrero! No es más que un cobarde.

—No se nos escapará —juró Yelsic.

—No, no lo hará —le confirmó Caturix.

Unos nuevos disparos impactaron contra el *Ares Lictor* y Verticorda soltó un grito al sentir que el dolor de las heridas se intensificaba en su viejo cuerpo. A pesar de la aparición de nuevas heridas, notó que del Colector surgía un poder que lo ayudaba a mantenerse en pie, un legado latente de heroísmo y de honor que se extendía hasta el nacimiento de su montura.

La presencia de los antiguos pilotos del *Ares Lictor* inundó a Verticorda, y todos estaban ansiosos por acompañarlo en sus últimos momentos.

Lo único que se veía a través del cristal de la cabina eran enemigos, y sus rostros deformados tenían un aspecto demoníaco bajo el brillo ardiente del magma. Aquello era sin duda un viaje al infierno, y éstos eran sus habitantes deformados y retorcidos.

—¡Allí está! —aulló Caturix.

Verticorda vio el palanquín protegido con escudos de Melgator, rodeado por una cohorte de skitarii de color naranja y aspecto brutal, casi unos ogros, que estaban armados con las temibles armas de rayos y las lanzas ígneas.

Los tres caballeros atravesaron el cordón de guerreros enemigos que los separaba del séquito de Melgator y de éste mismo. Lo hicieron con los blindajes desgarrados, envueltos en llamas y dejando escapar fluidos vitales. Ninguno de ellos volvería a luchar de nuevo, pero matarían a su enemigo con su último aliento de vida.

Verticorda acabó con una docena de skitarii y luego sintió un tremendo dolor agónico cuando una serie de rayos de luz perforante le atravesaron el blindaje del brazo derecho como si se tratara de humo. Aulló de sufrimiento y todo su cuerpo se estremeció cuando el brazo del arma salió arrancado.

La garganta se le llenó de sangre y la vista se le enturbió, pero sintió de nuevo la presencia fantasmal de sus predecesores. La furia y el ardor combativo ancestrales no habían disminuido con el paso de los años, y sus voluntades le proporcionaron la fuerza necesaria para seguir adelante. Sin embargo, a pesar del poder sustentador del Colector, Verticorda sentía que la vida se le escapaba.

La máquina de Yelsic recibió el grueso de los disparos de las lanzas ígneas, y su caparazón quedó envuelto en las llamas chasqueantes de color púrpura que surgieron de una docena de impactos. Las explosiones provocadas por varias granadas le despedazaron la sección del torso, y las dos mitades del caballero destruido estallaron tras abrir sendos surcos en las filas de los skitarii.

—¡A por ellos! —gritó Caturix al ver el hueco que había abierto la muerte de Yelsic.

Verticorda actuó siguiendo el instinto desarrollado a lo largo de los siglos y salió en pos de Caturix. En mitad de la horda de skitarii dispersos vieron la forma encapuchada de Melgator, que estaba propinando latigazos a los portadores del pabellón en un esfuerzo por alejarse de los caballeros.

—¡Te lanzo la luz de Taranis! —gritó Verticorda con las últimas fuerzas que le quedaban.

Caturix y él abrieron fuego al mismo tiempo y los disparos acribillaron el suelo al mismo tiempo que abrían un surco de devastación a través de los skitarii en dirección al embajador.

Alrededor de Melgator apareció un destello de luz azulada. Se trataba de una pantalla de vacío personal. Sin embargo, aquella clase de artefactos estaba pensada para proteger a su portador durante periodos de tiempo cortos, y frente a las armas de un posible asesino no las que blandían unas máquinas de guerra tan terribles como los caballeros.

La pantalla se sobrecargó en breves instantes y la explosión resultante lo lanzó por los aires. El embajador no llegó a caer al suelo, porque el fuego sostenido de los caballeros lo destrozó un momento después.

Una vez muerto Melgator, Verticorda sintió que la presencia de los antiguos pilotos se desvanecía de nuevo en el Colector. El dolor de las heridas reapareció decuplicado

y aulló al sentir más impactos en el blindaje.

Un misil le estalló contra la rodilla, la misma que le había curado el Emperador, y el *Ares Lictor* cayó. El caparazón se estrelló contra el suelo y el cristal de la cabina se rompió en mil pedazos. Verticorda notó sangre en la boca, pero ya no sintió dolor cuando el Colector se le abrió por completo.

Su último recuerdo de la vida fue la voz de Caturix lanzando un grito de desafío antes de morir.

Verticorda murió con una sonrisa en los labios, y el espíritu del *Ares Lictor* le dio la bienvenida.



## CAPÍTULO 6

El líquido que envolvía a Cavalerio se llenó de sangre y de alarmas. Lo informó de los fallos en la ignición de escudos, de las fugas del reactor y de un centenar de males que estaba sufriendo su máquina. El fluido amniótico estaba salpicado con las gotas de sangre que le salían de las heridas psicoestigmáticas que sufría en los hombros y en el corso, además de por la nariz.

Había registrado la muerte de tres de sus máquinas, pero se obligó a sí mismo a concentrarse en su propio combate. Delante de él tenía tres Warlord que avanzaban a su vez por delante del poderoso Imperator, el *Aquila Ignis*. El gigantesco titán todavía no se había dignado a disparar.

—Qué arrogancia —dijo Cavalerio en código binario.

—¿Sí, princeps? —inquirió Kuyper, quien también estaba sangrando debido a una herida que había sufrido en un lado de la cabeza cuando un panel había estallado a su lado y había arrancado los monitores secundarios.

—Nada. ¿Tienes ya una solución de disparo respecto a esos Warlord de la derecha?

—Sí, señor de la tormenta —le confirmó Kuyper—. Todos los misiles están centrados.

—Puedes disparar cuando quieras, moderad Kuyper —le ordenó Cavalerio antes de volverse hacia el sensori—. ¿Dónde se encuentra ese Reaver que tenemos a la derecha?

—En los silos situados a un kilómetro al norte —le informó Palus—. Se está enfrentando al *Metallus Cebrenia*, pero del que debemos preocuparnos es del de la

izquierda. El *Vulpus Rex* y el *Arcadia Fortis* han caído.

—Sharaq puede apañárselas solo, y el *Tharsis Hastatus* se puede encargar de ese cabrón de la izquierda —contestó Cavalerio.

—El princeps Suzak también tiene que enfrentarse a un Warlord —le recordó Kuyper.

—Ha sobrevivido a enfrentamientos peores —insistió Cavalerio—. No debería tener que recordarte que somos la Legio Tempestus ¡y que no le tememos a nada!

Sus valientes palabras animaron a la tripulación, y sintió un estremecimiento placentero de liberación cuando los misiles surgieron de los lanzadores del caparazón. Al mismo tiempo, una descarga sostenida de los turboláseres acribilló al Warlord de la derecha, mientras los disparos repetidos del cañón volcano impactaban contra el Warlord del centro.

Sus oponentes respondían con la misma ferocidad que él, y por cada disparo que efectuaba el *Deus Tempestus*, el enemigo lanzaba dos. Sin embargo, Cavalerio disponía de una ventaja respecto a los pilotos de la Legio Mortis: estaba conectado directamente al corazón de su titán mediante la suspensión amniótica en la que flotaba. Aunque la inmediatez de la conexión le concedía tan sólo una ventaja mínima, para un princeps de la habilidad del señor de la tormenta era lo único que necesitaba.

Los pilotos de los titanes de la Legio Mortis eran buenos, ya que nadie ascendía al rango de princeps de un Warlord sin haber demostrado su valía en un centenar de ocasiones, pero eran aprendices comparados con la experiencia de Indias Cavalerio.

El señor de la tormenta utilizó una combinación de presentimiento instintivo y de maniobras evasivas precisas para evitar el grueso de una potencia de fuego que hubiera provocado la destrucción de un princeps de menor categoría. El *Deus Tempestus* estaba herido, pero siguió avanzando a través de la tormenta de fuego enemigo sin miedo y ondeando bien alto el estandarte de la Legio Tempestus.

—La fuerza de los escudos del objetivo disminuye —informó—. ¡Los turbos los han sobrecargado!

—¡Múltiples impactos! —gritó Kuyper—. ¡Está ardiendo!

—Lacus, haznos girar —ordenó Cavalerio—. Cañón volcano contra el Warlord de la derecha. Una andanada de tres disparos, por favor.

—Sí, princeps —contestó el timonel.

Cavalerio sintió como la antigua máquina respondía. Sus sistemas de maniobra, enormes y complejos, reaccionaron con la velocidad de una máquina recién

construida. El princeps notó cómo aumentaba el calor a medida que el gigantesco cañón de su brazo izquierdo acumulaba energía.

Vio que el Warlord dañado se detenía y disfrutó del miedo que debía de estar sintiendo su princeps al sentirse tan vulnerable. Prácticamente no tenía escudos y le fallaba el reactor. La lucha se había terminado.

—No, eso no te servirá de nada —se rio Cavalerio un momento antes de que el cañón volcano disparara y le sobrecargara por completo los escudos, lo que le arrebató la última protección que le quedaba. Al primer impacto le siguieron de inmediato otros dos, y el caparazón superior del Warlord se desvaneció en mitad de una explosión termonuclear cuando su reactor estalló.

—¡Los escudos del Warlord del centro caen! —gritó Palus—. ¡Estaba demasiado cerca de la explosión!

—Alto —ordenó Cavalerio—. Paso atrás a la izquierda y haznos girar, Lacus. Toda la energía de los escudos al cañón volcano. ¡Quiero que este disparo sea definitivo!

La tripulación se apresuró a obedecer las órdenes. Cavalerio notó el gruñido del metal a su alrededor cuando llevó la máquina al límite de sus capacidades. Tuvo un momento de duda al recordar que era lo mismo que había hecho con el *Victorix Magna*, pero dejó a un lado aquel pensamiento.

—¡Vamos! ¡Antes de que tenga ocasión de reforzar los escudos! —gritó en código binario.

Una andanada de impactos lo golpeó en el torso y en el caparazón, y Cavalerio gruñó de dolor. El cuerpo se le estremeció por afinidad con los daños sufridos por la máquina, pero hizo caso omiso del dolor. Si su máquina pagaba un precio por sus tácticas, también lo pagaría él.

—Arma cargada, princeps —lo informó Kuyper—. Solución de disparo confirmada.

Cavalerio le arrebató el control de disparo al servidor.

—¡Fuego!

El cañón volcano disparó de nuevo con toda su potencia mortífera, y el destructor rayo de energía salió con toda la fuerza que Cavalerio le pudo imprimir.

Los escudos del Warlord enemigo absorbieron el primer microsegundo del impacto, pero luego estallaron con una detonación que arrancó las capas exteriores del blindaje como si fueran de papel. Cavalerio mantuvo el arma apuntada mientras el

fuego se incrementaba en su brazo hasta convertirse en una sensación abrasadora. El Warlord enemigo desapareció de su vista un momento mientras el fuego lo atravesaba y casi lo partía en dos.

La tripulación del *Deus Tempestus* gritó de alegría cuando el Warlord se quebró a la altura de la cintura. Las piernas se mantuvieron verticales mientras el torso y el caparazón superior se estrellaban contra el suelo convertidos en una bola de metal derretido.

Cavalerio se permitió un estremecimiento de alivio al ver morir al Warlord. Había corrido un riesgo tremendo al desviar la energía de los escudos para potenciar el disparo del cañón volcánico, pero la maniobra había salido bien y las fuerzas ya estaban más igualadas.

En ese momento el *Aquila Ignis* abrió fuego.

La adepta Zeth intentó mantenerse en pie, pero el dolor que sentía era demasiado intenso. Las piernas le cedieron y cayó de rodillas mientras la sangre se le derramaba sobre el pecho al brotar por los agujeros que los proyectiles que Remiare le habían abierto en la armadura.

Bajó la mirada hacia la placa pectoral y vio que el proyector de vacío seguía intacto en su lugar. Levantó la cabeza con gesto de sorpresa. Remiare sonrió e hizo girar las pistolas delante de su cara. Estaba disfrutando de la confusión que mostraba Zeth.

—Supongo que te estarás preguntando cómo es posible que tu pantalla de vacío personal no te salvara —dijo la asesina mientras flotaba por encima del suelo, siguiendo la circunferencia de las columnas de acero que rodeaban a Zeth—. Estos proyectiles han sido fabricados a mano en las forja protegidas por campos de anulación del adepto Prenzlaur. Utilizan una tecnología similar a los misiles de disformidad utilizados por los titanes.

—En realidad —la interrumpió Zeth al mismo tiempo que tosía una bocanada de sangre por la abertura de la máscara— me preguntaba cuánto tardaría en afectarte el código trampa noosférico que he estado emitiendo.

Zeth captó la sorpresa de Remiare en sus sensores biométricos y se echó a reír.

—Te crees muy lista, asesina, ¡pero yo soy una adepta suprema del Mechanicum! Nadie es más listo que yo.

Remiare inclinó la cabeza hacia un lado mientras analizaba la conexión que ambas

compartían con la noosfera.

—¡No! —gritó al ver el código exquisitamente elegante y trabajado que contenían los paquetes de datos que pasaban por sus implantes, y que en esos momentos comenzaba a desconectarlos de un modo discreto y silencioso.

—Es demasiado tarde —replicó Zeth con un siseo.

Los impulsores magnogravíticos de Remiare se apagaron y la asesina se estrelló contra el suelo de la cámara con un impacto pesado. Las rodillas se le doblaron cuando aterrizó, ya que no estaba acostumbrada a posarse en el suelo con el peso de todo aquel metal inútil en el extremo de las piernas.

—Ahora mismo, tu metabolismo modificado se está esforzando por reiniciar todos los sistemas, pero eso no te servirá de nada —le dijo Zeth mientras utilizaba los mecadendritos que seguían conectados a las columnas para ponerse en pie—. Ya es demasiado tarde para ti.

Zeth se esforzó por controlar la respiración mientras su sistema nervioso modificado evaluaba el daño que había recibido su cuerpo. Una de las balas de Remiare le había atravesado la médula espinal y no sentía nada por debajo de la cintura, pero sus extremidades metálicas eran más que capaces de mantenerla en pie el tiempo que hiciera falta para que pudiera terminar lo que había empezado. Las drogas estimulantes y los anuladores de dolor ya le estaban recorriendo el cuerpo para mantenerla consciente. Sonrió cuando el dolor agónico del pecho se desvaneció.

Sabía que se trataba de alga temporal, y que aunque el dolor había desaparecido, se moría.

—¡Te mataré! —le gritó Remiare mientras intentaba en vano apuntarla con las pistolas.

—No, no lo harás —le contestó Zeth antes de volverse hacia el servidor de aspecto primitivo—. Polk.

El servidor avanzó hasta colocarse al lado de la asesina, y a Remiare se le escapó un jadeo al reconocerlo cuando se quitó la capucha.

—Te acuerdas de Polk, ¿verdad? Te aseguraste de que la mente de mi aprendiz quedara dañada más allá de cualquier posible intento de reparación, pero incluso de una mente dañada se puede sacar alguna utilidad. Admito que es algo primitivo y feo, pero es que es ese estado primitivo lo que lo protege del código trampa que te está afectando a ti.

El servidor que antaño fue Kantor Polk se inclinó sobre el cuerpo inerte de la



asesina y la levantó del suelo a pesar de los patéticos intentos de soltarse de Remiare, que todavía luchaba contra los efectos debilitadores del código de Zeth. Los músculos de Polk, reforzados por implantes de pistones sin complicación tecnológica alguna, inmovilizaron por completo a la asesina. Zeth captó el terror que sentía y la incompreensión ante la situación en los picos de su campo bioeléctrico.

—Líbrate de ella —le ordenó Zeth, y le señaló con la mano libre el pozo del centro de la cámara, al fondo del cual fluía el magma por debajo del lugar—. Abrázala con fuerza durante todo el camino.

Zeth se dio la vuelta y volvió a concentrarse en las columnas de control de acero que la conectaban a la vasta y compleja estructura de los sistemas centrales de Ciudad Magma. Alzó la mirada hacia los planos relucientes de la forja y, con el corazón embargado por la tristeza, dio la última de las macroinstrucciones.

El *Tharsis Hastatus*, un titán que había conocido la victoria en un centenar de planetas, quedó destruido con una sola andanada. La salva disparada por el cañón infernal del *Aquila Ignis* lo dejó sin sus escudos en un instante, y el impacto devastador del aniquilador de plasma lo redujo a un montón de escombros al rojo blanco.

Cavalerio sintió la muerte de su amigo y camarada, el princeps Suzak, como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón. Tuvo que esforzarse por controlar la rabia y la pena que amenazaron con embargarlo por completo. El Colector lo mantuvo centrado hasta que su atención se vio firmemente arrastrada hacia el campo de batalla.

—¡Informe de situación! ¿Quién sigue en pie? —preguntó por el comunicador.

Palus lanzó un pulso activo de energía auspex para atravesar las interferencias que provocaban las explosiones de los reactores y los disparos de armas de energía tan poderosas.

—Sólo capto las señales del *Metallus Cebrenia* y del *Raptoria* —dijo el sensori con la voz cargada de incredulidad—. Los skitarii de Aeschman siguen luchando, pero casi todos han caído ya.

Cavalerio había estado tan concentrado en el feroz combate que había olvidado por completo el conflicto igualmente despiadado que se estaba librando en el suelo. En un combate de titanes de semejante brutalidad, la infantería prácticamente no tenía importancia, pero nunca era aceptable olvidarse del valor de aquellos que luchaban bajo los gigantescos titanes.

—Quiero los escudos de nuevo a plena potencia. ¡Ahora! —gritó en código binario mientras cribaba un aluvión de datos y repasaba las comunicaciones de sus hermanos princeps para captar cómo había sido la batalla más allá de sus preocupaciones inmediatas.

Antes de la horrible destrucción de su máquina, Suzak había luchado como el guerrero mortífero que era. Había acabado con un Reaver y con un Warlord antes de que el Imperator acabara con él a su vez. En el flanco derecho, el princeps Sharaq y el *Metallus Cebrenia* habían destruido el último Reaver con la ayuda del princeps Kasim y del *Raptoria*. Aquello dejaba como único enemigo al Imperator: el *Aquila Ignis*.

Los titanes de la Legio Mortis habían llegado esperándose una victoria fácil, y no importaba lo que ocurriera a continuación, ya que se habían dejado el grueso de su fuerza ardiendo sobre el suelo de Marte. La Legio Tempestus se había ganado un lugar legendario en la historia de Marte.

—¡Nos dispara! —gritó Kuyper.

Cavalerio abrió el canal de comunicación del Colector a los guerreros supervivientes.

—A todos los titanes Tempestus, aquí el señor de la tormenta...

El princeps Cavalerio no tuvo la oportunidad de acabar de dar la orden, ya que el titán sufrió una serie de impactos estruendosos. Un dolor atroz, peor que el que había sentido durante la muerte de su querido *Victorix Magna*, le recorrió todo el cuerpo cuando los escudos ya debilitados se colapsaron bajo la andanada de misiles disparados por los bastiones superiores del Imperator.

Los emisores de escudo del *Deus Tempestus* estallaron en una cascada de explosiones, y el cuerpo del señor de la tormenta se sacudió presa de convulsiones cuando la retroalimentación le recorrió la mente y le fundió las sinapsis uniéndoselas a las del Colector. Vio en los últimos segundos de su vida la carga heroica del *Metallus Cebrenia* y del *Raptoria* contra el monstruo rojo y plata. Sus brazos arma relucían mientras disparaban sin cesar al avanzar, sin importarles el hecho de que era imposible que dañaran al Imperator, aunque llamarlo de ese modo teniendo en cuenta que sus creadores se habían vuelto contra el Emperador era algo perverso.

El *Metallus Cebrenia* fue el primero en morir. Le arrancó la pierna derecha de un disparo, y una andanada casi despectiva acabó con el titán mientras yacía indefenso entre las ruinas de un hangar de carga gigantesco. El *Raptoria* tan sólo duró unos instantes más. Una ráfaga del cañón giratorio lo privó de los escudos y su velocidad

no fue protección frente a una salva de misiles Apocalipsis que arrasaron una zona de un kilómetro cuadrado.

Cavalerio sintió sus muertes y vio que el *Deus Tempestus* también las había notado a través del Colector. De su cuerpo destrozado siguió saliendo sangre, y el líquido del tanque ya casi era opaco. Se impulsó hasta la parte frontal del tanque y comprobó que el fluido se escapaba a través de las grietas que se habían abierto. Vio a través del cristal los restos humeantes de lo único que quedaba de su cabina de mando.

Kuyper estaba muerto. Su cuerpo estaba envuelto en llamas y echado hacia atrás en su silla de moderad. Frente a él, el timonel Lacus era poco más que un trozo de carne desgarrada. Cavalerio no logró ver a su sensor, y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que toda la sección superior de la cabina estaba abierta al aire. El visioingeniero que había sustituido al magos Argyre, un adepto llamado Thunert, seguía con vida, ya que su absoluta carencia de cuerpo humano lo había salvado del fuego que había abrasado la cabina.

Cavalerio contuvo la angustia al ver la enorme silueta del *Aquila Ignis*, que se acercaba a ellos con unos pasos triunfantes que hacían que se estremeciera la tierra. Había dejado de disparar, y Cavalerio supo por qué en cuanto notó el dolor provocado por la explosión de las cargas que los skitarii le habían colocado sobre el blindaje de la pierna.

—Mortis quiere capturarnos. Ya los siento en el interior del titán.

El señor de la tormenta se comunicó con el puesto del visioingeniero a través de lo que quedaba de su conexión con el Colector.

—No podemos permitir que nos capturen, Thunert —le dijo Cavalerio en código binario—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Así es —admitió Thunert—, aunque va en contra de todo lo que me han enseñado; pero la alternativa es peor.

—Hazlo entonces —le ordenó Cavalerio—. Desconecta todos los seguros del reactor.

—Hecho, señor de la tormenta.

—Que el Omnissiah nos perdone —susurró Indias Cavalerio.

Segundos más tarde, el *Deus Tempestas* quedó completamente aniquilado cuando su reactor de plasma entró en estado crítico y estalló con la fuerza de una supernova en miniatura.

La muerte del *Deus Tempestus* fue casi el último acto de la batalla por Ciudad Magma. Casi, pero no el último.

Ese honor quedó reservado para la propia ciudad.

Tras la destrucción de la Legio Tempestus y la muerte de todos los Caballeros de Taranis, la última oposición verdadera al Mechanicum Oscuro desapareció por completo. Los skitarii de la Legio Mortis entraron en la ciudad por las ruinas de las subcolmenas y de los campos de aterrizaje. Se dedicaron a matar a todos los soldados que se encontraron y a capturar a todos los adeptos que pudieron en un momento tan frenético y sangriento.

Los restos desperdigados del ejército de Melgator se reagruparon bajo el estandarte con la cabeza de serpiente de señor de la guerra del Mechanicum llamado Las Taol, y asaltaron la ciudad a través de unas puertas que prácticamente estaban indefensas. La matanza fue terrible, y el frenesí destructor fue tal que el grueso de las fuerzas del Mechanicum Oscuro no se dio cuenta del peligro hasta que ya fue demasiado tarde.

Los bombardeos de artillería siguieron machacando las pocas zonas de la ciudad donde todavía se resistían a la conquista. El suelo retumbó y los edificios se estremecieron, pero no fueron las bombas las que produjeron esos temblores.

En lo más alto de la presa Aetna, las compuertas de desagüe de la caldera del Mons Arsia quedaron fijadas en posición abierta, lo que permitió a la lava caer por los acueductos hasta la laguna. Normalmente ese proceso se regulaba de un modo preciso, pero la adepta Zeth había anulado toda posibilidad de control, por lo que la laguna de magma comenzó a llenarse con lava directamente procedente del volcán.

Muy por debajo del nivel de la calle de la ciudad, las columnas protegidas por pantallas de vacío que se hundían en el lecho rocoso de Marte para soportar el peso de la gran forja quedaron expuestas al calor fundente del magma. La fuente de energía que recargaba las pantallas de vacío estaba apagada, por lo que la roca líquida empezó a corroer las columnas de adamantium. El proceso fue lento al principio, pero luego se aceleró a medida que el núcleo de las columnas quedaba expuesto.

Un crujido resonante rugió como el trueno de los dioses, y los saqueadores de Ciudad Magma detuvieron por un momento su desenfreno destructor y alzaron, aterrorizados, la mirada al cielo. La gran avenida de plata que se extendía delante del templo de Zeth se partió, y un enorme géiser de lava saltó hacia el cielo cuando la parte sur de la ciudad se desprendió.

Las torres y los templos se derrumbaron cuando sus estructuras se partieron

debido a los estremecimientos y sacudidas de la ciudad. El aullido del metal al retorcerse y el chasquido de la roca al quebrarse resonaron como el grito de muerte de la ciudad, y los asaltantes se le unieron con sus gritos cuando se dieron cuenta del peligro.

La brillante lava cayó formando cascadas cegadoras desde los viaductos desplomados, y las calles quedaron inundadas por ríos de roca fundida. Los skitarii y los protectores mutados por la disformidad perecieron al ser arrastrados por la marea abrasadora de lava derretida.

La ciudad no tardó en estar envuelta en llamas de un extremo a otro. El magma incineró todo aquello que era inflamable y derritió todo lo que no lo era. Miles murieron en pocos momentos, tanto atacantes como ciudadanos del lugar, aunque una muerte como aquélla fue una bendición para los habitantes de Ciudad Magma.

El Viaducto Typhon se partió en su punto medio, y una losa de roca de un kilómetro de longitud se desgajó de la ciudad y arrastró a más de diez mil hombres y a sus máquinas de guerra a la lava. La Puerta Vulkan, azotada y desgarrada por los temblores que sacudían la ciudad, la misma puerta que había protegido la entrada durante más de un milenio, cayó hecha escombros.

En la era subsiguiente, aquello sería lo único que sobreviviría al cataclismo.

Miles de personas salieron corriendo de la ciudad a través de las ruinas de los campos de aterrizaje donde la Legio Tempestus había librado su última batalla, pero el flujo de magma que escapaba de los acueductos destrozados era tanto que no hubo huida posible. Todo un océano de lava inundó la zona, y el calor y los vapores no tardaron en alcanzar a aquellos que habían dejado atrás al magma.

Tan sólo el *Aquila Ignis* escapó momentáneamente de la destrucción total. El princeps Camulos dio media vuelta y marchó a velocidad de flanqueo para evitar la marea de roca fundida. Pero ni siquiera el titán fue lo bastante veloz, y la lava empezó a rodear las poderosas piernas del Imperator y devoró poco a poco las placas de blindaje. El *Aquila Ignis* vadeó la lava hasta que lo último que quedaba de blindaje cedió y sus tobillos se partieron.

Por fin, la inmensa máquina cayó bajo la furia del planeta y su enorme masa se desplomó contra el suelo, donde se destrozó al chocar contra la dura roca de Marte. Los bastiones resultaron aplastados y las cubiertas de las cabinas quedaron trituradas bajo su propio peso. Tan sólo el cañón infernal sobrevivió a la caída del titán. Más tarde, ese cañón se recuperaría y sería llevado a otro planeta, pero durante un tiempo

no llevó la muerte a sus enemigos.

La destrucción continuó en el interior de la ciudad a medida que la lava subía de nivel para conseguir lo que le había negado durante tanto tiempo el ingenio tecnológico del Mechanicum. Al cabo de una hora nada quedaba con vida dentro de Ciudad Magma. Todo ser vivo había acabado convertido en cenizas y todas las estructuras se habían desplomado.

Tres horas después de que la adepta Zeth condenara a su forja a aquel destino, Ciudad Magma se hundió por fin en el gran lago interior de lava.

La última de las torres cayó, la forja interior de Zeth quedó inundada de magma y todas sus grandes obras quedaron destruidas como si nunca hubieran existido.

Con aquella destrucción se perdió para siempre toda esperanza de llevar al Imperio hasta una época dorada de progreso científico nunca visto desde que la humanidad surgió de su roca natal.



## APÉNDICE

Muy por debajo de las llanuras marcianas, los dos últimos caballeros de Taranis descienden con cuidado hacia la Medusa Fossae, un sistema de hoyas que se extiende por la frontera entre las tierras altas y las tierras bajas de Tharsis y Elysium. Ambas máquinas bajaran a sus profundidades mientras Marte arde a causa de la guerra. Las dos muestran los desperfectos propios de un combate, pero a pesar de ello se mueven con la agilidad de un mecanismo recién salido de un proceso de revisión y reparación completo. El *Equitos Bellum* encabeza la marcha, mientras que el *Pax Mortis* vigila la retaguardia. Buscan unas instalaciones automatizadas de Koriel Zeth que Rho-Mu 31 les ha asegurado se encuentran ocultas en ese profundo cañón. Allí, los caballeros y sus dos pilotos seguirán las instrucciones que les ha dado la chica de la luz dorada y esperaran el fin de las hostilidades para ver qué le ha ocurrido a su amado planeta.

Y en lo más profundo del Noctis Labyrinthus, Dalia Cythera y Rho-Mu 31 retoman la vigilancia del dragón. Parte de la luz dorada de la muchacha ha pasado a su protector, y ambos se sienten satisfechos de que sus amigos se encuentren todo lo lejos que se puede estar del combate. Sólo mucho más tarde, cuando Dalia se atreva a regresar a la caverna plateada, se dará cuenta de que alguien se ha llevado el libro que contiene la gran mentira sobre Marte.

Pasarán diez mil años antes de que el siguiente guardián se vea atraído hacia el Noctis Labyrinthus, pero para entonces el daño ya estará hecho.